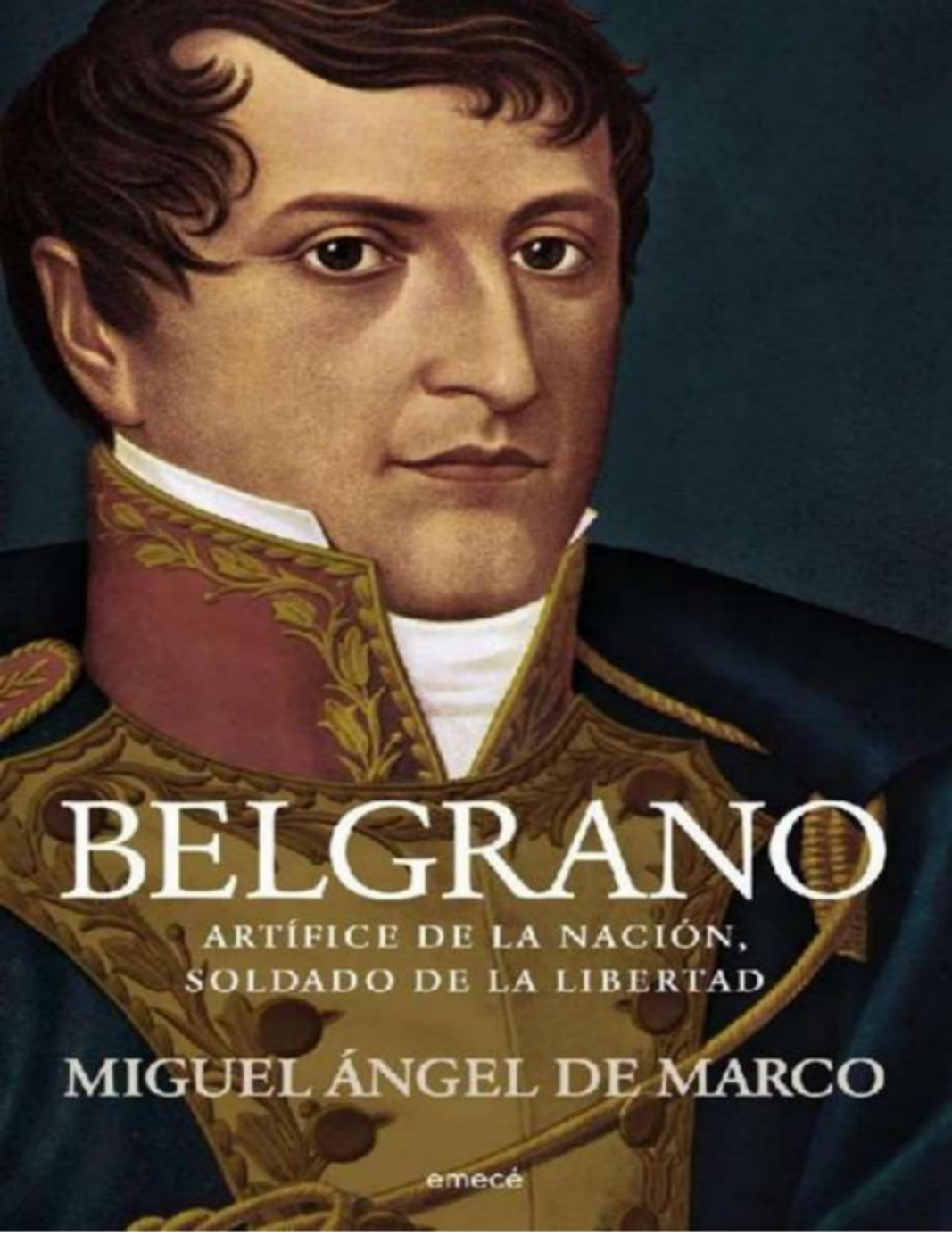
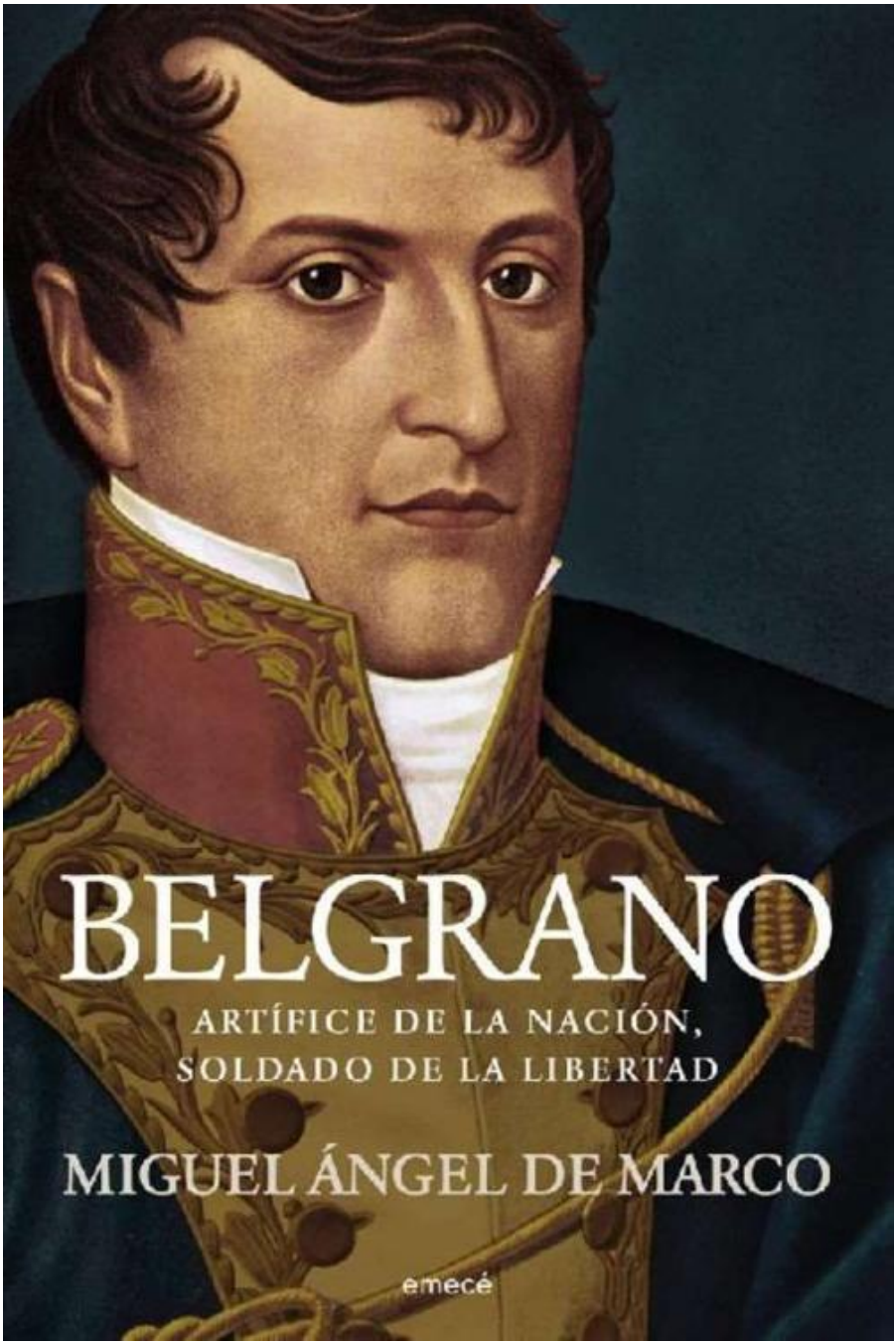


BELGRANO

ARTÍFICE DE LA NACIÓN, SOLDADO DE LA LIBERTAD

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

emecé



Miguel Ángel de Marco

Belgrano

Artífice de la nación, soldado de la libertad

Para María Fernanda, dulce pasajera.

Prólogo

Este año se cumplen bicentenarios de momentos clave de la historia argentina en los que Manuel Belgrano fue principal protagonista: la creación de la Bandera que nos distingue entre las naciones de la Tierra; el éxodo jujeño, en que todo un pueblo se sacrificó para obstaculizar el avance realista que hacía peligrar la Revolución, y la victoria de Tucumán, fruto de la firmeza con que el prócer rechazó la orden del Triunvirato de retirarse en vez de enfrentar al enemigo.

Funcionario del Consulado de Buenos Aires durante los últimos años de dominación hispánica, advirtió con mayor claridad que el resto de sus contemporáneos la magnitud de las riquezas potenciales de las provincias del Plata y la necesidad de dotar a sus habitantes de medios para convertirlas en independientes y prósperas. Fue, además, hombre de pluma que tomó la espada para combatir al invasor inglés.

Manifestó aun antes de Mayo su convicción independentista, y no vaciló en dejar su sitial de miembro del Primer Gobierno Patrio para convertirse en jefe militar de las fuerzas que llevaron el mensaje de libertad al Paraguay y a la Banda Oriental. Destituido y juzgado por su actuación castrense, lejos de retirarse de la vida pública, aceptó ceñir otra vez la espada y ponerse al frente del Ejército del Alto Perú para convertir a aquel conjunto de hombres desmoralizados en una máquina guerrera dispuesta a vencer a los realistas.

Mientras ejecutaba la orden de levantar en la Capilla del Rosario y en la isla contigua, las baterías Libertad e Independencia, cuyos nombres constituían una cabal expresión de las ideas que agitaban su espíritu, Belgrano decidió ir más allá, dotando a la causa de Mayo de su propia enseña: «Las banderas de nuestros enemigos son las que hasta ahora hemos usado», le recordó al Triunvirato, que como los gobiernos anteriores, perseveraba en sostener la «máscara de la monarquía» sin decidirse a romper definitivamente con España.

Y expresó con firmeza los anhelos de la mayor parte de los patriotas: «Abajo, señor excelentísimo, esas señales exteriores, que para nada nos han servido y con que parece que aún no hemos roto las cadenas de la esclavitud».

Y el 27 de febrero de 1812, enarboló el pabellón celeste y blanco en la batería Libertad.

«Juremos [exclamó] vencer a los enemigos interiores y exteriores, y la América del Sur será el templo de la independencia y de la libertad».

La medrosa reprimenda del Triunvirato ante ese gesto altivo y valiente le llegaría cuando, en medio de agudos padecimientos físicos, marchaba a asumir su nueva responsabilidad castrense: el mando del desmoralizado Ejército Auxiliador del Alto Perú, al que le transmitió su propia fibra y coraje. Meses más tarde, tras haber mostrado al pueblo jujeño la

enseña que guiaría a las armas de la patria, lo conduciría en una marcha que obedecía a su plan de privar al enemigo de todo recurso en su avance hacia el sur.

De nuevo el gobierno manifestó su poca visión de la realidad al ordenarle que abandonara el terreno y se retirara. Belgrano se negó y su temple inflamó de entusiasmo a los soldados y al pueblo que lo seguía. Los tucumanos le pidieron que diera batalla, y el 24 de septiembre de 1812 obtuvo una gran victoria que se afianzó el 20 de febrero con el triunfo de Salta. El día de la batalla, el general estaba gravemente enfermo, pero no abandonó su puesto de mando. Acabada la acción, liberó bajo juramento a los prisioneros realistas, la mayor parte americanos, pero su generosidad fue preludio de la presencia de no pocos de éstos en las acciones de Vilcapugio y Ayohuma, donde conoció la derrota.

Si en su marcha al Paraguay había expresado su espíritu civilizador en la creación de dos pueblos con sus escuelas en Mandisoví y Curuzú Cuatiá, dedicaría los 40.000 pesos que le otorgó el Congreso General Constituyente por el triunfo de Tucumán, para dotar cuatro escuelas. Y remitiría la enorme tarja de oro y plata obsequiada por las damas de Potosí para subvenir a las necesidades de las armas de la patria.

En las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma fue tan grande como en las victorias, y su valor fue exaltado por quienes estuvieron a sus órdenes. Pero no tuvo descanso y aceptó participar de una misión diplomática en Europa, junto con Rivadavia. Iba con sus carnes laceradas por

varias dolencias. Y al volver, lejos de encerrarse en su casa para reponerse, volvió a comandar el Ejército del Norte hasta su relevo, pocos meses antes de su muerte en la pobreza.

Todo esto tuve en cuenta para escribir el pequeño libro que ahora ve la luz.

Me pareció que era necesario redactar una biografía accesible, sin otra pretensión que poner al alcance del gran público, mediante una editorial de vasta circulación, la insigne y abnegada figura de Belgrano, modelo de honradez, generosidad y entrega sin cálculo a la causa de la independencia y al desarrollo de su patria.

¡Tanto se ha escrito sobre el creador de la Bandera! Desde la clásica obra de Mitre hasta el presente han aparecido varios libros importantes y centenares de artículos de diversa índole y extensión. La Bibliografía Belgraniana que en 1998 publicó el Instituto Nacional dedicada a honrar al prócer, registra 1.852 títulos y cuenta con 371 páginas. Es probable que, a pesar del encomiable esfuerzo que realizaron los autores, haya muchos más artículos correspondientes al vasto lapso que abarca, diseminados en la prensa periódica de todo el país, como lo es que desde 1998 a la fecha hayan aparecido varias decenas más.

Frente a ello, sería pretencioso suponer que estas páginas son absolutamente novedosas.

Hay, sin embargo, algunos datos e interpretaciones que poseen mi propio sello.

Para ayuda del lector proporciono en cada capítulo una guía de fuentes éditas a su alcance en las bibliotecas, además de bibliografía específica sobre los respectivos temas.

Deseo expresar mi gratitud a las instituciones y personas que me han ayudado. El personal de la Academia Nacional de la Historia me ha brindado su constante solicitud, en particular el señor Ricardo Lomurno y el profesor Ariel Eiris. También he gozado de la solícita respuesta a mis pedidos de publicaciones y material iconográfico de parte del Instituto Nacional Belgraniano y del Museo Mitre. La Parroquia de Nuestra Señora de la Merced, a través de la licenciada Susana R. Frías, me proporcionó la copia del acta de matrimonio de don Domingo Belgrano y doña María Josefa González Casero.

Los doctores César A. García Belsunce, Javier González y Guillermo Palombo; el general Enrique Dick y el profesor Julio M. Luqui

Lagleyze, han sido pacientes interlocutores y atentos lectores de los originales acerca de los que les consulté, ofreciéndome útiles sugerencias que enriquecen estas páginas.

Por último, deseo agradecer a quienes me encomendaron este libro, los editores de Planeta y Emecé Ignacio Iraola y Alberto Díaz, por confiar en quien ya es un antiguo y agradecido autor de ese prestigioso Grupo Editorial.

Si esta obra sirve para levantar el espíritu de los argentinos que quieran leerla, entusiasmándolos como a mí me ocurrió a medida que escribía sobre el hombre excepcional que fue Belgrano, estarán plenamente satisfechos mis anhelos y completo mi cometido.

Orígenes familiares, niñez y juventud

Hacia 1749, Domingo Belgrano Peri, de 19 años, decidió abandonar su ciudad natal de Oneglia, pequeña localidad marítima ubicada en la costa del golfo de Génova, en busca de nuevos horizontes.

La Serenísima República sufría una difícil situación económica luego de haber sido durante siglos un estado floreciente y próspero. Padecía la negativa influencia de Francia, que desagradaba tanto a nobles como a campesinos, y se veía envuelta en las luchas entre los ejércitos del rey Luis XV y de María Teresa de Austria, a quien se hallaba aliado el monarca de la vecina Cerdeña, Carlos Manuel III.

A Oneglia, cuya tradición náutica la mantenía al tanto de cuanto ocurría en el ancho mundo, llegaban noticias sobre las posibilidades de pronto enriquecimiento que ofrecía la gobernación del Río de la Plata, donde casi todo estaba por hacerse. Algunos vecinos con recursos para el viaje, orientaron sus pasos hacia Cádiz, puerto comercial por excelencia desde el cual era posible marchar hacia la lejana América.

Entre ellos se hallaba aquel joven decidido, hijo de Carlos Nicolás Belgrano y María Gentile Peri, que poseía, además de un espíritu aventurero capaz de afrontar los múltiples peligros que por entonces ofrecía el océano y abundantes pliegos de recomendación de comerciantes genoveses, una inestimable carta de presentación para la época: antecedentes familiares ilustres. Sus títulos le abrirían las puertas de los principales salones gaditanos y le allanarían el camino para pasar a las Indias.

Aunque tal vez Domingo presentó otros remotos pergaminos, la referencia más antigua acerca de su estirpe que se conoce hoy se

remonta al notario Pompeyo Belgrano, miembro del patriciado genovés, quien en junio de 1585 estipuló un acta de avenimiento y transacción entre Carlos Manuel I, duque de Saboya, y la República de Génova, para poner fin a la controversia que sostenían ambos gobiernos con motivo de la jurisdicción de un punto llamado Pernasio.

A partir de aquel notable vecino, los Belgrano se destacaron en la jurisprudencia, la medicina, el clero y la milicia. Varios oficiales de ese apellido participaron en diferentes hechos de armas contra las fuerzas españolas que en 1649 sitiaban Oneglia y, un siglo más tarde, en acciones libradas con las huestes hispano-francesas.

Y puesto a exhibir su condición, el recién llegado podía mostrar —cosa importante en la España de aquel tiempo— el escudo heráldico de su familia paterna, que constaba de tres flores de lis de oro en campo azul; tres espigas también de oro sobremontadas en verde que

lucían en campo rojo. Los granos opulentos daban significado al apellido de bell (bello o hermoso) grano (por la nutricia mies).

En cuanto al linaje de su madre, un documento del 26 de agosto de 1793 acreditaba: Nos los infrascriptos, síndico y consejeros de la ciudad de Oneglia en los dominios de Su Majestad el rey de Cerdeña, hacemos saber a quien corresponda que la familia Peri es de las más antiguas de esta ciudad y certificamos que la señora María Gentile, que fue casada con el señor Carlos Félix Belgrano, era de la expresada familia Peri y hermana del abogado Juan Santiago Peri y del padre Matías Peri, de los cuales el primero fue viceprefecto y viceintendente por Su Majestad de esta ciudad y provincia, y el segundo, vicario general de la Orden de las Escuelas Pías. Y que tanto el señor Domingo Peri, padre de aquélla, así como sus hermanos y sobrinos hasta el actual señor abogado Francisco Javier Peri, nuestro colega, fueron siempre considerados como personas honorables y admitidas en tal carácter en los principales empleos de esta ciudad.

Activo comerciante

Cádiz era, al promediar el siglo XVIII, un emporio de riqueza y cultura. Su población crecía constantemente, y si a principios de la centuria llegaba a las 30.000 almas, entonces superaba las 50.000. La migración interna de la Península, sumada a la inmigración de personas de distintos puntos de Italia y Francia, otorgaban a la ciudad un aire cosmopolita que se expresaba en el desarrollo arquitectónico, en el intenso movimiento comercial, en la variedad de actividades y profesiones y en la multiplicidad de manifestaciones del arte y la

cultura.

La presencia de un grupo de jóvenes de la nobleza española y europea en el centro mismo de la urbe —donde funcionaba la Real Compañía de Guardiamarinas, uno de los centros de estudios náuticos más reconocidos del Viejo Mundo— ofrecía el brillo de las funciones militares, pero también ocasionaba travesuras y alguna ruidosa reyerta reprimida sin demora por la férrea disciplina castrense.

También existía en Cádiz una institución prestigiosa y pionera en materia de estudios médicos: el Real Colegio de Cirugía de la Armada, fundado por Pedro Virgili, primera institución en Europa que otorgó el título de médico cirujano, a la que concurrían alumnos de España y de otros países. Su régimen de estudios sería adoptado por la universidad francesa de Montpellier y luego por el resto de las escuelas y facultades del continente. En torno a aquel organismo, fueron reuniéndose hombres sabios que no sólo se ocuparon del desarrollo de su disciplina, sino que trataron en forma asidua diversas cuestiones científicas y literarias.

Algunos vecinos notables ofrecían sus casas para la realización de tertulias literarias en las que se leían composiciones en prosa y en verso o se discutían con cautela las ideas de los ilustrados franceses. Otros ámbitos bastante más ruidosos dedicados a parecido objeto eran los más de treinta cafés con que contaba la ciudad. Resultaban frecuentes las representaciones teatrales, que se cumplían en las tres salas casi siempre completas que poseía Cádiz. Y la ópera se imponía por impulso de los italianos, que promovían la asistencia a las funciones.

El traslado de la Casa de Contratación de Indias de Sevilla a Cádiz en 1717, también había contribuido a impulsar el crecimiento urbano y a la vez a darle una impronta americana. El habla, el modo de vestir y otras múltiples costumbres del Continente Nuevo hallaron su lugar en la urbe marítima y oceánica, al punto de impregnar las propias. Y en los jardines de traza andaluza encontraron espacio definitivo los ombúes, los dragos, ficus, jacarandaes y otras especies del Nuevo Mundo, que otorgaban a las casas un aire más alegre que el reinante en otras regiones de la Península.

Además, reinaba un ambiente de opulencia y bienestar derivado del monopolio que ya ejercía Cádiz antes de la apertura de la nueva sede de la Contratación. Iberoamérica reclamaba manufacturas de calidad, en especial tejidos flamencos, italianos y franceses, a la vez que comerciaba allí sus propios productos, en un ir y venir de buques en

forma de flotas escoltadas por naves de guerra, para afrontar eventuales ataques.

En 1720, la convicción de que el sistema era demasiado rígido y no impedía el contrabando, hizo que se dictase un nuevo reglamento que inclinó la balanza en favor de los productos manufacturados en España. Con ello aumentaron las rentas de la Corona, que también se vieron favorecidas por el aumento de los metales preciosos.

El viaje de Domingo Belgrano al lejano Plata demoró cerca de nueve años. Ejerció el comercio en Cádiz y, como dice Ovidio Giménez, sus negocios debieron ser prósperos, pues a la muerte de su padre, en 1752, en vez de regresar a Oneglia para hacerse cargo de su herencia, le dio poder a un primo con el fin de que lo representara en los trámites sucesorios.

Si bien no se puede señalar fehacientemente qué ramo mercantil cultivó en forma preferente, no parece aventurado señalar, por sus actividades posteriores, que se dedicó a un variado tráfico que iba desde las piezas suntuarias a los utensilios y telas y otros objetos de uso corriente.

En Buenos Aires

Obtenida la licencia para «pasar a las Indias» —en fecha que no se puede precisar y acerca de la cual difieren los biógrafos del hijo ilustre que lo haría pasar a la Historia—, debió ser aproximadamente hacia 1751 cuando se embarcó hacia Buenos Aires, probablemente a bordo del navío El Poloni, junto con Angelo Castelli, médico de la marina veneciana, futuro padre del más tarde vocal del Primer Gobierno Patrio y tribuno de la Revolución naciente, con quien se emparentaría a través de la familia de su esposa.

Si Cádiz ofrecía el espectáculo de un desarrollo material y de una apertura cultural poco común en España y en el resto de Europa, la vista desde esa especie de pardo mar al que llamaban Río de la Plata, debió ser para Domingo Belgrano motivo de encontradas sensaciones. Desde el agua se observaba un conjunto de casas chatas, salpicadas aquí y allá por unas pocas torres de iglesias.

El desembarco no era sencillo, pues la ciudad carecía de puerto. De la nave se pasaba a unos botes a remo, y desde éstos los pasajeros debían montar a caballo o apiñarse en unos carros de altas ruedas que los dejaban en la playa o a metros de ella, por lo que muchas veces tocaban tierra tras chapotear por las fangosas aguas del Riachuelo.

Al llegar a la zona poblada, el viajero recibía el impacto que ocasionaba la modestia de las dependencias públicas y de las casas particulares, aun aquellas donde moraban los vecinos más pudientes. Repartidas en calles trazadas en forma de damero, al modo de un campamento militar, como había surgido hacia 1492 Santa Fe de Granada en Andalucía para llevar la última embestida a los moros, éstas carecían de empedrado y se hallaban cubiertas de lodo o de polvo, según fuesen tiempos de lluvias o sequías. La plaza mayor mostraba un aspecto singular: se destacaban tres edificios: la Catedral, una parte de la cual se derrumbaría en 1752, obligando a demoler el resto, para comenzar de nuevo; el Cabildo, que denotaba en su arco principal y sus pilastras la influencia de la arquitectura clasicista, recién dotado de puertas y rejas al llegar Domingo Belgrano, y el fuerte, de ladrillo y piedra, rodeado por un foso, en cuyas troneras se avizoraban cañones. Mucho más reducido que otras fortificaciones españolas en América, era de diseño similar.

Los que necesitasen pasar a la sede del gobierno civil y militar, debían cruzar el puente levadizo que daba a la plaza.

La ciudad se extendía hacia el sur, pues las mercancías que se introducían legalmente o a través del contrabando, hallaban su entrada sobre el Riachuelo.

En aquella aún modesta capital, Domingo Belgrano prosperó con rapidez y pronto ocupó posiciones expectables tanto en el comercio como en la milicia. El ramo de exportación de

cueros le dio excelentes resultados y le permitió ampliar su giro y sus vínculos con la Metrópoli: en esa afanosa labor jugaron favorablemente los buenos vínculos logrados en Cádiz. También comerciaba con distintas ciudades del actual territorio argentino, del Alto Perú y de la capitanía general de Chile, sin perjuicio de otros enlaces que alcanzaban Brasil e Inglaterra.

Era apoderado de comerciantes chilenos y altoperuanos en materia de tejidos, cueros y lanas. Se hallaba relacionado con algunas estancias del colegio de niñas huérfanas y no desdeñaba participar en la compraventa de esclavos.

Su riqueza se acrecentó en forma notable. Así lo explicó su hijo Manuel en el tono escueto que imprimió a su Autobiografía:

La ocupación de mi padre fue la de comerciante, y le tocó el tiempo del monopolio, adquirió riquezas para vivir cómodamente y dar a sus

hijos la educación mejor de aquella época.

Por otro lado, el recién llegado gobernador Pedro de Cevallos (1757), nombrado para sofrenar las pretensiones portuguesas sobre la Colonia del Sacramento, hacer frente a los ingleses que amenazaban Buenos Aires y organizar la defensa de la campaña ante los ataques indios, lo nombró alférez del Regimiento de Milicias de Caballería. Más tarde, septiembre de 1762, cuando Cevallos marchó para atacar la Colonia del Sacramento, lo designó teniente.

Expresa un informe del coronel Agustín Fernando Pinedo, firmado ese año, que don Domingo transcribió en una relación de servicios presentada años después al Consejo de Indias:

Sirvió con el mayor celo y actividad […] en cuanto se había ofrecido al real servicio, así en la guarnición de plaza como fuera de ella y en el campamento, que de quinientos caballos estuvo a su mando en el tiempo de la guerra, para resistir el desembarco de los enemigos, habiendo asimismo cumplido a satisfacción en la Escolta que para la conducción de prisioneros portugueses fuera de la jurisdición fue empleado.

El mismo Pinedo le había escrito años atrás al virrey de Lima que el gobernador y capitán general José de Andonaegui le había dejado entre otras comisiones al marchar a la campaña a las Misiones, la tarea de formar y reglar «un Cuerpo de Milicias urbanas para que con el de Forasteros sirva de guarnición a esta Plaza [de Buenos Aires] a falta de la tropa veterana». Agregaba que «los oficiales creados son todos sujetos de la primera distinción de esta ciudad, quienes con el mayor empeño quedan haciendo el servicio sin más recompensa que la esperanza de ser aprobados con la satisfacción de vuestra excelencia». La creación de la unidad fue autorizada en febrero de 1756, con la denominación de Cuerpo de Milicias del

Vecindario, hasta que regresara la tropa veterana que había marchado con Andonaegui.

Eran cuatro compañías de cuatrocientos hombres, con dos sargentos y cuatro cabos de Escuadra.

El uniforme que vistieron los oficiales —entre ellos Domingo Belgrano —, los suboficiales y los soldados, con diferencias en cuanto a los distintivos de las respectivas jerarquías, constaba de casaca a la francesa azul, abierta en el pecho y abotonada, larga hasta las corvas; con las bocamangas dadas vuelta hacia la mitad del antebrazo, color

rojo, cuello bajo; chupa (chaleco largo) rojo, calzón, camisa blanca con pañuelo blanco al cuello, medias blancas hasta debajo de la rodilla, zapatos con hebilla, y sombrero tricornio. El galón del sombrero y los botones eran color plata.

Durante la convocatoria a servicio de 1762, Belgrano donó sus sueldos a favor de la Real Hacienda.

Sin embargo, aún en 1767 no había recibido su carta de naturaleza, por lo que dos años más tarde reclamó a la Cámara de Indias, esta vez con resultado positivo, pues el Supremo Consejo se la otorgó con fecha 20 de septiembre.

Matrimonio e hijos

Ya bien ubicado y con los medios necesarios para contar con la aprobación de cualquier padre de familia que se preciase de buscar buenos candidatos para sus hijas, Domingo frecuentó, con intenciones de matrimonio, la casa del santiagueño Juan Manuel González Islas y de la porteña María Inés Casero Salazar, ambos pertenecientes a hogares de distinguida prosapia. Había puesto los ojos en una de las hijas, María Josefa, de quince años, también nacida en Santiago del Estero, que unía a su belleza criolla un carácter firme y decidido, como se vería más tarde, cuando le tocó empuñar el timón de la casa y los intereses económicos en momentos difíciles para su esposo.

Dice Susan Socolow:

Casarse con una joven de clase alta o media de la ciudad era la meta de todos los jóvenes comerciantes. Y los comerciantes locales se sentían muy felices de satisfacer estos deseos cuando se trataba de jóvenes que habían demostrado talento y sentido comercial.

Decidida la fecha de la boda, Belgrano produjo en la Catedral el informe de soltería requerido por la Iglesia a los forasteros, en el cual señalaba su condición de nacido en Oneglia, «perteneciente hoy al rey de Cerdeña».

La ceremonia, cumplida el 4 de noviembre de 1757, debió realizarse con toda solemnidad, dada la condición social de ambos contrayentes. Junto a los padres se hallaban los testigos o padrinos: Gregoria de Salas, casada con el comerciante gallego Andrés Moldes, y José Molina, secretario del gobernador y capitán general Pedro de Cevallos, a la vez que capitán del Presidio (guarnición) de Buenos Aires.

Autorizó la unión el presbítero José González Islas, tío de la novia,

que ostentaba el título de doctor en teología y había actuado como capellán de las Hermanas de la Caridad e intervenido en el ensanche del templo de San Miguel.

Domingo y Juana participaron luego de la misa de velaciones, que se celebraba después de la boda para pedir que los hijos fueran educados cristianamente y aun que fueran sacerdotes. Los hombros del varón eran cubiertos con un velo o palio, y en forma completa la cabeza de la mujer.

Los nuevos esposos se instalaron en una casa ubicada en la calle de Santo Domingo, a la que no tardaron en llegar los hijos. Fueron en total quince, de los que sobrevivieron doce.

La mayoría se entroncó con familias distinguidas e influyentes, excepto uno, que fue sacerdote, y otro, el creador de la Bandera, que murió soltero aunque dejó descendencia.

La primera en ver la luz fue Florencia, en 1758. Después vinieron Carlos José (1761), que ingresó a la carrera de las armas y al llegar a la mayor edad formó hogar con María Sánchez de Velazco; José Gregorio (1762), quien se casó con Casiana Cabral; María Josefa Juana (1764) y Bernardo José Félix Servando (1765); María Josefa Anastasia (1767); y Domingo Estanislao (1768), que abrazó el sacerdocio. Explica Susana Frías que «una de estas dos María Josefa contrajo matrimonio con el sevillano José María Calderón de la Barca, y fueron padres de 10 hijos». En cuanto a la otra, agrega, no hay datos sobre ella, de lo que puede inferirse que, como asaz frecuente, falleció de corta edad y los padres asignaron el nombre a otra hija mujer.

Nace Manuel Belgrano

El 3 de junio de 1770 nació Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús. Al día siguiente lo sostuvo en la pila bautismal catedralicia Julián Gregorio de Espinosa, quien seis años más tarde se casaría con la hermana mayor, María Florencia. Lo bautizó uno de los sacerdotes más ilustres del clero rioplatense: el santafesino Juan Baltasar Maciel, quien pareció haberle transmitido en ese acto la contracción al saber, ya que se trataba de un hombre superior, dueño de la biblioteca más importante de su tiempo en el Río de la Plata, además de ensayista y poeta. Sería su rector años más tarde en el Real Colegio de San Carlos.

En 1771 nació Francisco José María, muy próximo a Manuel no sólo por la edad sino porque sería enviado con éste a España para interiorizarse de las nuevas prácticas comerciales.

El hogar de los Belgrano creció en 1773 con la llegada de Joaquín Cayetano Lorenzo, que se casó con Catalina Melián en 1775, y con la de María del Rosario, quien contraería matrimonio con el navarro Juan Bautista Argain.

Después, don Domingo y doña Juana engendrarían otra mujer, Juana María Nepomucena, en 1776, quien se uniría con Ignacio Ramos Villamil y, una vez viuda, con Francisco Chas.

Luego vino al mundo Miguel José Félix, nacido en 1777, que ingresó en España en la Compañía Americana de la Guardia de Corps. Allí se casó con María Bazán, y ya viudo regresó para hacerlo con su sobrina Flora Belgrano y convertirse en profesor y luego director del colegio de Ciencias Morales.

Quedan por mencionar tres hermanos; de dos de ellos no se sabe casi nada: María Ana Estanislada, nacida en 1778, a quien sostuvo en la pila la mayor de sus hermanas; y Agustín Leoncio José, que vio la luz tres años más tarde. La tercera fue Juana Francisca Buenaventura (1779), que contrajo nupcias con José María Fernández de Acevedo.

Mientras atendía sus obligaciones paternales y ampliaba aún más su giro comercial, don Domingo recibía nuevas responsabilidades públicas. En 1772 obtuvo del gobernador Juan José de Vértiz y Salcedo las insignias de capitán «en atención a su mérito, valor, celo y conducta», circunstancia que habla del aprecio de que gozaba entre las autoridades hispanas.

Exhibía esa condición cuando en 1776 se produjo la erección del Virreinato del Río de la Plata, que no sólo aumentó la importancia política de Buenos Aires sino que acrecentó las perspectivas económicas de sus habitantes. El designado para regir la nueva y vastísima jurisdicción fue quien años atrás le había dado acceso a las milicias locales como oficial, el general Pedro de Cevallos.

Dos años más tarde, don Domingo ingresó a la administración virreinal como vista y contador de la Aduana, para ocupar en 1781 la plaza de regidor del Cabildo, condición en la cual tuvo a su cargo la honorífica misión de pasear el Real Estandarte. En aquella circunstancia asumió todos los gastos que ocasionó la solemne función. Un año después ejerció el puesto de síndico procurador, por haber pasado su titular, doctor José Vicente Cañete, a ocupar las funciones «de teniente general de la provincia del Paraguay», cargo en el que éste fue reelegido más tarde.

Niñez y primera juventud

La proximidad del Convento de San Pedro Telmo (hoy Santo Domingo) y la fervorosa adhesión de la familia a la Orden de los Predicadores, hizo que los varones Belgrano recibieran los rudimentos de la enseñanza en la Escuela de Dios, bajo la atenta mirada de fray José de Zemborain.

Pero luego había que ampliar esa preparación, sin duda escasa, con una formación sistemática como la que podía brindar el Real Colegio de San Carlos.

Fundado por el segundo virrey del Río de la Plata, Vértiz, en 1783, sobre la base del Colegio de San Ignacio que habían conducido los jesuitas hasta su expulsión en 1767, el instituto se regía por las constituciones y plan de estudios vigentes en el Colegio de Montserrat, de Córdoba. Por lo tanto, los estudiantes debían cursar a lo largo de dos años y medio, de acuerdo con el siguiente orden: metafísica en el primero, física en el segundo, y filosofía en los primeros meses del tercero.

El establecimiento contaba con dos tipos de estudiantes: los colegiales, que residían en sus claustros en calidad de pensionistas, y los manteístas (capistas), que sólo concurrían a las clases pero vivían en sus hogares.

Para admitir alumnos debía tenerse en cuenta que fueran «de primera clase», con diez años de edad como mínimo, hijos legítimos y que supiesen leer y escribir. Los padres debían ser

«cristianos viejos, limpios de toda mancha de sangre de judíos, moros, indios o penitenciados por el Santo Oficio de la Inquisición». Estas reglas también regían en la Península para el acceso a establecimientos similares, civiles y militares.

Manuel Belgrano ingresó a los 14 años, en 1784, y vistió el uniforme prescripto para los estudiantes, consistente en loba, especie de sotana de paño negro con sobretodo color musgo; sombrero negro de tres picos y beca encarnada con las armas reales bordadas en plata.

Se inscribió en las clases de metafísica, a las que concurrieron 34 alumnos; al año siguiente asistió a las aulas de física, donde sus compañeros bajaron a 28, y en 1786, comenzó filosofía, con 18

estudiantes. Según expresó en Autobiografía, además aprendió «algo de teología». Concluyó su corto ciclo en mayo, tal vez con una autorización especial, para poder viajar ese mismo año a España.

En sus alforjas llevaría un certificado insuficiente para la Universidad de Salamanca, donde Manuel dirigiría sus pasos. Firmado por el doctor Maciel, cancelario del Colegio, y los profesores que habían asistido a las respectivas pruebas, entre ellos su maestro predilecto el doctor Luis José Chorroarín, el documento hacía constar que «Manuel Belgrano Pérez cumplió el trienio público de Filosofía, presentó los trabajos exigidos por las Constituciones, sufrió [aprobó] los exámenes particulares y obtuvo los sufragios de todos los examinadores».

La constancia poseía serias deficiencias de forma y fondo. Llevaba, borrosa, la firma de Maciel, quien por entonces se hallaba en Montevideo, deportado por el virrey Loreto, y no contenía el detalle de las materias aprobadas. Sí lo tendría uno posterior, que finalmente no pudo ser utilizado pues llegó cuando ya había conseguido sortear las dificultades para lograr el ingreso.

Hacia España

Al parecer, la capacidad e inteligencia de Manuel y de su hermano Francisco José María los calificaban en las preferencias paternas para cruzar el océano y estudiar en España. El padre prefería que aprendiesen en aquel bullicioso mundo de finales del XVIII las nuevas prácticas comerciales para acrecentar el poderío económico de la familia. No en vano don Domingo provenía de una tierra dada durante siglos a las más diversas operaciones mercantiles, experta en cruzar los mares para obtener rentas de dicho tráfico.

Según algunos biógrafos, mientras éste deseaba que Manuel regresara con profundos conocimientos en el ramo que le había dado fortuna y lustre, su madre, convencida de las cualidades intelectuales superiores de su hijo, anhelaba para él un doctorado en derecho civil y canónico que le permitiera alcanzar elevadas posiciones en la administración colonial.

Lo cierto es que ambos hermanos, una vez que su padre obtuvo el permiso de las autoridades para que pasaran a la Península, llegaron al puerto de La Coruña, Galicia, a mediados de octubre de 1786.

En Salamanca

Belgrano no estuvo con su hermana y su cuñado Calderón de la Barca en la capital española, como anunciaba el pedido de autorización para viajar formulado por su padre, pues el matrimonio se hallaba entonces en Buenos Aires. Tal vez viajó enseguida a Salamanca mientras su hermano Francisco permanecía en la Villa y Corte de Madrid.

La Universitas Studii Salmanticensis remontaba sus orígenes al siglo XIII, cuando Alfonso X

El Sabio transformó el Estudio en Universidad. Había tenido épocas de gran esplendor, pero en los tiempos en que Belgrano llegó a aquella ciudad asombrosa por su belleza arquitectónica recostada sobre el río Tormes, el establecimiento se hallaba estancado desde el punto de vista de la enseñanza, aunque algunos profesores se salían de los planes de estudio para insuflar las ideas de la Ilustración a los espíritus predispuestos. Entre aquéllos cabe mencionar al catedrático de filosofía moral y jurídica Ramón de Salas y Cortés, al poeta Juan Meléndez Valdés, al matemático y filósofo Miguel Martel, bibliotecario de la universidad, traductor y difusor del pensamiento de Jeremías

Bentham; Toribio Núñez Sessé, el matemático Juan Justo García y los poetas y políticos Juan Nicasio Gallego y Manuel José Quintana.

Pero antes de entrar en las aulas de derecho y alcanzar el saber que podían brindarle sus profesores, Belgrano debía sortear dificultades derivadas del deficiente certificado que poseía.

El 20 de noviembre de 1786, atravesó el pórtico estilo plateresco de la Universidad para matricularse en la Facultad de Leyes, con el certificado del Colegio de San Carlos fechado el 19 de mayo de ese año. En su solicitud dijo haber estudiado tres años completos de filosofía, y enumeró las materias aprobadas: lógica, física y metafísica y filosofía moral, cosa que no expresaba la constancia de carácter general que exhibía y atribuyó a negligencia de los encargados de brindar el certificado el no haber cumplido con las prescripciones del Supremo Consejo de Castilla. A la vez advertía sobre los grandes perjuicios de un rechazo, por el penoso viaje que debería hacer en busca de una nueva constancia.

A pesar de que el vicerrector de la Universidad decretó que se le reconocieran los tres cursos y pasara a primer año de leyes, su providencia fue observada por el secretario de esa casa. Belgrano debería rendir examen de filosofía moral y mientras tanto inscribirse como alumno oyente. El 18 de junio de 1787 aprobó esa materia ante los catedráticos Gabriel de la Peña y Antonio Reirraud, y el mismo día se anotó en leyes, donde el 7 de septiembre rindió exitosamente el primer año con los mismos profesores. Elías Díaz Molano supone que Belgrano asistió desde antes como oyente y se matriculó cuando estuvo en condiciones, por lo que se le compensaron los días y pudo presentarse a examen, vestido de loba, manteo y

bonete. Según la costumbre habrá efectuado los tres «piques» en el Digesto, con un cortapapeles, para marcar los asuntos de que trataban las páginas que quedaban abiertas.

Se trataba de la gran compilación ordenada por el emperador Justiniano en 533 d.C., que contenía fragmentos de cuarenta juristas, de los cuales treinta y cinco eran clásicos.

En previsión de que su inscripción no prosperara, Belgrano había pedido un nuevo certificado al Colegio de San Carlos, pero al recibirlo lo guardó entre sus papeles por no haber sido necesaria su presentación.

El paso del joven porteño por Salamanca no fue prolongado. Cursó

segundo año en 1788, seis de los ocho meses prescriptos, y si bien asistió a las clases de los profesores de Instituciones Civiles, doctores Peña y Reirraud, no surgen evidencias de que pasara por otras cátedras.

Diría el propio Belgrano en su ya citada Autobiografía:

Confieso que mi aplicación no la contraje tanto a la carrera que había ido a emprender, como al estudio de los idiomas vivos, de la economía política y al derecho público, y que en los primeros momentos en que tuve la suerte de encontrar hombres amantes del bien público que me manifestaron sus útiles ideas, se apoderó de mí el deseo de propender cuanto pudiese al provecho general, y adquirir renombre con mis trabajos a tan importante objeto, dirigiéndolos particularmente a favor de mi patria.

Durante su permanencia en Salamanca, Belgrano concurrió a la Academia de Economía que presidió Ramón de Salas y Cortés, quien puso en marcha en 1788 el primer curso de esa disciplina. Como el rector, Diego Ramón Torrero, sería diputado, años más tarde, ante las Cortes de Cádiz.

Se debe a Salas la compra para la biblioteca de la Universidad, dentro de una importante adquisición de libros dispuesta por Muñoz Torrero, de los dos volúmenes De la búsqueda de la verdad del filósofo y teólogo francés Nicolás Malebranche, uno de los continuadores de Descartes; los siete tomos de la Ciencia de la Legislación, del jurista y pensador italiano Cayetano Filangieri; los siete volúmenes de La riqueza de las Naciones, del escocés Adam Smith; las Obras completas de Tousseau (sic); de los quince volúmenes de los Cursos de Estudios, los seis de Elementos de Política y economía social y el Tratado de las sensaciones, del abad, filósofo y economista francés Etienne Bonnot de Condillac.

Dado que varias de estas obras estaban prohibidas en el Index de la Iglesia Católica, Muñoz Torrero propuso al claustro que se pidiera al Consejo de Castilla extensión de la licencia para leer libros prohibidos. Triunfó, por sobre la moción de Salas de que la franquicia abarcase a todos los alumnos, la que reclamaba esa exención sólo para los profesores.

Es posible que Belgrano haya tomado conocimiento de esas obras o que al menos despertasen su curiosidad en las conversaciones en la academia y lo acicateasen para pedir, años después, una dispensa al Papa con el fin de leer autores prohibidos. Ciertamente no sólo

influirían para esa solicitud la sincera religiosidad de Belgrano, sino también la precaución para no verse sometido a castigos como el que sufriera su admirado Pablo Olavide, acusado y expulsado de España tras un proceso inquisitorial. Parecidas tribulaciones soportaron después Muñoz Torrero y Salas.

Prisión de Domingo Belgrano

De pronto, una verdadera catástrofe golpeó la existencia de la familia Belgrano: don Domingo, que había cumplido con general beneplácito sus funciones en la Aduana, poniendo orden en los libros y promoviendo operaciones comerciales que incrementaron el real tesoro, sufrió las consecuencias de su íntima amistad con el administrador de aquel organismo, Francisco Ximénez de Mesa.

Éste había tenido a su cargo poner en marcha el gran cambio que significó la decisión del virrey Cevallos, del 6 de octubre de 1777, de autorizar a Buenos Aires a comercializar libremente sus productos con los Virreinatos del Perú, Nueva España, Nueva Granada y la Capitanía General de Guatemala. La medida, confirmada y ampliada por la real cédula del 2 de febrero de 1778 que incorporó a Buenos Aires al libre comercio con España, produjo la reactivación comercial de la ciudad.

Sin embargo, frente a la realidad de la quiebra, Ximénez de Mesa fue sometido a proceso por orden del tercer virrey del Río de la Plata, Nicolás del Campo, marqués de Loreto, en 1788.

Don Domingo fue a prisión y sufrió el secuestro de todos sus bienes.

Frente a tal situación, doña María Josefa González debió hacerse cargo de la difícil tarea de rehabilitar a su esposo, sostener a la familia en Buenos Aires y atender a la vida de los hijos que se hallaban en España.

Manuel sería un factor importante en las gestiones ante la Corte para que el buen nombre de su padre no sufriera merma.

Estudiante en Valladolid

Quizá la necesidad de entregarse de lleno a demostrar la inocencia de don Domingo y a obtener su reivindicación pública lo llevó a protagonizar un hecho común en la época pero no por ello menos reprobable.

El 23 de enero de 1789 presentó tres documentos en la Universidad de Valladolid con el fin de que se le diera permiso para rendir el examen que le otorgara el diploma de bachiller en leyes. El primero era un certificado en el que constaba que Manuel Belgrano, «natural de la ciudad de Buenos Aires, de 19 años de edad, poco más o menos, pelo rojo y ojos castaños», se presentó al señor rector, arreglado en el traje,

prestó juramento de obediencia, y se le dijo que debía matricularse para asistir a clase y otras prevenciones. Lo suscribieron el rector, doctor Ugarte, y los examinadores, doctores Zamorano, Guerra y un tercero cuya firma resulta ilegible.

Al pie, aparece un certificado del 21 de junio de 1788 en el que se afirmaba, ¡nada menos!, que Manuel se había matriculado en 1782 y había cursado, con asistencia «por mañana y tarde», dos años de Filosofía y cuatro de Instituciones Civiles en la Universidad de Oviedo.

El documento se hallaba firmado por el secretario de esa casa, Francisco Javier Mére, y autenticado por tres escribanos de la ciudad. Se omitían por completo los estudios de Salamanca.

Aunque algunos estudiosos que se han ocupado del tema procuraron indagar más a fondo el origen de la constancia, no fue posible porque los archivos ovetenses fueron destruidos por bombardeos durante la Guerra Civil Española de 1936-1939.

Sin duda, se trató de un papel en que se fraguaban los datos para favorecer que, mediante un rápido examen, Belgrano pudiera terminar su carrera. Al parecer, la práctica era frecuente, y hasta la había utilizado el célebre prócer de la Ilustración española Gaspar Melchor de Jovellanos.

Lo cierto es que el joven porteño pidió autorización con el fin de ser examinado, solicitó día y hora para pasar la prueba, y concurrió el 28 de enero, detallando los temas extraídos por él el día anterior mediante los consabidos piques en las Institutas, de Gayo. De los tres asuntos, Belgrano eligió el segundo. A las 12 en punto se inició la prueba con su disertación sobre Quibus modis re contrahitur obligatio («De qué manera se contrae una obligación por la cosa»). Formaban el tribunal el decano de la Facultad de Leyes y los doctores Manuel de Junto, Tomás Moyano y Manuel de León Santos.

En algo más de una semana, recibía el respectivo certificado, salía de la invernal Valladolid y regresaba a Madrid para instalarse en la casa de los Calderón de la Barca. Le quedaban

por cumplir tres importantes cometidos: trabajar por la dilucidación del caso de su padre y demostrar su inocencia, realizar la correspondiente pasantía forense con el objeto de obtener su habilitación para ejercer la abogacía, y lograr un puesto lucrativo dentro de la administración española.

Entre Madrid y San Lorenzo del Escorial

Belgrano se encontró con una Madrid en pleno crecimiento. Si su estancia anterior apenas le había permitido imponerse de los grandes cambios sufridos a lo largo del siglo XVIII del que hablaban los indianos que regresaban de la Corte, ahora podía contemplar el desarrollo de paseos y bulevares, de obras públicas para sanear el ambiente, de la construcción de nuevos palacios, de las fuentes de Cibeles y de Neptuno, de la imponente Puerta de Alcalá…

También podía frecuentar los principales salones, donde llamaba la atención su porte de extranjero de maneras cultas y refinadas; recorrer los barrios menos distinguidos en busca de circunstanciales aventuras, y concurrir a los cenáculos donde era dable intercambiar opiniones y lecturas sobre los temas que agitaban su espíritu visionario. Solía asistir a las sesiones de la Sociedad de Santa Bárbara.

Las costumbres eran bastante licenciosas, más allá de las reglas con que se procuraba impedir los excesos en el uso de las vestimentas, en los bailes y en las diversiones populares. No es de pensar que Belgrano desoyese las insinuaciones o los requerimientos más directos. En alguna aventura secreta o durante las celebraciones de muchachos que concluían en las «casas non sanctas», sufrió el contagio de la enfermedad que lo acompañó toda su vida y lo llevó al sepulcro: la temida sífilis.

España estaba atada con Francia por los Pactos de Familia, pero pronto la Revolución popular que alcanzó su punto culminante con la toma de la terrible prisión de la Bastilla, seguida de episodios violentos de todo género, aunque también de hechos innovadores, provocó una profunda convulsión que alcanzó a todas las clases de la sociedad: Como en la época de 1789 me hallaba en España y la Revolución de Francia hiciese también la variación de ideas, y particularmente en los hombres de letras con quienes trataba, se apoderaron de mí las ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad, y sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuese, no disfrutase de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido, y aun las mismas sociedades habían acordado en su establecimiento directa o indirectamente.

Con la lentitud de los buques de vela que llegaban a Cádiz o a La Coruña, y la relativa seguridad de los servicios de postas, iba discurriendo la correspondencia entre Manuel y sus padres.

La demora en la resolución del pleito de don Domingo exasperaba al pasante de abogado de veinte años de edad. Los papeles reunidos, le refería a su madre el 11 de agosto de 1790, formaban un verdadero

«promontorio» por su cantidad. Iban y venían por las oficinas.

No había tenido mejor suerte la comisión que le había encomendado el Colegio de San Carlos para reclamar unos pagos. El ex virrey Vértiz, a quien había visto, le decía que no quería enzarzarse en las cuestiones del Río de la Plata. Por esa y otras razones desesperaba de tener éxito.

Sin embargo, en medio de las frustraciones, en una misiva a su padre le enumeraba cuánto se hubiera podido hacer si no hubiese sufrido la enojosa situación en que éste se hallaba.

Como persona ducha en cuestiones económicas, le decía el 10 de febrero de 1790: Hemos salido de los tiempos de [José] de Gálvez [hombre duro, acusado de nepotismo y muy mal mirado en el Río de la Plata por sus medidas como ministro de Indias] y nos hallamos en otra situación. Se premia ahora el mérito y no se consigue con dinero tan descubiertamente como en aquellos tiempos, a más que los ministros son muy justificados y miran todo con aquella madurez digna de su talento. Si no nos hubiera sucedido esta desgracia, acaso vería vuestra merced los beneficios del nuevo monarca [Carlos IV] en nuestra casa, con todo en estos tiempos se puede ganar con el trigo, con las carnes saladas y otros ramos de industria, como es ver si se puede plantar arroz en ese país, o al menos se vea verificado el proyecto que vuestra merced presentó, que me persuado que con los talentos de vuestra merced no es difícil; aunque, a mí mismo me parece repugnante mostrarle estas ideas, que no ignora vuestra merced. No obstante, como veo las cosas de más cerca, me atrevo a proponerlas y decirle las adopte pues nos pueden valer mucho, principalmente las de trigo y arroz.

Después, le manifestaba sus deseos de servirlo y le expresaba su amor filial, aunque se sabía pasible de limitaciones:

Al fin, mi amado padre y señor: quisiera ya ser capaz de poder ayudar a vuestra merced., pero mi poca experiencia y mi poca habilidad no lo permiten. Así me parece hago todo mi deber sometiéndome a su obediencia. Ésta creo jamás se borrará en mi corazón, pues las pocas luces que me asisten hacen que conozca los deberes que tiene un hijo hacia su padre.

En esta inteligencia sólo espero me imponga vuestra merced sus preceptos, siendo mi mayor gusto ponerlos en ejecución. Le aseguro vuestra merced que nunca estoy más contento que cuando hago una cosa que contemplo merecerá la aprobación de mis padres a

quienes deseo guarde el Todopoderoso muchos años para bien de mis hermanos y de éste, su amante hijo que besa su mano.

Los requerimientos de su madre para que obtuviera el título de doctor, le producían estas reflexiones:

Del todo desisto de graduarme de doctor; lo contemplo como una cosa muy inútil y un gasto superfluo, a más que si he de ser abogado me basta el grado que tengo, y la práctica que hasta hoy voy adquiriendo, lo que sí pienso en dicho grado tengo que sujetarme otros cuatro años más en la Universidad y a qué gastar el tiempo en sutilezas de los romanos que nada hacen al caso, y perder el precioso tiempo que se debería emplear, en estudiar cosas más útiles, con que si acaso mis ideas no tienen efecto, vuestras mercedes podrán disponer como mejor les pareciese en la inteligencia que tengo por muy inútil ser doctor pues de nada sirve.

En parecidos términos se dirigiría a su padre, diciéndole el 8 de diciembre de 1790, que volver a Salamanca para alcanzar ese objeto era «una patarata».

Quien lee la correspondencia de Belgrano y observa el poco interés que puso en cumplir con los requisitos universitarios de la época, no puede sino pensar en que su inteligencia y su espíritu inquieto e impresionable lo desanimaban con respecto a la asistencia sistemática a las aulas, sobre todo porque algunos de los profesores que había tratado reducían su saber a la memorización de «las sutilezas de los romanos» y de unas pocas proposiciones filosóficas de cuño escolástico.

En cambio, gozaba con la idea de viajar y conocer el mundo de constantes cambios en que le había tocado vivir. Una no común facilidad para aprender y hablar varios idiomas le abría las puertas de la lectura en sus textos originales y le auguraba la posibilidad de conocer Europa. Atento a las sangrientas convulsiones de Francia, comprendía que no era dable recorrerla en lo inmediato. Pero no podía dejar de conocer en profundidad Italia.

Dominaba la lengua y conocía la literatura de aquella península políticamente atomizada pero culturalmente homogénea, que además ofrecía el brillante espectáculo de sus monumentos y sus gentes.

En carta a su padre —sin fecha pero tal vez del 6 de octubre de 1790 — desde San Lorenzo del Escorial donde había ido para interesarse ante la corte por el total desembargo de los bienes de don Domingo,

cuya situación había mejorado bastante al ser excarcelado y devuelto a su casa, le manifestaba su cada vez más perentorio deseo de viajar a Italia y luego recorrer toda España:

Hasta ahora he encontrado un torinés, de tantos italianos con quienes trato, pues todos o son florentinos o milaneses o romanos, etcétera, pero de cualquier parte que ellos sean me

gustan, pues hablo con ellos, me dan algunas noticias de aquellos países, y todos me dicen que no me debo ir a América sin hacer un giro por allá, y ninguno quiere creer que no haya estado en Italia porque me oyen hablar tal cual su idioma, pues es verdad que ningún idioma se habla bien sin estar en el propio país. No obstante, creo que esta regla puede fallar habiendo aplicación.

También esperaba un destino en la diplomacia española que le permitiera conocer otras tierras. Le habían ofrecido un cargo de oficial real en el Río de la Plata, pero consideraba irritantes las condiciones. En otra carta le había pedido a su madre que estuviese atenta por si se producía alguna vacante de cierta importancia para mover los hilos desde la corte, y le narraba que había recibido la propuesta de trasladarse al Virreinato de Nueva España con sueldos y honores apropiados, que esperaba que se concretase. No iba a desperdiciar ninguna buena oferta porque «la patria de los hombres es el mundo habitado».

Confiaba en los vínculos con José Moñiño y Redondo, conde de Floridablanca —quien dicho sea de paso, luego de una prolongada y decisiva actuación estaba a punto de caer en desgracia con el rey Carlos IV—, para conseguir el cargo de oficial «en alguna secretaría de embajada, y según mi aplicación y el talento que tenga, puedo llegar a ocupar algún cargo de enviado o ministro plenipotenciario, etcétera, carrera brillantísima».

Como todo joven, soñaba…

Unos meses atrás había pedido autorización por nota al Papa Pío VI para leer libros prohibidos. El pontífice concedió en la audiencia del 14 de septiembre de 1790: la licencia pedida y la facultad de leer y conservar durante su vida todos y cualquiera libros de autores condenados aunque sean heréticos, y en cualquier forma que estuviesen publicados, con tal que los guarde para que no pasen a otras manos, excepto los de los astrólogos judiciarios o que contengan cosas supersticiosas o que ex profeso traten de materias obscenas.

Y lo informaba con satisfacción a Domingo Belgrano.

El incendio de la Plaza Mayor de Madrid

Su condición de pasante de abogado impidió que Manuel fuera forzado a abandonar la ciudad, como otros forasteros, a raíz del pavoroso incendio de la Plaza Mayor de Madrid, el tercero y más grave de su historia, ocurrido en la noche del 16 de agosto de 1790. En un rato quedó destruido un tercio de su perímetro, en especial en el lado occidental de la plaza. El fuego dañó varios edificios de las calles aledañas, a favor de la abundante madera que se utilizaba en la construcción.

El mismo gran recinto donde se desarrollaba buena parte de la vida ciudadana, había sido levantado utilizando tan inflamable material tras el siniestro de 1672.

Durante tres días fue imposible contener las llamas con los pocos medios de que se disponía, y hubo que demoler los edificios colindantes para que actuaran como cortafuegos para impedir su avance.

El joven porteño fue testigo del desastre. Luego de informar a su padre sobre amenazas de guerras y otros sucesos lamentables, escribía:

De todo esto lo más lastimoso ha sido la destrucción de todo un lienzo [pared que se extiende de un ángulo a otro] de la Plaza [Mayor] de Madrid, a rigor de las [llamas] lo consumió, y hoy dura el fuego, habiendo principiado el día 16 de agosto. Se han perdido muchos caudales, pues precisamente fue la desgracia donde estaba el principal comercio. El principio de él hasta ahora no se ha podido averiguar, pero los que piensan como deben pensar creen fuese algún descuido.

Tan tremendo siniestro debió de impresionarlo profundamente, ya que le dedicó un párrafo de una carta a su hermano Francisco, residente en Cádiz: el incendio continuaba, aunque le aseguraban que no podía expandirse. Todavía no se habían calculado los muertos y heridos. Se decía que las pérdidas sumaban 40.000.000 de pesos, pero advertía que se mentía mucho sobre el tema. Los teatros y la plaza de toros estaban cerrados, y «el vulgo ignorante de este pueblo» decía que como el autor del reciente atentado al conde de Floridablanca se había negado a besar un crucifijo en el patíbulo, el incendio se debía al castigo divino. Agregaba que al no haber querido reconciliarse con la religión, sus restos habían sido enterrados en el campo.

Antes de concluir su adiestramiento para la profesión de abogado,

Belgrano solicitó, el 29

de marzo de 1792, el cargo de alguacil mayor de la Aduana de Buenos Aires, que iba a ser creado, pero no logró éxito en sus aspiraciones.

El título de abogado y el retorno a la patria

Finalmente, Belgrano cumplió con los plazos de pasantía previstos en los bufetes madrileños, tras recibir en 1790 la visita de su hermano Carlos, y el último día de enero de 1793 concurrió a la Real Cancillería de Valladolid para demostrar que estaba en condiciones de realizar actividades forenses.

El secretario del rey, escribano de cámara en lo civil de ese cuerpo y del Real Acuerdo, Francisco de Cos González, certificó el acto:

En el acuerdo general celebrado ese día por los señores presidente y oidores de él en 31 de enero próximo pasado examinaron de abogado al bachiller don Manuel Belgrano, natural de la ciudad y obispado de Buenos Aires; habiéndole hallado hábil y suficiente lo aprobaron, y concedieron licencia y facultad para que use y ejerza el empleo de tal abogado con los demás de esta dicha real cancillería […] y para ello hizo el juramento y solemnidad acostumbrado, a presencia de los mismos señores y ha dado satisfacción de derecho de media anata que por esta razón le corresponde pagar.

Para entonces, Belgrano ya había conseguido que sus padres desistieran de su pretensión de que fuese doctor en derecho civil y canónico. Como se verá en el próximo capítulo, nunca abriría bufete, aunque los conocimientos adquiridos en materia forense, unidos a la formación que le habían aportado sus muchas lecturas, lo ayudaron a emprender una de las mayores obras de desarrollo material y educativo del período colonial en el Río de la Plata.

Bibliografía

Las referencias bibliográficas se reproducen completas la primera vez que se citan. En sucesivos capítulos se reitera el autor y título en el texto. Cuando una obra se vuelve a mencionar en la bibliografía, sólo se consigna el nombre de autor y título, sin otros datos.

Además de los datos aportados por el Archivo de la Parroquia de la Merced, Matrimonios, tomo I, libro 7, folio 86, a través de la licenciada Susana R. Frías, se citan dentro de la ingente producción escrita sobre Manuel Belgrano que encierra la Bibliografía Belgraniana, Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, 1998, las siguientes: Autobiografía del general don Manuel Belgrano, que comprende desde sus primeros años (1770) hasta la Revolución del 25 de Mayo, Biblioteca de Mayo volumen 2, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960; Documentos del Archivo de Belgrano, tomo I, Museo Mitre, 1913; Documentos para la Historia del General Don Manuel Belgrano, tomo I, Buenos Aires, Instituto Belgraniano Central, 1981; Epistolario Belgraniano, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1970 [hay una segunda edición publicada por la Editorial Taurus, Buenos Aires, 2001].

Mario Belgrano, Historia de Belgrano, Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, 1994; Adolfo de Castro, Historia de Cádiz y su provincia: desde los tiempos remotos hasta 1814, Cádiz, Diputación Provincial, 1985 José de Corral, La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVIII, Madrid, Ediciones La Librería, 2000; Elías Díaz Molano, Manuel Belgrano en España, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1984; Mario S. Dreyer, Horacio E. Timpanaro, Laureano R. A. García Dadoni, Belgrano. Semblanza. Enfermedades. Obra, Monte Grande, 1989; Susana R. Frías, «Hombres de Mayo en Familia», La Bolsa Hoy. Publicación de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, Nº 78, Buenos Aires, marzo de 2011; José Oscar Frigerio, «El Real Colegio San Carlos», Todo es Historia, año XVIII, Nº 201, Buenos Aires, 1984; Ovidio

Giménez, Época y obra de Manuel Belgrano, Buenos Aires, El Ateneo, 1993; Julio A. Luqui Lagleyze, Buenos Aires. Sencilla historia, Buenos Aires, Librerías Turísticas, 1994; Aníbal Jorge Luzuriaga, Manuel Belgrano. Estadista y prócer de la independencia hispanoamericana, Buenos Aires, Universidad de Morón, 2004; Bartolomé Mitre, Historia de Belgrano y de la independencia argentina, tomo I, Buenos Aires, Biblioteca del Suboficial, 1941; Raúl Alejandro Molina, «Genearquía y

genealogía de Belgrano», Historia, año V, Nº 20, Buenos Aires; «Hombres de Mayo: Belgrano González, Domingo, Joaquín, José Gregorio, Manuel», Genealogía. Revista del Instituto de Investigaciones Genealógicas, Buenos Aires, 1961; José Luis Molinari, «Belgrano, sus enfermedades, sus médicos y su muerte», Historia, número citado; Guillermo Palombo, «La vida militar en el Buenos Aires colonial. El reglamento de servicio interno de la Guarnición en 1762» en Historias de la Ciudad. Una revista de Buenos Aires, Buenos Aires, octubre de 2008, núm. 48; Susan Socolow, Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1991.

Secretario del Real Consulado

El desarrollo del comercio de Buenos Aires era cada vez mayor a fines del siglo XVIII, como lo era la influencia social y económica de quienes lo practicaban. El puerto adquiría creciente importancia y el aumento del flujo mercantil repercutía en el desarrollo edilicio de la ciudad, que iba cambiando su fisonomía sin que se construyesen edificios públicos de significación ni se levantasen casas de la magnificencia que era dable observar en otras capitales indianas.

Dice Pedro Navarro Floria que los cargadores solían reunirse en juntas y nombrar apoderados para defender los intereses colectivos, por lo general estrechando vínculos con Cádiz para quitarse la pesada tutela del Virreinato del Perú, aun después que la parte más austral del Imperio Español contase con el propio. Si bien los comerciantes limeños establecieron un representante de su Consulado de Comercio, los porteños quisieron contar con el propio. El deseo de autonomía era resultado de la distancia que, al tornar difíciles y engorrosos los contactos, acrecentaba el localismo.

Como en otras partes de Europa, la ascendiente burguesía española adquirió una influencia apreciable que fue asegurándole el dominio del tráfico ultramarino, hasta obtener un fuero especial que permitía juzgar entre los comerciantes sus propias causas bajo el principio de la verdad sabida y la buena fe guardada, y ponía en sus manos el fomento de la agricultura, la navegación, los caminos, la actividad manufacturera, la enseñanza de cuestiones que impulsasen esas actividades y permitiesen ejercer mejor el quehacer mercantil. De un modo renovado con respecto a los tribunales constituidos en tiempos de los Austrias en las ciudades de Burgos, Bilbao, México y Lima, los consulados alcanzaron difusión con el advenimiento de los Borbones, al cubrir los puertos peninsulares de Málaga, Alicante, La Coruña, Santander y Tenerife, y los americanos de Caracas y Guatemala.

Seguían el modelo del Consulado de Sevilla, creado por Carlos III en 1784.

Buenos Aires anhelaba contar con el propio desde 1785, en que se iniciaron las gestiones sobre la base de lo solicitado en el Reglamento de Comercio Libre de 1778, aunque tanto el virrey como los principales representantes de ese quehacer deseaban que adquiriese un carácter corporativo similar al de los consulados más antiguos. Pasó el tiempo con la lentitud de las cosas de palacio, agravada por la parsimonia de la burocracia hispana que tanto ofuscaba al joven Manuel Belgrano, sin que los organismos destinados a despachar el pedido diesen una respuesta definitiva. Ello hizo que en 1790, el virrey Nicolás Antonio de Arredondo y la Real Audiencia de Buenos Aires reanudaran las gestiones, pidiendo la creación de una junta consular presidida por el primero.

Eran los tiempos en que Belgrano, con buenas amistades en la corte de Carlos IV, transitaba en verano por los ásperos caminos que separaban a la capital de San Lorenzo del Escorial, o

asistía a las reuniones de personajes influyentes en Madrid, para enterarse de las conmovedoras noticias provenientes de Francia y otras partes de Europa, y averiguar qué plazas se hallaban vacantes en la administración borbónica en América.

Arredondo y un núcleo de fuertes comerciantes que al decir de Navarro Floria representaban poderosos clanes familiares, generalmente de origen vasco y de inmigración reciente, tenían como candidato para ocupar la secretaría y la escribanía del Consulado a Pablo Beruti, quien desde 1752 venía desempeñándose como escribano real. Pero tanto en ese aspecto como en lo referente a las características del organismo, la Corona dejaría de lado las propuestas provenientes del Río de la Plata para adoptar el modelo de los consulados más nuevos.

El 30 de enero de 1794, Carlos IV firmó en el palacio de Aranjuez una real orden en la que se establecía la nueva institución. Se siguió tan al pie de la letra el modelo sevillano que el original de dicho documento fue redactado sobre un ejemplar de la cédula expedida para Caracas, apenas enmendado. Las correcciones se referían sólo a aspectos procesales y fundamentalmente a una serie de encargos para la junta del Consulado del Río de la Plata, como construir buenos caminos, establecer rancherías en los despoblados, limpiar y mantener en condiciones el puerto de Montevideo y construir en un sitio adecuado un muelle o desembarcadero en Buenos Aires, donde pudieran hacerse

las cargas y descargas sin riesgos de averías y fraudes.

Belgrano, secretario

Casi dos meses antes, el rey había designado a Manuel Belgrano como secretario perpetuo del Consulado que aún no había creado oficialmente. Evidentemente, ni Arredondo ni los comerciantes porteños que habían pedido la creación, pensaron en el hijo de su colega don Domingo, finalmente absuelto por decisión del virrey, al que le tocó cerrar las actuaciones en España, el 23 de mayo de 1793.

El joven abogado había solicitado al monarca que lo nombrase asesor del organismo, por nota del 17 de octubre de 1793, en la que acompañó el impreso en el que figuraba la relación de méritos y servicios de su padre, citada en el capítulo anterior.

Pero los consejeros de Carlos IV le sugirieron que le diese la secretaría, en virtud de sus buenos antecedentes. El antiguo virrey, marqués de Loreto, preguntado sobre los posibles candidatos, había dicho que sería preciso «que lo busque y escoja de conocida instrucción y probidad», y que si no se estaba «muy satisfecho de encontrarlo así, mejor será que deje a Beruti». Tal vez no quiso recomendar al vástago del hombre a quien había mandado procesar.

Belgrano explica de este modo las circunstancias de su nombramiento: Al concluir mi carrera por los años de 1793, las ideas de economía política cundían en España con furor, y creo que a esto debí que me colocaran en la secretaría del Consulado de Buenos Aires, erigido en el tiempo del ministro Gardoqui [de Hacienda], sin que hubiese hecho la más mínima gestión para ello; y el oficial de secretaría que manejaba estos asuntos aun me pidió que le indicase individuos que tuvieran estos conocimientos, para emplearlos en las demás corporaciones de esta clase, que se erigían en diferentes plazas de comercio de América.

Cuando supe que tales cuerpos en sus juntas no tenían otro objeto que suplir a las sociedades económicas, tratando de agricultura, industria y comercio, se abrió un vasto campo a mi imaginación, como que ignoraba el manejo de la España respecto a sus colonias, y sólo había oído el rumor sordo a los americanos de quejas y disgustos, que atribuía yo a no haber conseguido sus pretensiones, y nunca a las intenciones perversas de los metropolitanos, que por sistema conservaban desde el tiempo de la conquista.

Lo cierto es que se iniciaba para Belgrano el momento del regreso a la tierra. Habían transcurrido ocho años desde su llegada a España,

donde había vivido muchas y variadas experiencias, contemplado de cerca la caída de los Borbones franceses, la ruptura de los Pactos de Familia y la muerte de Luis XVI en la guillotina, asistido a las miserias de la corte disoluta de Carlos IV y su esposa María Luisa de Parma, y al repentino ascenso de un oficial de la Guardia de Corps y amante de la reina, Manuel Godoy —quien tenía apenas dos años más que él— al Ministerio de Estado, que habían ocupado hasta entonces Floridablanca y enseguida Aranda.

Contaba en su haber valiosos conocimientos y cargaba en sus baúles numerosos libros adquiridos en España y en Italia. También llevaba varios ejemplares de la traducción que acababa de realizar del francés de la obra Máximas Generales del Gobierno Económico de un Reyno Agricultor, de François Quesnay. Impresa en Madrid, en las prensas de Ramón Ruiz al comenzar 1794, pudo señalar en la portada sus títulos de abogado de los Reales Consejos y secretario del Consulado de Buenos Aires. Curiosamente, en vez de dedicarla a uno de sus amigos ilustrados o a algún alto dignatario de la Corte, como era costumbre, la ofrendó a Diego de Noronha, embajador de Portugal ante Carlos IV.

Además, Belgrano había refinado sus hábitos y aprendido lo bueno y lo malo de los ambientes cortesanos y de los rincones populares. Había bailado en los salones de la nobleza, concurrido a las tertulias de hombres eminentes y contemplado los duelos a espada entre rivales de chaquetas de seda o brillantes uniformes. Pero también había concurrido a las verbenas y a las corridas de toros; se había topado con enfurecidos manolos que disputaban a navajazos en las callejuelas y en las tabernas de los barrios bajos.

En suma, había pulsado la vigorosa existencia de las grandes ciudades, tan diferentes a la de la monótona aldea que aún era Buenos Aires.

Retorno

El 15 de mayo de 1794, a las dos de la mañana, arribó al puerto de Montevideo el buque mercante que traía desde la Metrópoli a Manuel Belgrano y al contador designado para el Consulado de Buenos Aires, José María del Castillo.

Cuatro días después, el nuevo funcionario de la Corona se dirigió a su padre para comunicarle que había llegado con toda felicidad y que apenas el tiempo lo permitiese zarparía para Buenos Aires.

Finalmente, se abrazó con sus seres queridos. Tal vez, al contemplarlos agitó su espíritu la misma impresión que había experimentado en

Madrid al entrar por la puerta del bufete en que practicaba su hermano Carlos, después de varios años sin verse: «Lo vi entrar y no le conocí hasta algún momento y que le oí el metal de la voz. Verdaderamente hasta en las cosas más pequeñas de la naturaleza hace el tiempo sus estragos».

Como le había pedido a don Domingo, su compañero Castillo se alojó en su casa. Pronto ambos se dedicaron a ponerse en contacto con los consiliarios designados entre el comercio para el Consulado.

Mitre lo describe así en un momento tan importante de su existencia: Joven, rico y de buena presencia, todas las puertas se abrían a su paso. El prestigio de un viaje al Viejo Mundo, su instrucción variada, sus conocimientos de la música, su título de abogado, las consideraciones que había merecido en la metrópoli, y sus maneras afables y cultas, contribuyeron a darle un lugar distinguido en la sociedad y a ponerle en relación con los jóvenes más inteligentes de la época. Entre éstos, se ligó más íntimamente con Castelli, a quien comunicó sus gustos por los estudios económicos, recibiendo a cambio los efluvios magnéticos de aquella alma puesta en contacto con la suya.

Instalación del Consulado

De inmediato, Belgrano se puso a la tarea con el objeto de lograr la pronta instalación del cuerpo del que era responsable ante la Corona. A escasos días de su llegada, el 2 de junio de 1794 se celebró la primera sesión solemne, según expresaba el acta de puño y letra del secretario, «bajo la protección del Poder Divino por la intercesión de la Virgen María en su Purísima Concepción, patrona de España e Indias, para que inspirase su suficiencia».

Tomaron posesión los funcionarios elegidos por el ramo del comercio durante un lapso de dos años: un prior, dos cónsules, nueve consiliarios y un síndico.

Pronto la realidad echó un balde de agua fría a sus anhelos de cambios: No puedo decir bastante mi sorpresa cuando conocí a los hombres nombrados por el Rey para la junta que había de tratar la agricultura, industria y comercio y propender a la felicidad de las provincias que componían el virreinato de Buenos Aires. Todos eran comerciantes españoles. Exceptuando uno que otro, nada sabían más que su comercio monopolista, a saber: comprar por cuatro para vender por ocho, con toda seguridad. Para comprobante de sus conocimientos y de sus ideas liberales a favor del país, como su espíritu de monopolio para no perder el camino que tenían de enriquecerse, referiré un hecho con que me eximiré de toda prueba.

Explica Belgrano que la Corte «vacilaba en los medios de sacar lo más que pudiese de sus colonias», por lo que adoptaba «disposiciones liberales e iliberales a un tiempo». Ellas indicaban el temor que tenía de perderlas. «Alguna vez se le ocurrió favorecer la agricultura, y para darle brazos, adoptó el horrendo comercio de negros y concedió privilegios a los que lo emprendiesen: entre ellos la extracción de frutos para los países extranjeros».

Esto dio mérito a un gran pleito sobre si los cueros, ramo principal del comercio de Buenos Aires, eran o no frutos. Había tenido su principio antes de la erección del Consulado, ante el Rey, y ya se había escrito de parte a parte una multitud de papeles, cuando el Rey para resolver, pidió informe a dicha corporación. Molestaría demasiado si refiriese el pormenor de la singular sesión a que dio mérito este informe; ello es que esos hombres, destinados a promover la felicidad del país, decidieron que los cueros no eran frutos, y, por consiguiente no debían comprenderse en los de la gracia de extracción a cambio de

negros.

Frente a la cerrazón con que se encontraba, pensó que le quedaba poco por hacer desde el cargo de secretario, pero pudieron más el entusiasmo, que en el fondo de su espíritu lo hacía ilusionarse con que podría suavizar la dureza de los más intransigentes, y su profundo sentido del deber:

Mi ánimo se abatió y conocí que nada se haría en favor de las provincias por unos hombres que por sus intereses particulares posponían el del común. Sin embargo, ya que por las obligaciones de mi empleo podía hablar y escribir sobre tan útiles materias, me propuse, al menos, echar las semillas que algún día fuesen capaces de dar frutos, ya porque algunos estimulados del mismo espíritu se dedicasen a su cultivo, ya porque el orden mismo de las cosas las hiciese germinar.

En el seno del Consulado se formaron dos partidos. Uno, mayoritario, abogaba por el monopolio más cerrado; el otro, con el secretario a la cabeza, bregaba por romper esas trabas. En una de las juntas de gobierno, Belgrano sostuvo que «el comerciante debe tener

libertad de comprar en el país que más le acomode, y es natural que lo haga donde se le proporcione el género más barato para poder reportar “utilidad”».

Esa proposición, basada en los principios en boga en buena parte de Europa y sostenida en forma axiomática por su admirado Adam Smith en La riqueza de las naciones, era recibida con escándalo por los partidarios del monopolio. Tal vez el mismo padre de Belgrano, que había construido su fortuna dentro de ese cerrado sistema, disintiera con esas ideas.

Los que secundaban a Belgrano en sus proposiciones recibían frecuentemente duras afrentas.

Apertura del comercio de Buenos Aires con las colonias extranjeras

A raíz de la guerra entre España y Francia, que no tardaría en concluir como consecuencia de una alianza entre el primer cónsul Napoleón Bonaparte y el ministro de Estado Manuel Godoy —la cual le ganó a éste el título de Príncipe de la Paz—, la Corona decidió, por iniciativa del conde Enrique Luis Santiago de Liniers, hermano mayor del futuro héroe de la Reconquista, autorizar el comercio entre Buenos Aires y las colonias extranjeras. La medida, del 4 de marzo de 1795, tenía

como fundamento que los esfuerzos militares en que se hallaba empeñada la metrópoli le impedían atender a la explotación de sus dominios ultramarinos.

La alarma cundió entre los monopolistas, y halló una respuesta del consiliario Francisco Antonio Escalada, vocero del secretario del Consulado, quien defendió sus ideas librecambistas mediante un escrito en el que Mitre ve «a la par de la inspiración de Belgrano, el nervio de la elocuencia de Castelli» trasmitida a su pluma. Se trata de un documento razonado y profundo, en que la argumentación, a la par que descoloca a los adversarios, pone al rey en un papel que en realidad poco le importaba: el de promotor de los intereses económicos del Río de la Plata.

El comerciante, uno de los criollos más ricos del Virreinato, subrayó que el origen del atraso en el comercio, la agricultura y la industria en la América hispana se relacionaba, desde los tiempos de la conquista, con la falta de libertad. Frente a esa comprobación irrefutable, el fomento de ella por medio de la irrestricta extracción de sus productos, debía constituir el fin y el último objeto de la política del soberano. Sobre todo cuando el monopolio había llevado al Río de la Plata a un estado de decadencia evidente y profundo.

Del escrito se desprende que el interés de unos pocos había provocado a lo largo de los siglos el estancamiento de muchos, en detrimento, también, de los verdaderos intereses de la Corona. La letra de Belgrano, siempre firme y pareja al volcar en las actas las opiniones

de los integrantes del Consulado, aparece, en estos folios, débil y confusa. Quizá porque al reflejar el discurso de Escalada, no pudo menos que pensar que la fortuna de su familia y la suya propia habían tenido su origen en las prácticas que impugnaba.

El razonamiento de Escalada se dirigió enseguida a exaltar el buen criterio de las autoridades metropolitanas. Sólo un gobierno indolente, afirmaba, podía despreciar las ganancias que podían resultar de la exportación de los productos del Río de la Plata a las colonias extranjeras. Ellas no podían compararse con el momentáneo y mal entendido perjuicio que podían causar a algunas posesiones de España.

Acaso éstas, agregaba, a pesar de desconocer sus verdaderos intereses, penetradas sin embargo de la máxima de que el mayor bien debe preferirse al menor daño, se avergonzarían de solicitar lo contrario:

Con que menos nosotros debemos proponerlo, ni aun imaginarlo, pues aunque haya uno u otro que por establecimiento y conexión de sus giros con Cádiz, Lima, la Habana, etcétera, tenga particular interés en sostenerlo para fijar el monopolio, y por lo tanto para entorpecer, cuando no ultimar en su nacimiento el comercio recíproco de nuestros frutos con el de las colonias extranjeras, debe sacrificar al común interés el suyo propio; debe preferir a todo otro el del país que lo abriga y que quizás le ha formado toda su fortuna. Y si así no lo hace, debemos nosotros salirle al encuentro, en bien general del Estado y de nuestros propios hijos, que en el día tendrían ya razón de acusarnos si, habiendo tomado otro tono y estimación nuestras producciones, no tratáramos seriamente de redimirlas de la inopia, perpetuándoles en lo posible nuestros fungibles caudales y contrayendo nuestros afanes a restablecer al fin y al cabo las haciendas de campo, que hasta ahora sólo habían merecido nuestro justo desprecio.

Más adelante, dirigiéndose a quienes explotaban el monopolio de Cádiz, pronunció enérgicas palabras. «Esto sería acreditarnos de aturdidos, fanáticos y abandonados; esto sería echar a puerta ajena el bien con que se nos convida, trastornar el orden inalterable de la caridad y de la naturaleza, que no da lugar a preferencias».

Una actitud tal contribuiría «al tiránico estanco mercantil a que aspira Cádiz, habituado a la dominación y a conseguir cuanto ha querido» desde 1529, en que Carlos V les otorgó el monopolio a los pocos años de haberse establecido por primera vez el comercio libre.

Sería empeñarnos nosotros en lo mismo, que ahora no han podido lograr sus vigorosos esfuerzos, singularmente contra Buenos Aires, de que son claro testimonio los papeles que andan en manos de todos; sería…, pero dejémonos de lo que sería, y vamos a lo que es; es, en una palabra, hacernos traición a nosotros mismos. Poco nos importa que se perjudique Cádiz en uno, o más propiamente que deje de ganarlo, si nosotros con ese uno aventajamos ciento. Nosotros no somos apoderados del comercio de Cádiz, ni de Lima, ni de la Habana,

ni tenemos representación para reclamar sus fantásticos derechos sobre nosotros, ante nosotros y contra nosotros mismos. Así, pues, cualquiera que lo haga bajo este especioso velo, sépase que desde ahora lo denuncio como que es el interés propio el que le anima, y no el común ni el ajeno.

Razonaba el destacado comerciante porteño:

Veo al rey empeñado en hacer prosperar estas provincias, desatando

las trabas y abriendo los cerrojos enmohecidos y los caminos antes cerrados, y este noble ejemplo me estimula más y más, como a buen patriota, y me hace mirar con desprecio los abultados perjuicios del comercio de Cádiz, así como lo ha hecho su majestad con todos sus clamores y representaciones en que pretendían persuadir con más artificio que verdad, que la monarquía iba a su ruina, a no abolirse el comercio libre.

La valiente protesta de Escalada tuvo sus imitadores en el momento de nombrarse una comisión con el objeto de redactar el pedido de abolición del comercio libre, a través de la palabra de Tomás Fernández, pero triunfó la mayoría que logró la abolición de la franquicia.

Transcurriría más de una década para que la Representación de los Hacendados consiguiera, en las postrimerías del dominio español, el reconocimiento de los beneficios que implicaba abrir el tráfico mercantil con todas las naciones.

Dolencia física y pérdida familiar

A su regreso a Buenos Aires, Belgrano experimentaba ya los síntomas de la enfermedad venérea contraída en España. El decaimiento que se hizo patente al volver, acrecentaba sus esfuerzos para cumplir las cotidianas tareas en el Consulado. Asombra su fuerza de voluntad y su entusiasmo para promover nuevas iniciativas, cuando frecuentemente se sentía desvanecer.

Si en 1794 resultaban evidentes los trastornos físicos del secretario, en 1795 lo obligaron a pedir licencia en sus funciones. El 7 de agosto, el prior José Blas de Gainza dio parte a la junta que regía al cuerpo, de que Belgrano estaba imposibilitado de concurrir a su despacho, por lo cual debía ser designado un representante hasta su recuperación.

Los médicos no tenían más recurso frente a una dolencia cuya patología conocían pero cuyos modos de curación se ignoraban casi por completo, que ordenar a los pacientes una dieta alimentaria y reposo. Según estudios posteriores, en esa etapa de la enfermedad de Belgrano, se producían remisiones y recrudecimientos.

Ello explica que se reincorporase el 15 de septiembre, pidiese otra licencia el 14 de octubre, volviese a su despacho poco más tarde y solicitase licencia para viajar a Montevideo a descansar el 15 de abril de 1796.

La muerte de su padre, el 25 de septiembre del año anterior, había contribuido a deprimirlo y hacer más ostensibles los efectos de su enfermedad. Belgrano sentía devoción por sus progenitores, como se advierte en su correspondencia, y lo unían a don Domingo no sólo el conocimiento de las cuestiones económicas —en el caso de éste en forma empírica y en el de Manuel de modo teórico a la vez que práctico— sino el amor por los viajes y una religiosidad profunda.

Con su madre y su hermano Carlos fue albacea testamentario. Y con ellos lo llevó a su última morada, amortajado con el hábito de Santo Domingo, tal cual como había pedido.

El recrudecimiento de su enfermedad llevó a Manuel a pedir licencia por un año en el Consulado con el fin de pasar a España en procura de obtener una casi imposible curación.

El protomédico Miguel O'Gorman y los licenciados Miguel de Rojas e

Ignacio de Aroche, concluyeron previo examen del paciente que la dolencia de base se había complicado con otras «originadas del influjo del país», tal vez complicaciones reumáticas, y que era aconsejable que se trasladase a otras tierras, puesto que nada se había conseguido en Montevideo y en Maldonado. El ministro Gardoqui le concedió un año para viajar a España y dispuso que lo reemplazase en la secretaría su primo Juan José Castelli. Pero, finalmente, el viaje quedó sin efecto y Belgrano continuó en funciones pese a los agudos padecimientos.

Por entonces, había comenzado a sufrir una afección ocular en ambos conductos lagrimales.

En ocasiones la supuración se intensificaba y le impedía trabajar. Con el tiempo, el pus provocó una fístula, que luego mejoró y se hizo casi imperceptible.

Fomento de la agricultura

En la sesión del 15 de junio de 1795, Belgrano leyó su primera memoria anual, cuyo contenido no se conoce, como varios otros documentos de ese tipo que redactó a lo largo de su mandato. Se sabe de su existencia por las actas del Consulado, en las que consta que la junta de la institución le dio las gracias «por el esmero laborioso con que se ha dedicado a su formación».

En la misma fecha de 1796, el secretario volvió a cumplir con el requisito anual, dedicando su atención preferente a la agricultura, que, muy al estilo de los fisiócratas a quienes seguía y admiraba, era, en su concepto, «el verdadero destino del hombre». Para Belgrano, la historia confirmaba esa afirmación, por la preferencia que le habían dedicado muchos pueblos antiguos, y por haber constituido la delicia de grandes hombres a través de los tiempos.

La naturaleza misma de las cosas, puntualizaba, otorgaba a la agricultura ese puesto de excepción:

Todo depende y resulta del cultivo de la tierra; sin él no hay materias primeras para las artes. Por consiguiente, la industria, que no tiene cómo ejercitarse, no puede proporcionar materias para que el comercio se ejecute. Cualquiera otra riqueza que exista en un estado agricultor será una riqueza precaria y que, dependiendo de otros, esté según el arbitrio de los mismos.

Reconocida esa ley, para él indiscutible, Belgrano manifestaba que se requerían tres condiciones indispensables para obtener el mejor rendimiento del cultivo: que quien se dedicara a esa tarea amara la

agricultura y trabajase a gusto la tierra, con verdadera vocación. Después se necesitaba «poder». Ello significaba que el agricultor debía contar con los recursos indispensables con el fin de introducir mejoras en el cultivo. No era así en el Plata, pues la falta de medios se apreciaba, en general, entre los labradores. Por fin, tanto o más necesario para el que trabajaba la tierra, era el saber o buen conocimiento de lo relativo a la labranza. La ignorancia generaba el poco éxito de muchos esfuerzos.

El secretario consular consideraba fundamental modificar dicha situación pues resultaba muy sencillo comprobar la escasa difusión de muchos conocimientos útiles con los que hubiera aumentado la producción. Sin duda, la acción de las sociedades económicas podía prestar servicios apreciables, pero el verdadero medio de subsanar un estado tan perjudicial era crear una escuela de agricultura, donde los jóvenes aprendiesen los principios generales de la vegetación y el desarrollo de las siembras; la manera más apta para preparar la tierra; el estudio de los distintos tipos de cultivo según la calidad de la misma y los

procedimientos para recoger las cosecha, sin dejar de considerar el estudio de las plagas que podían hacer malograr el trabajo, entre otros puntos.

Para Belgrano, la enseñanza sistemática era esencial. De ahí que en su ideario ocupase siempre un lugar relevante el concepto de educación y el imperativo de crear escuelas.

El estímulo resultaba, en su concepto, importante. Por eso proponía el establecimiento de premios de carácter práctico, como la entrega de instrumentos para el cultivo, de dinero a fin de que adquirieran terrenos adecuados en los que pudieran establecer sus granjas, y comprar las semillas que necesitasen para sus primeras siembras, sin más obligación que devolver igual cantidad que la que se hubiese proveído. Había que alentar con recompensas a aquellas personas que escribiesen memorias sobre la materia, del mismo modo que a los labradores que hubieran plantado cierto número de árboles o que practicaran un nuevo cultivo.

Para el caso de que se creara una escuela práctica de agricultura, Belgrano proponía una cartilla traducida del alemán, que contenía las nociones necesarias.

Recomendaba que los labradores no dejaran la tierra en barbecho, pues «el verdadero descanso de ella es la mutación de producción», la

cual era plenamente provechosa. Ofrecía luego consejos de utilidad práctica para el mejor rendimiento y puntualizaba las bondades del sistema que regía en aquel tiempo en Alemania y que hacía de los curas párrocos verdaderos guías de los agricultores. Tales tareas correspondían al ministerio sacerdotal

«pues el mejor medio de socorrer la mendicidad y miseria es prevenirla y atenderla en su origen».

Tras exhortar a la cría del ganado lanar, la vicuña y la alpaca, que tanta aceptación tenían en Europa, Belgrano pasaba a ocuparse de la necesidad de velar por los macizos forestales: No se debe menos atención a los montes. Es indispensable poner todo cuidado y hacer los mayores esfuerzos en poblar la tierra de árboles, mucho más en las tierras llanas, que son propensas a la sequedad, cuando no están defendidas; la sombra de los árboles contribuye mucho para conservar la humedad, los troncos quebrantan los aires fuertes, y proporcionan mil ventajas al hombre.

Recordaba que en Europa se otorgaban recompensas a quienes realizaban nuevos plantíos,

«señalando un premio por cada árbol que se da un tanto arraigado», y proporcionaba varios ejemplos de premios para los que los estimulaban o castigos para los que los talaban, aunque fuese con fines industriales, como la carpintería «sin antes haber probado que se ha puesto otro en su lugar».

La Memoria también señalaba la importancia de facilitar al labrador la colocación más adecuada de sus productos. Era indispensable defenderlo y estimularlo, librándolo de la codicia de los acopiadores que quisieran aprovecharse de sus necesidades, obligándolos a malvender el fruto de sus esfuerzos.

El Consulado debía promover la creación de un fondo para los agricultores, y esperaba que se aprobase la idea por aclamación:

Que se adopte el pensamiento para evitar los grandes monopolios que en ésta tengo noticias que se ejecutan en esta capital, por aquellos hombres que, desprendidos de todo amor hacia sus semejantes, sólo aspiran a su interés particular, o nada les importa el que la clase más útil al Estado, o como dicen los economistas, la clase productiva de la sociedad, viva en la miseria y desnudez que es consiguiente a estos procedimientos tan repugnantes a la naturaleza, y que la misma religión y las leyes detestan.

Una consecuencia natural de la promoción de la agricultura era la libertad de comercio, que en el pensamiento de Belgrano debía contemplar, sin embargo, restricciones cuando, como lo sostenían los tratadistas ingleses, «la importación de mercancías que impiden el consumo de las del país o que perjudican al progreso de sus manufacturas, lleva tras sí necesariamente la ruina de una nación».

Para el joven funcionario de la Corona, la promoción de la agricultura no debía renunciar al fomento de las artes y fábricas ya establecidas, dispensándoles la protección posible para su desenvolvimiento. Para ello nada más útil que la creación de una escuela de dibujo, «que, sin duda, es el alma de las artes». Para él era de tanta urgencia dar forma a ese instituto, que prometía presentar un reglamento en que también se contemplase establecer una escuela de arquitectura.

La escuela de dibujo, como se verá luego, estaba vinculada en el pensamiento de Belgrano con el fomento de la navegación y el comercio marítimo. La apertura de institutos que enseñasen matemática, dibujo y náutica, eran propuestas que convergían al mismo fin.

En la vasta proyección de su mirada de futuro ocupaba lugar la convicción de que dotar a los labradores de conocimientos en algún ramo de industria les permitiría utilizar con provecho los muchos meses en que no debían atender sus cultivos. Mejorarían de ese modo los medios para su subsistencia y evitarían la ociosidad:

He visto con dolor, sin salir de esta capital, una infinidad de hombres ociosos en quienes no se ve otra cosa que la miseria y desnudez; una infinidad de familias que sólo deben su subsistencia a la feracidad del país, que está por todas partes denotando la riqueza que encierra, esto es, la abundancia; y apenas se encuentra alguna familia que esté destinada a un oficio útil, que ejerza un arte o que se emplee de modo que tenga alguna más

comodidad en su vida. Esos miserables ranchos donde ve uno la multitud de criaturas que llegan a la edad de pubertad sin haber ejercido otra cosa que la ociosidad, deben ser atendidos hasta el último punto.

Actualidad de un problema del siglo XVIII

Como si hubiese vislumbrado un problema de nuestro país y nuestro tiempo: la exclusión social, consideraba que el único modo de combatirla era mediante el trabajo: La lana, el algodón, otras infinitas

materias primeras que tenemos, y podemos tener con nuestra industria, pueden proporcionar mil medios de subsistencia a estas infelices gentes que, acostumbradas a vivir en la ociosidad, como llevo expuesto, desde niños, les es muy penoso el trabajo en la edad adulta, y son y resultan unos salteadores o unos mendigos.

Para poner fin a esa verdadera rémora, nada era más indicado que proporcionarles una instrucción regular por medio de escuelas gratuitas, «donde pudiesen los infelices mandar a sus hijos sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción».

Allí se les podría dictar buenas máximas e inspirarles amor al trabajo, pues un pueblo donde no reine éste, decae el comercio y toma su lugar la miseria; las artes, que producen la abundancia que las multiplica después en recompensa, perecen; y todo, en una palabra, desaparece, cuando se abandona la industria; porque se cree que no es de utilidad alguna.

Para hacer felices a los hombres, es forzoso ponerlos en la precisión del trabajo con el cual se precave la holgazanería y ociosidad, que es el origen de la disolución de las costumbres.

A poco costo podría esta junta tomar medidas para llevar a efecto estas ideas.

Después que los niños aprendiesen los rudimentos de las primeras letras, ya podían ser admitidos por aquellos maestros menestrales que mejor sobresaliesen en su arte, quienes tendrían la obligación de mandarlos a la escuela de dibujo, velando por su conducta, mediante una cierta cantidad por su cuidado en la enseñanza, y además señalando ciertos premios que en determinado tiempo diese a sus discípulos.

El cuidado de las escuelas gratuitas debía ser confiado «a aquellos hombres y mujeres que, por oposición, hubiesen mostrado su habilidad y cuya conducta fuese de público y notorio irreprensible». El Consulado tenía que velar sobre «las operaciones de maestros y maestras».

Belgrano también consideraba importante la distribución de los establecimientos en los barrios, y su promoción en todas las ciudades, villas y lugares de la jurisdicción consular, con la ayuda del virrey para que ordenase a todos los gobernadores y demás autoridades que cooperasen para concretar establecimientos.

La educación de la mujer

Con una actitud sin duda avanzada sobre el papel de la mujer en la sociedad, proponía la educación de las niñas en escuelas gratuitas en las que se les enseñara a leer, escribir, bordar, coser, etcétera, de modo de combatir también en ellas la ociosidad, hacerlas útiles en su hogar y permitirles que se ganaran la vida en forma decorosa y provechosa.

Para dar ocupación a los más necesitados y sobre todo a los niños, Belgrano señalaba la utilidad de escuelas donde se practicara el hilado de lana.

Según Mario Belgrano, «en esta prédica en favor de la difusión de la instrucción y educación pública como esencial para el fomento de la industria y riqueza se percibe la influencia de los famosos discursos de Campomanes».

Mitre va más allá, cuando dice que estos y otros postulados son «una copia casi literal» de la obra del ilustrado español, Apéndice a la educación popular. Como fuese, sus razonamientos y reclamos adquieren una dimensión visionaria.

Protección del comercio. La institución del seguro

La protección del comercio no era menos importante para aquel hombre de 26 años que parecía concebir más que reglas para el manejo de un pequeño enclave del imperio español ubicado en el fin del mundo, las bases con que construir una nueva nación: La ciencia del comercio no se reduce a comprar por diez y vender por veinte: sus principios son más dignos y la extensión que comprenden es mucho más de lo que puede suceder a aquellos que sin conocimientos han emprendido sus negociaciones, cuyos productos, habiéndoles deslumbrado, los han persuadido de que están inteligenciados en ellos.

Para que se la conociese, era necesario establecer una escuela que formase a los interesados, a través de la enseñanza de las matemáticas, de las reglas de la navegación mercantil y de los seguros, de las leyes y usos de los comerciantes, del modo de llevar los libros y otros instrumentos, «y de la geografía y las producciones de que abundan o escasean los países».

Con el objeto de garantizar una protección más completa de la actividad mercantil, Belgrano proponía constituir una compañía de seguros tanto para el comercio marítimo como para el terrestre, cuestión en la que resultó un precursor en el Río de la Plata, pues el tema recién volvió a ser planteado después de la Revolución de Mayo

en el seno del Primer Triunvirato.

Concluía la Memoria que glosamos con una recomendación sobre el cuidado de los caminos y muelles, y acerca de la creación de una escuela de náutica, «sin cuyos principios, nadie pudiese ser patrón de lancha en este río».

El año 1796 fue pródigo en iniciativas por parte de Belgrano, quien aprovechó sus vínculos con el ministro Diego Gardoqui para pedirle que el monarca ordenase la incorporación de los hacendados al Consulado de Comercio con dos representantes; que dispusiera la concurrencia de los virreyes a la lectura de las memorias del Consulado y que se estableciesen una serie de premios para promover la agricultura. Como consecuencia de estas gestiones, aprobadas por real orden del 31 de marzo de 1797, los altos dignatarios de la Corona en el Plata asistieron a dichos actos solemnes, y la corporación mercantil fijó una serie de retribuciones pecuniarias a los que establecieran cultivos provechosos, abrieran huertas o plantaran montes de árboles, demostraran cómo mantener las mejores aguadas permanentes en la campaña, aportaran la mejor fórmula para preservar los cueros de polillas, y proporcionaran datos estadísticos sobre la población de cualquiera de las provincias del Virreinato.

La explotación del lino y sus múltiples aplicaciones

Cuando el 9 de junio de 1797 le tocó leer su tercera Memoria, Belgrano se ocupó principalmente del cultivo del lino y del cáñamo, analizando sus ventajas y características.

Propuso para fomentar su cultivo, además de la concesión de premios, la entrega de semillas para que los labradores pudieran hacer los ensayos necesarios.

Una vez más se aprecia su preocupación por la condición de la mujer, en general ajena a las lucubraciones de los hombres públicos rioplatenses:

Ved aquí un recurso para que trabajen tantos infelices, y principalmente el sexo femenino, sexo en este país, desgraciado, expuesto a la miseria y desnudez, a los horrores del hambre y estragos de las enfermedades que de ella se originan; expuesto a la prostitución, de donde resultan considerables males a la sociedad, tanto por servir de impedimento al matrimonio, cuanto por los funestos efectos con que castiga la naturaleza este vicio.

Con respecto a esta cuestión, agrega en una nota al fin de la Memoria:

No podrá menos de lastimarse [el que estudie su condición] de la miserable situación del sexo privilegiado, confesando que es el que más se debe atender por la necesidad en que se ve sumergido, y porque de su bienestar, que debe resultar de su aplicación, nacerá la reforma de las costumbres y se difundirá al resto de la sociedad.

Es —dice el varias veces citado Mitre— «el moralista enseñando que el bienestar y la virtud de la mujer instruida constituyen la base de la sociabilidad».

La salida más provechosa para vigorizar la explotación del cáñamo sería colocar adecuadamente sus múltiples productos. Una de las formas consistía, para Belgrano, en establecer fábricas de lona, de toda especie de jarcias y cordelería en la capital y en Montevideo. Estos elementos y la utilización de las maderas existentes en el país permitirían la construcción y habilitación de buques. Era preciso estudiar la forma de colocar en el extranjero el sobrante de dichos artículos, solicitando de la metrópoli las naves necesarias. También había que propiciar que el gobierno comprase todo el lino y cáñamo que se cosechara, asegurando a los labradores su venta:

Son de señalar los grandes beneficios que recibiría la patria con el establecimiento de una compañía que no tuviese otro fin que la exportación de los frutos propuestos, pues además de que la agricultura recibiría un fomento increíble en este país, se pondrían en giro muchos caudales que hoy permanecen sepultados a causa de no tener aquí un cuerpo donde con confianza los pudiesen poner a giro. Para ello debería tener la compañía sus buques, en los que fuesen los frutos propuestos de cuenta de los labradores, bien fuesen de particulares comerciantes, o de la compañía misma, los fletes deberían ser moderados, pues no por eso dejarían de tener unos réditos regulares.

Concluía con estas atinadas reflexiones:

Mientras no se adopten estos recursos, y permanezca nuestra marina mercantil en el actual estado, no esperemos que tengan valor nuestros frutos, ni que la agricultura reciba fomento como el que se necesita en este país.

La tercera Memoria anual —1798— tuvo por objeto el desarrollo del tema El origen de la felicidad de estas provincias es la reunión de los comerciantes y de los hacendados, a la par del premio y la ilustración en general. El virrey Pedro Melo de Portugal asistió a su lectura, según había mandado el rey, y consideró sus conceptos muy oportunos por

lo que ordenó su publicación «para que llegasen a conocimiento de todos tan útiles ideas».

Cabe consignar que el impreso circuló meses más tarde, en 1799, y en él se atribuye a Belgrano el título de licenciado, que nunca poseyó.

El tema de la Memoria respondía a lo sugerido por la real orden de que disponía, a instancias del secretario ante la Corte, que el Consulado debía componerse en lo sucesivo

«de hacendados y comerciantes en igual número, instruidos en sus respectivos ramos y que se propusiesen premios sobre los objetos más útiles de comercio, agricultura y artes».

En su exposición, Belgrano insistió en los argumentos enunciados en la memoria de 1795, respecto de la promoción del trabajo de la tierra, de la capacitación para la industria y del rechazo al monopolio.

Luego de reclamar, como en años anteriores, el establecimiento de «la escuela y el premio», propuso, siguiendo a Campomanes, la realización de congresos especiales y exposiciones industriales, como medio de extender la instrucción y de mejorar los productos por la comparación, el estímulo y la divulgación.

Exaltó también la explotación minera, que permitiría el desarrollo de las provincias del Virreinato y la fortuna de los particulares que se dedicaran a ella: Llegarán sin duda [las provincias] al grado mayor de prosperidad sobre fundamentos permanentes, haciendo independiente el poder de nuestro Soberano: éstas son las ricas minas cuyos tesoros jamás se agotan. Ellas aseguran la fuerza y poder de un Estado, que, como dice un economista, no dependen de la vana política, que desde el gabinete forma alianzas inútiles y poco seguras, que se rompen luego que se forman, por negociaciones frívolas, sino un pueblo, laborioso, rico y bien mantenido.

Y concluyó con estas palabras:

Sin que se ilustren los habitantes de un país, o lo que es lo mismo, sin enseñanza, nada podríamos adelantar. Si al contrario nos penetra esta dulce filosofía de la humanidad; si nos reunimos, premiamos e ilustramos cada uno según podamos, no dudemos ver entre nosotros los hermosos días de Saturno.

En la obsesión por educar Belgrano descubre, muchas décadas antes que Sarmiento, las claves del desarrollo de una tierra fértil pero despoblada y abatida por la incomunicación, la pobreza y el

abandono.

Contenidos de las sucesivas Memorias

Entre el 14 de junio de 1795 y el 16 de junio de 1809, Belgrano escribió quince memorias.

Apenas se conocen íntegramente las que se han mencionado. Con respecto a las restantes, es posible reconstruir el temario de seis por las menciones que se formulan en los libros de acuerdos del Consulado: Utilidad, necesidad y medios de erigir una Aula de Comercio en general donde se enseñe metódicamente y por maestría la ciencia del Comercio en todos sus ramos (1800); Sobre poner boyas en los bancos Ortiz y de la ciudad para la fácil navegación del río (1803); Viaje científico por las provincias del Virreinato y levantar los planos topográficos (1804); Necesidad de aumentar nuestra población y medios de conseguirlo sin recurrir fuera de nuestras provincias (1805); Fomento de la agricultura en establecimientos de sociedad y escuelas de su enseñanza (1806) y Necesidad del comercio interior (1807). No existen referencias sobre las demás.

Con respecto a la última (1809), es el mismo Belgrano quien informa acerca de su contenido en Autobiografía. Se refería al comercio libre y sería leída de nuevo al tratar el Consulado un pedido de opinión que formuló el virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros.

Por otro lado, Belgrano abonó sus ideas mediante la traducción del francés de Principios de la Ciencia Económica-política, dedicado al virrey Melo de Portugal por haber fomentado la industria, agricultura y comercio, «prueba irrefragable de que posee la ciencia económica-política con la mayor perfección». La obra se componía de dos partes: la primera comprendía los principios de esta ciencia «por el Conde de C.», y la segunda era un resumen de los principios de la fisiocracia por el margrave reinante de Baden.

Las escuelas de matemáticas y náutica

Así como obtuvo apoyo del Consulado para sostener la escuela de niñas del Colegio de Huérfanas de San Miguel, fundado por su familia, y logró que se concediesen premios de 30 y 40 pesos fuertes para las que presentaran «una libra de algodón hilado, igual, delgado y pastoso», alcanzó una meta mucho más alta, destinada sin embargo al fracaso por la incomprensión y el desprecio hacia sus súbditos americanos que caracterizaba a los Borbones españoles y a sus ministros y secretarios.

En 1799, Juan Antonio Gaspar Hernández, «profesor de escultura, arquitectura y adornista», propuso, con la anuencia del secretario del Consulado, enseñar gratuitamente

«geometría, arquitectura, perspectiva y todas las demás especies de dibujo que son tan interesantes a todas las artes y profesiones» con la sola condición de que dicho organismo pagara la casa donde funcionaría la escuela y los útiles de enseñanza. A pesar de que el establecimiento sólo encuadraba en forma indirecta entre los fines fijados al Consulado por la real cédula de 1794, el síndico acogió la idea con simpatía y tras una breve tramitación la

escuela pudo abrir sus puertas el 29 de mayo de 1799 con más de cincuenta alumnos, que pronto aumentaron a 64. Presidió el acto el virrey teniente general Gabriel Avilés y del Fierro.

Belgrano hizo que se votasen premios para la Escuela de Dibujo, que consistían en medallas de plata con las armas del consulado en el anverso y leyendas alusivas en el reverso, con exposición pública de las obras premiadas. Los progresos fueron rápidos, y a los siete meses de la instalación del aula, ya se acordaban premios por dibujos acabados de cuerpos y cabezas.

Sin embargo, dice José María Mariluz Urquijo en su obra sobre la actuación de Avilés en el Plata, el entusiasmo no fue duradero. El profesor, que según Belgrano no era de los «más sobresalientes en las facultades que se deben enseñar en dicha Academia», presentó su renuncia, los alumnos dieron muestras de descontento por el horario vespertino de las clases y algunos competidores de Hernández se quejaron de que éste hubiera sido designado sin oposiciones previas.

Hasta que una real orden del 4 de abril de 1800 dio el golpe de gracia a la escuela del Consulado al desaprobar que se hubieran realizado los gastos que demandó, en momentos de graves apuros del Erario. Ninguno de sus alumnos —expresa Mariluz Urquijo—

demostró más tarde una vocación artística definida.

El piloto y agrimensor Juan Alsina había instalado en los últimos años del siglo XVIII una escuela privada de pilotaje cuyo estado no debía de ser muy próspero, pues en 1798 pidió la protección del Consulado y llegó a ofrecerse como portero de ese cuerpo si se atendía su deseo. Por el momento la Junta no adoptó decisión alguna, mas al proponer al año siguiente el consiliario García la creación de una Escuela de Náutica, acordó pedir el dictamen del ilustre militar y naturalista Félix

de Azara, quien entonces se hallaba de viaje por el Plata, y oído éste, se resolvió formar el nuevo establecimiento y convocar por carteles a oposiciones para designar sus profesores.

Surgió entonces la resistencia del gobernador de Montevideo, José Bustamante y Guerra, quien en su calidad de comandante general de Marina se negó a permitir la fijación de anuncios para convocar a los pretendientes y a conceder permiso a los marinos que aspirasen a tomar parte en la competencia. Este inesperado tropiezo —dice Mariluz Urquijo— sólo pudo ser superado por la intervención de Avilés, quien en julio de 1799

previno a Bustamante que se aviniera a la colocación de carteles «sin perjuicio de sus facultades y arbitrio de conceder o no permiso de trasladarse a esta capital a los pilotos de la Real Armada sujetos a su mando que pretendan concurrir a la oposición que ha de preceder a la provisión de plazas de directores de la propuesta escuela». Bustamante accedió a lo de los carteles, pero en cuanto a las licencias sostuvo que conforme a las ordenanzas de Marina, los capitanes de buques mercantes anclados en Montevideo se

hallaban en el mismo caso que los de la Real Armada, de modo que para que las oposiciones se efectuasen según había previsto el Consulado fue necesario que Avilés escribiera nuevamente al gobernador de Montevideo aclarando que el caso de los marinos mercantes era muy distinto del de los de guerra, pues a diferencia de estos últimos, los primeros podían abandonar libremente la carrera naval y que, por lo tanto, no correspondía impedirles participar en el concurso.

Gracias a la actitud de Avilés, que en esta como en otras ocasiones apoyó eficazmente al Consulado, se concretaron finalmente las oposiciones y el 6 de septiembre de 1799, Félix de Azara, Martín Boneo y José Laguna, integrantes del tribunal examinador, informaron al virrey que de los presentados el «más instruido en geometría especulativa y práctica, en astronomía, náutica y dibujo es don Pedro Cerviño, y que por lo mismo debe recaer en él la primera cátedra por rigor de justicia, y la segunda en don Juan Alsina, a quien también encontramos capaz de desempeñarla».

Según el reglamento de la escuela, que fue redactado por Belgrano, su principal objetivo sería fomentar el estudio de la ciencia náutica proporcionando a la juventud una carrera honrosa y lucrativa o los conocimientos que le permitieran progresar en otras profesiones tales como el comercio o la milicia. El primer director enseñaría geometría,

trigonometría, hidrografía, dibujo, álgebra, cálculo diferencial e integral y los principios generales de la mecánica, y el segundo director tomaría a su cargo la aritmética, cosmografía, geografía, los cuatro términos de la navegación, la construcción y uso de los instrumentos, el modo de llevar el diario y la maniobra. Como había sido elaborado por quien siempre demostró su interés por la educación, no podían faltar en el reglamento indicaciones pedagógicas dignas de ser recordadas: los profesores tratarían a sus discípulos «con mucho modo y urbanidad, de modo que con la ciencia vaya mezclada la buena educación, nada de imperiosidad, ni aspereza». Podrían distinguir a los más aplicados con premios adecuados o corregirlos con penitencias, pero quedaban definitivamente proscriptos los azotes.

La escuela se inauguró el 25 de noviembre de 1799, y en el mismo acto se produjo un serio incidente. Cerviño pidió la palabra y extrajo de entre sus ropas un discurso que causó la indignación de algunos de los miembros del Consulado.

Dice Mitre que llegaba a tal extremo la ojeriza de los monopolistas contra la doctrina de comprar barato, que el prior del cuerpo, Martín de Álzaga, pidió que se recogiese y quemase el texto de la disertación del ingeniero Cerviño en que criticaba el sistema del vendedor único y forzoso, y soñaba con un escenario en que «nuestras embarcaciones irán a los puertos del norte» y «los españoles harán sus compras en las mismas fábricas».

Álzaga, que había llegado adolescente a Buenos Aires sin hablar castellano y que al principio se expresaba entre sus paisanos en lengua euskera, ahora dueño de una gran fortuna reunida mediante el tráfico de esclavos, telas y armas, fue en aquella oportunidad

vocero de los adictos al monopolio el que defendió a lo largo de toda su existencia. Dijo que el comercio que permitían las leyes como útil y proficuo para estrechar los vínculos «de estas remotas regiones con los de la metrópoli por medio de la recíproca dependencia de sus giros», era indispensable:

Ésta es una verdad tan innegable, como evidente el riesgo de que, tolerándose las exportaciones de frutos y dineros en derechura desde los puertos de América a las potencias del norte y en igual modo las importaciones de efectos comprados en aquellas fábricas, como insinúa el autor del papel, se aflojarían y extenuarían hasta el extremo en breve tiempo los mencionados vínculos, con perjuicio irreparable de la monarquía.

Alsina, que había aceptado a regañadientes el segundo puesto que se le adjudicara en las oposiciones, chocó también con Cerviño acusándolo de dedicar demasiado tiempo a la enseñanza de las matemáticas y de haber adoptado un método excesivamente teórico.

Expresa Mariluz Urquijo que ridiculizando al primer director, que se enorgullecía de que uno de los alumnos ya sabía resolver ecuaciones, dijo que esos conocimientos eran inútiles para la navegación y que tanto hubiera valido enseñar «a castrar ratones por la gran utilidad que puede resultar del destierro de unos animales perjudicialísimos a las navegaciones». Por su parte, Cerviño contestaba las pullas diciendo que «los que aprenden una ciencia empíricamente no recogen ni pueden recoger otros frutos que los de la ignorancia y charlatanería» y que el objeto de la escuela era formar «pilotos científicos y no de rutina o de compás y pellejo, como se dice de aquellos que no saben más de lo que quiere enseñar Alsina».

El tribunal del Consulado dio vista de estas recíprocas acusaciones a Félix de Azara y al síndico y luego se expidió aprobando a Cerviño y amonestando severamente a Alsina, lo que provocó la renuncia de éste con fecha del 5 de agosto de 1800.

Mientras tanto, la enemistad entre el primero y el segundo director había contribuido a relajar la disciplina determinando que varios alumnos tomaran el partido de Alsina y se quejaran de que se les enseñaba demasiada aritmética y nada de pilotaje.

Como si estas dificultades internas fueran pocas, llegó una real orden expedida con posterioridad a la apertura de la escuela en la que se mandaba esperar la resolución del monarca antes de fundarla y que en todos los pasos previos se buscase el consejo del brigadier de marina Bustamante y Guerra, que había sido el principal opositor de la escuela. Unos años más tarde llegó la definitiva desautorización.

No obstante estos inconvenientes —concluye el autor citado—, la escuela de náutica creada por Belgrano y Cerviño, con el resuelto patrocinio de Avilés, consiguió formar en el corto período de su funcionamiento varios marinos que actuaron en los primeros años de la patria libre.

El Telégrafo Mercantil y el Semanario de Agricultura En 1800 llegó a Buenos Aires quien firmaba Francisco Antonio de Cabello y Mesa, personaje curioso, de sinuosa andadura que, con ciertos títulos reales, no vaciló en agregarse otros, producto de su fértil imaginación, para obtener el favor de las autoridades y del reducido público al que

dirigiría sus desvelos de plumista. Nacido en Castilla, pero extremeño por adopción, según afirma su biógrafa Mónica P. Martini, hizo sus primeras armas en el periodismo español, y realizó una traducción parcial versificada del Telémaco de Fenelón, con el pomposo título de Cuánto a los jóvenes vale tener canas a su lado.

Luego viajó al Perú, donde tuvo a su cargo la redacción del Diario curioso, erudito, económico y comercial de Lima, compuesto en buena parte de reproducciones de artículos de diarios peninsulares. Mientras, se graduó en Derecho Civil y Canónico en la Universidad de San Marcos, para intentar más tarde fortuna en la actividad minera y obtener el grado de coronel de milicias.

Tales antecedentes le permitieron obtener permiso para editar un periódico y lograr el apoyo del Real Consulado de Comercio.

Belgrano brindó caluroso apoyo a la iniciativa, aunque quizá desconfiase de un personaje cuya sola presencia le ganaba antipatías. Asimismo, Cabello intentó establecer una Sociedad Patriótica, iniciativa que no contó con la indispensable licencia de las autoridades.

Agotados los trámites burocráticos, y obtenidas las autorizaciones del caso, éste fijó el 1° de abril como fecha de aparición del Telégrafo Mercantil, rural, político-económico e historiográfico del Río de la Plata. Tan extenso título pretendía ser una especie de definición de los contenidos principales que ofrecería cada fascículo en octavo. Por otra parte, en el primer número, se expresaba el deseo de «poner a Buenos Aires, a la par de las poblaciones más cultas, mercantiles, ricas e industriosas de la iluminada Europa», servir «a Dios, al rey y a las provincias argentinas», e «impulsar en Buenos Aires sus argentinos superiores medios» y «si no a instruir y cultivar al pueblo, le dé al menos un entretenimiento mental, e inspire inclinación a las ciencias y artes».

Para Belgrano, tal programa resultaba de extraordinaria importancia. De hecho, durante el escaso tiempo de su aparición, el periódico publicó colaboraciones muy variadas, que respondían a las ideas económicas, educativas y culturales muy próximas a las del secretario del Consulado. La hoja contenía artículos que fomentaban los distintos ramos del comercio, la actividad rural, mostrando los medios de tornarla fructífera, la vida política económica, mediante artículos que ilustraran sobre las leyes y su aplicación, las obras públicas o las riquezas del Virreinato. Además, el periódico se asignaba el papel de

«historiográfico». El sitio «apartado y preferente» que dedicó al cumplimiento de esa

misión se abrió a un vasto campo de cuestiones, a través de artículos variados. El redactor había pretendido que abarcasen la moral pública, la policía urbana, la educación, los modales y recreaciones, la medicina, la cirugía y la botánica, la literatura, la poesía, la crítica juiciosa, las fantasías jocosas, y otras ciencias y artes.

A lo largo de 110 números, dos suplementos y trece ejemplares extraordinarios, el Telégrafo cumplió con creces dichos objetivos, se hizo eco de opiniones ajenas aunque fuesen contrarias a las del editor y dio a luz meritorios estudios acerca de varias ciudades y pueblos del Virreinato, anticipo de la historia completa que aspiraba a realizar Cabello y Mesa. En algunos casos, la mezcla de datos fehacientes con vagas referencias y fábulas generaron confusiones que costó muchas décadas superar.

En una especie de fatal pendiente que comenzó con la publicación de una serie de artículos entre ofensivos y burlones que afectaba a militares, médicos y clérigos de Buenos Aires, sin omitir agravios para los criollos y españoles, el Telégrafo se dispuso a morir. Quizás en el fondo de su corazón Cabello anhelara el fin de una empresa que le ocasionaba múltiples trabajos y escasas satisfacciones personales y económicas.

A la crítica nota titulada «Reflexiones cristianas sobre los negros esclavos», siguió una soez composición: «Poesía», con expresiones imposibles de reproducir en cualquier prensa culta, aun en las épocas más liberales, y finalmente un artículo considerado peligroso e impertinente acerca de «Política. Circunstancias en que se halla la provincia de Buenos Aires e Islas Malvinas y modo de repararse», que vio la luz el 8 de octubre de 1802. El virrey Joaquín del Pino estimó que el periodista había colmado la medida y dispuso la clausura.

Un mes y días antes del cierre del Telégrafo Mercantil, el 1° de septiembre de 1802 apareció el Semanario de Agricultura, Industria y Comercio, redactado por Juan Hipólito Vieytes.

Como aquél, el nuevo órgano solicitó y obtuvo el apoyo del Real Consulado. El síndico de esa corporación, Francisco Antonio de Escalada, propuso, para asegurar que el periódico llegara al mayor número posible de habitantes, que se entregasen ejemplares a los párrocos a fin de que hicieran conocer su contenido a los feligreses como modo de impulsar nuevos hábitos de labor en ámbitos rurales.

El Semanario salió de las prensas de los Niños Expósitos una vez por semana, los miércoles, y logró publicar, hasta el 11 de febrero de 1807, 218 números, dos suplementos y cuatro ejemplares extraordinarios. Uno, el 66, fue censurado a raíz de las críticas que Vieytes hizo al Cabildo de Buenos Aires por haber pedido que se prohibiera la exportación de trigo y al virrey por decretarla.

El redactor y sus colaboradores, entre los que figuraba Belgrano, entendían que el desarrollo del Virreinato dependía del interés que se pusiese en promover la agricultura, la industria y el comercio, tal como su título lo proclamaba. El periódico proporcionó consejos

útiles para los lectores y le tocó difundir con entusiasmo la eficacia de la vacuna antivariólica y promover su aplicación en el Plata.

A pesar del recrudecimiento de sus dolencias, el secretario del Real Consulado seguiría en ejercicio de sus funciones hasta 1810, haciendo honor a la confianza que, más allá de las discrepancias mantenidas con no pocos de sus sucesivos priores, cónsules y consiliarios, éstos señalaron en una presentación al rey con fecha 4 de febrero de 1806: Llevamos nuestras súplicas a su real persona para premiar al secretario de este real Consulado, por su distinguido mérito, desempeño y atención eficaz a cuanto puede decir a la felicidad de estos dominios; pero como estas súplicas permanecerían en silencio, y por consiguiente el premio merecido quedaría sin aquellas distinciones que lo hacen valer, suplicamos a vuestra real majestad se digne concederle los honores de su [real]secretario, para que añadiendo estímulos a la dedicación de sus trabajos, fomente las buenas ideas con el celo que hasta aquí.

Bibliografía

«Autobiografía del general don Manuel Belgrano, que comprende desde sus primeros años (1770) hasta la Revolución del 25 de Mayo»; Bibliografía Belgraniana; Documentos del Archivo de Belgrano, tomo I; Documentos para la Historia del General Don Manuel Belgrano, Buenos Aires, Instituto Belgraniano, tomo I; Epistolario Belgraniano.

Mario Belgrano, Historia de Belgrano; Ovidio Giménez, Época y obra de Manuel Belgrano, Buenos Aires; Aníbal Jorge Luzuriaga, Manuel Belgrano. Estadista y prócer de la independencia hispanoamericana; Bartolomé Mitre, Historia de Belgrano y de la independencia argentina, tomo I; José María Mariluz Urquijo, El Virreinato del Río de la Plata en la época del virrey Avilés (1799-1801), Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1964; ——, «Belgrano jurista», en Abogados. Revista del Colegio Público de Abogados de la Capital Federal, Nº 46, Buenos Aires, junio de 2001; Germán O. E. Tjarks, El Consulado de Buenos Aires y sus proyecciones en la historia del Río de la Plata, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Historia Argentina y Americana «Emilio Ravignani», 1962.

Invasión inglesa y vísperas de la patria nueva Manuel Belgrano sería testigo y actor de un acontecimiento crucial para la vida del Virreinato del Río de la Plata, que marcaría el comienzo del largo camino hacia la independencia: la invasión inglesa de 1806 y 1807.

Desde la última década del siglo XVIII, Gran Bretaña miraba con especial interés el mapa del Río de la Plata. Las enormes riquezas potenciales de estas tierras constituían un acicate para el comercio inglés, necesitado de abrir nuevos mercados frente a la pérdida de sus colonias de América del Norte. El sistema monopólico que practicaba España y la alianza de Carlos IV con su tradicional enemiga Francia, movía los intereses mercantiles en dirección de una acción armada que parecía deparar menos riesgos militares que los de otras posesiones españolas mejor defendidas y vinculadas con la metrópoli.

De ahí que el ministro William Pitt mantuviera en 1790 varias reuniones confidenciales con el venezolano Francisco Miranda, quien le hizo ver las posibilidades de éxito de una eventual expedición sobre las partes más vulnerables de América del Sur. El Precursor, como se lo conoce por sus esfuerzos en pos de la independencia de la parte austral del continente, también tomó contacto con el destacado marino sir Home Riggs Popham, quien años más tarde participó en la

concreción de la invasión al Río de la Plata.

Hacia 1799, también sir Ralph Abercromby, que había sido responsable de la captura de Trinidad, sugirió al gobierno británico que se liberase a Sudamérica del dominio de España mientras siguiese la guerra que enfrentaba a ambas naciones. La empresa tendría que ser emprendida sin ninguna idea de conquista, de comercio exclusivo o de saqueo. A partir de 1803, influiría también el bloqueo continental europeo impuesto por Napoleón, que impediría a Gran Bretaña comerciar con la mayor parte de Europa.

Varios años de preparación en la mente de los gobernantes británicos concluyeron en la determinación, adoptada después del retorno de Pitt al Ministerio, de preparar una expedición armada que echara las bases de un dominio político y comercial inglés.

Situación militar del Virreinato

Frente a tal peligro, que las autoridades españolas vieron corporizarse al comenzar el siglo XIX, el Virreinato del Río de la Plata distaba de hallarse en condiciones de mantener, al menos en sus comienzos, una guerra exitosa contra un agresor decidido.

La gran desproporción entre las fuerzas veteranas y los cuerpos de milicias comportaba una primera y grave dificultad.

Conscientes de los problemas que un eventual ataque enemigo podía generar en tan vasto territorio como el que encerraba a las provincias del Plata, en 1797 se realizó en Montevideo una junta de guerra, que había sido precedida de otras con la presencia de los intendentes de ejército y otros altos jefes. Fue presidida por el propio virrey Antonio de Olaguer y Feliú y se determinó un Plan de Defensa aprobado por real orden del 4 de mayo de 1798. La convocatoria había obedecido a lo dispuesto por otra real orden del 28 de febrero de 1795, para «tratar y determinar lo conveniente a la defensa de estos dominios con motivo de la actual guerra con la nación británica, como también por los movimientos sospechosos, preparativos y otras gestiones hostiles que se han observado en los portugueses».

Los concurrentes consideraban «deplorable» la falta de hombres y medios. En Montevideo, punta del sistema defensivo por su ubicación geográfica, contada su campaña y la frontera oriental, había 1.901 veteranos y 4.303 milicianos, a los que se agregaría, hasta alcanzar los 5.000, un cuerpo de Blandengues de Caballería. En Buenos Aires, la situación era aún más grave: apenas se contaba con 506 veteranos y 2.351 milicianos.

Entre estos últimos se hallaba el capitán Manuel Belgrano, quien en 1796, al solicitar su nombramiento al virrey Melo de Portugal, se había guiado, según propia confesión, «más por capricho que por afición a la milicia».

Plan defensivo

El plan determinaba que la plaza de Montevideo merecía prioritaria atención pues podía ser atacada por mar y tierra. Para responder el fuego de los barcos de guerra estaban los cañones de las murallas, a los que se sumarían lanchas cañoneras y embarcaciones menores artilladas; para hacer frente a un ataque terrestre se empeñarían todas

las fuerzas, aunque en el previsible caso de no poder detener el avance y ocupación de la plaza, se preveía una retirada hacia la campaña con la artillería volante a caballo y las tropas de caballería, a fin de encerrar al enemigo dentro de las murallas y obligarlo a consumir los víveres que llegaban. Si lograban salir al campo, tenían que hacer el mejor uso posible de la artillería.

No se descartaba que los ingleses actuaran en combinación con los portugueses, por lo que preventivamente se hacía necesario poner en el mejor estado posible los fuertes de Santa Teresa y San Miguel.

Si bien el dominio de la plaza de Colonia del Sacramento por parte de eventuales atacantes parecía difícil por el poco calado del río, también debían extremarse los recaudos para que la artillería funcionara debidamente.

Con respecto a Buenos Aires, anticipándose a lo que luego ocurrió, se apreciaba que tampoco podían llegar a su ribera las naves de gran tamaño, pero que con dificultad estarían en condiciones de desembarcar en la ensenada de Barragán o en el amarradero, y desde allí atacar a la ciudad que estaba abierta por todas partes. Con el dinero existente en la tesorería, sugería la junta que se aprontara el tren de artillería, se pusiera en condiciones la batería de Barragán y se dotase a los cuerpos milicianos del armamento adecuado.

El plan no se basó en ninguna apreciación estratégica realizada por la Corona, que al aprobarlo sólo manifestó una gran preocupación por los aspectos financieros de las previsiones a adoptar. Tampoco pareció importar el valor estratégico del puerto de Buenos Aires. Menos aún, la disposición del personal y su instrucción, la construcción de efectos logísticos y el establecimiento de responsables y de tiempos para su ejecución y control.

Se vislumbra la inminencia de un ataque inglés

El 23 de noviembre de 1804 se emitió una real orden en la que se advertía al entonces virrey Rafael de Sobre Monte que debía considerar como ya declarada la guerra con Gran Bretaña, lo que ocurrió pocos días después, el 12 de diciembre de 1804. El motivo, aparte de la alineación de España con Francia, que en pocos años le resultaría fatal, fue el ataque en plena paz de cuatro fragatas de guerra españolas provenientes del Río de la Plata y cargadas de caudales, por cuatro naves inglesas del mismo porte, frente a la bahía de Cádiz.

El episodio se deriva del subsidio que Carlos IV, por consejo de Godoy,

había decidido pagarle a Francia para salvaguardar la «neutralidad» española en la lucha que esta última

mantenía con Inglaterra. Ésta había pedido igual trato, y al no recibirlo dispuso la acción bélica.

El virrey, en consideración al estallido de las hostilidades, convocó a una junta de guerra

«con el fin de tratar lo conveniente a la defensa de estos dominios con motivo de la actual guerra con Gran Bretaña». Se hallaba vigente aún el ya referido plan de 1797.

La Junta tuvo lugar el 2 de abril de 1805, presidida por Sobre Monte, con la presencia de once oficiales. Éste expuso las últimas comunicaciones y noticias procedentes de la metrópoli, tras lo cual se consideraron las fuerzas y medios disponibles para la defensa de Buenos Aires, Montevideo y sus costas, para el caso de una invasión inglesa y, además, con el objeto de proveer a la defensa del interior de la Banda Oriental, por si los portugueses se declaraban en favor de los británicos.

En todos prevalecía la convicción de la escasez de medios frente a cualquier agresión externa.

Había dos regimientos veteranos de infantería y dragones y los cuerpos de Blandengues de Caballería que guarnecían Buenos Aires, Montevideo y Santa Fe, un total de 2.185 hombres, la mitad de los que correspondía por plantilla a la suma de efectivos de dichos cuerpos.

Esto fue considerado como un serio inconveniente, al igual que la composición y estado de las unidades milicianas. La intendencia militar de Buenos Aires y el gobierno de Montevideo tenían 5.400 hombres con escasa preparación militar, pero si se les descontaban los ya incorporados y los necesarios para cubrir las fronteras interiores de los ataques de los indios, quedaban unos 1.800 para asegurar la provisión de granos. Finalmente, sólo podía disponerse de un tercio para formar los denominados Cuerpos de Prevención o Campos Volantes, prontos con el objeto de concurrir a los lugares donde pudiese registrarse la invasión, tanto por Buenos Aires, Montevideo o zonas aledañas.

Si bien la junta de guerra no anuló el plan de 1797, lo estimó insuficiente y adoptó mayores previsiones con respecto a la capital. El Cuerpo de Prevención o Campo Volante sería de 1.100 hombres, con cuatro cañones y dos obuses. En la Ensenada de Barragán se situarían

100 milicianos montados para el caso de una incursión de los indios. Por otra parte, se decidió formar otro Campo Volante similar al de Buenos Aires en las cercanías de Montevideo, y se ordenó que su gobernador militar propusiera los trabajos necesarios para la fortificación de la plaza y del puerto, y los medios para obtener «anticipadas noticias de los enemigos». Además, acordó que en la Colonia se habilitasen las baterías y se citase a toda la milicia urbana, no sin dejar de tomar previsiones para defender el Paraguay, Misiones y el norte de la Banda Oriental.

La compra de caballos, mulas y un buen número de recados era contemplada para montar a la infantería y permitirle un rápido desplazamiento.

En cuanto al armamento, debió ser o parecerles suficiente, ya que no se encaró la fabricación o la compra. En cambio, se insistió en sostener los niveles de enrolamiento para mantener a las fuerzas veteranas en un pie adecuado.

Cuando el 1° de agosto de 1804, el virrey informó acerca de las resoluciones de la junta de guerra al valido de Carlos IV, Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, quien reunía bajo su inapelable conducción las distintas carteras ministeriales, éste respondió con gran demora, el 10 de junio de 1805, lo que tantas veces oirían más tarde las autoridades españolas en el Plata: en la Península se carecía de tropas. Esperaba que«al talento de vuestra excelencia y a la opinión que goza en esos dominios, no le falten los medios para guardarlos de una violencia o golpe de mano que proyectase el enemigo».

Tan desaprensiva contestación, encerraba, además, un profundo desconocimiento de las nulas cualidades militares de Sobre Monte, que si había sido progresista gobernador de Córdoba, carecía de la preparación, firmeza y autoridad necesarias para encarar una tarea tan difícil.

El 8 de octubre de 1805, a seis meses de acordar el plan de defensa, el virrey dictó una orden general para determinar cómo y dónde debía concurrir el personal al darse la alarma de invasión, pero no dispuso ninguna práctica o ensayo para que los milicianos, poco afectos a la vida castrense, supieran cómo hacer para recibir su vestuario, armamento y municiones, y en el caso de los reclutas de caballería, la manera de proveerse con rapidez de su caballo en el respectivo cuartel.

El virrey convoca a Belgrano

Unos días antes de que se concretase la invasión, Sobre Monte convocó a Belgrano, que estaba al tanto de la amenaza y conocía las conclusiones de la junta de guerra, para pedirle que en su condición de oficial de milicias y secretario del Consulado, formara «una compañía de jóvenes del comercio, de caballería, y que al efecto me daría oficiales veteranos para la instrucción». Tuvo poco éxito:

Era mucho el odio que había a la milicia en Buenos Aires, con el cual no se había dejado de dar algunos golpes a los que ejercían la autoridad, o tal vez a esta misma que manifestaba demasiado su debilidad.

Tras apoderarse de la colonia holandesa del Cabo de Buena Esperanza en 1805 —Holanda estaba gobernada entonces por un hermano de Napoleón—, hecho que provocó cierta alarma en España, sir Home Popham se dispuso a marchar sobre Buenos Aires. No contaba con la autorización del gobierno inglés pero convenció al general Baird, que había quedado al frente de las fuerzas del Cabo, de que le cediera un regimiento, fuerza que estimaba suficiente para someter a las dos ciudades principales del Plata. Se le entregó el famoso 71

de escoceses (highlanders), de 800 plazas, que ostentaba entre sus méritos de guerra el no haber sufrido derrotas a lo largo de su trayectoria, que había comprendido la lucha contra los revolucionarios norteamericanos en Georgia y la defensa de la fortaleza de San Juan de Acre, Siria, durante el ataque de las huestes de Napoleón Bonaparte. Al cuerpo de infantería fueron agregados algunos artilleros, más la infantería de marina de los buques.

La expedición quedó al mando del brigadier William Carr Beresford, que había combatido contra Francia en el Mediterráneo y peleado en las campañas de la India y Egipto.

Los buques zarparon con aquellos soldados y marinos acostumbrados a la lucha a mediados de abril. Al avistar Santa Elena, pidieron a su gobernador un destacamento de infantes y dos obuses, y pusieron proa a su destino final.

El objetivo fijado por Popham era Montevideo, para después pasar a Buenos Aires. Pero finalmente, se optó por esta última, dada su condición de ciudad abierta.

Al recibir la noticia de que se habían avistado numerosas velas desde la ensenada de Barragán, el virrey Sobre Monte puso en evidencia su incapacidad completa y su espíritu temeroso que no tardó en

contagiar a otros jefes españoles. Había hecho caso omiso de los avisos que le envió el brigadier de marina Pascual Ruiz Huidobro, que, en previsión de un ataque, había puesto la plaza de Montevideo sobre las armas.

Ignacio Núñez evocó así la impericia de Sobre Monte:

No es posible expresar sin aparecer exagerado todo el aturdimiento del virrey y su plana mayor en este instante [al saberse el desembarco de los británicos en Quilmes, al sur de la ciudad]. Unos pocos hechos darán alguna idea. Él y todos veían desde la fortaleza el desembarco que hacían los ingleses en una playa dilatada y baja, con botes y lanchas menores que con mucha dificultad podían proteger los buques de guerra por su calado, teniendo por consiguiente que mantenerse a gran distancia; y ni él ni ninguno tuvo la advertencia de ordenar, pero acaso ni de pensar siquiera, que existían en el puerto varias embarcaciones artilladas, que no dispararon un solo tiro. También hubo serios desórdenes en la distribución de piedras de pedernal y cartuchos para los fusiles, que se hizo recién después de una larga siesta.

«Conducido del honor»

El 25 de junio, las tropas británicas desembarcaron en Quilmes. El regimiento 71, un batallón de marina, el destacamento de Santa Elena y tres compañías de marineros, en un total de entre 1.600 y 1.800 hombres, cifra tomada sobre la base de distintas fuentes, entre ellas el propio parte de Beresford. Los ingleses tomaron tierra a la una de la tarde, mientras Buenos Aires dormía como si nada estuviera pasando.

El general inglés formó sus tropas en batalla, en previsión de un eventual ataque que no se realizó, y el 26 avanzó con decisión atravesando bañados con el agua arriba de la rodilla.

Esta vez lo esperaban unos 1.000 hombres al mando del inspector de armas Pedro de Arce, quien gozaba de una elevada reputación militar que no quedó de manifiesto aquel día. Las tropas de España se hallaban en una altura que les brindaba una situación favorable y causaron algún daño a los británicos, pero bastaron unos disparos para que todos, incluido el jefe, dieran vuelta la cara y volvieran a Buenos Aires sin contar en sus filas un solo herido.

Mientras Beresford avanzaba tras dar a sus hombres un corto descanso, por fin tronó el cañón de alarma en la capital, por cuyas calles circularon enseguida músicos militares, quienes ejecutaban el

marcial toque de generala que llamaba a las armas.

Dice Belgrano:

Conducido del honor volé a la fortaleza, punto de reunión: allí no había orden ni concierto en cosa alguna, como debía suceder en grupos de hombres ignorantes de toda disciplina y sin subordinación alguna. Allí se formaron las compañías y yo fui agregado a una de ellas, avergonzado de ignorar hasta los rudimentos más triviales de la milicia, y pendiente de lo que dijera un oficial veterano, que también se agregó de propia voluntad, pues no le daban destino.

Fue la primera compañía que marchó a ocupar la casa de las Filipinas, mientras disputaban las restantes con el mismo virrey de que ellas estaban para defender la ciudad y no salir a campaña, y así sólo se redujeron a ocupar las Barrancas: el resultado fue que no habiendo tropas veteranas ni milicias disciplinadas que oponer al enemigo, venció éste todos los pasos con la mayor facilidad: hubo algunos fuegos fatuos en mi compañía y otros para oponérsele; pero todo se desvaneció, y al mandarnos retirar y cuando íbamos en retirada, yo mismo oí decir: «Hacen bien en disponer que nos retiremos, pues nosotros no somos para esto».

Así, el 27 de junio entró el pequeño ejército británico al son de tambores y con las banderas desplegadas desfiló por las calles hasta llegar a la Plaza Mayor. Llovía copiosamente cuando Beresford recibió a los parlamentarios españoles y les informó que una vez que se hiciera cargo de la sede del gobierno firmaría capitulaciones. Sonaban las gaitas escocesas mientras los españoles y criollos que habían contemplado ese espectáculo lloraban de impotencia y se prometían expulsar al invasor. Belgrano expuso el sentir de la mayoría: Confieso que me indigné, y que nunca sentí más haber ignorado, como ya dije anteriormente, hasta los rudimentos de la milicia; todavía fue mayor mi incomodidad cuando vi entrar las tropas enemigas y su despreciable número para una población como la de Buenos Aires. Esta idea no se apartó de mi imaginación y poco faltó para que me hubiese hecho perder la cabeza. Me era muy doloroso ver a mi patria bajo otra dominación y sobre todo en tal estado de degradación, que hubiese sido subyugada por una empresa aventurera, cual era la del bravo y honrado Beresford, cuyo valor admiro y admiraré siempre en esta peligrosa empresa.

El virrey escapó vergonzosamente, mientras alguno ideaba el estribillo que llegó a nuestros días: «Al primer disparo de los valientes/ huyeron Sobre Monte y sus parientes».

Con amargura, no exenta de sorna, anota Núñez: «El día 27 todavía amanecimos españoles, pero anochecimos ingleses».

Al día siguiente se enarboló el pabellón británico al tope de la fortaleza y se dieron a conocer, mediante una proclama, los objetivos de la expedición: «la graciable intención de Su Majestad Británica, abrir un comercio libre y permitido, semejante al de las otras colonias inglesas, especialmente de la Trinidad, cuyos habitantes se hallaban bajo el gobierno del mismo soberano». Los habitantes, se afirmaba en el documento, gozarían de la administración de justicia por sus propios tribunales, verían protegida la propiedad privada y mantendrían el libre ejercicio de la religión católica. El 2 de julio se firmaron las condiciones concedidas entre Beresford y Popham, por una parte, y el jefe de la plaza, brigadier José Ignacio de la Quintana.

Expresa Mitre: «Estos documentos revelaron a Buenos Aires que las miras de la expedición eran de conquista y no de independencia, y humillados como se sentían sus habitantes, ellos produjeron un efecto contrario al que se había tenido en vista, no obstante su moderación y benevolencia. Bajo estos auspicios, la ciudad conquistada prestó juramento de obediencia al monarca de Gran Bretaña por el órgano de sus autoridades, quedando el Cabildo al frente del gobierno civil».

Lo cierto es que en un primer momento, los ingleses recogieron sin dificultades los trofeos de la victoria, entre ellos 1.438.514 pesos fuertes, que el virrey había accedido a entregar, entre otras condiciones de la capitulación. Si bien una parte fue empleada para sufragar gastos de la expedición, hay indicios de que la otra se la repartieron entre Popham y Beresford. De haber sido así, actuaban de acuerdo a la práctica europea, que compartían los británicos, de que parte del botín correspondía a los vencedores y se repartía proporcionalmente entre jefes, oficiales y tropa. Pero algo más de 1.000.000 fue remitido a Londres, por cuyas calles fue paseado en cajas de caudales ubicadas en carros. Uno de esos vehículos ostentaba la bandera tomada en la fortaleza porteña.

Incidente de Belgrano con miembros del Consulado

Al producirse el ingreso de las tropas británicas, Belgrano se reunió con los miembros del Consulado con el objeto de hacerles saber que era su obligación dirigirse con el archivo y sellos donde estuviese el virrey, para establecer la sede en el lugar que él y el comercio de toda la jurisdicción resolviese. A la vez les expuso que de ningún modo convenía «a la fidelidad de nuestros juramentos» que se reconociese otro monarca. El cuerpo adhirió a la opinión del secretario. Pidió una

audiencia con Beresford y solicitó que se lo eximiese de prestarlos. El general no le dio una respuesta inmediata:

Los demás individuos del Consulado[dice Belgrano], que llegaron a extender estas gestiones, se reunieron y no pararon hasta desbaratar mis justas ideas y prestar el juramento de reconocimiento a la dominación británica, sin otra consideración que la de sus intereses.

Agrega, indignado: «El comerciante no conoce más patria, ni más rey, ni más religión que su interés propio. Cuanto trabaja, sea bajo el aspecto que lo presente, no tiene otro objeto, ni otra mira que aquél».

El secretario consular hizo saber a Beresford que se hallaba impedido de concurrir al fuerte por hallarse enfermo, pero éste le respondió que no bien se aliviara debía prestar juramento.

Decidido a no hacerlo, Belgrano salió de Buenos Aires «casi como fugado», cruzó a la Banda Oriental y se instaló en la capilla de Mercedes:

Allí supe, pocos días antes de hacerse la recuperación de Buenos Aires, el proyecto, y pensando ir a tener parte en ella llegó a nosotros la noticia de haberse logrado con el éxito que es sabido.

Rechazo de los invasores

En el momento en que ocurría el episodio que relata Belgrano, habían comenzado diversos aunque inorgánicos preparativos para expulsar a los ingleses, precursores de la gran reacción popular de agosto.

Beresford advirtió sordos ruidos y sus informantes lograron saber que los milicianos desobedecían la orden del Cabildo de devolver las armas y las retenían en sus casas. Por otra parte, comenzaron a registrarse deserciones entre los soldados irlandeses que profesaban la religión católica. Ello hizo que el general inglés lanzara dos bandos amenazadores imponiendo graves penas, incluida la muerte, para los que ocultaran armas o amparasen a los desertores.

Con el correr de los días, mientras los ingleses suponían consolidada su situación, españoles y criollos se aprestaban a ponerle fin. El capitán de navío de la Real Armada Santiago de Liniers reunió en Montevideo 1.000 hombres entre veteranos y voluntarios y se embarcó en la Colonia rumbo a Buenos Aires, auxiliado por una escuadrilla de cañoneras y transportes armados.

Los reconquistadores desembarcaron el 3 de agosto en el puerto de Las

Conchas, a seis leguas de la Capital. De inmediato, se le incorporaron 500 voluntarios más junto a los Blandengues de la Frontera, en número de 269.

La acción militar comenzó en la madrugada del 11, tras el rechazo de Beresford a la intimación para que se rindiera de inmediato. Dado el vigor del ataque, el general optó por encerrarse en la Plaza Mayor, donde ocupó los edificios dominantes y puso sus piezas de artillería en posición.

El 12, Liniers contaba ya con 4.000 hombres, pues se le habían incorporado muchos vecinos.

Ancianos, mujeres y niños se aprestaban en cada casa a dar pelea a los invasores. La servidumbre —compuesta tanto de aborígenes traídos de la frontera en antiguas expediciones como de pardos y morenos— también empuñaba todo tipo de armas y objetos ofensivos. Lo mismo hacían los aborígenes libres, vendedores ambulantes o poseedores de tenderetes con distintas mercancías.

Beresford dirigió el combate serenamente, acero en mano, bajo el arco grande de la Recova, pero finalmente ordenó el repliegue y dispuso la rendición. A pesar del furor del pueblo, marchó entre los reconquistadores formados y se abrazó con Liniers, quien le concedió los honores de la guerra «por su bizarra defensa» y no aceptó su espada.

El Cabildo Abierto del 14 de agosto de 1806 (asamblea de vecinos convocada para deliberar sobre sucesos extraordinarios y adoptar decisiones al respecto), en que se exigió la entrega del poder a Liniers, determinó el cese de Sobre Monte, quien delegó en el jefe triunfante el mando de las armas, y en el regente de la Audiencia, el despacho de los asuntos urgentes de gobierno y hacienda.

De inmediato comenzaron en la Capital los preparativos para resistir un nuevo ataque británico, que ya se insinuaba.

Preparativos para la Resistencia

Los refuerzos que habían pedido Popham y Beresford al almirantazgo y a Cabo de Buena Esperanza a sólo cinco días de haber tomado Buenos Aires, comenzaban a confluir sobre el Río de la Plata, mientras este último, con algunos de sus hombres, se alojaba en una blanda y cómoda prisión en Luján.

El 13 de octubre de 1806 llegaron al Río de la Plata, procedentes del

Cabo, 1.930 hombres de tropa escoltados por varios buques de guerra, los que se incorporaron a la flota de Popham, que merodeaba por sus aguas. Y el 11 de octubre, en la creencia de que Beresford aún dominaba Buenos Aires, partieron de Portsmouth 3.610 hombres de un total de 4.322, a las órdenes del brigadier Auchmuty. Un mes más tarde salió el resto al mando del brigadier Crawford, que originariamente había sido destinado a tomar la Capitanía de Chile y promover su rápida separación de España.

Si bien dichas tropas estaban preparadas para dirigirse a América del Sur desde junio, no fueron enviadas frente al temor de un ataque de Napoleón a Inglaterra mediante el cruce en Boulogne con un ejército de 100.000 hombres.

Popham fue relevado, a pesar de ser felicitado, por el almirante Stirling, quien coordinaría las futuras operaciones navales.

El 5 de enero de 1807, el brigadier Auchmuty llegó a Maldonado, en la Banda Oriental del Uruguay, y más tarde arribaron otros hombres, hasta contar en la zona, hacia febrero, con 6.250 soldados reforzados más tarde. Luego de que la escuadra bombardeó sin éxito Montevideo, pues la bajante del río mantenía las naves a gran distancia, las tropas inglesas lograron desembarcar frente a la ciudad amurallada y tomarla luego de duro combate. Los británicos consideraron abierto, de ese modo, el camino para vengar la derrota sufrida en Buenos Aires. La posterior ocupación de Colonia, punto clave de las comunicaciones con la Capital del Virreinato, por parte del teniente coronel Pack —quien había violado su palabra de no volver a tomar las armas al ser tomado prisionero y que había huido de Luján junto con Beresford con la ayuda de Pío White y del criollo Saturnino Rodríguez Peña— cerró la operación.

Junto con sus armas y bagajes, los ingleses llevaron consigo a Montevideo una eficaz arma de acción psicológica: la imprenta que les permitió redactar el periódico bilingüe The Southern Star, el cual, a pesar de su breve aparición, corrió por las manos de los opositores a España que ya pensaban en la independencia.

Pero mientras los británicos afianzaban su ocupación de la Banda Oriental, Buenos Aires se aprestaba para la defensa poniéndose en armas a través de un admirable y concertado aparato militar.

Alistamiento e instrucción de las fuerzas

Con acierto afirma Mitre que uno de los efectos inmediatos de la

Reconquista fue el espíritu guerrero que despertó en todas las clases pero que, en un sentido diametralmente opuesto a las reglas disciplinarias de la milicia regular, ese espíritu refluía sobre el orden político.

Ante el temor de una nueva invasión, habían empezado a operar un gran movimiento en que las distintas clases sociales se verían hermanadas por el fervor de defender el propio suelo. Españoles, criollos, indios, esclavos, serían encuadrados en unidades militares y pelearían codo con codo contra los británicos.

Liniers se puso a la cabeza de la movilización general y arbitró diversos recursos con el fin de equipar a los miles de hombres que debía preparar para la pelea.

En cuanto al armamento, hizo montar los cañones disponibles, fundir las cañerías pluviales y utensilios domésticos de plomo para convertirlos en balas, traer pólvora de Chile, la que cruzó la Cordillera llevada a hombro por los artilleros. Además, mandó fundar maestranzas y arreglar un laboratorio de mixtos (mezcla inflamable que se usaba para los explosivos) en el que se trabajaba día y noche.

El Cabildo fue su principal brazo ejecutor. Reunía los donativos, establecía hospitales, distribuía premios y recompensas y acopiaba el armamento disperso.

Liniers alistó a todos los ciudadanos, sin distinción de clases; es decir, puso las armas en manos del pueblo. Para crear un sentimiento de emulación, los dividió y denominó según las provincias de las que eran oriundos los soldados, tanto de España como del Río de la Plata. Cada cuerpo contaba con su uniforme, a veces muy costoso, y poseía su propia bandera. Y en un gesto verdaderamente revolucionario para el medio y la época, determinó que los soldados elegirían a sus oficiales por votación directa. Éstos, a su vez, nombraban a sus respectivos jefes.

Los cuerpos nativos debían constituir cinco fuertes batallones de infantería. Los Patricios reunían a los vecinos de Buenos Aires; los Arribeños, a los de las provincias del interior.

Mayor de Patricios

Belgrano, que había regresado apenas enterado de la capitulación de Beresford, estuvo presente en la constitución del primero de esos cuerpos, el más importante por el número de efectivos y por la organización que supo imprimirle su primer jefe, Cornelio Saavedra.

Oigámosle:

Poco después me puse en viaje para la Capital, y mi arribo fue la víspera del día en que los Patricios iban a elegir sus comandantes para el cuerpo de voluntarios que iba a formarse, cuando ya se habían formado los cuerpos de europeos y había algunos que tenían armas; porque la política reptil de los gobernantes de América, a pesar de que el número y el interés del patricio debía siempre ser mayor por la conservación de la patria que el de los europeos aventureros, recelaba todavía de aquellos a quienes por necesidad permitía también armas.

Sabido mi arribo por varios amigos, me estimularon para que fuese a ser uno de los electores: en efecto, los complací, pero confieso que, desde entonces, empecé a ver las tramas de los hombres de nada, para elevarse sobre los de verdadero mérito; y de no haber tomado por mí mismo la recepción de votos, acaso salen dos hombres obscuros, más por sus vicios que por otra cosa, a ponerse a la cabeza del cuerpo numeroso y decidido que debía formar el ejército de Buenos Aires, que debía dar tanto honor a sus armas.

Recayó al fin la elección en dos hombres que eran de algún viso [Saavedra y Esteban Romero], y aun ésta tuvo sus contrastes, que fue preciso vencerlos, reuniendo de nuevo a las gentes a la presencia del general Liniers, quien recorriendo las filas conmigo, oyó por aclamación los nombres de los expresados, y en consecuencia, quedaron con los cargos y se empezó el formal alistamiento. Pero como éste se acercase a cerca de 4.000 hombres puso en expectación a todos los comandantes europeos y a los gobernantes y procuraron por cuantos medios les fue posible, ya negando armas, ya atrayéndolos a los otros cuerpos, evitar que número tan crecido de patricios se reuniesen.

Belgrano decidió brindar los mayores esfuerzos en el caso de que se concretase un nuevo ataque inglés, con el fin «de tener una parte activa en defensa de mi patria», por lo que tomó un maestro que le diese «alguna noción de las evoluciones más precisas» y le enseñase «por principios el manejo del arma»:

Todo fue obra de pocos días: me contraje como debía, con el desengaño que había tenido en la primera operación militar, de que no era lo mismo vestir el uniforme de tal que serlo.

Así como por elección se hicieron los comandantes del cuerpo, así se hicieron los de los capitanes en los respectivos cuarteles por las compañías que se formaron, y éstas me

honraron llamándome a ser su sargento mayor; de que hablo con toda ingenuidad no puede excusarse, porque me picaba el honorcillo y no quería que se creyera cobardía al mismo tiempo en mí, no admitir cuando me habían visto antes vestir el uniforme.

Entrado a este cargo, para mí enteramente nuevo, por mi deseo de desempeñarlo según correspondía, tomé con otro anhelo el estudio de la milicia y traté de adquirir algunos conocimientos de esta carrera, para mí desconocida en sus pormenores. Mi asistencia fue continua a la enseñanza de la gente. Tal vez esto, mi educación, mi modo de vivir y mi roce de gentes distinto en lo general de la mayor parte de los oficiales que tenía el cuerpo, empezó a producir rivalidades que no me incomodaban, por lo que hace a mi persona, sino por lo que perjudicaban a los adelantamientos y lustre del cuerpo, que tanto me interesaban y por tan justos motivos.

Ya estaba el cuerpo, capaz de algunas maniobras y su subordinación se sostenía por la voluntad de la misma gente que le componía, aunque ni la disciplina, ni la subordinación era lo que debía ser, cuando el general Auchmuty intentaba tomar a Montevideo. Pidió aquel gobernador auxilios, y de todos los cuerpos salieron voluntarios para marchar con el general Liniers. El que más dio fue el de Patricios, sin embargo de que hubo un jefe, yo lo vi, que cuando preguntaron a su batallón quién quería ir, le hizo señas con la cabeza para que no contestase.

Quiso formar parte de la expedición, no sólo para poner el pecho a las balas enemigas sino para evitar roces con quienes, poco competentes, estaban por sobre él en la cadena de mandos:

Entonces me preparé a marchar, así por el deseo de hacer algo en la milicia, como por no quedar con dos jefes, el uno inepto y el otro intrigante, que sólo me acarrearían disgustos, según a pocos momentos lo vi, como después diré. Tanto el comandante que marchó cuanto toda la demás oficialidad que le acompañaba, representaron al general que no convenía de ningún modo mi salida, y que el cuerpo se desorganizaría si yo lo abandonaba. Así me lo expuso el general en los momentos de ir a marchar y me lo impidió.

Quedé, y no tardó mucho en verificarse lo mismo que yo temía: se ofreció poner sobre las armas un cierto número de compañías a sueldo, y me costó encontrar capitanes que quisieran servir, pero había de los subalternos doble número que aspiraban a disfrutarlo.

No hallé un camino mejor para contentarlos que disponer echaran

suertes. Esto me produjo un sinsabor cual no me creía, pues hubo oficial que me insultó a presencia de la tropa y de esos dos comandantes que miraron con indiferencia un acto tan escandaloso de insubordinación. Entonces empecé a observar el estado miserable de educación de mis paisanos, sus sentimientos mezquinos y hasta dónde llegaban sus intrigas por el ridículo prest [sueldo que se pagaba a la tropa], y formé la idea de abandonar mi cargo en un cuerpo que ya preveía que jamás tendría orden y que no sería más que un grupo de voluntarios.

Así es que tomé el partido de volver a ejercer mi empleo de secretario del Consulado, que al mismo tiempo no podía ya servirlo el que hacía de mi sustituto, quedando por oferta mía dispuesto a servir en cualquier acción de guerra que se presentase, dónde y cómo el gobierno quisiera.

Otras fuerzas movilizadas

Se organizaron seis escuadrones de caballería, un batallón de Granaderos Provinciales y otro de Cazadores Correntinos, además de un Cuerpo de Artillería, compuesto por hijos de la tierra, en que se mezclaban blancos, pardos, indios y negros.

En cuanto a los españoles, se dividieron en cinco tercios: Andaluces, Cántabros, Catalanes, Gallegos y Montañeses, sin que cada uno fuera exclusivo de la región que representaban, pues ingresaron españoles de otros lugares e hijos de peninsulares nacidos en el Virreinato.

Además, el Cabildo equipó su propio cuerpo de artillería, denominado «de la Unión».

Casi todos debieron capacitarse en las artes de la guerra, pues hasta entonces, salvo en contadas ocasiones, habían sido convocados en forma circunstancial. Y Liniers, el que mayor capacidad militar tenía, aunque fuese más ducho en las refriegas navales que en los combates terrestres, supervisaba cada movimiento, para cerciorarse de que los jefes y oficiales se regían por una misma táctica para la lucha y empleaban órdenes iguales para ordenar los respectivos movimientos, y evitar de ese modo las confusiones en el campo de batalla.

Los veteranos británicos no encontrarían un puñado de atolondrados sino hombres orgullosos y decididos, con una instrucción capaz de darles eficaz batalla.

Comienzan las operaciones militares

En los últimos días de junio de 1807, la población contempló en el río la amenazante presencia de 110 buques de guerra y transporte. Un testigo señaló que «el espectáculo, capaz de intimidar a los más aguerridos, no causó el menor recelo a los colonos».

El 28, el ejército inglés desembarcó en la ensenada de Barragán, a 12 leguas de la ciudad.

Apenas llegó a la ciudad el informe de las fuerzas de observación, se tocó generala y comenzó a sonar a rebato la campana del Cabildo. Simultáneamente, la fortaleza disparó los tres cañonazos convenidos.

Los ciudadanos en armas concurrieron a sus respectivos batallones y regimientos y Liniers, acompañado por los miembros del Cabildo que se declararon «en permanencia», recorrió ufano la línea de batalla.

El 2 de julio se avistó la vanguardia inglesa, compuesta de 2.000 hombres al mando del mayor general Gower. Liniers ofreció batalla pero el enemigo la eludió y se desplazó a la izquierda, como si se dispusiera a pasar el puente de Gálvez. El comandante en jefe hispano se ubicó en un punto más favorable, mientras los británicos incorporaban dos nuevas brigadas.

Entre el 1º y el 2 de julio, ambos ejércitos realizaron diversos movimientos, y se enfrentaron en combates parciales, hasta que la vanguardia inglesa atacó a los defensores, que cometieron el error de aceptar combate en campo abierto y fueron totalmente dispersados.

Al día siguiente, mientras el alcalde de primer voto del Cabildo Martín de Álzaga consolidaba las defensas y el comandante superior de los atacantes, general John Whitelocke, intimaba la rendición, Liniers entraba en Buenos Aires y se ponía al frente de la Resistencia.

Sin embargo, aquel día no hubo combates, ni tampoco el 4 cuando el enemigo, con la mayor parte de sus fuerzas reunidas, unos 8.500 hombres, volvió a intimar la rendición. Recibió la misma respuesta, por lo que se dispuso a atacar al amanecer del 5 de julio. Whitelocke dividió su ejército en dos alas, con sus correspondientes reservas y líneas avanzadas.

Llegada la hora, dispuso advertir a los habitantes con una salva de 21 cañonazos, naturalmente no de saludo sino «a bala». Luego de evaluar las posibilidades de cercar la ciudad, bombardearla hasta reducirla a escombros o tomar por asalto, adoptó el peor plan: avanzar en forma impetuosa y apoderarse de todo sitio desde donde se lo opusiera resistencia.

Los primeros ataques británicos fueron exitosos y lograron tomar el Retiro (norte) y el Hospital y Templo de la Residencia (sur), después de gran derramamiento de sangre. Pero luego, lentamente, fueron contenidos por una profusión de disparos de artillería y fusilería.

Los ingleses sufrieron con estoicismo tales ataques pero finalmente debieron rendirse frente a las furiosas cargas a la bayoneta que les llevaban los adversarios.

Liniers envió el mismo 5 una intimación a Whitelocke con diversas exigencias, incluida la evacuación de la Plaza de Montevideo. Éste rechazó el 6 los términos propuestos y pidió una tregua para recoger a los heridos. Don Santiago envió de regreso al emisario, dando un cuarto de hora de plazo para deponer las armas. Transcurrido el lapso, se ordenó al coronel Elío tomar la posición de los ingleses en la Residencia.

Fue rechazado con elevado costo de muertos y heridos, pero Withelocke ya estaba quebrado y a las dos y media de la tarde envió un parlamentario aceptando las proposiciones. Ajustados los términos, las firmaron Withelocke y el comandante de la Escuadra, almirante Murray. En dos meses, debía desaparecer todo rastro británico en el Plata.

En un tiempo en que los combatientes adoptaban actitudes caballerescas y hasta románticas, en medio del combate se habían producido manifestaciones de mutuo respeto y admiración entre los adversarios. El coronel Kington, herido mortalmente en un combate con los soldados del Regimiento de Patricios, pidió que su cuerpo fuera depositado en el cuartel del batallón «para dormir el sueño eterno bajo la salvaguarda de los valientes que lo habían vencido» y acompañado en sus últimos momentos.

Por su parte, el coronel Henry Cadogan, después de perder la cuarta parte de sus efectivos, y luego de rendirse al cuerpo del mayor Belgrano, exclamó: «¿Qué tropa es ésa de escudo en el brazo, tan valiente y generosa?», aludiendo a los escudos de paño grana que llevaban en el brazo los Patricios, y a la circunstancia de que, una vez cesado el fuego, se acercaron solícitos a brindar sus cuidados a los heridos.

Los británicos dejaron en Buenos Aires cerca de 2.000 hombres entre muertos y heridos, es decir la cuarta parte de los que entraron en combate, y más de 1.000 prisioneros. En cuanto a los defensores, contaron sus pérdidas en 302 muertos y 514 heridos, entre ellos 37

oficiales.

La población se entregó a los festejos, pero no dejó de brindar asistencia a los vencidos. Y

entre las muchas celebraciones de gozo, estuvo la de manumitir por sorteo setenta de los esclavos que habían peleado en esas tremendas jornadas.

Belgrano, que ocupó puestos de peligro al lado del coronel César Balviani, que estaba al mando de la división derecha del ejército, relata de este modo su intervención en las acciones:

El cuartel maestre general me nombró por uno de sus ayudantes de campo, haciéndome un honor a que no era acreedor. En tal clase serví todos aquellos días. El de la defensa me hallé cortado y poco o nada pude hacer hasta que me vi libre de los enemigos; pues a decir verdad el modo y método con que se hizo, tampoco daba lugar a los jefes a tomar disposiciones, y éstas quedaban al arbitrio de algunos denodados oficiales, de los mismos soldados voluntarios, que era gente paisana que nunca había vestido uniforme, y que decía, con mucha gracia, que para defender el suelo patrio no habían necesitado de aprender a hacer posturas, ni figuras en las plazas públicas para diversión de las mujeres ociosas.

Liniers dispuso que Balviani recibiese el juramento a los oficiales prisioneros que para ser liberados debían comprometerse a no tomar las armas contra «la América del Sur» hasta su regreso a Europa. Para ello se dirigió al alojamiento del brigadier general Crawford, acompañados por sus ayudantes y otros oficiales de significación.

Belgrano, que a lo largo de aquellos casi trece meses de duras pruebas había fortalecido su convicción de que debía formarse como soldado para contribuir a la independencia de su patria y que había comprendido la necesidad de que para constituir ejércitos las palabras indisciplina e insubordinación debían ser desterradas, tuvo también ocasión de corroborar su idea de que la emancipación, que en aquel momento contemplaba como un proceso largo, debía ser obra exclusiva de los americanos, más allá de los apoyos circunstanciales que las potencias extranjeras, a favor de sus propios intereses, pudieran brindar: Mis pocos conocimientos en el idioma francés y acaso otros motivos de civilidad, hicieron que el nominado Crawford se dedicase a conversar conmigo con preferencia, y entrásemos a tratar de algunas materias que nos sirviera de entretenimiento, sin perder de vista adquirir conocimientos del país, y muy

particularmente respecto de su opinión del gobierno español.

Así es que después de haberse desengañado de que yo no era francés ni por elección, ni otra causa, desplegó sus ideas acerca de nuestra independencia, acaso para formar nuevas esperanzas de estos países, ya que les habían sido fallidas las de conquista. Le hice ver cuál era nuestro estado; que ciertamente nosotros queríamos el amo viejo o ninguno, pero que nos faltaba mucho para aspirar a la empresa, y que aunque ella se realizase bajo la protección de Inglaterra, ésta nos abandonaría si se ofrecía un partido ventajoso a Europa, y entonces vendríamos a caer bajo la espada española; no habiendo una nación que no aspirase a su interés sin que le diese cuidado de los males de las otras. Convino conmigo y manifestándole cuánto nos faltaba para lograr nuestra independencia, difirió para un siglo su consecución.

¡Tales son en todo los cálculos de los hombres! Pasa un año, y he ahí que sin que nosotros hubiésemos trabajado para ser independientes, Dios mismo nos presenta la ocasión con los sucesos de 1808 en España y en Bayona. En efecto, avívanse entonces las ideas de libertad e independencia en América y los americanos empiezan por primera vez a hablar con franqueza de sus derechos. En Buenos Aires se hacía la jura de Fernando VII y los mismos europeos aspiraban a sacudir el yugo de España por no ser napoleonistas. ¿Quién creería que don Martín de Álzaga, después autor de una conjuración, fuera uno de los primeros corifeos?

Agravamiento de la situación política

En abril de 1808 llegó a Buenos Aires el brigadier Curado, emisario de don Juan, príncipe regente de Portugal, para proponer relaciones amistosas y un acuerdo comercial con el Río de la Plata. Liniers lo había escuchado, contra la opinión de la Audiencia y de los particulares consultados, para evitar una reacción militar frente a la cual se sentía débil pese a contar con el aparato castrense montado para repeler a los ingleses. Días más tarde, el Cabildo recibió una amenazante propuesta del ministro conde de Linhares que implicaba optar por la protección lusitana o por una invasión conjunta anglo-portuguesa. La respuesta del cuerpo, acaudillado por Martín de Álzaga, fue digna y airada. Éste y Liniers —cuya actitud había sido en apariencia complaciente— quedaron distanciados. Pesaban las rivalidades y enconos nacidos de los respectivos papeles protagónicos en la lucha contra los británicos.

La situación se había agravado frente a la decisión de Liniers de enviar un representante ante la corte lusitana instalada en Río de Janeiro. El Cabildo impugnó sus facultades para realizar tratativas y aquél le negó intervención en el gobierno superior. Álzaga reinvindicó el derecho a opinar y prohijó el envío de reclamaciones a la Corona.

Sin embargo, por aquellos días había variado completamente la escena europea, y España, hasta entonces enemiga de Inglaterra, iba camino a convertirse en su aliada.

El 28 de julio de 1808 llegó a Buenos Aires la noticia de la abdicación de Carlos IV, por lo que Liniers ordenó la jura como rey de Fernando VII. No obstante, enseguida, y de común acuerdo con la Audiencia y el Cabildo, dispuso suspender el acto hasta que se tuviesen noticias fidedignas de lo ocurrido. En cambio, el gobernador de Montevideo, Francisco Javier de Elío, declaró de inmediato su fidelidad a Fernando, lo cual provocó una desinteligencia entre el virrey y su subordinado.

Las cosas se complicaron al llegar a Buenos Aires el enviado personal de Napoleón, marqués de Sassenay, quien informó a las autoridades reunidas a pedido del virrey, sobre la abdicación de Fernando VII y la designación de José Bonaparte como monarca de los

españoles. Los presentes decidieron reembarcar al emisario y ocultar las noticias, pero Liniers, impulsado por un hidalgo aunque

imprudente sentido de la cortesía —que daría motivo a injustas acusaciones de connivencia con Francia—, mantuvo una reunión final a solas con el agente de Bonaparte.

Al arribar a Montevideo, el marqués fue apresado por Elío, quien se alzó contra Liniers, respaldado por el Cabildo de aquella ciudad, y pidió su deposición. El virrey invitó al violento y obcecado Elío a que fuese a Buenos Aires para expresar sus agravios, pero el gobernador, convencido de que, en caso de acceder, no volvería a su sede, se negó con pretextos pueriles. Liniers consideró sediciosa esa conducta y el 17 del mismo mes firmó la destitución del mandatario a la vez que designó en su sustitución al capitán de navío Juan Ángel de Michelena, quien a la vez debía ocupar interinamente la jefatura del Apostadero Naval de Montevideo, en reemplazo del capitán de fragata Joaquín Ruiz Huidobro, que se hallaba accidentalmente al frente.

Elío mandó a los marinos que no aceptaban la autoridad de la Junta que evacuasen la plaza en 24 horas. Ruiz Huidobro protestó a través de un ayudante que fue despachado sin respuesta, reunió a los jefes y oficiales en su casa y se decidió a marchar a Buenos Aires para ponerse a las órdenes de Liniers. Éste envió a Colonia dos embarcaciones para transportar a los diecisiete evacuados.

La sombra de la infanta Carlota Joaquina

El virrey, que acababa de jurar a Fernando VII, había recibido una Justa Reclamación de su hermana la infanta Carlota Joaquina, esposa del príncipe Juan de Portugal, en la que pedía ser reconocida como Regente de las posesiones españolas en América para evitar el dominio francés. Liniers rechazó la solicitud invocando la promesa de fidelidad recientemente realizada y pidió el respaldo militar de los batallones criollos. Sus jefes se lo concedieron y esa postura frenó la inminente revuelta del Partido Republicano que encabezaba Álzaga y la instauración de una junta en Buenos Aires.

En vez, la actitud de Carlota estimuló a los criollos animados de ideas independentistas, quienes, luego de la invasión inglesa y de las conversaciones de Belgrano con Crawford, no descartaban del todo solicitar, para un caso realmente apurado, el apoyo británico para emanciparse de España. Surgía la figura de una integrante de la Casa de Borbón como posible cabeza de un drástico cambio político en el Plata, y esa circunstancia los hizo pensar que el camino más lógico era encolumnarse tras ella.

El 20 de septiembre de 1808, Manuel Belgrano, Juan José Castelli,

Hipólito Vieytes, Antonio Luis Beruti y Nicolás Rodríguez Peña se dirigieron a la Infanta, lamentando el rechazo de sus pretensiones «por motivos realmente intrigantes» y expresaron su convicción de que

doña Carlota poseía superiores e incomparables los títulos para ocupar la Regencia, con respecto a la Junta de Sevilla. Ésta, agregaban, carecía de autoridad, ya que «no se puede ver el medio de inducir un acto de necesaria dependencia de la América española a la Junta de Sevilla; pues la constitución no precisa que unos reinos se sometan a otros».

Manifestaban su desacuerdo con la política de Liniers, esperanzado en obtener la restauración de la Metrópoli, y criticaban la intervención del Cabildo en los negocios públicos y la obsecuencia de funcionarios y particulares. Luego señalaban el peligro de que se promovieran, como ocurría desde 1806, partidos cuya meta era establecer un gobierno republicano «que ganando a incautos e inadvertidos tratara de elevar su suerte sobre la ruina de los débiles; bien persuadidos a que si en el estado de Colonia por consecuencia del sistema hacían la ventaja sobre los naturales o americanos, no la harían menor en el nuevo sistema, por la prepotencia que les daría la posesión del monopolio».

Se referían al grupo exclusivista de Álzaga, quien se oponía a las pretensiones de la Infanta por motivos distintos a los de Liniers. Según los firmantes, para el partido del comerciante español, el reconocimiento de aquélla significaría la posterior no restitución de estos reinos a la Corona de Castilla.

Cesaría la calidad de Colonia, sucedería la ilustración en el país, se haría la educación, civilización y perfección de costumbres, se daría energía a la industria y comercio, se extinguirían aquellas odiosas distinciones que los europeos habían introducido diestramente entre ellos y los americanos, abandonándolos a su suerte, se acabarían las injusticias, las opresiones, las usurpaciones y dilapidaciones de las rentas y un mil de males que dependen del poder que a merced de la distancia del trono español se han podido apropiar sin temor de las leyes, sin amor a los monarcas, sin aprecio de la felicidad general.

Con bastante ingenuidad y desconocimiento de la tortuosa personalidad de la Infanta, acerca de la cual estaban convencidos no sólo su esposo el príncipe regente sino el primer ministro inglés George Canning, los miembros del grupo pensaban que a través de ella se podría alcanzar la independencia provisional de los pueblos del Plata y el fin de la prepotencia peninsular. También estaban seguros

de que doña Carlota oiría sus consejos.

El agente de ésta, Felipe Contucci, llegado a Buenos Aires por gestión ante la Infanta de Saturnino Rodríguez Peña, exiliado en Río de Janeiro a raíz de su colaboración con los invasores ingleses, había contribuido a alimentar tales esperanzas.

Para octubre de 1808, Carlota había decidido trasladarse al Río de la Plata con el apoyo del almirante británico Smith y contra la opinión del regente. Del marino decía el ministro portugués en Londres, Souza Coutinho, que su «fertilidad en la intriga excede comprensión». Es decir que era una excelente compañía de doña Carlota.

Pero en noviembre lord Strangford recibió la noticia confirmatoria de la alianza de Gran Bretaña y España y desautorizó a Smith. La Infanta se vio así bloqueada en sus proyectos, pero empeñada en obtener la regencia optó por un inesperado cambio de frente. Buscó el apoyo de Liniers para alcanzar el mismo objetivo, y denunció a sus antiguos amigos y a su emisario, el inglés Paroissien.

Según Contucci, más de 120 ciudadanos habrían apoyado el plan de traer a la Infanta y habrían condescendido con ese proyecto algunos criollos que lo habían resistido en un principio, como Saavedra y también simpatizantes de Álzaga, como Leiva y Moreno.

Frustrado el intento y desengañado de la princesa, el grupo criollo se encontró provisionalmente sin salida. Parecería ser que entonces volvieron sus ojos hacia Álzaga, de quien se sabía que desde octubre proyectaba derribar al virrey y establecer una junta de gobierno, pero su renuencia a permitir que los criollos actuasen a su lado y participasen de su futuro gobierno impidió toda tentativa de arreglo. Don Martín tenía viejos y recientes agravios que vengar con quienes venían poniendo en entredicho sus ideas y su conducta intransigente desde los días de apertura del Consulado, como Castelli y Belgrano.

Éste explica el porqué de su adhesión a las pretensiones de la Infanta: Entonces fue, que no viendo yo un asomo de que se pensara en constituirnos, y sí a los americanos prestando una obediencia injusta a unos hombres que por ningún derecho debían mandarlos, traté de buscar los auspicios de la infanta Carlota, y de formar un partido a su favor, oponiéndome a los tiros de los déspotas que celaban con el mayor anhelo para no perder sus mandos; y lo que es más, para conservar América dependiente de la España, aunque Napoleón la dominara; pues a ellos les interesaba poco o nada ya, sea borbón, Napoleón u otro cualquiera, si América era colonia de España.

Solicité, pues, la venida de la infanta Carlota, y siguió mi correspondencia desde 1808 hasta 1809, sin que pudiese recabar cosa alguna. Entretanto mis pasos se celaron y arrostré el peligro yendo a presentarme en persona al virrey Liniers y hablarle con toda la franqueza que el convencimiento de la justicia que me asistía me daba, y la conferencia vino a proporcionarme el inducirlo a que llevase a ejecución la idea que ya tenía de franquear el comercio a los ingleses en la costa del río de la Plata, así para debilitar a Montevideo, como para proporcionar fondos para el sostén de las tropas, y atraer a las provincias del Perú por las ventajas que debía proporcionarles el tráfico.

El 1º de enero de 1809, Álzaga encabezó una revuelta contra el virrey, con el apoyo de los cuerpos constituidos por peninsulares, y estaba a punto de conseguir su renuncia, cuando la oportuna intervención de los batallones criollos, encabezados por los Patricios de Cornelio Saavedra, a los cuales se sumó el Cuerpo de Andaluces, inclinó la balanza en favor de Liniers.

Los insurrectos se dispersaron, Liniers rompió su dimisión, y los principales implicados fueron enviados a Patagones. Elío los rescató y los refugió en Montevideo. Cabe señalar que Pascual Ruiz Huidobro, que había regresado a fines de noviembre del año anterior, repuesto en su cargo de gobernador de Montevideo y ascendido a teniente general, había sido propuesto para presidir la junta revolucionaria impulsada por Álzaga, con la secretaría de Mariano Moreno y Julián de Leiva, pero la rápida acción de los partidarios del virrey no dio tiempo a que ésta se constituyera.

La situación en el Plata, descrita con sombríos tonos por el Cabildo de Buenos Aires en una presentación a la Junta Central del 13 de septiembre de 1808, y la condición de francés de Liniers, que no le inspiraba confianza, decidió a ésta a reemplazarlo por el teniente general Baltasar Hidalgo de Cisneros. El nuevo virrey debía ajustar su conducta a precisas instrucciones. Su primer cometido sería disolver la junta de Elío, organismo de gobierno considerado pernicioso para América y especialmente para Montevideo por «las divisiones y partidos que causarían una revolución funesta en aquel hermoso país», y adoptar medidas más flexibles en relación con los súbditos de la Corona. Con posterioridad se le ordenó que enviase a España a Liniers y a Elío. Pero llegaron las noticias de los sucesos de abril y de los intentos de la infanta Carlota, y Cisneros recibió nuevas instrucciones en las que se disponía la rehabilitación de Elío y premios para sus seguidores. Sin embargo, debía enviarlo a España. También se le encomendaba limpiar el Río de la Plata de franceses. Por otra parte,

más que como imperativo en calidad de recomendación, se le sugería no pasar directamente a Buenos Aires sino fijar su residencia en Montevideo hasta asegurarse de la obediencia de las autoridades, el pueblo y el ejército en la Capital. Es lo que haría el héroe de Trafalgar, con una lentitud que le ganó la desconfianza de los habitantes de la banda occidental.

El 14 de julio de 1809, el nuevo virrey prestó juramento en la Colonia del Sacramento, en vez de hacerlo en su sede natural, y recién tomó posesión del mando en Buenos Aires el 29

de julio de 1809. Liniers había debido trasladarse a aquel punto para asegurarle que el pueblo de la Capital lo recibiría dignamente, como en efecto ocurrió. Enseguida sobreseyó a los acusados de la asonada del 1º de enero.

Previo a ello, Belgrano había intentado convencer a Liniers de no aceptar a Cisneros, «por no ser autoridad legítima la que lo despojaba», pero el héroe de la reconquista prefirió obedecer el mandato de la Junta Central y subordinarse a quien además poseía un grado superior en la Armada.

Entonces, el secretario del Real Consulado procuró que los jefes militares rechazasen a Cisneros. En una reunión realizada en la casa de Juan Martín de Pueyrredón les habló con calor y energía, reclamándoles una respuesta. Luego conversó con Saavedra y para comprometerlo le entregó dos cartas de Carlota Joaquina, pero advirtió sus vacilaciones y las del resto de los militares, y temió ser arrestado. Sin embargo, nadie hizo mención de sus

gestiones. Al verse libre, y en conocimiento de que Pueyrredón era buscado para ser conducido a prisión, lo visitó en el lugar en que se había ocultado y le proporcionó un bergantín para que viajara a Río de Janeiro. La nave zarpó sin cargamento, y don Juan Martín recibió correspondencia dirigida a la infanta Carlota, con la comisión de que le hiciera presente la comprometida situación de sus partidarios y le pidiese que se trasladara a Buenos Aires. Pero la «inquieta y sensual señora», como la definió un contemporáneo en la Corte de Río de Janeiro, cortó todo contacto en espera de que se aclarase la situación.

Bibliografía

«Autobiografía del general don Manuel Belgrano, que comprende desde sus primeros años (1770) hasta la Revolución del 25 de Mayo»; Bibliografía Belgraniana; Documentos del Archivo de Belgrano, tomo I; Documentos para la Historia del General Don Manuel Belgrano, Buenos Aires, Instituto Belgraniano, tomo I; Epistolario Belgraniano; Ignacio Núñez, Autobiografía, Buenos Aires, Senado de la Nación-Academia Nacional de la Historia, 1996; ——, Noticias históricas de la República Argentina, Buenos Aires, Imprenta Argentina, 1857; Enrique Williams Álzaga, compilador, Documentos relativos a la actuación de Martín de Álzaga en la Reconquista y en la Defensa de Buenos Aires: 1806-1807, Buenos Aires, 1948.

Mario Belgrano, Historia de Belgrano; Juan Bartolomé Beverina, Las invasiones inglesas al Río de la Plata. 1806-1807, con estudio preliminar y notas de Guillermo Palombo, Buenos Aires, Círculo Militar, 2008, 3 volúmenes y mapas; Jorge L. R. Fortín, Invasiones inglesas: colección Pablo Fortín, Buenos Aires, Lamsa, 1967; Ludovico García de Loydi, El virrey Marqués de Sobre Monte: su actuación durante las invasiones inglesas. Monografía documentada, Buenos Aires, 1930; José Teófilo Goyret, «Huestes, milicias y ejército regular», en Nueva Historia de la Nación Argentina, tomo II, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia-Planeta, 2000; Ovidio Giménez, Época y obra de Manuel Belgrano; Aníbal Jorge Luzuriaga, Manuel Belgrano. Estadista y prócer de la independencia hispanoamericana; Bartolomé Mitre, Historia de Belgrano y de la independencia argentina, tomo I; ——, Nuevas comprobaciones históricas a propósito de historia argentina, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1882; Carlos Roberts, Las invasiones inglesas del Río de la Plata (1806-1807) y la influencia en la independencia y organización de las provincias del Río de la Plata, Buenos Aires, J. Peuser, 1938; Alberto M. Salas, Diario de Buenos Aires: 1806-1807, Buenos Aires, Sudamericana, 1981; Germán O. E. Tjarks, El Consulado de Buenos Aires y sus proyecciones en la historia del Río de la Plata; Enrique Williams Álzaga, Martín de Álzaga, en la Reconquista y en la defensa de Buenos Aires (1806-1807), Buenos Aires, Emecé, 1971.

«Es el pueblo el que confiere la autoridad o mando»

Belgrano se sentía inseguro en Buenos Aires, a pesar de que no había sido molestado tras su intento de impedir la llegada del nuevo virrey del Río de la Plata. Éste, luego de haber prestado juramento en

Colonia y no en su sede natural, tras recibir seguridades acerca de que se aceptaría sin obstáculos su autoridad en Buenos Aires, llegó a la capital acompañado por su familia y algunos funcionarios y se sentó en su despacho del Fuerte el 29 de julio de 1809.

En general, recibió diversas muestras de simpatía, que él se encargó de alimentar con una conducta serena y mesurada. Los jefes militares y aún los representantes de grupos políticos tan antagónicos como el de Álzaga y el de los carlotistas, se acercaron a su persona.

Entre las excepciones se hallaba el secretario del Real Consulado, que optó por pedir una nueva licencia, cruzar otra vez el Río de la Plata y encerrarse en su retiro de la capilla de Mercedes, para ocupar su tiempo en «trabajos literarios y hallar consuelo a la aflicción que padecía mi espíritu con la esclavitud en que estábamos». También lo animaba el propósito de «quitarme de adelante para que, olvidándome, [Cisneros] no descargase un golpe sobre mí».

No parecía errado en la apreciación de los peligros que su comprometida actitud de meses atrás podría acarrearle, sobre todo porque el virrey, en aquel «caos de intrigas» que era Buenos Aires, se sentía sentado sobre un volcán, sin confiar más que en su experiencia de viejo marino para capear los múltiples temporales que avizoraba.

Por entonces (30 de septiembre de 1809), la pluma de Mariano Moreno produjo uno de sus escritos más célebres, la Representación de los Labradores y Hacendados, con el objeto de lograr el libre comercio en el Virreinato. En ella están patentes las ideas enunciadas durante largos años por Belgrano en las memorias y otros documentos del Consulado. Sin duda, no se trata de una repetición o plagio, ya que el alegato de Moreno muestra las singularidades de su estilo y de su genio, pero resulta evidente que si ambos pertenecían a partidos opuestos: don Mariano a las filas de Álzaga y don Manuel a los ya escarmentados admiradores de Carlota Joaquina, compartían en plenitud los principios de Adam Smith y sus seguidores liberales. El amigo del acérrimo monopolista pedía ahora la apertura del tráfico con Inglaterra.

Cisneros accedió, previo dictamen favorable de la Junta del Consulado y del Cabildo, pero con tantas restricciones que la reglamentación obstaculizó las operaciones de los británicos, a quienes el virrey terminó calificando de contrabandistas.

Belgrano contaba ya 39 años, sufría un paulatino agravamiento de sus dolencias que se expandían por un cuerpo cansado de soportarlas.

Padecía en lo físico y en lo moral frente a una situación que se hacía cada vez más compleja, pero lo animaba la esperanza de un cambio en la situación de España y América que acelerase el proceso de independencia.

En cuanto a la sensación de peligro que lo agitaba, encontró confirmación en la disposición dictada por Cisneros el 25 de noviembre de 1809, que se registra en el libro de comunicaciones del Real Consulado, mediante la cual se creó el Juzgado de Vigilancia Pública cuya misión consistía en celar y perseguir,

no sólo a los que promuevan o sostengan las detestables máximas del partido francés y cualquiera otro sistema contrario a la conservación de estos dominios en unión y dependencia de la metrópoli […] sino también a los que para llegar a tan perversos fines esparcen falsas noticias sobre el estado de la Nación, inspiran desconfianza al Gobierno.

Finalizaba el año cuando sus amigos le hicieron ver que no debía abrigar recelos con respecto a Cisneros. Aún más, éste deseaba que Belgrano redactase un periódico que llenara el vacío dejado por el Semanario de Agricultura.

El virrey había dispuesto que las prensas de los Niños Expósitos imprimiesen una Gazeta del Gobierno de Buenos Aires, pero ésta dio a luz sólo documentos oficiales.

En persona le propuso a Belgrano, en enero de 1810, la edición de una hoja similar a la de Vieytes. Aceptado el ofrecimiento, dictó un decreto por el que habilitaba la aparición del periódico y destacaba expresamente su apoyo. El 24 de ese mes, el aún secretario del Consulado dio a conocer un Prospecto en el que aludía al vacío dejado por el Semanario y a los frustrados intentos de publicar enseguida otra hoja, e informaba que «algunos patricios»

estaban dispuestos a colaborar gratuitamente para nutrirla, «avergonzados de que la gran capital de la América meridional, digna hoy de todas las atenciones del mundo civilizado, no tuviese un periódico en que auténticamente se diese cuenta de los hechos que la harán eternamente memorable, e igualmente sirviese de ilustración en unos países donde la escasez de libros no proporciona el adelantamiento de las ideas a beneficio del particular y general de sus habitadores».

El párrafo trascripto demuestra que, en materia de estilo, el Correo de

Comercio no difería, por lo farragoso, del que se había empleado en el Semanario. Su objeto era también promover los conocimientos útiles, e insistir de un modo especial en la educación,

«persuadido de que la enseñanza es una de las primeras obligaciones para prevenir la miseria moral y la ociosidad».

En las páginas del periódico, cuyo formato en octavo lo asemejaba más a un cuadernillo que a una hoja de noticias, se trataron cuestiones tan variadas y diversas como la navegación,

las características del puerto de Barragán, el modo de lograr buenos plantíos, la floricultura, la fruticultura, la asistencia a los pobres, el tratamiento de la hidrofobia, recetas de botica, cría de vacas, forma de exterminar las hormigas, sin dejar de ocuparse del crédito público y del papel de los bancos. Algunas de las «poesías» que se publicaban apenas poseían de ellas la métrica, no siempre ajustada, y un paupérrimo contenido.

Conmoción por la represión de los movimientos de Chuquisaca y La Paz

Para soliviantar aún más los espíritus en una ciudad que, como Buenos Aires, esperaba ansiosa la llegada de naves que trajeran noticias sobre la situación de la Península, donde las tropas napoleónicas iban ocupando casi todos los rincones, el 23 de marzo de 1810 se conoció la rendición de la heroica Gerona. El virrey se había enterado a través de un ejemplar del General Advertiser, de Liverpool, que publicó el 11 de enero la previsible nueva.

Frente a la posibilidad de que arreciaran noticias no menos infaustas, Cisneros ordenó al gobernador militar de Montevideo que detuviera todo buque que llegase de ultramar, con el fin de requisar cualquier información que contribuyese a alborotar los ánimos.

Pero el 4 de abril se recibió con horror la nueva de la ejecución de los revolucionarios de La Paz. Al saber del levantamiento, ocurrido el 16 de julio de 1809, tras el fracaso del motín de Chuquisaca del 25 de mayo de aquel año, el virrey había dispuesto que marchase para sofocarlo una columna de 600 hombres al mando del mariscal Vicente Nieto, a quien secundó el marino José de Córdova y Roxas.

No había habido compasión para los insurrectos, que se habían alzado con el fin de resistir las pretensiones a la regencia de la Infanta Carlota. La impopularidad de su causa en el Alto Perú y la desconfianza hacia el Portugal, habían armado los brazos de los

paceños, decididos a «defender los derechos de la América contra las potencias extranjeras» y «los derechos de nuestra patria, altamente deprimida por la bastarda política de Madrid». Las tropas que por su parte había enviado el virrey del Perú, Abascal, al mando de José Manuel Goyeneche, derrotaron el 25 de octubre a los revolucionarios en Chacaltaya. Los intentos conciliadores del militar, sustentados sin embargo en la intriga, no tuvieron resultado y se produjo una cruel represión. Los cabecillas murieron ahorcados y a dos de ellos, Murillo y Jaén, se les cortó las cabezas que fueron colocadas sobre picas. Manuel Cossio fue pasado debajo de la horca de la que colgaban sus compañeros, «montado en un burro de albarda».

Se sucedieron otras penas de horca, destierro, cárcel, confinamiento, azotes y confiscaciones. Las fuerzas de Nieto no actuaron pero Cisneros confirmó la sentencia, es decir, convalidó tan tremendo desenlace.

El Virreinato quedó aterrado, y la Real Audiencia de Buenos Aires no pudo ocultar en un informe a la Corte que los castigos de La Paz habían producido el resentimiento de los criollos.

Para aumentar la ansiedad de quienes aguardaban desvelados el desenvolvimiento de los sucesos en España, cuatro días después de las trágicas nuevas del Alto Perú llegó un navío inglés salido de Plymouth con la confirmación de la disolución de la Junta Central y de la entrada de los franceses en Sevilla, sin oposición y «en medio de un gran tumulto popular».

El clima en Buenos Aires era asfixiante. El 27 de abril de 1810, Francisco Antonio de Letamendi —que había escrito a Córdoba a Narciso Lozano aconsejándole que detuviera a Liniers en su propósito de pasar a España pues allí peligraba su vida— volvía a dirigirse a su corresponsal para expresarle que las últimas noticias presagiaban que bastaría «que salte una chispa, para que todo se incendie». Y el 29, Tomás Manuel de Anchorena no había dudado en afirmar que «España y su monarquía estaban en trance de sucumbir».

Reuniones en la casa de Belgrano

Belgrano, que el 4 de abril de ese año había dejado su cargo consular, halló en los encuentros con el objeto de redactar artículos destinados al Correo de Comercio un buen pretexto para encontrarse con quienes, como él, esperaban la ocasión para levantarse contra las autoridades españolas. Alguno de ellos, próximo a Cisneros, le hizo saber que si se enteraba de reuniones en la casa de don Manuel, debía entender que

se debían «a tratar los asuntos concernientes al periódico».

Los criollos aguardaban, según la expresión de Cornelio Saavedra, que la breva estuviese madura, es decir, que los desgraciados sucesos de España, con un gobierno afrancesado en Madrid y otro que vagaba por los caminos de Andalucía, tuviesen una repercusión inexorable en el Plata.

En los primeros días de mayo, Belgrano salió por unos días al campo, pero debió volver con premura pues «me mandaron llamar mis amigos de Buenos Aires, diciéndome que era llegado el caso de trabajar por la patria para adquirir la libertad y la independencia deseada».

El 13 de mayo de 1810, luego de 52 días de navegación, había llegado al puerto de Montevideo la fragata mercante inglesa John Paris, procedente de Gibraltar, «que traía varios papeles públicos en los que se hablaba de la entrada de los enemigos en la provincia de Andalucía e inmediaciones de Cádiz». Apenas fondeó, el buque fue abordado por el ayudante de órdenes del Apostadero Naval, quien, al conocer la clase de pólvora que portaba, se apresuró a comunicar la novedad a su comandante, el capitán de navío José

María de Salazar, que en pocos días más se convertiría en el más ardiente enemigo de los patriotas rioplatenses.

En realidad, tales papeles no hacían sino confirmar las informaciones anteriores. Cisneros, finalmente, había decidido dar a conocer la situación al pueblo y mandó imprimir en el taller de Niños Expósitos una hoja en la que se informaba acerca del contenido de la Gazeta de Londres correspondiente a los días 16, 17 y 24 de febrero de 1810. La había traído el buque de guerra inglés Mistletoe, procedente de Río de Janeiro, y en ella se anoticiaba que prácticamente toda Andalucía estaba ocupada por los franceses; que la Junta Central había fugado y sus miembros habían sido detenidos en Jerez de la Frontera; que se había decidido depositar la soberanía en un Consejo de Regencia que funcionaría en la Isla de León, y que en la vecina Cádiz, defendida por el duque de Albuquerque con el auxilio de tropas inglesas de Gibraltar, funcionaría una Junta de Gobierno.

La hora ha llegado

El 18, Cisneros dictó una proclama en la que se refería sin tapujos a los sucesos en España, aun a sabiendas de que había terminado como virrey, ya que su título emanaba de un organismo que había dejado de existir: la Suprema Junta.

Al día siguiente, el Correo de Comercio publicó un artículo sobre las «Causas de la conservación y engrandecimiento de las naciones», que según señala Belgrano con humor en su Autobiografía, tuvo el acierto de contentar a criollos y españoles: agradó tanto a los

«de nuestro partido como a Cisneros, y cada uno aplicaba el ascua a su sardina, pues todo se refería a la unión y desunión de los pueblos».

Esa misma jornada, por la tarde, en la certeza de que la cesación de todas las autoridades coloniales dejaba una sola autoridad legítima en pie: el Cabildo, cuya legitimidad no caducaba porque sus integrantes habían sido designados por elección popular, Belgrano y el comandante de Patricios, Saavedra, se presentaron ante el alcalde de primer voto, Juan José Lezica. Sin miramientos, lo incitaron a que «sin demora alguna se celebrase un cabildo abierto, a fin de que, reunido el pueblo en asamblea general, acordase si debía cesar el virrey en el mando, y se erigiese una junta superior de gobierno que mejorase la suerte de la patria».

Lezica se opuso en principio, pero la energía con que sus visitantes manifestaron que no actuaban en nombre propio sino del pueblo, allanó los obstáculos.

Simultáneamente, Juan José Castelli se aseguraba el voto del doctor Julián Leiva, quien, según Mitre, era un hombre profundo, «síndico procurador y el oráculo del Cabildo». Y

agrega el máximo biógrafo de Belgrano: «Estos dos personajes fueron los encargados de hacer subir la revolución a la tribuna capitular, para que hablase desde ella por la boca de sus corifeos».

El 20 de mayo, a las 12, Lezica se hizo presente en el despacho de Cisneros para informarle que el pueblo estaba agitado y que frente a la certeza de que el gobierno de la metrópoli había caducado, «estaba decidido a reunirse por sí solo para tratar sobre la certidumbre de la suerte de las Américas, si el cuerpo no lo verificaba». Así lo informó el propio virrey a sus superiores de España.

Ante la contundencia del discurso de Lezica, Cisneros comprendió que si se resistía provocaría un tumulto. De modo que, luego de algunas consideraciones en las que sin duda ni él mismo creía, acerca de que la situación estaba controlada y de que los virreyes hispanos estaban en condiciones de dar protección a los mismos pueblos que regían, le manifestó al alcalde que reflexionaría acerca de cuanto le había referido.

De inmediato mandó convocar a los jefes militares para que concurrieran a su despacho a las siete de la tarde. Allí estarían también los oidores de la Real Audiencia.

El virrey abrió la reunión con una exhortación a comprender la gravedad de la situación y que «la pretensión de las facciones que se llamaban pueblo, [eran] intempestivas y desarregladas». Luego de recordarles su juramento de sostener su autoridad y el orden público, les expresó que contaba con ellos para contener a los que pedían cabildo abierto.

El jefe del veterano pero militarmente poco efectivo Regimiento Fijo manifestó que estaba dispuesto a sacrificarse con su cuerpo junto a la autoridad.

A ello respondió el comandante Martín Rodríguez con tono que no dejaba dudas: «¡Eso lo veremos mañana!» Cisneros, «el sordo de Trafalgar», no lo oyó o hizo que no lo escuchaba.

Los miembros de la Audiencia, en cambio, palidecieron.

En ese momento, Saavedra, que por el número y calidad de los soldados que mandaba era una suerte de primus inter pares, se puso de pie y dijo:

No cuente vuestra excelencia para eso ni conmigo ni con los Patricios. El gobierno que dio autoridad a vuestra excelencia para mandarnos ya no existe. Se trata de asegurar nuestra suerte y la de América y por eso el pueblo quiere reasumir sus derechos y conservarse por sí mismo.

Cisneros dio por finalizada la reunión pero no respondió en forma afirmativa. Estaba abatido y convencido de que ya nada podría hacer. Pero se negaba a manifestarlo de manera expresa.

Según lo acordado esa tarde durante un encuentro en la casa de Martín Rodríguez, frente al Café de los Catalanes, donde aparentemente continuó el conciliábulo, al concluir la entrevista con el virrey los jefes patriotas concurrirían al hogar de Nicolás Rodríguez Peña para dar cuenta de lo sucedido. El acuartelamiento de las diferentes unidades, también decidido antes de partir hacia el Fuerte, se mantendría en previsión de cualquier reacción inesperada.

Junto al dueño de casa y a Manuel Belgrano, se hallaban otros hombres destinados a participar activamente en la historia de su patria, como Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, Juan Florencio Terrada, Martín Jacobo Thompson, Matías Irigoyen, Antonio Luis

Beruti, Manuel Feliciano Chiclana, Juan José Paso, Hipólito Vieytes y su hermano Sixto, y Agustín Donado.

La tensión y la curiosidad cedieron cuando hicieron su entrada Saavedra, Juan José Viamonte, Juan Ramón Balcarce, Martín Rodríguez y otros jefes, quienes dieron detalles de lo ocurrido.

Luego de deliberar sobre los resultados de las reuniones con Lezica y con el virrey, se decidió que una comisión marchase a reclamarle a éste la inmediata convocatoria del cabildo abierto, resistida por los españoles.

Para ese cometido fueron nombrados Castelli y Rodríguez, quienes aceptaron con decisión pero pidieron que, para su resguardo, Terrada fuera a ponerse al frente de los Granaderos de Fernando VII, cuerpo nativo que había formado Liniers —aunque varios de sus oficiales eran españoles— y que estaba acuartelado al pie de los balcones del Fuerte y prestaba guardia al virrey.

Los emisarios y Terrada partieron con paso firme hacia la morada de Cisneros. Allí, mientras el jefe de los Granaderos se ponía al frente de sus hombres, Castelli y Rodríguez subían por las escaleras que llevaban a las galerías superiores. Penetraron en la sala de recibo del virrey donde éste jugaba a los naipes con el brigadier José de la Quintana, el fiscal Caspe, que odiaba a los criollos y en pocos días más tendría ocasión de recibir una contundente respuesta a manos de los más exaltados, y su edecán Guaicolea.

Eran las diez de la noche. Dada la hora y el modo enérgico aunque respetuoso con que entraron los dos criollos, Cisneros se sorprendió. Castelli tomó la palabra para expresarle que iban en nombre del pueblo y el ejército en armas con el objeto de decirle que dado que había cesado de derecho en el mando que ostentaba, competía al pueblo, reunido en congreso, deliberar sobre su suerte.

El virrey, que como general de marina fogueado en muchos combates y situaciones de riesgo sabía imprimir a su voz un tono enérgico y duro, le preguntó a Castelli qué atrevimiento era ése y cómo osaba atropellar a la persona del rey en su representante.

Sin conmoverse, el doctor de Chuquisaca le respondió que no tenía sentido acalorarse, ya que la cosa no tenía remedio. Rodríguez, hablando de militar a militar, fue mucho más expeditivo: «Excelentísimo señor: cinco minutos es el plazo que se nos ha dado para volver con la contestación de vuestra excelencia». Caspe llevó a

Cisneros a una sala inmediata y después de varios minutos, ya más tranquilo, volvió el virrey y manifestó a los emisarios que sentía los males que iban a caer a raíz de este paso, «pero puesto que el pueblo no me quiere y el ejército me abandona, hagan ustedes lo que quieran».

Los patriotas que aguardaban en las cercanías, al conocer el resultado de la comisión, empezaron a abrazarse y a arrojar los sombreros al aire. El procurador del ayuntamiento,

doctor Leiva, preguntó si habían dejado preso a Cisneros en la fortaleza, y al contestarle negativamente, les manifestó que habían hecho mal y que tendrían que arrepentirse.

French y Beruti, en previsión de futuras reacciones, desplegaron a sus hombres de acción frente al Fuerte y al Cabildo. Dice un anónimo testigo:

Amanecieron lunes 21 en la Plaza Mayor bastante porción de encapotados […] Los comandaba French, el del Correo, y Beruti, el de las Cajas. Eran 600 hombres bajo el título de Legión Infernal. En efecto, todos estaban bien armados y eran mozada de resolución.

Como especie de fuerza de choque de los ideólogos del movimiento revolucionario, aquellos hombres, provistos de puñales, pistolas y otros elementos de lucha, habían sido reclutados de las denominadas «clases bajas» de las orillas de la ciudad. Se trataba de gente de acción, dispuesta a lo que viniese. Si bien sus conductores eran conscientes de la postura de las fuerzas criollas, no sabían cuál iba a ser la acción de los cuerpos peninsulares, en particular el Regimiento Fijo, cuyo jefe se había pronunciado con tanta decisión por la continuidad del virrey.

Sin duda, la presencia de aquella gente en la Plaza Mayor influyó en la creación de un clima apropiado para la caída del virrey. No conviene desechar la presencia de «agitadores» —

chisperos y manolos, como se los llamaba despectivamente— sobre todo porque resulta claro que su convocatoria no resultó espontánea, sino resultado de un plan.

Expresa Tomás Guido en su Reseña histórica de los sucesos de Mayo: Se catequizan individuos de diversas clases; consultándose miembros del clero, cuyo sufragio siempre fue propicio a nuestras libertades y procurábase el mayor número de adictos para exigir por un movimiento imponente un cambio en la administración, y una junta de gobierno por voto popular.

Lo cierto es que el procurador del Cabildo, presionado por tan belicosa presencia, les hizo saber que el virrey estaba dispuesto a abandonar el mando. French y Beruti no se conformaban, por lo que mantuvieron a sus decididos orilleros en el lugar.

La idea de un Cabildo abierto había ganado fuerza, aunque sin duda en esa asamblea no tendrían lugar los que se hallaban en la plaza, sino «la parte principal y más sana del vecindario»; es decir, los militares, clérigos, profesionales, comerciantes y funcionarios.

A las diez de la mañana, los regidores Ocampo y Domínguez cruzaron el puente levadizo del Fuerte y obtuvieron el permiso del virrey, quien con bastante astucia les hizo ver que la opinión del pueblo de Buenos Aires, por sí sola, no resultaba valedera para una decisión de

tanta importancia, pues era necesario escuchar a los representantes de todos los cabildos del virreinato.

Pero los dirigentes revolucionarios ya tenían decidido su curso de acción.

Convocado Cornelio Saavedra al Cabildo, para pedirle que «aplicara todo su celo a evitar tumulto y conservar el orden y la tranquilidad pública», se hizo responsable de que nada ocurriría. A continuación se decidió la convocatoria para el día siguiente y se dispuso imprimir esquelas para distribuirlas a los invitados por los alcaldes del barrio.

Las fuerzas militares fueron apercibidas y municionadas para que controlaran el acceso de los participantes.

Aparentemente, los patriotas, que habrían formado una especie de junta de hecho, se asignaron misiones para el 22. Belgrano debía ubicarse en un lugar visible desde la plaza, pañuelo en mano para, en caso de producirse algún hecho no deseado, advertir a los que aguardaban en las inmediaciones.

«Es el pueblo el que confiere la autoridad o mando»

Los principales sitios en la Sala Capitular para la celebración del Cabildo Abierto del martes 22 de mayo de 1810 estaban ocupados por las autoridades del Ayuntamiento y por el obispo Benito de Lué y Riega, antiguo militar, que conservaba de su anterior estado un carácter enérgico y autoritario. Un conjunto de voces entremezcladas expresaban entusiasmo o desconcierto. De pronto, se llamó a silencio y el prelado tomó la palabra. Dijo que aunque quedase un solo vocal de la Junta Central y llegase a América, debía ser recibido como la

Soberanía. Sus palabras fueron recibidas con desagrado y desaprobación.

Varios intentaron contestarle. Vencida la inseguridad inicial, Juan José Castelli formuló en estos argumentos la síntesis de la idea revolucionaria: desde que el infante Antonio, hermano de Fernando VII, salió de Madrid, caducó el gobierno soberano de España.

También, y con mayor razón, había caducado con la disolución de la Junta Central, pues sus poderes eran personales e indelegables. De ello se deducía la ilegitimidad del Consejo de Regencia y la reversión de la soberanía en el pueblo de Buenos Aires, quien estaba facultado para proceder a la instalación de un nuevo gobierno.

El fiscal de la Real Audiencia, Genaro Villota, contestó que sólo la Junta Central tenía los votos de todas las provincias y facultad para elegir la Regencia; que los defectos de esa elección habían quedado subsanados por el reconocimiento posterior de los pueblos, y que el de Buenos Aires, por sí solo, no tenía derecho alguno a decidir sobre la cuestión sin la

participación de las demás ciudades. Menos aún de elegir un gobierno soberano, pues ello hubiera importado lo mismo que establecer tantas soberanías como pueblos.

Entre los patriotas se notó cierta vacilación, pero en ese momento se adelantó Juan José Paso, quien, con gran serenidad, comenzó por dar la razón a Villota con respecto a la necesidad de una consulta general a los pueblos del Virreinato, pero agregó que la situación era suficientemente crítica y cualquier retardo podía tornarla peligrosa. Buenos Aires, «la hermana mayor», debía constituir un gobierno provisional a nombre del rey, y luego invitar a los demás para que concurrieran a la formación de un gobierno definitivo.

Vicente Fidel López, que oyó de labios de su padre y partícipe en el Cabildo Abierto, Vicente López y Planes, relata así ese crucial momento:

Una prolongada y frenética salva de aplausos ahogó las últimas palabras del orador: y al retirarse a su asiento, con la frente iluminada por el fuego sagrado que hacía circular su sangre, fue rodeado y festejado por todos. «¡Que se vote! ¡que se vote!, gritaban» en la asamblea, y en la plaza respondían «¡Abajo Cisneros…!»

En la votación coincidieron por la deposición del virrey representantes de grupos y mentalidades diversas, como el general de Marina Pascual

Ruiz Huidobro, Cornelio Saavedra, Belgrano, Vicente López y Planes y Mariano Moreno, entre muchos otros. El jefe de los Patricios subrayó que no debía quedar duda de que «el pueblo es el que confiere la autoridad o mando». Se había producido una especie de coalición para alcanzar lo que la mayoría deseaba: un cambio de autoridades que despejase el todavía confuso panorama.

Castelli adhirió en lo sustancial al voto de Saavedra, pero según consta en el acta capitular de ese día, se pronunció «por que la elección del nuevo gobierno se hiciese por el pueblo, junto al Cabildo abierto sin demora». Belgrano, más moderado, votó por la misma fórmula de Saavedra.

En rigor, el pueblo que se hallaba representado en la reunión, distaba de ser todo el pueblo, y la elección fue resultado de la decisión de un núcleo reducido como el constituido por los dirigentes revolucionarios que habían participado en los conciliábulos secretos de los días previos.

Cuando finalizó la asamblea, las galerías se poblaron de exaltadas voces: españoles y criollos, funcionarios y ciudadanos, sabían que lo ocurrido era el anuncio de un próximo e irreversible desenlace.

Resistencia de Cisneros

El Cabildo mandó fijar carteles con el fin de que a las tres de la tarde del miércoles 23 de mayo los asistentes a la asamblea del día anterior se presentasen para firmar el acta. Pero luego varió de opinión, ya que los sufragios habían sido publicados y firmados en el momento de ser emitidos.

El documento es explícito en ese sentido y en la presunta decisión de hacer cumplir lo dispuesto:

Resulta de ello a pluralidad con exceso que el excelentísimo señor virrey debe cesar en el mando y recaer éste, provisionalmente, en el excelentísimo Cabildo, con voto decisivo del caballero síndico procurador general, hasta la formación de una junta que ha de designar el mismo excelentísimo Cabildo en la manera que estime conveniente, la cual haya de encargarse del mando mientras se congregan los diputados que se han de convocar de las provincias interiores para establecer la forma de gobierno que corresponda.

El ayuntamiento, órgano de gobierno de la ciudad dotado por las circunstancias de poderes mucho más amplios, comunicó al virrey su cesación, pero no encontró reparos en pensar en su nombre para

presidir la junta. Razonamiento bastante extraño, frente a la suma de opiniones en contrario, que parecía estar avalado por la circunstancia de que no se había registrado notarialmente palabra alguna que impugnase a su persona.

Los cabildantes determinaron que dos colegas, Manuel José Ocampo y Tomás Manuel de Anchorena, se trasladaran al Fuerte para comunicar oficialmente a Cisneros su deposición.

El virrey se allanó al arbitrio y manifestó su disposición de no ocupar la menor parte en el mando siempre que así se lo estimase necesario para mantener la quietud pública. Sin embargo, consciente de la gravitación de los jefes militares para adoptar cualquier resolución, juzgó conveniente que la cuestión se tratara con los comandantes de los cuerpos.

Parecería que Cisneros, a pesar del categórico pronunciamiento de Cornelio Saavedra, Rodríguez y otros, hubiese confiado aún en un cambio de actitud por parte de la mayoría del elemento castrense.

Citados al Cabildo, se limitaron a declarar que «lo que ansiaba el pueblo era que se hiciese pública la cesación en el mando del excelentísimo señor virrey, y la reasunción de él en el Cabildo; que mientras no se verificase esto de ningún modo se aquietaría».

En su primera y urgente deliberación, el ayuntamiento decidió ordenar al jefe de Correos que no partiera el servicio de postas ni ningún otro mensajero sin que lo decidiera el

cuerpo, y dispuso que el alcalde de primer voto adoptara las medidas indispensables en materia ejecutiva y militar.

Había transcurrido una jornada más. Para los partidarios de la revolución, aquel frío miércoles de otoño representaba otro paso con el objeto de alejar al ahora alicaído e indeciso teniente general Cisneros.

Intento de mantener al virrey

En la mañana del jueves 24 de mayo de 1810, el Cabildo se reunió para designar la junta de gobierno. Sus miembros abundaron en consideraciones sobre la gravedad de la situación y los males que podían sobrevenir si Cisneros era absolutamente separado del mando. Quizá pensaron que su presencia podría contener tanto la posible tentación de las provincias de formar sus propias juntas como eventuales reacciones drásticas de los jefes de Córdoba y del Alto

Perú.

Así, basados en la autoridad conferida en la asamblea del 22 de mayo, constituyeron una junta sometida a la vigilancia del ayuntamiento, presidida por el ex virrey e integrada por cuatro miembros: un militar, Saavedra; un abogado, Castelli; un clérigo, el presbítero Juan Nepomuceno Sola, y un comerciante, José Santos Inchaurregui. Según el modo de ver de los cabildantes, se daba satisfacción a criollos y peninsulares.

Informados de la designación, los dos primeros no parecían haber hallado obstáculos para formar parte de un gobierno presidido por el hombre al que habían intimado su cese tres días atrás. Es de suponer que, a la vez, vieron en aquella fórmula conciliatoria una salida a corto plazo.

La Junta se aprestó a jurar, leída el acta de la reunión del Cabildo en la que éste se comprometía a velar por la seguridad de los partícipes en los acontecimientos que podían haber rozado la autoridad del virrey, evitando cualquier tipo de represalias, y formulaba una serie de reglas para la nueva administración.

Pero el Ayuntamiento quería conocer, antes de que esto ocurriera, la opinión de los jefes militares, poderosa fuerza sin cuya aprobación toda determinación podía ser aventada. No hubo objeciones de fondo, y Saavedra pidió que se lo excluyese y quedara en su lugar Julián de Leiva, pues no quería ser censurado ni que se pensara que su participación en los sucesos había obedecido al deseo de participar en el gobierno.

Su oposición no debió ser muy tajante, pues a las tres de la tarde, en una solemne ceremonia a la que asistieron el obispo y otros altos dignatarios, prestó juramento al igual que sus compañeros.

El acta labrada por el escribano Justo José Núñez da cuenta de las características de la ceremonia:

Los señores presidente y vocales por su orden, hincados de rodillas, poniendo la mano derecha sobre los Santos Evangelios, juraron desempeñar legalmente sus respectivos cargos, conservar íntegros estos dominios al señor don Fernando VII y sus legítimos

sucesores, y guardar puntualmente las leyes del reino. Concluida esta ceremonia dejó el excelentísimo Cabildo el lugar que ocupaba bajo el dosel y se colocaron en él los señores presidente y vocales de la Junta, y de allí el excelentísimo señor presidente dirigió la voz al concurso y

al pueblo, incitándole a la confianza, y manifestándole que sus ideas y las de la Junta no serían otras que propender a la seguridad y conservación de estos dominios y a mantener el orden, la unión y la tranquilidad pública.

Estuvo de parabienes la primera guardia de honor de la Junta, pues el Cabildo, fiel a una arraigada costumbre, decidió obsequiar a cada integrante «un reloj bueno». Se repartieron cien pesos entre la tropa.

Pero no duraría demasiado el contento de los cabildantes ni de Cisneros. Comenzaron las reuniones en los cuarteles, donde se notó creciente agitación, porque el ex virrey pasaba a ser, en su condición de presidente, comandante de armas; y en la casa de Nicolás Rodríguez Peña, donde se manifestó el disgusto que se había apoderado de los presentes por la aceptación de Saavedra y Castelli. Belgrano, habitualmente sereno, se había convertido en uno de los más exaltados, e incitaba a los asistentes más jóvenes a adoptar medidas extremas. Su agitación se transmitió a Castelli, que tras haber asumido su vocalía en la Junta, quería dar por tierra a cualquier precio con ella.

Juramento de Belgrano

Entre los presentes había opiniones encontradas: a los que querían salir, armas en mano, hacia el Fuerte, se oponían quienes sugerían entrevistar al virrey para exigirle la renuncia.

Alguien preguntó qué ocurriría si Cisneros no dimitía. Belgrano, que vestía su uniforme de mayor de Patricios y se hallaba reclinado en el sofá de una sala contigua, «postrado por las vigilias de la revolución», se levantó súbitamente, «y con el rostro encendido por la sangre generosa», según recuerda Tomás Guido, miró a su alrededor en forma arrogante, llevando la mano a la cruz de su espada, para exclamar enseguida: «¡Juro a la patria y a mis compañeros, que si a las tres de la tarde del día de mañana el virrey no ha renunciado, lo arrojaremos por la ventana de la Fortaleza abajo!»

El capitán Nicolás de Vedia, que con otros oficiales se había incorporado esa noche a la reunión, exclamó: «¡Eso corre de nuestra cuenta!» Y para ratificar sus palabras, también tomó el puño de su arma, cosa que imitaron los demás militares.

Belgrano, al abandonar las ropas civiles por el uniforme en aquellas dramáticas jornadas, asumía definitivamente la condición de soldado. Pasaría muy poco tiempo hasta que le tocara trocar las relativas

comodidades de la vida civil para asumir las estrecheces y sacrificio de la existencia en campaña.

Saavedra, al enterarse del resultado de la reunión de la casa de Rodríguez Peña y apercibido del clima de creciente indignación que se advertía en las calles, comprendió que debía darse otra conformación al gobierno. Su mismo cuerpo estaba soliviantado. Bastante tenía que ver su composición: eran vecinos en armas, comandados por oficiales elegidos por las tropas, los cuales, a pesar de haberse fogueado en la lucha contra los ingleses y de conocer las reglas de la disciplina, no podían olvidar su condición de ciudadanos. Los Patricios habían querido salir a la calle y resolver la cuestión a balazos, pero habían sido calmados por Mariano Moreno, el marino Matías Irigoyen y Feliciano Antonio Chiclana.

Éstos habían salido con esa misión de lo de Rodríguez Peña donde paralelamente se le reclamaba a Castelli que entrevistara a Cisneros para hacerle conocer el descontento generalizado. Eran las nueve de la noche cuando se reunió la junta revolucionaria y redactó un oficio al Cabildo para pedirle que sesionara y eligiera «sujetos que puedan merecer la confianza del pueblo». Tres horas más tarde, Castelli y Saavedra se dirigieron al Fuerte e intimaron a Cisneros a delegar la presidencia de la junta gubernativa o al menos el mando de las armas. Accedió el ex virrey y en ese mismo momento los integrantes de la junta firmaron en forma conjunta su dimisión.

La gente recorría las calles en tono amenazante. El síndico procurador del Cabildo, doctor Leiva, saltó de la cama, escuchó a través de la ventana a los que reclamaban una nueva reunión del Cabildo, y volvió a conciliar el sueño.

Sin embargo, pocos durmieron esa noche. Horas más tarde presenciarían el momento final de lo que la Historia conoce como Semana de Mayo.

Vocal de la Junta

En las primeras horas del 25 de mayo de 1810, el Cabildo comenzó a considerar el oficio que le había remitido la junta presidida por Cisneros para solicitar el nombramiento de personas que no suscitaran rechazos. Mientras los miembros del ayuntamiento consideraban que no había motivo para realizar cambios, comenzaron a oírse voces en la plaza y dentro mismo del recinto, por cuyos corredores circulaba «una multitud de gentes», según expresa el acta respectiva.

El pueblo no quería a Cisneros como gobernante y menos como comandante de armas.

Los vecinos y las tropas se hallaban en tal estado de conmoción que cabía esperar lo peor si no se atajaba «este mal con tiempo». Poco después se hizo llegar una lista que contenía los nombres propuestos para una nueva junta: presidente, Cornelio Saavedra; vocales, Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Miguel de Azcuénaga, Manuel Alberti, Juan Larrea y Domingo Matheu; secretarios, Mariano Moreno y Juan José Paso.

Varios de los señalados no tenían conocimiento de su postulación, e incluso Moreno y Azcuénaga vacilaron en formar parte porque dudaban de si el modo empleado era legítimo.

Mientras el Cabildo consideraba la lista, se oían fuertes golpes en las puertas de la sala capitular, y se escuchaba el célebre grito: «¡El pueblo quiere saber de qué se trata!»

El procurador Leiva intentó un último recurso: era día lluvioso y hora de la siesta. Apenas unas pocas personas comprometidas quedaban en la plaza, por lo tanto la petición carecía de apoyo popular. Ante esta manifestación, recibió una respuesta terminante: si el Cabildo quiere saber lo que opina el pueblo, que llame a reunión, y si no se hace, se mandará tocar generala y abrir los cuarteles, y entonces Buenos Aires sufriría lo que se había querido evitar.

El cuerpo sesionó otra vez a puertas cerradas, y finalmente salió al balcón principal, desde donde el escribano leyó el acta a las personas reunidas en la plaza, que habían aumentado ante la acción de los «chisperos» que arrastraron a cuantos adeptos encontraron por las cercanías. Los presentes ratificaron lo resuelto por aclamación.

Los miembros de la Junta juraron y, a las 21, finalizó la ceremonia. Saavedra aclaró que había asumido «sólo por contribuir a la tranquilidad pública y a la salud del pueblo» y pidió respeto y aprecio para el ex virrey y su familia.

El primer gobierno patrio inició su labor al día siguiente y cuatro jornadas más tarde dispuso la formación de la primera fuerza militar que iría a sostener en el interior los ideales de Mayo.

El primer paso estaba dado. Comenzarían después las diferencias entre los miembros de la Junta, y se registrarían múltiples incidencias derivadas de la incorporación de los diputados del interior. Pero más allá de los enfrentamientos y enconos, imperaba en todos los espíritus

el anhelo de la libertad.

Los miembros de la Junta representaban a sectores importantes de la sociedad porteña de su tiempo. Seis eran nativos de la ciudad; uno, altoperuano y dos, españoles, de Cataluña.

El de mayor edad era el coronel Miguel de Azcuénaga, de 56 años, nacido en Buenos Aires; lo seguían el doctor Juan José Paso, porteño, de 52; Saavedra, natural de Potosí, de 50; el presbítero doctor Manuel Alberti, porteño, de 47; el doctor Juan José Castelli, porteño, de 46; Domingo Matheu, comerciante español, de 44; el bachiller Manuel Belgrano, porteño, de 39; el doctor Mariano Moreno, porteño, de 31, y el más joven, Juan Larrea, comerciante español, de 28.

El nuevo gobierno contaba en la figura de Belgrano con una especie de nexo entre grupos que pronto chocarían fatalmente. Cauto y a la vez decidido, con ideas claras acerca de la orientación que debía adoptar el nuevo gobierno en pos de una definitiva independencia con España, era capaz de armonizar las posiciones encontradas. Aceptaba las actitudes conservadoras de Saavedra y en algunos casos apoyaba los gestos jacobinos de Moreno. Su influencia sobre Castelli era notoria, aunque en diferentes aspectos discrepase. Su relación de parentesco, la actuación de ambos en el Consulado, su condición de antiguos carlotistas y la influencia que ambos tenían en el partido de la independencia, le permitía conseguir a Belgrano que el carácter fogoso y exaltado del tribuno del 22 de Mayo amainara cuando las circunstancias lo exigían.

Precisamente, la partida de ambos meses más tarde para dirigir las primeras operaciones militares de la Revolución, influiría en una ostensible radicalización en el Primer Gobierno Patrio: Saavedra pretendió imponer la nueva causa por la conciliación. Moreno y sus seguidores, Azcuénaga, Paso, Larrea y Matheu, creyeron necesario convencer por el terror.

Mientras tanto la Junta trazaba su política interna y exterior en los días inmediatamente posteriores al 25 de Mayo, podía apreciar que si en la ciudad contaba con adversarios que con el correr de los días se someterían a prudente silencio, poseía el respaldo de una mayoría decidida a separarse definitivamente de España.

En una carta enviada el 31 de mayo de 1810 por el jefe del Apostadero Naval de Montevideo a sus superiores de la Secretaría de Marina instalada en la Isla de León, Cádiz, con el objeto de dar, como otras anteriores y posteriores, su visión acerca de los sucesos,

diría que el deseo de independencia «se abriga en los ánimos de muchos de estos habitantes desde hace largo tiempo». Jornadas más tarde insistiría:

No hay un cuerpo que no esté contagiado, y corrompidas sus costumbres religiosas y morales […] Milicia, clero secular y regular, cabildos eclesiásticos y seculares, todos lo están más o menos y todos están también tocados de la manía de la independencia, y creyendo ver en ella todas sus felicidades, hasta el sexo femenil participa de esta locura. La maldita filosofía moderna, el trato con una multitud de extranjeros introducidos en estos países en estos últimos tiempos: ingleses, americanos, portugueses, y peores que éstos, franceses, italianos y genoveses [sic], ésta es la verdadera peste de estos dominios que si no se extermina acabará de perderlos.

Y unos meses después:

Apenas se encuentra diferencia en el sexo ni en las clases y condiciones de los sujetos. Sólo se nota que lo tienen más pronunciado los que se han educado en España, como el doctor Funes, Belgrano y otros que se han formado en alguna de las universidades de la Península.

Las canciones patrióticas de la Capital todas están reducidas, según dicen los que de ella vienen, a guerra a sangre y fuego contra los mandones del antiguo gobierno y contra los hijos de Fernando VII. Supuesto que el Perú ya está unido y la poderosa Inglaterra los protege, sus miras ya no se limitan a haber revolucionado todo el virreinato, sino a llevar la revolución al Reino de Lima, y de allí pasar al de México, conforme yo me había figurado y tengo anunciado a vuestra excelencia.

Circular a los pueblos del Virreinato y formación del primer ejército

Dos días después de instalada, la Junta remitió una circular a todos los pueblos del Virreinato invitándolos a unirse a su gobierno y a enviar un diputado con el fin de mantener la unidad política y conservar la integridad territorial a nombre de Fernando VII.

Además, solicitó que las distintas áreas de la administración le prestasen juramento de fidelidad. La Real Audiencia, el Cabildo y el Tribunal de Cuentas lo hicieron bajo protesta, y días más tarde, los oficiales de la delegación del Apostadero Naval de Montevideo se negaron a jurar sin ser autorizados por su jefe. En un acto poco

prudente, la Junta optó por permitirles que se marchasen a la otra banda a bordo de sus naves, que si bien estaban deterioradas hubiesen servido de base para la Marina criolla.

La convocatoria del gobierno a las jurisdicciones del interior sería, en general, bien recibida, aunque se suscitaran algunos incidentes entre españoles y americanos, que no llegaron a mayores. Hubo tres excepciones: las de Montevideo, que rechazaría en cabildo abierto al representante de la Junta, Juan José Paso, y adoptaría una postura beligerante de larga

duración; la de Paraguay, que induciría al gobierno a enviar una expedición armada con el fin de reducirla a la obediencia, y la de Córdoba, donde Liniers, secundado por el gobernador Juan Gutiérrez de la Concha, el obispo Rodrigo Antonio de Orellana y otros vecinos destacados, intentaría una contrarrevolución.

Si bien el nuevo gobierno actuaba en nombre del rey cautivo de los franceses, mediante lo que dio en ser llamada «máscara de Fernando VII» o «máscara de la monarquía», sus pasos iban en sentido contrario; es decir, se encaminaban hacia la separación de España en pos de la independencia. Aunque en el seno del gobierno existiesen discrepancias acerca del modo de proclamarla, sobre todo a raíz de la difícil situación internacional en que la enemiga de tres años atrás se había vuelto aliada en la lucha contra Napoleón, la meta final aparecía clara e inexorable.

El 29 de mayo la Junta dictó una proclama en la que después de exaltar las virtudes cívicas y militares de los cuerpos que habían participado activamente en los recientes sucesos, anunciaba la formación del ejército revolucionario. Dispuso que los batallones de infantería existentes se elevasen a regimientos, con una fuerza efectiva de 1.116 plazas cada uno, y se reservó decidir por separado la futura organización de la caballería y de la artillería volante.

El gobierno reconocía la preexistencia de las unidades militares de Buenos Aires y mantenía la identidad que Cisneros había intentado suprimir.

En sus considerandos, la proclama alcanzaba a todas las unidades, y a partir de junio de 1810 y hasta fines de ese año se concretó la promesa de elevar a regimientos a los cuerpos de caballería y artillería, lo mismo que los de infantería.

La primera determinación de importancia fue la organización de la

Expedición Auxiliar a las Provincias interiores, que estuvo a cargo de las unidades existentes. Para mediados de junio, 1.000 hombres a las órdenes del coronel Antonio Ortiz de Ocampo se aprestaban a marchar hacia Córdoba con el objeto de enfrentar a Liniers. El núcleo inicial estuvo pronto el 25 de ese mes, en que fue revistado en la Plaza de la Victoria, y de inmediato marchó a ejecutar sus órdenes.

Belgrano donó su sueldo de vocal de la Junta, de 3.000 pesos, para contribuir a sufragar los gastos de la expedición.

La Gazeta de Buenos Ayres

Si las armas iban a hacer oír su voz de muerte en las provincias interiores, la Junta se disponía también a propagar su causa a través de la letra impresa. Contar con un órgano de prensa significaba no sólo garantizar la posibilidad de expresar ideas, sino de adoctrinar e

informar a cuantos tuvieran a su alcance el periódico que el gobierno se disponía a promover.

El 2 de junio de 1810, el órgano colegiado que presidía Saavedra dictó una orden relacionada con la creación y funciones de un nuevo periódico cuyo nombre sería Gazeta de Buenos Ayres. En ella se subrayaba el propósito de difundir las noticias interesantes del país y del extranjero, «sin tocar los objetos que tan dignamente se desempeñan en el Semanario [sic: Correo] del Comercio». Además, se pediría la colaboración a los hombres ilustrados para que nutrieran las doce páginas en octavo que aparecerían semanalmente.

Reunir los artículos sería tarea del vocal de la Junta, doctor Alberti. Moreno, a su vez, asumiría la redacción de los comentarios de fondo y la publicación de las noticias que se refiriesen a los acontecimientos político-militares.

Al señalar la conveniencia de dar a publicidad los actos de gobierno, decía la orden: El pueblo tiene derecho a saber la conducta de sus representantes y el honor de éstos se interesa en que todos conozcan la execración con que miran aquellas reservas y misterios inventados por el poder para encubrir sus delitos […] ¿Por qué se ha de ocultar a las provincias sus medidas relativas a solicitar su unión bajo el nuevo sistema? ¿Por qué se le han de tener ignorantes de las noticias prósperas o adversas que manifiesten el recesivo estado de la Península? ¿Por qué se ha de envolver la administración de la Junta en un caos impenetrable a todos los que no tuvieron parte en su formación? Cuando el Congreso General necesite un conocimiento del

plan de gobierno que la Junta provisional ha guardado, no huirán sus vocales de darlo, y su franqueza desterrará toda sospecha.

Cinco días más tarde, el 7 de junio, aparecía por primera vez la Gazeta de Buenos Ayres. La Junta aprobó, como una especie de declaración de principios, que bajo el título del periódico se estampara la sentencia de Tácito: «Rara temporum felicitate, ubi sentir, quae velis, et quae sentias, dicere licet» («Rara felicidad de los tiempos en que se puede decir lo que se siente y sentir lo que se quiere»).

«Sobre la libertad de escribir»

Pero también se creyó importante aclarar los términos de la orden fundacional del periódico acerca de la publicidad de los actos de gobierno, con un artículo de la pluma de Moreno titulado «Sobre la libertad de escribir».

Éste —explica Daisy Rípodas Ardanaz— defendía para el Río de la Plata una libertad de prensa moderada en momentos en que ella había quedado empañada desde tiempo atrás en países que la tenían. Moreno obraba conforme a lo que sucedía en España, donde, desde el alzamiento del 2 de mayo de 1808 contra Napoleón, se gozaba por primera vez de una

prensa exenta de hecho de cualquier censura. A comienzos de 1810, se buscaba que el principio alcanzara estado legal a través de las Cortes que sesionaban en Cádiz.

El artículo no se caracterizaba por un excesivo espíritu revolucionario. En realidad, el tono general de la Gazeta era fluctuante con respecto al futuro de las provincias del Río de la Plata, en la medida en que se veía forzada a proclamar una fidelidad sin fisuras hacia Fernando VII, y a utilizar un recurso que se emplearía de modo reiterado en los primeros años de la Revolución: la máscara de la monarquía, que en realidad a nadie engañaba.

Los límites se referían a los ataques al catolicismo y a las medidas de la Junta: Desengañémonos, al fin, que los pueblos yacerán en el embrutecimiento más vergonzoso, si no se da una absoluta franquicia y libertad para hablar en todo asunto que no se oponga en modo alguno a las verdades santas de nuestra Religión, y a las determinaciones del Gobierno, siempre dignas de nuestro mayor respeto.

A su vez, Belgrano, que había mantenido al Correo de Comercio ajeno a toda mención política, hasta el punto de no registrar siquiera el

cambio de gobierno, se referiría el 11 de agosto a la misma cuestión en un artículo titulado «La libertad de prensa es la principal base de la instrucción pública», en el que se sostenía que la facultad de escribir y publicar equivalía al derecho de pensar y hablar, y que pretender ir en contra de esa aspiración era lo mismo que «tener atados los entendimientos». Y agregaba: La libertad es necesaria para la instrucción pública, para el mejor gobierno de la nación y para su libertad civil, es decir para evitar la tiranía de cualquier gobierno que se establezca, de lo cual son buenas pruebas que ningún tirano puede haber donde ella esté establecida, y que ningún tirano ha dejado de quitarla con todo cuidado a sus súbditos, porque son incompatibles entre sí.

Rípodas Ardanaz ve en ambos escritos la influencia de un ilustrado español bien conocido en el Río de la Plata: Valentín Foronda, en su «Disertación presentada a una de las sociedades del Reino» que dio a conocer en 1789 en el Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa.

Expulsión de Cisneros

A raíz de las discrepancias con la Audiencia, que sostenía que la Junta estaba obligada a jurar el Consejo de Regencia, y de su negativa a reconocer al nuevo gobierno, como consecuencia de los sucesos de Montevideo, el gobierno decidió adoptar medidas que fortaleciesen su precario dominio de la situación. Así, el 22 de junio acordó la expulsión de

Cisneros y de los integrantes del tribunal. El ex virrey había gozado hasta entonces de las consideraciones y honras inherentes a su empleo.

Sorpresivamente, Cisneros, los miembros de la Audiencia Francisco Tomás Anzoátegui, Manuel de Velasco y Manuel José de Reyes, y los fiscales Antonio Caspe y Rodríguez y Manuel Villota fueron embarcados secretamente en el buque inglés Dark con la prevención de no detenerse hasta Canarias.

El ex virrey y sus acompañantes, menos el regente del cuerpo, fueron convocados por la Junta y, ya en el Fuerte, un ayudante los llevó sin más trámite a embarcar. De inmediato se ordenó a los familiares de los expulsados que les llevasen un colchón y un baúl. El virrey fue autorizado a conducir con él a un criado, «y el señor fiscal Caspe fue sacado de la cama donde se hallaba tan agravado, como que al día siguiente debían hacerle la operación del trépano, pero ni esta triste situación pudo libertarlo de sufrir tan bárbaro tratamiento y se cree que habrá muerto a pocos días de navegación». Había sufrido una paliza como consecuencia de sus burlas a la Junta, escarbándose los dientes en presencia de Saavedra y otros miembros. Al parecer, el funcionario español gozaba de excelente resistencia física, pues llegó a destino sin mayores problemas.

Días más tarde la virreina y su familia se embarcaron hacia Montevideo, donde fue recibida con todos los honores, «porque habiendo sido sacado el señor virrey violentamente y no por orden de Su Majestad, se le debe considerar como existente en estos dominios».

Belgrano suscribe la orden de fusilamiento de Liniers

Liniers, junto a Gutiérrez de la Concha, alistó varios cientos de milicianos urbanos con el apoyo del comandante de campaña coronel Santiago Allende. Los realistas se comunicaron con los gobernadores

del Alto Perú para alertarlos de la situación y decirles que iban a resistir a la Junta en la ciudad de Córdoba. Por otro lado, pidieron ayuda a la plaza de Montevideo, pero sus autoridades, luego de deliberar largamente, decidieron que cualquier intento de envío de auxilios estaría destinado al fracaso. Al saberlo, Liniers comprendió que el intento de derrocar a la Junta de Buenos Aires no podría prosperar.

El héroe de las invasiones inglesas había reunido poco más de 1.000 hombres que iban desertando a medida que recibían noticias de la proximidad de las tropas porteñas. Apenas quedaron de 300 a 400 efectivos desmoralizados y 9 piezas de artillería. Frente a tal panorama, ante la convicción que expresó Gutiérrez de la Concha de que en el mismo Cabildo había opiniones muy dispares, se realizó el 27 de julio una junta en la que se decidió marchar hacia el Perú en busca de los hombres que debía enviar el gobernador de Potosí, Francisco de Paula Sanz. Partieron el 31. Cinco días más tarde penetraron en Córdoba las avanzadas del Ejército Expedicionario, que enseguida comenzaron a buscar a

los contrarrevolucionarios, y el 8 de agosto entró el resto de las fuerzas, saludadas con vivas a la Junta y repiques de campanas.

De inmediato se dispuso el reemplazo de los miembros del Cabildo y el coronel Juan Martín de Pueyrredón fue nombrado gobernador intendente. Asumió recién a mediados de ese mes. La expedición siguió su marcha en dirección al Alto Perú, donde el capitán de fragata español José de Córdova y Rojas iniciaba los aprestos de las tropas realistas.

Las avanzadas del ejército patriota lograron alcanzar a Liniers el 5 de agosto, en un paraje de las sierras, donde se había refugiado luego de la dispersión de sus tropas, tras abandonar los cañones y todo lo transportado. El 7, otra partida capturó a Gutiérrez de la Concha, al obispo, al coronel Allende, al teniente de gobernador doctor Victorino Rodríguez y al secretario Joaquín Moreno.

La Junta, con la firma de todos sus miembros, excepto Alberti por su condición de sacerdote, decidió que se «arcabuceara» a los contrarrevolucionarios. Saavedra, como Belgrano, y aun Castelli, habían sido partidarios de Liniers y habían compartido los peligros de la lucha contra los británicos. Es de suponer los sentimientos encontrados que agitarían sus espíritus. La muerte de aquel hombre impresionable y generoso debería mortificarlos, pero la necesidad de contener mediante una medida ejemplar futuras insurrecciones,

prevalecería en ellos. Diferente era tal vez la situación de Moreno, como Larrea y Matheu, antiguos miembros del partido de Álzaga, quien todavía manifestaba su influencia desde las sombras.

El 10 de agosto, al recibir la orden, Ortiz de Ocampo y Vieytes resolvieron no cumplirla, y en cambio decidieron enviar a los prisioneros a Buenos Aires. Iban en marcha cuando el secretario Mariano Moreno recibió tal noticia. La censuró acremente y repitió la orden de ejecución. El 26 de ese mes, Liniers y sus compañeros se aprestaban a asistir a la misa que celebraría el obispo Orellana en la capilla de Cruz Alta cuando fueron llevados al Chañar de los Loros, donde el recién llegado vocal de la Junta, Castelli, les leyó la sentencia de muerte.

Sólo se perdonó al prelado, quien fue enviado preso a Luján.

En su determinación de terminar con Liniers, Moreno le había escrito a Castelli: «Espero que no incurrirá en la misma debilidad que nuestro general; si todavía no cumpliese la determinación, irá Larrea, y por último iré yo mismo si fuese necesario».

Según algunos contemporáneos, el piquete de fusilamiento estuvo formado por desertores irlandeses que se habían pasado a los porteños luego de las invasiones inglesas, pues ningún criollo quiso prestarse a dar muerte al salvador de Buenos Aires, quien seguía gozando allí de gran prestigio y cariño. El «chispero» coronel Domingo French tuvo el triste privilegio de dispararle el tiro de gracia.

El camino hacia el Alto Perú

La Junta, con acuerdo del vocal Belgrano, decidió que el coronel Antonio González Balcarce, veterano de las luchas de la frontera como su padre y hermanos, reemplazase a Ortiz de Ocampo al frente de las tropas que continuaban su avance hacia el norte. Mientras tanto, éste quedó en Santiago del Estero reuniendo milicias. Juan José Viamonte pasó a ser el segundo jefe de González Balcarce. En cuanto a Castelli, obtuvo la colaboración de quien tenía fama de «exaltado» entre los moderados del gobierno: el doctor Bernardo de Monteagudo, nombrado auditor de guerra.

Llegada la expedición a la provincia de Salta, ya en el límite con el Alto Perú, se recibieron tropas que se plegaban a la revolución. Habían sido formadas y eran comandadas por Martín Miguel de Güemes, rico propietario salteño, quien había sido cadete de infantería durante la primera invasión inglesa. En Santiago del Estero también se

había constituido un batallón, el de Patricios Santiagueños, a las órdenes del coronel Juan Francisco Borges, con 317 hombres que fueron incorporados al Ejército del Norte.

El 4 de septiembre, González Balcarce llegó con el ejército a Yavi. A medida que las fuerzas penetraban en la zona altoperuana, se acrecentaban las dificultades para llevar un ritmo de marcha regular. La altura jugaba un papel adverso para aquellos hombres nacidos y criados en la llanura. La adaptación resultaba difícil por lo que la fatiga se apoderaba rápidamente de ellos. Sin embargo, regulando los esfuerzos, los jefes y oficiales conseguían completar las etapas fijadas.

Dos días más tarde, en Buenos Aires se decidía otorgarle a Castelli la suma de la autoridad de la expedición, tanto en lo civil como en lo militar, con el título de representante de la Junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata. Se le daban los plenos poderes, facultades, honores, tratamiento y distinción que le correspondían al propio gobierno patrio. Se ordenaba además a todos los componentes de la expedición que lo reconocieran y obedecieran ciegamente, y no ejecutaran plan, medida ni providencia alguna, sin su aprobación.

Ante la aproximación de las tropas porteñas, el 14 de septiembre de 1810 se produjo la insurrección de la provincia de Cochabamba, encabezada por el coronel Francisco del Rivero, quien con milicias altoperuanas derrocó al gobernador intendente José González Prada y se adhirió a la Junta de Buenos Aires. Fue proclamado jefe político y militar.

El virrey del Perú, José Fernando de Abascal, comprendió que lo primero era defender la línea de frontera de ambos virreinatos a fin de contener el avance del ejército revolucionario. E intentó impulsar una contrarrevolución americana, para lo cual nombró general en jefe a Goyeneche, nacido en Arequipa, Perú, que había llegado de España como

representante de los derechos de Fernando VII, y colocó a su lado a otros nativos como Tristán, Picoaga, Marrón de Lombera y Valdés. Dado el prestigio de que gozaba Goyeneche entre los realistas, la causa que representaba fue ganando adeptos.

Pronto los excesos y actos de violencias ejecutados por las tropas de Buenos Aires justificaron los temores de las provincias del norte del Virreinato del Río de la Plata con respecto a la política de la Junta.

Bibliografía

«Autobiografía del general don Manuel Belgrano, que comprende desde sus primeros años (1770) hasta la Revolución del 25 de Mayo»; Bibliografía Belgraniana; Documentos del Archivo de Belgrano, tomo I; Documentos para la Historia del General Don Manuel Belgrano, Buenos Aires, tomo I; Epistolario Belgraniano; Mayo Documental, tomos IX, X, XI y XII, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Historia Argentina «Dr.

Emilio Ravignani», 1965-1966.

Mario Belgrano, Historia de Belgrano; Miguel Ángel De Marco, José María de Salazar y la marina contrarrevolucionaria en el Plata, Rosario, Instituto de Historia Política Argentina, 1996; ——, Historia del Periodismo Argentino, Buenos Aires, Educa, 2006; ——, César A.

García Belsunce, Isidoro J. Ruiz Moreno, La Invasión Británica 1806-1807. Homenaje a la gesta rioplatense, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2008; Roberto Etchepareborda, «Felipe Contucci y el carlotismo», en Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas, Nº 4, Rosario, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, 1960; Ovidio Giménez, Época y obra de Manuel Belgrano, Buenos Aires; Ricardo Levene, La Revolución de Mayo y Mariano Moreno. Ensayo histórico, tomos I a III, Buenos Aires, Peuser, 1960; Aníbal Jorge Luzuriaga, Manuel Belgrano. Estadista y prócer de la independencia hispanoamericana; Bartolomé Mitre, Historia de Belgrano y de la independencia argentina, tomo I; ——, Nuevas comprobaciones históricas a propósito de historia argentina, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1882; Daisy Rípodas Ardanaz, Refracción de ideas en la época colonial, Buenos Aires, 1983; ——, «Presencia de Valentín Foronda en el Buenos Aires finicolonial», en Álava y América, Álava, Diputación Foral de Álava, 1996; Isidoro J. Ruiz Moreno-Miguel Ángel De Marco, Patricios de Buenos Aires.

Historia del Regimiento 1 de Infantería, Buenos Aires, Edívern, 2000; Isidoro Ruiz Moreno, Campañas militares argentinas. La política y la guerra, tomo I, Buenos Aires, Emecé, 2005; Carlos S. A. Segreti, La Revolución Popular de 1810, Córdoba, 1959; ——, La máscara de la monarquía. 1808-1819, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1994; ——, Un caos de intrigas (Estrategia británica, maquinaciones lusitanas, desconcierto español y acción revolucionaria en el Río de la Plata. 1808-1812), Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia,

1997; Enrique Williams Álzaga, Dos revoluciones. 1º de enero de 1809-25 Mayo de 1810, Buenos Aires, Emecé Editores, 1963.

En las selvas y esteros del Paraguay

En medio de sus obligaciones como vocal de la Junta, Belgrano continuaba con sus tareas de redactor del Correo de Comercio donde explayaba con solvencia sus ideas económicas y educativas. También ocupaba la presidencia de la Junta de Monte Pío de ministros de Justicia y Real Hacienda.

Cuando Moreno lanzó la iniciativa de crear la Biblioteca Pública, y se puso a su frente al antiguo maestro de Belgrano, el canónigo Chorroarín, éste decidió nutrirla con libros de su escogida biblioteca. En sucesivas entregas, dio 86 obras distribuidas en 149 volúmenes. Así lo expresaría La Gazeta del 24 de enero de 1812:

El coronel don Manuel Belgrano, después de los cuantiosos anteriores donativos anunciados, se ha despojado de los libros que había reservado para su uso, poniendo a disposición del director de la Biblioteca el último resto de su librería sin reserva, para que extrajese todos los libros de que careciese aquella, y así se ha ejecutado reiterando al mismo tiempo la oferta de contribuir a los aumentos de este público establecimiento por todos los medios que le sugieren el debido interés e ilustrado celo de su patriotismo, de que tiene dadas tan relevantes pruebas.

La Junta decidió también crear una Escuela de Matemáticas con el objeto de formar a los oficiales de los ejércitos de la Revolución en el arte de la guerra. Las clases se dictarían en un salón del Real Consulado, que proveyó de los fondos indispensables, y su director sería el teniente coronel Felipe Sentenach. El gobierno no vaciló en nombrar a Belgrano en carácter de protector, pues, como dice Ricardo Levene, «tenía legítimas credenciales para impulsar su progreso y recibir este honor».

La ceremonia inaugural se realizó el 12 de septiembre, con la presencia de la Junta en pleno, y en su transcurso Belgrano, luego de subrayar los inconvenientes que causaba la falta de jefes preparados, expresó:

Nuestro Superior Gobierno […] se ha apresurado, como lo veis, a dar principio a un establecimiento capaz de dotar el valor de nuestra juventud guerrera con todas las calidades necesarias que lo distingan entre todas las naciones, por ilustradas que sean.

Sí, en este establecimiento hallará el joven que se dedique a la honrosa carrera de las armas, por sentir en su corazón aquellos afectos varoniles que son los introductores al camino del heroísmo, todos los auxilios que puede suministrar la ciencia matemática aplicada al arte mortífero bien que necesario de la guerra.

Pronto le tocaría comprobar en campaña la importancia de esos conocimientos, y apreciar, por otra parte, lo poco preparados que estaban los oficiales de la Revolución para aplicarlos en los campos de batalla.

Expedición al Paraguay

El 4 de septiembre de 1810, la Junta designó a Belgrano general en jefe de las tropas que debían cruzar a la Banda Oriental para auxiliar con fuerza armada a los pueblos de la campaña que habían reconocido y jurado obediencia al gobierno patrio y eran hostigados por partidas provenientes de Montevideo. Su misión sería perseguir a los agresores y devolver a la región la obediencia y tranquilidad que «la seducción y violencia de Montevideo han perturbado».

Se vería obligado a marchar por el interior de la provincia de Corrientes, como consecuencia de la falta de medios navales y del peligro que entrañaban los bajeles de Montevideo y las improvisadas embarcaciones armadas por el gobernador Bernardo de Velasco.

Al disponerse su partida, dejó el Correo de Comercio en manos de su amigo Vieytes, quien se mantuvo al frente del periódico hasta su repentina desaparición, el 5 de abril de 1811.

Las fuerzas terrestres y navales del rey habían acentuado su resistencia contra los «porteños impíos» y se aprestaban a utilizar los buques del Apostadero Naval para saquear las poblaciones ribereñas del Paraná y el Uruguay. Los habitantes rurales recibían, según el citado decreto, «diarios insultos y vejámenes», y para ponerles fin marcharía el vocal Belgrano al frente del cuerpo de caballería de la patria.

El 22 de septiembre la Junta dictó otro decreto por el cual se ampliaba el teatro de operaciones a Santa Fe, Corrientes y el Paraguay. Debía marchar con «la fuerza que se le ha confiado y las del cuerpo de caballería de la patria», y en su tránsito tenía que engrosar sus efectivos con «las milicias provinciales de aquellos partidos» y mediante el reclutamiento de los hombres que considerase conveniente incorporar. Sin duda se aludía a la leva de vagos y mal entretenidos con que era costumbre aumentar toda fuerza movilizada.

Dado que Belgrano iba a marchar en carácter de general en jefe y de «verdadero representante de la Junta», podría gozar de «los mismos honores, tratamientos, distinciones y facultades que a ésta le corresponden», con la única condición de darle cuenta «de toda resolución de importancia que expidiere, para su aprobación».

Conocida la responsabilidad y celo que caracterizaba al comandante de esa nueva expedición revolucionaria, es de suponer que le

preocuparon mucho más que las honras

militares, la capacidad de los jefes y oficiales a los que debía mandar, el estado del armamento y la provisión de medios con el fin de trasladar vituallas, parque y vicios (tabaco, yerba y otros medios de subsistencia de uso diario) indispensables para mantener alta la moral de las tropas.

Por otra parte, aunque su experiencia en combate era escasa y apenas se circunscribía al escenario urbano, no se le escapaba que el valor, en sí mismo, no era suficiente, si no iba acompañado de una impronta marcial que impulsase a la emulación. Contaba cuarenta años y sufría intensos dolores pero debería disimularlos para dar el ejemplo. Vistió el uniforme y se aprestó a salir a campaña.

El mismo 22 se le entregaron instrucciones más completas. Ahora se definía claramente que las fuerzas marcharían al Paraguay para propagar la causa revolucionaria y evitar que Santa Fe y Corrientes cayeran bajo la férula realista.

El relevo de Belgrano de su jefatura en la Banda Oriental, en el momento preciso en que iba a iniciar la ejecución del excelente plan de operaciones que había preparado, y su traslado para ponerlo al frente de la mal pensada empresa del Paraguay, fue un trágico error estratégico de la Junta.

Considera Félix Best en Historia de las guerras argentinas que, desde el punto de vista militar, se trataba de un objetivo secundario, alejado y de escaso interés relativo. El gobierno había sido mal informado sobre la existencia de un gran número de partidarios del nuevo orden, y estimaba que con doscientos hombres podría derribar al gobernador Velazco, quien había rechazado la invitación de sumarse a él.

En el pliego de órdenes se advierte con fuerza la impronta del secretario de Gobierno, Mariano Moreno: debía trasladarse en forma inmediata a San Nicolás de los Arroyos y pasar revista al Regimiento de Caballería de la Patria, tomando conocimiento de su fuerza, armamento y disciplina.

Una vez que ese cuerpo lo reconociera como general, expediría las órdenes más vigorosas para completar con rapidez el número de quinientos hombres, apurando diariamente los ejercicios doctrinales.

Reunida toda la gente, pediría las municiones, vestuario y armas compatibles con las carencias que se padecían. Inmediatamente ordenaría al teniente gobernador de Santa Fe que remitiese unos

doscientos Blandengues al punto que lo estableciera.

Completada esa fase, pasaría a la Banda Oriental por el punto que le pareciera más conveniente, y una vez reunida la tropa de Santa Fe empezaría la expedición.

Todas esas disposiciones obedecían más a la euforia que caracterizaba al inquieto Moreno, encerrado largas horas en su despacho del Fuerte para desarrollar una intensa y compleja actividad, que a los dictados del sentido común. Sin embargo, Belgrano, poseedor de un tesón inquebrantable, puso en práctica la mayoría de esas indicaciones en pos de su máximo anhelo: cumplir con el deber que le imponía la patria naciente.

El posterior objetivo —siempre según las instrucciones— sería levantar a las poblaciones de la campaña «en los partidos de Entre Ríos, Arroyo de la China, Soriano y demás por donde pasase». Tras incorporar a su ejército a los milicianos más expertos dejaría en cada pueblo una fuerza de nuevos reclutas con el título de Milicias Patrióticas.

En las localidades que tocase depondría a los regidores o jueces que se hubieran manifestado «contrarios o de una indiferencia sospechosa a nuestra causa», y todo hombre removido sería remitido a Santa Fe con escolta de paisanos para que la fuerza no se desmembrase.

Luego venían las prescripciones acerca de los extranjeros que podían ser enemigos de la causa o que se habían manifestado contra ella:

En todo el territorio que recorra, todo europeo que no reúna las cualidades de casado, con hijos y bienes raíces, será trasladado inmediatamente a Sante Fe, ofreciéndoles que la Junta le proporcionará destinos de iguales o mayores ventajas al que deja.

El alcalde de Paysandú «y demás de su clase, que se han preocupado [de] singularizar [se]

por la oposición y desprecio de la Junta se les remitirá con prisiones a Santa Fe, para desde allí disponer su destino».

La siguiente recomendación, de gran dureza, es también consecuente con el cada vez más acentuado jacobinismo de Moreno:

El purgar el territorio de todo europeo es una necesidad, a que conduce la división que aquellos mismos han provocado, y a las consideraciones políticas que recomiendan la conveniencia de esta

medida para lo sucesivo, se agrega el interés y seguridad de la misma expedición, pues en un caso desgraciado de ésta le sería sumamente perjudicial y aun podría causar la ruina, encontrar hombres que negasen auxilios, turbaren los que otros darían, avisasen a los enemigos la situación de nuestra tropa, y desplegasen por cualquiera manera ese espíritu de partido, porque una triste experiencia ha estado obrando siempre contra la nueva obra apenas se ha presentado una ocasión de impunidad. Todos los jefes de cualquier partido o columna que hostilizare a nuestras tropas será arcabuceado: y ésta será la suerte de Ramón Pino, si se lograre su aprehensión.

Belgrano debía precaverse de no aventurar combate sin estar seguro de llevar ventaja. Por otro lado, a toda partida de tropa que fuese hecha prisionera o se pasase voluntariamente a las revolucionarias, se le tomarían las armas que serían distribuidas entre los nuevos reclutas. Los hombres deberían ser enviados a Santa Fe y luego remitirlos a la Capital para que fuesen alistados en los cuerpos acantonados en ella, «mirando a la gente pasada con el mayor recelo para evitar una celada».

El general tendría que dar un golpe de mano para escarmentar a los enemigos, eligiendo entre San José y la Colonia. Tal vez, se agregaba, el primer punto sería más fácil y al arrancar de allí a todos los hombres sospechosos, quedarían cortadas las comunicaciones entre los adversarios.

Con cierta ingenuidad, dado el rigor de las medidas antes enunciadas, se le encomendaba a Belgrano que tomase «tales disposiciones que los pueblos y habitantes de nuestras campañas palpen ventajas en el nuevo sistema, y tomen un interés personal para sostenerlo».

El general debía dejar el terreno libre para que en el caso «de una derrota o retirada no encuentre enemigos que desconcierten los auxilios necesarios para la marcha, teniendo presente la división que se ha formado entre criollos y europeos, y la facilidad con que éstos se precipitaron contra las medidas del gobierno y fundamentos de su instalación».

Por otro lado y a raíz de haber llegado a conocimiento de la Junta que el gobierno de Paraguay marchaba con fuerzas contra los pueblos de Misiones, «que reconocen a esta Capital», tenía que atacarlo y con toda la gente reunida bajo sus órdenes pasar a su territorio y poner a «la provincia en completo arreglo». Para ello debía remover a todo el Cabildo y funcionarios públicos, y colocar a hombres de su entera confianza en los empleos.

No debía dejar de interpelar a nombre del rey al gobernador, al Cabildo y al obispo «para que salgan del mal paso en que están empeñados». Si lo hacían, debía ofrecerles todas las garantías de la Junta para que pasaran a la Capital, luego de expulsar del Paraguay a todos los vecinos sospechosos. Si se resistían con armas, debían morir el obispo, el gobernador y su sobrino, «causantes de la resistencia».

Con razón dice Belgrano en su Memoria sobre la expedición al Paraguay, que el plan «sólo pudo caber en cabezas acaloradas que no veían sino su objeto y para las que nada era difícil porque no reflexionaban ni tenían conocimientos».

Comienza el avance

Belgrano se hizo cargo del plantel que se convertiría en la base del nuevo ejército: 200

hombres de caballería de la guarnición de Buenos Aires. El 27 de septiembre se le unieron en San Nicolás 359 hombres procedentes del dilatado Pago de los Arroyos, que comprendía el norte de Buenos Aires y el sur de Santa Fe. Aunque el general en jefe encontrase la mejor disposición en ellos, se hacía indispensable proveerlos de armas. El pequeño núcleo recibiría 90 milicianos más en Santa Fe, y 40 en la Bajada (Paraná), pertenecientes a las milicias de ese punto, Corrientes y Misiones.

Cabe señalar que sus hombres carecían de un mínimo de instrucción militar. Los paisanos y presos sacados apresuradamente de las cárceles no eran elementos eficaces para empeñarlos en batalla. El 28, Belgrano les pasó revista y tuvo «el dolor de ver que los soldados son todos bisoños» y que «los más huyen las caras para hacer fuego, como asimismo que las carabinas en la mayor parte son malísimas». Según le aseguraban los jefes de milicias, «a los tres o cuatro tiros quedan inútiles».

Gestos de adhesión

Finalmente se puso en marcha, y el 1º de octubre pasó a Santa Fe, tras dejar en el campamento de Santo Tomé, del otro lado del río Salado, un destacamento al mando de Diego González Balcarce. Fue recibido por el teniente gobernador, coronel Manuel Ruiz.

Entró a la ciudad en plena noche y lo acogió el entusiasmo de la población que se había enterado por bando de su llegada.

Se alojó en el convento de Santo Domingo, «determinación que tomé para no causar gastos a ningún particular. El presbítero provincial Isidro Guerra y el prior José Grela como todos los demás religiosos de esta comunidad me hacen todo el honor y servicio posible».

Durante su permanencia asistió todos los días a misa. Un piquete de milicias le hizo constante guardia y fue objeto de agasajos por parte de los vecinos más distinguidos.

Recibió diversas donaciones. Francisco Antonio Candioti, el hombre más rico del Litoral,

«el príncipe de los gauchos», le ofreció todos sus bienes y se puso a sus órdenes para acompañarlo en el ejército, a pesar de sus 67 años. Belgrano lo nombró, en retribución de su gesto, comandante urbano de infantería. Por su parte, los comerciantes hicieron llegar sus donativos.

La primera compañía de Blandengues de Caballería, al mando del capitán Francisco Antonio Aldao, se sumó a las tropas. Entre sus soldados iba Estanislao López, futuro gobernador de Santa Fe y campeón del federalismo.

Lleno de entusiasmo por la magnitud de la ayuda que recibía, Belgrano otorgó al Cabildo de la ciudad el título de Noble, permitió que se vendiera el solar abandonado de la Iglesia y Convento de los Mercedarios para construir la casa capitular y la cárcel; visitó la Escuela del Ayuntamiento y recriminó a los cabildantes por la poca concurrencia de los niños. Le causó una negativa impresión que aún se enterrase en las iglesias, y así lo hizo saber a la Junta, manifestando que debían tomarse medidas con el fin de cortar ese abuso. Para Mitre, tales gestos manifiestan su solicitud por la educación y por el bienestar de la sociedad, aun en medio de sus atenciones militares.

También obtuvo que Laureano Tarragona, el único armero con que contaba Santa Fe, reparase el armamento de sus tropas.

En el modesto pueblo de la Bajada (Paraná), donde llegó el 9 de octubre, mereció múltiples muestras de adhesión y entrega, aún de los menos pudientes. Remontó su caballada con 700

equinos y recibió una carta de doña Gregoria Pérez de Denis, poseedora de una mediana fortuna, quien ofreció todos sus bienes a la patria:

Pongo a la orden y disposición de vuestra excelencia mis haciendas, casas y criados, desde el río Feliciano hasta el punto de las Estacas, en cuyo trecho es vuestra señoría dueño de mis cortos bienes, para que con ellos pueda auxiliar al ejército de su mando, sin interés alguno.

Belgrano le contestó de su puño y letra:

Usted ha conmovido todos los sentimientos de ternura y gratitud de mi corazón, al manifestarme los suyos tan llenos del más generoso patriotismo. La Junta colocará a usted en el catálogo de los beneméritos de la patria, para ejemplo de los poderosos que la miran con frialdad.

En la Bajada, Belgrano recibió aviso del gobierno «de que mandaba 200 patricios más pues, por noticias del Paraguay, creyó que la cosa era más seria de lo que se había pensado».

El general aumentó de ese modo sus fuerzas a 950 hombres, mitad de caballería y mitad de infantería, más cuatro pequeños cañones. A fines de octubre la expedición, que había llegado a Paraná el 9 del mismo mes, se puso en marcha hacia Curuzú Cuatiá, guiada por baquianos, ya que se carecía de cartas topográficas, siguiendo la orilla del Paraná, durante gran parte del trayecto y luego por la margen norte del Feliciano hasta aquel punto. Ya se notaban los desmoralizantes efectos de la deserción, al ser aprehendidos dos desertores. El general los hizo conducir a Curuzú Cuatiá y ordenó su ejecución frente a un pelotón de fusilamiento. Tan drástica decisión frenó por completo la huida.

Desde entonces Belgrano comenzó a manifestar su aptitud como administrador y organizador militar, y a desplegar las cualidades de mando de que estaba dotado por la naturaleza.

Su espíritu metódico y su carácter inflexiblemente recto, adquirió mayor rigidez en el ejercicio del mando, y contrájose con tesón a establecer la más severa disciplina en las tropas [dice Mitre].

Impregnado de las reglas disciplinarias de la antigua milicia romana, se propuso tomarla por modelo, y formar a su ejemplo soldados dignos de un pueblo libre; y llegó a conseguirlo empleando alternativamente la persuasión y el castigo, y sobre todo, vigilando constantemente sobre el cumplimiento de sus órdenes. Esto le granjeó el respeto de sus subordinados y le dio sobre ellos esa autoridad moral, que sólo los caracteres bien templados saben conquistar y mantener en los campamentos.

Al llegar a Curuzú Cuatiá, punto céntrico del vasto territorio que limitan los ríos Paraná y Uruguay, supo que una columna de observación de 1.200 portugueses se había situado en Ibirá Puitá, sobre las Misiones orientales; al mismo tiempo que una escuadrilla de faluchos (naves a vela costeras de rápido desplazamiento) salida de la plaza enemiga de Montevideo, fuerte de 300 hombres al mando del capitán de navío Juan Ángel Michelena, se había apoderado del Arroyo de la China (Concepción del Uruguay).

Desde Curuzú Cuatiá, el general ordenó al coronel Rocamora, teniente gobernador de las Misiones, que se le incorporase con las milicias de su jurisdicción, que nunca llegaron a tiempo de entrar en campaña.

Belgrano, decidido a ocultar a los paraguayos el punto preciso del Paraná por donde pensaba efectuar su invasión, eligió el punto céntrico de Curuzú Cuatiá, y con el mismo objeto trazó el itinerario de Rocamora desde Yapeyú hasta el paso de Capitá Miní, en el Río de Corrientes. Así alargó inútilmente su camino, con lo que se privó del auxilio de 400

hombres que más tarde hubiese necesitado.

Este error militar le fue imputado en el proceso que se le siguió al regresar de la expedición, pero no sólo se justifica por la inexperiencia castrense de quien, sabedor de sus carencias, sin embargo había aceptado el cargo impulsado por el deber, sino por la falta de conocimientos topográficos del terreno, debida a la inexistencia de datos fehacientes. «Yo mismo [escribiría a la Junta el 16 de septiembre] me adelanto a ver el terreno, porque el plano es inútil y los baquianos son autómatas».

El civilizador

Sin embargo, Belgrano no podía olvidar en momento alguno su condición de civilizador.

Comandaba tropas pero también era consciente de que en cada

instante y circunstancia había que echar los cimientos de la patria nueva.

Mientras se hallaba acampado en aquel lugar, ordenó el trazado de los pueblos de Mandisoví y Curuzú Cuatiá, decretando su fundación como representante de la Junta. Las calles fueron delineadas a medios vientos, de 20 varas de ancho, divididas en manzanas de 100 varas, con dos leguas de ejido, y ordenó que con el producto de la venta de solares se formase un fondo para el fomento de las escuelas, poniendo el capital a rédito. Las personas pudientes serían obligadas a entregar cuatro reales al maestro por cada uno de sus hijos,

«hasta que se doten bien de fondos públicos».

Además, dispuso concentrar a la población diseminada en la campaña, reuniéndola alrededor de la escuela y de la iglesia, y obligó a los estancieros a mantener casas en los pueblos pues, según sus palabras:

No podía ver sin dolor que las gentes de la campaña viviesen tan distantes unas de otras lo más su vida, o tal vez en toda ella estuviesen sin oír la voz del pastor eclesiástico, fuera del ojo del juez, y sin un recurso para lograr alguna educación.

También pidió al gobierno una cantidad de virus vacuno para inocular a los habitantes contra la viruela que ya había asolado a las Misiones.

Puede sorprender que un seguidor de las ideas liberales impusiera manu militari obligaciones a los particulares. Pero se vivían momentos liminares y para superar tanto abandono eran necesarias las medidas drásticas.

El ejército sufría todo tipo de carencias, y el general, a la par que se sentía obligado a contribuir al desarrollo de las poblaciones, por momentos sucumbía frente a las dificultades que se le presentaban.

Le escribiría al secretario Moreno:

Pierdo la paciencia, mi salud y el tiempo, que es lo peor, en tanta menudencia que no debería ser de mi resorte […] Así estoy rabiando siempre, y no sé cómo los músculos de mi cara pueden tomar contracciones de risa, para no manifestar mi estado. Por eso es que me alegro que la Junta se haya decidido del todo por el Paraguay primero, pues podré ir formando soldados y oficiales, si es posible, antes de pasar a la otra Banda […] Mi espíritu no se retrae por el trabajo. Lo que más me incomoda son las terribles distancias, y los

obstáculos que la naturaleza nos presenta, casi tan desnudos de todo auxilio del arte, como trescientos años atrás.

La partida desde Curuzú Cuatiá se hizo en dirección al paso de Caaguazú con algo más de 1.000 soldados, por campos que parecían no haber sido hollados por el hombre, escasos de agua y de todo recurso, y sin otra subsistencia que el ganado que llevaban. La superación del río Corrientes, con medios improvisados, demoró tres días porque el curso fluvial no ofrecía un punto suficientemente firme y poco profundo por donde cruzar.

Luego, en una marcha verdaderamente penosa, el ejército atravesó los esteros al oeste de la laguna de Iberá y, tras desplazarse por regiones habitadas por fieras y sabandijas, llegó a San Jerónimo, bajo grandes aguaceros, sin una sola carpa con que cubrirse ni guardar las armas.

De Belgrano para abajo, todos estaban empapados y comenzaron a arreciar las dolencias propias de las lluvias en aquella región. El calor era agobiante de día, pero de noche la temperatura bajaba hasta tornar realmente duro dormir a la intemperie.

Desde San Jerónimo, las tropas enfilaron hacia la costa, para atravesar el río Paraná por el paso de Caraguatá, frente a la isla de Apipé. Sin embargo, dadas las grandes dificultades que ofrecía el paso, el general ordenó proseguir hasta Candelaria. Una parte del ejército lo hizo en botes y el resto a pie.

Desde que llegó a orillas del Paraná, la primera decisión de Belgrano fue dirigirse al gobernador Velasco y al obispo de Asunción para proponer un armisticio e invitarlos a someterse a la Junta. Lo hizo por nota del 6 de diciembre:

Traigo conmigo la persuasión y la fuerza, y no puedo dudar que V. S. admita la primera, excusando la efusión de sangre entre hermanos, hijos de un mismo suelo, y vasallos de un mismo rey. No se persuada vuestra señoría [de] que esto sea temor: mis tropas son superiores a las de vuestra señoría en entusiasmo, porque defienden la causa de la patria y del rey, bajo los principios de la sana razón, y las de vuestra señoría sólo defienden su persona.

El portador de la comunicación a Velasco, capitán Ignacio Warnes, fue engrillado por orden del capitán Fulgencio Yegros y remitido a Asunción.

Rotas las hostilidades, el 20 de diciembre Belgrano ordenó al gobernador de Corrientes que situara 300 hombres en Itatí para llamar

la atención de la escuadrilla paraguaya con el objeto de que remontara el río mientras se producía el pasaje del ejército a través del Paraná.

El río tiene en Candelaria unos 800 metros de ancho y gran caudal de agua. Frente al puerto había una pequeña guardia paraguaya, destacada de un grueso como de 500 hombres.

Preparados nuevos medios de pasaje (gran número de botes de cuero y balsas de madera, una, la mayor, utilizada después en todos los cursos de agua del Paraguay), la guardia fue sorprendida el 19 de diciembre por hombres de Belgrano.

Campichuelo

Al rayar el día, se efectuó el pasaje hacia Campichuelo. Las primeras tropas se adueñaron de la orilla batiendo a una avanzada de 54 hombres y 3 cañones. Con el resto de los efectivos se aseguró el pasaje y se inició la persecución del adversario, que se retiró hacia Itapúa. Pero los paraguayos fueron apresados y se les tomó canoas, un cañón y otras armas.

Desde la Bajada hasta Candelaria no se habían atravesado más pueblos que Curuzú Cuatiá, que contaba con 20 o 30 ranchos, Yaguareté Corá que tenía 12, y Candelaria, que estaba casi en escombros. Abandonado Itapúa, marcharon hacia allí los patriotas, dejando en Candelaria una parte de la caballería. La persecución no se pudo prolongar por falta de caballos. Se continuó la marcha sin esperar la incorporación del coronel Rocamora, que con 400 milicianos y 2 cañones venía desde Misiones. Ni en Tacuarí ni en Tebicuary se presentaron partidarios como se esperaba. Al contrario, los pobladores habían abandonado sus casas. Velasco cedía territorio, haciendo el vacío al enemigo en avance, y éste, de tal modo, alargaba las comunicaciones con su base, a la vez que se veía obligado a vencer las enormes dificultades que le planteaban las características del terreno y la carencia de recursos.

Belgrano advirtió la maniobra y dejó a su retaguardia y para protección a los refuerzos al mando de Rocamora que le enviaba el gobierno.

Se amplía la Junta de Gobierno y triunfan las armas patriotas
Mientras ocurrían estos episodios en las selvas y esteros del Paraguay, sucedían importantes cambios en la composición del gobierno en tanto se recibía la noticia de la primera victoria de las armas patriotas en el Alto Perú.

En cumplimiento de la convocatoria del 27 de mayo a los pueblos del interior, fueron llegando los diputados de las provincias para incorporarse al gobierno patrio. Esto acrecentó las tensiones existentes en su seno y provocó finalmente la caída de Moreno y sus amigos, a la vez que consolidó la posición del presidente Saavedra. El 18 de diciembre comenzó a funcionar lo que dio en ser llamada Junta Grande, que tendría a su cargo dirigir la marcha del proceso revolucionario hasta el 22 de septiembre de 1811.

En los últimos días de la Junta de Mayo se habían recibido jubilosas noticias del Alto Perú.

El 27 de octubre, las tropas al mando de González Balcarce, que acababan de cruzar por la Quebrada de Humahuaca, habían sido derrotadas por José Córdova y Roxas en Cotagaita.

Pero el revés inicial no las abatió y el 7 de noviembre triunfaron en los campos de Suipacha.

El jefe patriota, secundado por Martín Miguel de Güemes, fingió una retirada de sus tropas

y cuando el marino español se lanzó en persecución, cayó sobre ellas y las derrotó fácilmente.

De ese modo, el Alto Perú quedaba en manos del ejército de la Junta. Pero la victoria militar pronto sería desbaratada. El malestar con respecto a las acciones jacobinas de Castelli se agravó con el fusilamiento de los generales Córdoba y Nieto y del intendente Paula Sanz, ocurrido en diciembre. Meses más tarde, la reacción realista logró reunir las tropas suficientes como para imponer una decisiva derrota a los revolucionarios en la batalla de Huaqui (20 de junio de 1811), a manos del general José Manuel Goyeneche.

Acción de Paraguary

Belgrano, que ya tenía otros interlocutores en el gobierno, pues Moreno había solicitado y obtenido una misión diplomática ante el gobierno británico para alejarse de Buenos Aires, ordenó continuar el avance pasando el río Tebicuary. Entusiasmado por la huida de 400

paraguayos ante las gruesas patrullas que había logrado montar, prosiguió hasta el arroyo Ibáñez, punto del cual también se retiró el adversario. Allí recibió informes de la presencia de fuertes núcleos enemigos en Paraguary, punto desde el cual Velasco defendía la capital y cerraba la entrada a los valles de la cordillera.

Después de un reconocimiento general y de comprobar la gran superioridad de los paraguayos, que le parecía ocupaban una posición, Belgrano resolvió mantenerse donde estaba para no desmoralizar a la tropa y malograr los esfuerzos hasta entonces realizados.

El pasaje del arroyo Ibáñez, que estaba a nado, se realizó el 16 de enero de 1811.

Hasta el 18 de enero las fuerzas patriotas permanecieron frente a las paraguayas. Durante un ataque parcial quedó demostrada la poca aptitud guerrera de los enemigos, circunstancia que decidió al general a atacarlo sin vacilar, aunque avizoró a su frente una posición ligeramente fortificada. Al día siguiente, al frente de 700 hombres y no obstante la gran superioridad de las tropas de Velasco, que después supo llegaban a 6.000 o 7.000

hombres, de los cuales 800 eran europeos, Belgrano comenzó la lucha.

Para justificar la decisión, manifestó en su Memoria:

Por aprovechar el espíritu que manifestaba nuestra gente, como por probar fortuna y no exponerse a que en una retirada, con unas tropas bisoñas como las nuestras, decayese el ánimo y aquella multitud nos persiguiese y devorase, les hice ver que aquella gente nunca había visto la guerra y era de esperar que se amedrentasen y, aun cuando no ganásemos, al menos podríamos hacer una retirada después de haber probado nuestras fuerzas sin que nos molestasen.

Belgrano refiere de este modo el comienzo del combate: Como a las 4 de la mañana, la partida exploradora del ejército rompió el fuego sobre los enemigos, que lo contestaron con el mayor tesón; siguió la 1ª

división y artillería y antes de salir el sol ya había corrido el general Velasco 9 leguas y […] toda la infantería, abandonado el puesto y refugiándose en los montes. Nuestra gente se había apoderado de la batería principal y estaba cantando la marcha patriótica.

La posición paraguaya corría al norte del arroyo Yuquerí y había sido fortificada en el linde del bosque. Los adversarios contaban con 16 piezas de artillería y más de 800 fusiles. El resto de la tropa estaba armada de lanzas, espadas y otras armas. El centro vencido se componía de 2.000 hombres. La caballería, dispuesta en las dos alas, era numerosa. La izquierda formaba martillo hacia atrás por lo cual quedó sobre el flanco de la infantería patriota que atacó y se apoderó de todo el espacio que ocupaban las fuerzas de Velasco.

Los infantes patriotas, a paso veloz, persiguieron a los cuerpos de esa arma del enemigo hasta el pueblo de Paraguary, donde, después de apoderarse de carros de munición y víveres, «se entretuvieron [dice Belgrano] en el saco de cuanto allí había, descuidando su principal atención, todo en desorden y como victoriosos, entregados al placer y aprovechando de cuanto veían».

Vehículos de munición de refuerzo escoltados por tropas, mandados desde retaguardia, sugirieron a alguien la idea de que se trataba del enemigo que atacaba por la espalda y gritó

«nos cortan» provocando la retirada de los hasta entonces vencedores. Los paraguayos, que se habían replegado a la derecha e izquierda, volvieron a ocupar su posición cortando a los que quedaron en Paraguary. Eran unos 120, que debieron rendirse forzados por el número luego de luchar por abrirse paso. El ejército de Velasco batió con sus fuegos a los que se retiraban. Belgrano, al contemplar el peligro de un desbande, contuvo el retroceso con las tropas de reserva.

Ante la impresión de que sus hombres se hallaban desmoralizados, el general porteño no creyó prudente efectuar una nueva e inmediata resistencia, y se retiró por el mismo camino por donde había avanzado. El retroceso se efectuó sin que el adversario hostigase a las fuerzas patriotas, hasta Santa Rosa. A partir de ese punto se hizo necesario proteger la retaguardia y el flanco izquierdo.

La retirada continuó hasta el río Tacuarí, angosto pero profundo y montuoso. Allí, Belgrano ordenó acampar en una posición protegida a la espera de refuerzos procedentes de Buenos Aires.

Tacuarí

El objeto del jefe patriota al ocupar ese sitio era no perder el paso del Paraná para el caso de que al recibir la ayuda que esperaba pudiese abrir nueva campaña en el Paraguay. Al desprenderse de los 100 hombres que colocó en Candelaria, se propuso mantener francas sus comunicaciones con Corrientes, las cuales podían ser interceptadas por las cañoneras paraguayas que se habían hecho sentir en el Alto Paraná. Y al privarse de la división de Rocamora colocada en Itapúa, tuvo en vista mantener libres sus comunicaciones con las Misiones occidentales del río Uruguay, a la vez que cortar los recursos de la escuadrilla adversaria, a cuyo efecto había hecho ocupar los pasos frente a Corrientes por los milicianos de la zona. Fueron errores tácticos que contribuyeron a debilitar aún más a sus fuerzas. Lo lógico hubiera sido reunirlas sobre la orilla norte del Paraná, frente al paso que deseaba mantener franco.

La posición del Tacuarí era militarmente fuerte. El pequeño ejército patriota apoyaba su derecha en un bosque casi impenetrable y extenso. Para batir el paso y el camino, Belgrano colocó 4 piezas, dos de ellas en reserva. Fuera del camino era imposible desplegarse por lo frondoso del lugar. En un bosquecito de la izquierda situó dos cañones con el objeto de hacer fuego a la fuerza naval enemiga que ya actuaba en el río Tacuarí.

Reconocido el punto por el general paraguayo Manuel Atanasio Cabañas, lo consideró tan ventajoso que temió intentar superarlo a viva fuerza, no obstante contar con 2.000 hombres contra 400 del adversario, y de poseer una artillería también superior. En consecuencia, pidió refuerzos a Velasco, quien le remitió 400 hombres y 3 cañones, aparte de la tropa de la escuadrilla que debía cooperar.

Mientras esperaba el apoyo solicitado, Cabañas había mandado abrir una larga picada en el bosque, hasta 10 kilómetros aguas arriba de la posición patriota, y hecho construir un puente sobre el río. En la noche del 8 de marzo destinó una parte de sus efectivos para que en combinación con las fuerzas navales atacaran el paso, mientras él, con la mayoría (2.000

hombres y 6 piezas), atravesaba el puente para atacar por la espalda.

Hacía un mes que Belgrano ocupaba el paso de Tacuarí. Tal vez porque confiaba demasiado en lo inexpugnable de su posición, o

porque lo reducido de sus fuerzas no le permitía extenderse en la zona a vigilar, lo cierto es que no tuvo conocimiento de la aproximación del enemigo hasta el momento en que fue atacado desde tres direcciones.

Al amanecer del 9 de marzo, los paraguayos rompieron el fuego de artillería sobre el paso.

No obstante la evidente superioridad de los cañones enemigos, las dos pequeñas piezas que defendían el lugar siguieron efectuando disparos sin cesar. Hacía una hora que se mantenía el cañoneo cuando Belgrano supo que cuatro botes tripulados y armados, seguidos de algunas canoas con gente de desembarco, remontaban el río amagando el flanco izquierdo de su línea, y que al mismo tiempo una fuerte columna avanzaba por la derecha hacia su retaguardia.

El mayor Celestino Vidal recibió orden de rechazar el ataque de la izquierda, mientras el mayor general José Ildefonso Machain (nacido en el Paraguay) con 150 infantes y 2 piezas, salía contra la columna que buscaba atacar por retaguardia. Se le había prevenido de adelantarse sólo lo necesario para efectuar un reconocimiento y de replegarse en caso de ser el grueso del enemigo el que por allí avanzaba. El general en jefe, con 4 piezas y 250

hombres, quedó manteniendo el paso y atendiendo a las fuerzas terrestres y navales que lo atacaban.

Vidal rechazó a la flotilla enemiga, diezmándola, mientras que Belgrano, dirigiendo personalmente la artillería, silenciaba el fuego de los cañones enemigos y hacía ceder a las fuerzas que los sostenían. A pesar de esto, la situación continuaba siendo crítica y la salvación de los patriotas dependía del éxito del mayor general de su ejército. Belgrano, salvada la situación en el frente, podía atender a la retaguardia.

Al mismo tiempo que se desarrollaban los acontecimientos narrados, las fuerzas de Machain se encontraban con las primeras de Cabañas que salían del bosque en corto número. Seguro del triunfo y olvidando la orden recibida, Machain desplegó a sus soldados apoyando las alas de sus tropas en dos espesos bosquecitos que guarneció con tiradores.

El enemigo, ya debidamente reforzado, al ver que un ataque puramente frontal no tendría éxito, empleó sólo la infantería y la artillería mientras la caballería, oculta, se dirigía a cortar la retirada de los patriotas. Se cumplió lo previsto y los hombres de Machain, atacados por el frente y la retaguardia, se vieron obligados a

concentrarse en los bosquecillos de las alas, donde después tuvieron que ceder ante el número. Sólo dos oficiales y algunos soldados se salvaron y dieron parte a Belgrano de la pérdida de la mitad de su ejército.

Un parlamentario se presentó luego y le intimó que rindiera sus tropas a discreción pues de lo contrario serían pasadas a cuchillo. El general contestó: «Las armas del rey no se rinden en nuestras manos; dígale usted a su jefe que avance a quitarlas cuando guste». Poco después las columnas enemigas se pusieron en marcha. Belgrano resolvió atacarlas, haciendo gala de audacia. Mandó colocar dos cañones a vanguardia para contener el avance del enemigo, mientras tomaba sus disposiciones para salirle al encuentro.

Su primer objetivo fue asegurar la retaguardia, dejando para defender el paso un cañón y 25

milicianos. Arengó a las tropas y éstas contestaron con gritos de entusiasmo, dispuestas al sacrificio. La columna, compuesta de 235 soldados, marchó contra el enemigo que con 2.000

hombres y 6 cañones avanzaba satisfecho de su triunfo.

Ya bajo el fuego de la artillería enemiga, la de los patriotas comenzó a disparar. Pero, por su calibre, apenas hacían daño y los paraguayos siguieron ganando terreno. Entonces, Belgrano ordenó continuar «el avance hasta ponerse dentro del tiro de fusil del enemigo y atacarlo para rechazarlo o contenerlo». La columna paraguaya había detenido la marcha

desplegando su línea con la artillería al centro y apoyando los costados en las isletas del bosque. Las dos líneas de infantería rompieron el fuego al mismo tiempo: los patriotas disparaban sus fusiles de corto y azaroso alcance en forma nutrida, con el apoyo de las dos piezas de artillería que tiraba con tarros de metralla. Tal lluvia de fuego abrió anchos claros en las filas adversarias. De pronto se advirtió que la línea paraguaya se replegaba sobre sus costados guareciéndose en el bosque y abandonaba los cañones con que hacía fuego. La victoria segura de Cabañas se convertía en derrota.

Belgrano sospechó que pudiera ser una celada, por lo cual, llenado el objeto que se había propuesto, de hacer que el enemigo supiera que los patriotas estaban resueltos a morir antes que rendirse, ordenó a la infantería que se replegara hasta un cerrito que dominaba la planicie existente detrás de la posición inicial.

Dice Best que «por haber conseguido imponerse al enemigo, lograba la única victoria que era de esperar y aprovechando el asombro causado por el valor de sus tropas, mandó a su vez un parlamentario al jefe paraguayo, quien, lejos de hacer efectiva su amenaza de la mañana, sólo pensaba en precaverse de una derrota».

Una convención con el jefe enemigo, signada por cartas de noble contenido por ambas partes, puso fin a las hostilidades y Belgrano evacuó con sus tropas el territorio paraguayo.

Dos meses más tarde, en la madrugada del 14 al 15 de mayo, un pronunciamiento militar revolucionario dirigido por Pedro Juan Caballero obligó al gobernador Velasco a formar una Junta de Gobierno como las que ya existían en otras partes de América. Poco después el mandatario fue obligado a renunciar y años más tarde murió en el olvido.

Sin duda, la expedición constituyó un fracaso desde el punto de vista militar, aunque no en cuanto al propósito de transmitir las ideas de libertad enunciadas el 25 de Mayo. Las causas de la derrota pueden ser atribuidas a la gran superioridad de las fuerzas enemigas; a la pobre aptitud para el combate del improvisado ejército revolucionario, que antes de partir debió ser mejor instruido y disciplinado, y a la falta de una escuadrilla fluvial para el transporte de las fuerzas y un fluido abastecimiento, entre otros aspectos.

Si bien Belgrano había mostrado una capacidad de sacrificio personal sin límites y un carácter firme y decidido en todas las circunstancias, resultaba evidente que aún carecía del

«ojo militar» que le proporcionaron otros desempeños posteriores y que era indispensable para sopesar las ventajas y desventajas de cada situación y resolver en consecuencia.

Pudo haber rechazado el mando que le ofreció la Junta, pero lo aceptó aun a sabiendas de sus limitaciones y de lo precario de su salud, sin esperanzas de mejoría.

Expedición a la Banda Oriental

En los primeros días de 1811, la Junta Grande decidió responder a las provocaciones de Francisco Javier de Elío —nombrado virrey del Río de la Plata aunque su jurisdicción se limitaba a parte de la Banda Oriental—, combatiendo a los realistas por tierra y por agua.

Para lo primero, constituiría un nuevo ejército que tratase de vencer a

los realistas encerrados en Montevideo. Para lo segundo, intentaría formar una pequeña escuadrilla que pudiese enfrentar a los buques del apostadero naval.

Pocas días después del combate de Tacuarí, Belgrano recibió orden de la Junta Grande, expedida el 7 de marzo, de marchar a la Banda Oriental como general en jefe de las tropas que debían apoyar la insurrección de la campaña. Se le informaba que sería reforzado por 426 hombres a las órdenes del coronel José Moldes y 441 al mando del comandante Martín Galain. Para alcanzar su objetivo debía dirigirse a la costa del río Uruguay y desde allí desplazarse hasta reunirse con el jefe oriental. Marchó de inmediato con los soldados de que disponía.

Ya próximo a la costa del Uruguay, el 7 de abril recibió una perentoria comunicación del gobierno en la que se le pedía que apresurara su marcha. A pesar de las dificultades y del desánimo de sus tropas, logró avizorar la silueta de Arroyo de la China (Concepción del Uruguay) dos días más tarde.

El pueblito se hallaba en estado de convulsión, pues se habían producido actos de violencia.

Además, existía el permanente temor de una agresión fluvial como la que habían protagonizado las naves realistas a las órdenes de Michelena. Mientras tanto, Galain lograba ocupar Soriano y el mayor Miguel Estanislao Soler conseguía rechazar, con el apoyo de las milicias locales, una tentativa de desembarco de los marinos españoles.

El resto de los refuerzos enviados por el gobierno de Buenos Aires ya estaba en camino bajo el mando del teniente coronel José Rondeau, designado segundo jefe del ejército.

Pronto se acentuaron los rozamientos entre los jefes porteños y los seguidores de Artigas.

Éste, que ocupaba la Capilla de Mercedes, con 150 patricios de Buenos Aires y milicianos orientales que le respondían ciegamente, tuvo una fuerte discusión con el altanero Soler.

Pero también había rivalidades entre los revolucionarios de la Banda Oriental. Venancio Benavides, que había sido uno de los promotores de la insurrección de la campaña, rivalizaba con Artigas, de quien desconfiaba. Otros jefes se miraban entre sí con recelo, en su objetivo de obtener el lugar prominente que creían merecer.

Belgrano comprendió que si no cortaba de cuajo tales reyertas, los marinos de Montevideo dominarían finalmente el territorio que a él le correspondía resguardar. Con la energía que lo caracterizaba —sus modales refinados no le impedían decir las cosas con claridad y si era necesario con dureza— puso en su lugar a los subordinados y le dio el lugar que le parecía apropiado a Artigas. El 11 de abril lo nombró interinamente segundo jefe de sus tropas.

Para «evitar toda desavenencia», previno a Soler, a quien algunos milicianos reconocían como su «comandante general», que no diera un paso sin orden de Artigas.

Aceptada sin vacilaciones su autoridad sobre un conjunto heterogéneo que superaba los 3.000 hombres, estableció su cuartel general en Mercedes. Allí era conocido desde la juventud, cuando cruzaba el Río de la Plata para reponer su salud deteriorada. Por eso, al llegar, según se lo comunicó a la Junta Grande, recibió una calurosa acogida: Todo este noble y valeroso vecindario, que justamente merece el renombre de libertador de la Banda Septentrional del Río de la Plata; todos me han ofrecido sus personas e intereses para el sostén de la sagrada causa de la Patria y de los derechos de nuestro rey don Fernando VII, y su entusiasmo está generalizado en toda la campaña.

Sin embargo, distaba de estar conforme con sus soldados. Paisanos acostumbrados a ser, como diría décadas después José Hernández de los gauchos porteños, «tan libres como el pájaro en el cielo», eran renuentes a toda disciplina. El general escribía a su gobierno:

«aquellos hombres parecen salteadores y no soldados, con sus chiripás y camisas rotas», por lo que solicitaba, en su afán de hacerlos soldados, vestuarios «para cubrir a estos miserables, como para imponer al enemigo».

Con el objeto de promover la insurrección en el norte de la campaña oriental, el general destacó a su ayudante Manuel Artigas, cuyos servicios en la reciente expedición al Paraguay había podido apreciar. Parecida misión en el centro del territorio le confió a José Artigas, quien dispuso de 500 hombres de las tres armas. Venancio Benavides recibió a su vez la orden de marchar con 800 hombres sobre la Colonia, que estaba ocupada por una fuerza de 450 españoles. Se le prevenía que estableciese contacto con José Artigas a la altura de Montevideo.

Estas medidas dieron rápido y buen resultado. La insurrección se extendió a toda la campaña, y Minas, Maldonado, Canelones, San José

y Colla se pronunciaron contra el denominado virrey Elío y en favor de la libertad. Las heterogéneas fuerzas patriotas lograron tomar más de quinientos prisioneros y dos piezas de artillería.

Belgrano, preocupado por su reciente experiencia en el Paraguay, pero sabedor también de que había hombres animados por la idea de independencia, se ocupó de evitar que Velasco remitiera socorros a Elío. Se valió con ese objeto de los lazos que había logrado con Yegros y Cabañas. Por otro lado, logró alejar el peligro que se presentaba en la frontera portuguesa,

en caso de que el atrabiliario virrey obtuviera el apoyo del general Diego de Souza, capitán general de Porto Alegre. El general patriota inició una correspondencia con ese jefe lusitano, quien contempló en esa actitud la posibilidad de ganar terreno para las aspiraciones expansionistas del rey don Juan VI, se ofreció para intervenir en un arreglo con los españoles. Belgrano accedió pero no asumió compromiso alguno. Sus ojos estaban puestos, sobre todo, en Montevideo, aunque no se le escapaba que el objetivo de sortear sus murallas estaba lejano.

En cuanto a sus subordinados, estaba convencido de que lograría encauzar los respectivos recelos y apetencias para afianzar el terreno conseguido, primera etapa de aquel cometido más ambicioso. Escribía al gobierno el 27 de abril de 1811: Cada día se estrechan más mis relaciones, y pronto espero que se concluya el germen de nuestra desunión, y por consiguiente de los males en que nos quieren envolver los hombres desnaturalizados, enemigos irreconciliables del bien general.

Agregaba que las operaciones militares se estaban desarrollando moderadamente bien, por lo que era dable esperar un resultado satisfactorio.

Juicio a Belgrano

Cuando se hallaba plenamente entregado a cumplir sus objetivos, Belgrano recibió la orden de regresar a la mayor brevedad a Buenos Aires, para lo cual debía entregar el mando con toda urgencia a Rondeau.

El movimiento del 5 y 6 de abril, encabezado por un modesto alcalde de barrio, Tomás Grigera, obedecía a las inspiraciones del grupo de Saavedra, que quería eliminar del gobierno a los últimos «morenistas» de la Junta y poner fin a las actividades de la Sociedad Patriótica.

Entre las peticiones que formulaban al gobierno se hallaba una completamente extemporánea: «el pueblo» reclamaba que Belgrano compareciese inmediatamente para responder «a los cargos que se le formen en su carácter de jefe de la expedición al Paraguay».

Dice Mitre que «su alma debió fluctuar entre los deberes de la obediencia y la responsabilidad de los altos intereses que le estaban encomendados». Así lo expresó el mismo Belgrano en su respuesta al gobierno:

Tuve impulsos de obedecer y no cumplir la orden de vuestra excelencia fecha 19 del pasado que recibí a las 8 de la noche, ya por las relaciones con el Paraguay, ya con los portugueses, ya con esta campaña y varias otras que había emprendido con los mismos enemigos; pero el que no se graduase de ambición la falta de cumplimiento por los que hayan movido al pueblo para que se me llame inmediatamente para responder a los cargos que se me formen y tal vez se provocase un nuevo movimiento que a costa de todo sacrificio se debe evitar, me estimuló a expedir mis órdenes en aquella misma noche, que mandé abiertas a don José Rondeau para que se le reconociese por general del ejército al tiempo de emprender mi marcha al amanecer de este día, para evitar reclamaciones que con sólo las noticias había entreoído, quitando así de la vista mi persona que había podido acalorarlas; y mis intenciones jamás fueron de exponer la patria al más mínimo vaivén, sino de trabajar para que con la unión logre concluir con sus enemigos y el establecer su sabio gobierno, si es posible, en el seno de la tranquilidad.

Se ha dicho que la inesperada separación de Belgrano cuando él estaba alejado de la lucha de partidos, obedeció a su amistad con el ya fallecido Mariano Moreno y al temor de que desaprobase acremente el atentado que acababa de producirse. También, al deseo de la Junta de sustraerse a la responsabilidad de no haber preparado debidamente la expedición al Paraguay, echando «sobre los hombros del general las responsabilidades del mal éxito».

Pero con respecto a esto último, cabe señalar que la decisión de encarar la campaña había sido adoptada por el gobierno que en buena medida orientaba Moreno, aunque Saavedra lo presidiera.

Las protestas arreciaron en la Banda Oriental al conocerse la abrupta partida de Belgrano.

En poco tiempo, el jefe que había logrado encauzar las rivalidades de los capitanes de milicias previendo un sano espíritu de emulación, se

había ganado el aprecio de las gentes.

Los vecinos de Mercedes protestaron al gobierno en nota del 8 de mayo:

¿Qué podíamos temer teniendo al frente a su digno jefe don Manuel Belgrano? Nada; su nombre era pronunciado con respeto hasta por nuestros mismos contrarios; Montevideo, que en sus papeles públicos tantas veces le había publicado derrotado y preso por los paraguayos, confesaba tácitamente que no podía soportar sin susto su cercanía; los portugueses le respetaban, el Paraguay le temía, nuestras tropas tenían puesta en él su confianza, y este numeroso vecindario descansaba en sus sabias disposiciones, con tanto mayor gusto cuanto que habíamos empezado a sentir sus favorables resultados. Desde que se ausentó el señor Belgrano no ha dejado de representarnos nuestro corazón, que en un tiempo en que la libertad bien entendida es la divisa de los americanos, éramos reos de lesa patria si por una cobarde timidez no exponíamos la necesidad tan grande en que nos hallamos de tener a nuestro frente un hombre de representación, valor y demás bellas calidades que adornan al señor Belgrano. Su presencia es uno de los objetos más interesantes para llenar nuestros vastos designios.

También hicieron oír su voz los oficiales del ejército, en términos que no dejaban dudas sobre el aprecio y respeto que experimentaban por su comandante: Habiéndonos reunido para la defensa de este territorio; tanto por el bien particular que de ello resulta como por el general de la sagrada causa que sostenemos, hacemos presente que es muy precisa la persona del señor vocal Manuel Belgrano, a quien consideramos los necesarios conocimientos para terminar la cuestión de 101 enemigos de la patria y del bien común. Nuestros contrarios le temen y le quieren por su rectitud.

El sacerdote Juan José Arboleya, que venía prestando servicios a la causa, expresaba a la Junta, el 12 de mayo:

El general desmayo que he notado en las tropas y por uniformes noticias a todos estos pueblos con la ausencia del señor vocal don Manuel Belgrano, y, según esto me parece que esa gran capital, deseosa siempre de la felicidad de sus hermanos, tratará de que regrese dicho señor, a la mayor brevedad, porque acaso no peligre el feliz éxito y la gloria de las armas de Buenos. Aires.

Grande tuvo que ser el sentimiento de Belgrano, reflexiona Mitre, cuando llegó a Buenos Aires, y observó que muchos de sus compañeros de lucha de la primera hora habían caído, cuando no eran

víctimas del destierro. Mayor debió ser su pena al comprobar que algunos de aquéllos figuraban entre sus perseguidores.

Seguro de que había actuado de acuerdo con las circunstancias, y más aún, de que había puesto todo su empeño para que triunfase una causa que consideraba justa, por encima de las carencias que en una etapa de la campaña no le había ayudado a resolver el mismo gobierno que ahora aceptaba la acusación, Belgrano se mantuvo entero y sacó fuerzas de flaquezas para defender su buen nombre y honor.

El 5 de junio de 1811 se dirigió a la Junta con estas palabras que ponen en evidencia su indignación frente al escarnio al que se lo exponía:

He dejado correr los días que han mediado para manifestar a vuestra excelencia mi deseo de saber los cargos a que debía contestar, contemplando sus ocupaciones. Felizmente, en ellos se han puesto al descubierto los útiles resultados de mis trabajos, que me glorio de haber anunciado a vuestra excelencia el 14 de marzo, los cuales, acaso, serán los que respondan con más energía que mi pluma, y aún mi voz podría ejecutar. Quiera, pues, vuestra excelencia determinar lo que fuere de su agrado para que me sea permitido presentarme ante la Patria con la inocencia que me asiste, y que en todo tiempo califique cuanto me he empeñado en servirla con desinterés, honra, decoro, no sólo en la alta representación de vuestra excelencia que he tenido, sino en el mando de las armas que me confió.

La Junta Grande entendió, ante el reclamo de Belgrano, que no podía prolongar más la dilucidación del caso, y nombró al coronel Marcos González Balcarce en calidad de juez fiscal de la causa. En su informe al gobierno, el militar, que no era un improvisado, ya que contaba con una distinguida foja de servicios, incorporó la petición «del pueblo» y solicitó que se invitase a éste por bando para que formulara los cargos que creyese necesario presentar.

Pedía los informes oficiales vinculados con la expedición al Paraguay y que se hiciese extensiva la solicitud «a las reliquias de su ejército que se halla en la Banda Oriental».

Además, se debía prevenir a la guarnición de Buenos Aires para que también se presentara a declarar el personal de tropa.

El bando se publicó dos veces sin que nadie fuera a declarar contra Belgrano. En cuanto a los alcaldes de barrio, para justificar su

desacertada petición de abril, hicieron saber, en nombre de sus respectivos cuarteles, que la expresión del artículo 13 tendía a impulsar a que, conforme con las disposiciones de derecho, Belgrano fuese relevado y juzgado, en razón del carácter y mando que ejercía, como se había practicado en circunstancias iguales,

«aun cuando la desgracia de la pérdida de las acciones de guerra haya sido inevitable». Era conveniente demostrar —agregaban— que se daba fiel cumplimiento a las leyes de la materia,

pues con respecto a los cargos, el gobierno se los debe formar, como que está instruido en la certeza del cumplimiento exacto que haya dado a sus instrucciones y órdenes relativas al mando, así como lo ejecutaría en cualquier caso en que no hubiese sido instado por el pueblo y hubiese procedido de oficio en fuerza de autoridad.

Esa especie de excusatoria leguleya valía muy poco en comparación con el testimonio de los subordinados de Belgrano en la expedición al Paraguay. Subrayaban que no habían tenido queja alguna mientras estuvieron bajo sus órdenes, y que se habían puesto de acuerdo en dirigirse al gobierno, impulsados sólo por el amor a la justicia, «para salvar el buen nombre de un patriota a quien habían visto sacrificarse en todas las ocasiones en obsequio de la patria y de la gran causa que defendían». Los oficiales que habían tenido «la gloria de militar bajo las órdenes de este digno jefe», hallaron

motivos para admirar, no tan sólo la fina política y madura prudencia con que todo lo componía uniendo los ánimos y llenándolos de un fuego verdaderamente militar, removiendo con su alta previsión hasta los menores tropiezos que podían retardar nuestro gran proyecto, sino también su gran constancia y continuo desvelo para mantener en la más perfecta disciplina su heroico valor, con lo que logró que nuestras armas se cubrieran de gloria en los memorables ataques de Candelaria, Paraguary y Tacuarí.

Agregaban luego:

Cuando traemos a la memoria los inmensos y muchos trabajos que ha soportado la tropa con la mayor firmeza en los dilatados campos del Paraguay; cuando recordamos el andar y valor impertérrito con que nuestros soldados, en número tan considerablemente inferior, acometieron a los enemigos, obligándoles en las principales ocasiones a ceder el puesto a nuestras legiones, no dudamos en asegurar que estos prodigios que la posteridad leerá y aun dificultará el creer, se obraron por la alta influencia del señor general don Manuel Belgrano.

En esta virtud dejamos a la superior penetración de vuestra excelencia el meditar que no todos los que marchaban al lado del enunciado jefe tendrían toda la grandeza de ánimo que era necesaria para soportar un cúmulo de trabajos y peligros como era preciso para acompañar con gloria al señor don Manuel Belgrano, que penetrado íntimamente de la importancia de nuestro sistema y entusiasmado con heroísmo del amor de su patria, no había sacrificio que no estimare corto, para libertarla del tirano yugo que la oprimía.

Bien dice Mario Belgrano que su ilustre antepasado lo había hecho presente en su nota del 5

de junio, al expresar que «los acontecimientos que él había preparado hablaban en favor de su conducta, no sólo con la victoria de Las Piedras [lograda por las fuerzas al mando de Rondeau y Artigas contra los efectivos españoles que a las órdenes del capitán de fragata José de Posada salieron de la ciudad para enfrentarlas, el 18 de mayo de 1811], en cuya

preparación le cabía su parte, sino con la revolución que acababa de destruir la dominación española en el Paraguay, movimiento en el cual tuvieron innegable influencia las conferencias celebradas después de Tacuarí».

La situación de Belgrano se había afirmado frente a la opinión pública, a tal punto que el gobierno, aun antes de que se resolviera el proceso, consideró conveniente confiarle una misión cerca de la Junta del Paraguay, para solucionar las cuestiones pendientes. Previo a aceptar, le señaló al gobierno con firmeza de que no era posible llenar un objeto tan importante a través de «un sujeto que todavía no se ha vindicado», y que por lo tanto le pedía que declarase su inocencia y le devolviese el grado de brigadier general con el que se lo había conocido en donde debía dirigirse». Y agregaba:

Renuncio todos los trámites, fío mi defensa a la correspondencia que he tenido con vuestra excelencia, la dejo a las declaraciones de cuantos han presenciado mi conducta, sean los que fueron o no castigados por mí; tal es la confianza que tengo de haber procedido según mis obligaciones y de la justicia con que vuestra excelencia se conduce.

Era lo que esperaba como «el premio de mis méritos y servicios y la justificación de mi conducta, con que pueda merecer el digno título de ciudadano honrado un magistrado que no desmerece en el concepto público y un militar que sabe cumplir con sus deberes».

La Junta declaró el 9 de agosto que el general Belgrano había ejercido el mando del ejército del Norte «con un valor, celo y constancia dignos del reconocimiento de la patria», y en consecuencia restablecía a este «benemérito patriota» en los honores y grados de que había sido privado.

Bibliografía

[Manuel Belgrano], «Expedición al Paraguay. Con notas del brigadier general don José María Paz», Buenos Aires, Biblioteca de Mayo, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, tomo I; Bibliografía Belgraniana; Documentos del Archivo de Belgrano, tomo II; Documentos para la Historia del General Don Manuel Belgrano, tomo II; Epistolario Belgraniano.

Mario Belgrano, Historia de Belgrano; Félix Best, Historia de las Guerras Argentinas, tomo I, Buenos Aires, Peuser, 1960; Miguel Ángel De Marco, José María de Salazar y la marina contrarrevolucionaria en el Plata; ——, Historia del Periodismo Argentino; Ovidio Giménez, Época y obra de Manuel Belgrano; Ricardo Levene, La Revolución de Mayo y Mariano Moreno. Ensayo histórico, tomos I a III, Buenos Aires, Peuser, 1960; Aníbal Jorge Luzuriaga, Manuel Belgrano. Estadista y prócer de la independencia hispanoamericana; Bartolomé Mitre, Historia de Belgrano y de la independencia argentina, tomo I; ——,

Nuevas comprobaciones históricas a propósito de historia argentina, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1882; Raúl Guillermo P. Muñoz, «Campaña al Paraguay (1810-1811)», en Manuel Belgrano. Los ideales de la patria, Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, 1995; Carlos S. A. Segreti, La Revolución Popular de 1810; ——, La máscara de la monarquía. 1808-1819; ——, Un caos de intrigas (Estrategia británica, maquinaciones lusitanas, desconcierto español y acción revolucionaria en el Río de la Plata. 1808-1812).

«Y la América del Sur será el templo de la independencia y la libertad…»

El gobierno surgido en el Paraguay del movimiento revolucionario de mayo de 1811 pronto encontró en uno de sus miembros, el doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, a la figura dominante que rigió la vida del país mediterráneo por largos años, apartándolo mediante un férreo aislamiento de las vicisitudes de la lucha contra España en las que se hallaban empeñadas las otras partes del antiguo Virreinato.

Había estudiado en Córdoba, primero en las aulas del Colegio de Montserrat y luego en las de la Universidad, donde obtuvo el grado de doctor en teología. Al producirse los sucesos que se mencionan, vivía entregado a sus libros y meditaciones en su quinta de Ibiray próxima a Trinidad, aunque de tanto en tanto se ocupaba de atender su consulta

de abogado. Contaba 36 años y sentía un fuerte desafecto hacia Buenos Aires, que se remontaba a los tiempos en que había tenido que compartir con estudiantes porteños celda y mesa en los claustros cordobeses.

Las nuevas autoridades redujeron su gestión a convocar un congreso general de los principales vecinos de Asunción y representantes de las villas y pueblos de la provincia.

El cuerpo, reunido el 17 de junio, eligió tres días más tarde una Junta de Gobierno presidida por Fulgencio Yegros y compuesta por Francia, Pedro Juan Caballero, el presbítero Francisco Javier Bogarín y Fernando de la Mora.

El 20 de julio la Junta paraguaya se dirigió a la de Buenos Aires a través de una nota de la pluma de Francia en la que se comunicaba su constitución, «en libertad y en el pleno goce de sus derechos». Para que no quedaran dudas de que distaba de querer cualquier subordinación, se agregaba:

Se engañaría cualquiera que llegase a imaginar que su intención había sido entregarse al arbitrio ajeno, y hacer dependiente su suerte de otra voluntad […] nada habría adelantado, ni reportado otro fruto que cambiar unas cadenas por otras y mudar de amo.

Ello no obstaba para la búsqueda de un sistema que permitiese anudar vínculos positivos con los vecinos:

La confederación de esta provincia con las demás de nuestra América, y principalmente con las que comprendía la demarcación del antiguo virreinato, debe ser de un interés inmediato, asequible y por lo mismo natural, como de pueblos que no sólo por un mismo origen sino por el enlace de particulares y recíprocos intereses, parecen destinados por la naturaleza misma a vivir y conservarle unidos […] La provincia del Paraguay manifiesta su

voluntad decidida de unirse con esa ciudad y demás confederadas, para formar una sociedad fundada en principios de justicia, de equidad y de igualdad.

El objeto era proponer las condiciones de confederación, que en síntesis resultaban ser las siguientes: mientras no se reuniese el Congreso general, el Paraguay se gobernaría «sin que la excelentísima junta de esa ciudad puediera disponer ni ejercer jurisdicción sobre su forma de gobierno, régimen, administración, ni otra alguna causa correspondiente a ella»; Buenos Aires no exigiría derechos a la entrada

de yerba y demás productos paraguayos; quedaría abolido el estanco del tabaco y por lo tanto libre la venta de ese producto paraguayo. La constitución dictada por el Congreso no obligaría al Paraguay mientras no se ratificase en junta plena y general de sus habitantes.

La confederación podía alcanzar el marco amplísimo «de nuestra América», es decir de los pueblos de origen hispánico, pero por el momento estaría limitada a las provincias

«comprendidas en la jurisdicción del antiguo virreinato».

Misión de Belgrano y Echevarría a Paraguay

Como se ha dicho, la Junta Grande consideró que Belgrano era el indicado para negociar la confederación propuesta por el Paraguay. Su expedición guerrera había sido un error lamentable, pero nada mejor para demostrar las buenas disposiciones del gobierno de Buenos Aires que enviar como diplomático a firmar la alianza y confederación «de igual a igual» al mismo general que había ido antes en plan de conquista.

El 1º de agosto, cumplidas las condiciones que se referían a no dejar mancha en su buen nombre y honor, fueron designados Belgrano y el doctor Vicente Anastasio Echevarría. Este último era dos años mayor que el general, y muy amigo suyo. Nacido en la Capilla del Rosario y graduado en Chuquisaca, había actuado en las invasiones inglesas y había sido abogado de Liniers. Luego de participar en los sucesos de Mayo, se lo designó ministro de la Real Audiencia para reemplazar a los oidores realistas.

Al decir de Mitre, esta «misión conjunta era bien calculada: Belgrano representaba el candor, la buena fe, la altura de carácter; Echevarría la habilidad, el conocimiento de los hombres y las cosas».

El viaje fue sacrificado aunque la buena recepción de los mandatarios paraguayos justificó las incomodidades sufridas.

Pero las ambiguas instrucciones que se había otorgado a los emisarios no eran suficientes para obtener buenos frutos en una discusión con Francia, hombre tan hábil como receloso y prevenido frente a los porteños. Se les ordenaba que insinuaran la conveniencia de que el

Paraguay se sometiese a la Junta de Buenos Aires por el peligro de la invasión brasileña y del poder de los realistas de Montevideo, y que a la vez hiciesen comprender al gobierno asunceño que «la voluntad general de las provincias debe ser la ley superior que obligue al

Paraguay a prestarse a una subordinación sin la cual el sistema y los movimientos pudieran desconcertarse». Belgrano y Echevarría llegaron a Asunción a fines de septiembre, pero no pudieron vencer «la fría resolución de Francia ni el recelo de los demás vocales», y terminaron allanándose a ellos. Como dice Mitre: «Toda la perseverancia, la habilidad y las ventajas estuvieron de parte del astuto diplomático paraguayo».

Los tres primeros artículos del tratado suscripto el 12 de octubre de 1811 suprimían los tributos a las mercaderías paraguayas que se cobraban en Buenos Aires según las proposiciones del 20 de julio; el cuarto fijaba los límites de Paraguay considerando a Candelaria como de su jurisdicción; el quinto y más importante, establecía entre las Juntas de Buenos Aires y Asunción una federación y alianza indisolubles. Se obligaban a cultivar una sincera, sólida y perpetua amistad […] a auxiliar y cooperar mutua y eficazmente con todo género de auxilios cada vez que los demande el sagrado fin de aniquilar y destruir cualquier enemigo que intente oponerse a los progresos de nuestra justa causa y común libertad.

El tratado de confederación, que ratificado el 31 de octubre, con excepción de la parte que se refería a la jurisdicción de Candelaria, pudo dar comienzo a una política de buen entendimiento que ni una ni otra parte parecían estar dispuestas, en el fondo, a aceptar.

Cambios políticos

La alianza de hombres como Manuel de Sarratea y Bernardino Rivadavia con los aún considerados morenistas, había provocado la caída de la Junta, en cuyo mismo seno estaban algunos de los conspiradores.

Como había ocurrido en los días de Mayo, el 19 de septiembre de 1811 se solicitó un cabildo abierto en el que un núcleo reducido de vecinos eligió en calidad de diputados para un futuro congreso general a dos de los oponentes del presidente Saavedra. Tres días más tarde, el Cabildo, que como otras veces salió de su papel municipal para intervenir en las cuestiones nacionales, reclamó que se reformase el gobierno, por lo que la Junta resolvió disolverse y crear en su reemplazo un Triunvirato. Sus miembros serían asistidos por tres secretarios sin voto. Los nombres elegidos revelaron que se había producido un vuelco completo de la situación: Sarratea, Chiclana y Paso, quienes contaron con la cooperación de Vicente López y Planes, José J. Pérez y Rivadavia. Éste tomó bien pronto las riendas del poder. Pero además de ese ejecutivo que prenunciaba ser fuerte, quedó establecida una Junta Conservadora de la Soberanía compuesta por los diputados de las provincias. El

nuevo órgano se convertía, según el Reglamento Orgánico por ella dictado, en último juez de las actuaciones del Triunvirato. Éste no tardó en disolver dicho cuerpo con argumentos de dudosa validez jurídica pero indudable efecto político. El confinamiento de Saavedra cerró la operación de toma del poder por la alianza de los dos grupos mencionados que, sin embargo, para cubrirse formalmente, dictaron un Estatuto Provisional el 22 de noviembre de 1811.

Cuando Belgrano regresó a Buenos Aires, dicho cambio, que colocaba a varios amigos suyos en el centro de las decisiones, se había consumado.

Jefe de los Patricios

El 13 de noviembre de 1811, el Triunvirato decidió nombrar al brigadier Belgrano coronel del Regimiento 1 de Infantería, Patricios. La unidad no sólo era la más importante entre las armas patriotas por su experiencia en combate, pues sus hombres casi no habían estado ausentes en ninguno de los frentes abiertos por la Revolución después de su brillante actuación durante la invasión inglesa, sino que era la

más numerosa.

El antiguo mayor del cuerpo era convocado para hacerse cargo en un momento particularmente difícil. Eso explica que a pesar de ser un oficial general aceptara el empleo de coronel, que no implicaba disminuir su jerarquía militar.

Su aceptación implicó la definitiva cesación de Saavedra como comandante, «por la imposibilidad que tiene de servirlo».

Al asumir, Belgrano renunció a la mitad del sueldo que le correspondía, siéndome sensible [expresaba al Triunvirato] no poder hacer demostración mayor, pues mis facultades son ningunas y mi subsistencia pende de aquél; pero en todo evento sabré también reducirme a la ración del soldado, si es necesario, para salvar la justa causa que con tanto honor sostiene vuestra excelencia.

Ocupaba el cargo de segundo jefe de la unidad un militar prestigioso: el teniente coronel Ignacio Gregorio Perdriel.

«El motín de las trenzas»

Pasaron pocos días hasta que el general se vio obligado a actuar con extrema dureza para preservar la disciplina que, según se ha dicho, era, en su concepción de la vida castrense, uno de los valores más apreciables y elevados.

El 6 de septiembre de 1811, se produjo un hecho que Isidoro J. Ruiz Moreno califica de espectacular por sus características y resultados: la insurrección de parte del regimiento.

Hay varias versiones acerca de los móviles de este suceso. El general José Rondeau, en su Autobiografía, expresa:

Sublevóse todo el regimiento de Patricios porque su jefe el general Belgrano había ordenado se les cortase a todos sus individuos la trenza del cabello, pues era el único de todos los regimientos y batallones que aún la conservaban.

Por su parte, Domingo Matheu, también en su Autobiografía, señala: Trató el pulcro ciudadano [Belgrano] de extirpar una antigualla bastante dispendiosa como era la trenza y su redecilla, en razón de ser la mayoría unos mozos pretenciosos y galantes.

Mitre considera que la aplicación de algunas medidas disciplinarias, y el corte de la trenza, promovieron la rebelión abierta.

En El motín de las trenzas, Ernesto J. Fitte dio a conocer el contenido de un expediente

«formado sobre esclarecer el levantamiento del Regimiento N° 1 en la noche del día 6», que se hallaba en el archivo de Ignacio Núñez en poder de la señoritas de Núñez Acosta.

De sus constancias surge —según la síntesis del autor— que a las 10 y media de la noche del 6 el oficial de la guardia de prevención, teniente Francisco Pérez, dio parte a Belgrano que entraba al cuartel de Patricios que al pasarse la segunda lista en la 2ª compañía de Granaderos, y constatar que no todos respondían al llamado, les notificó que en el futuro

«al que faltase a ella se le cortaría el pelo, y que había oído una voz de uno que le dijo que primero iría al presidio». El sargento Domingo Acosta coincidió igualmente en que el tumulto tuvo origen al pasarse la segunda lista. Según él, estando formados oyeron que el teniente amenazaba a los que se demoraban en responder, acerca de «que por este defecto los había de pelar, a lo que habían contestado algunos soldados que más fácil le sería cargarse de cadenas que dejarse pelar». Pérez agregó que al toque de silencio, al amonestarles les previno que en adelante se les cortaría el pelo a los «desobedientes y desaseados», observación a la que respondió una vez «que eso era quererlos afrentar».

Pérez respondió que de ser así él también «estaría afrentado pues se hallaba con el pelo cortado». A esa altura intervino el soldado Agustín Carrillo, de la misma compañía, a viva voz y «en tono altanero que él tenía trajes y levitas para disimularlo». Todos los procesados circunscribieron las causas del levantamiento al temor de verse obligados a «cortarse el pelo» o al deseo de conseguir la destitución del coronel y su reemplazo por el capitán Pereyra.

Al enterarse de lo ocurrido, Belgrano le ordenó al teniente Pérez «que si se movían los acabasen a balazos».

Pero la sublevación no pudo ser contenida y estalló apenas el comandante abandonó el cuartel. La tropa fue convocada con redobles de tambor al gran patio del antiguo Colegio Carolino que la albergaba, al tiempo que se abrían los calabozos para sumar a los detenidos, y los oficiales eran conminados a retirarse del cuartel. En forma inmediata los soldados comenzaron a armarse y colocaron dos cañones en la puerta para evitar el ingreso de extraños. Demandaban a gritos la remoción de su jefe y del mayor del cuerpo. Las gestiones

conciliatorias de los obispos Lué y Orellana, que se hallaba en Buenos Aires, e incluso las

del presidente del Triunvirato, doctor Feliciano Chiclana, ex oficial de Patricios, fueron inútiles.

Los amotinados elevaron una petición redactada por dos cabos en la que se reclamaba: «1) Quiere este cuerpo que se nos trate como a fieles ciudadanos libres y no como a tropas de línea; 2) Pedimos al señor don Juan Antonio Pereyra por coronel del regimiento, excluyéndose al señor don Manuel Belgrano Pérez; 3) Por mayor del regimiento don Domingo Basavilbaso, excluyéndose a don Gregorio Perdriel». Finalmente, solicitaban el indulto de los presos y que se asegurase la vida de los insurrectos.

Mientras se desarrollasen las negociaciones, quedaría como rehén el capitán José Díaz.

Chiclana exigió que antes de considerar las propuestas se depusieran las armas. El requerimiento no fue aceptado y comenzó la represión.

Rodearon el cuartel varias unidades provistas de piezas de artillería. A las 10.30 de la mañana ambas partes rompieron fuego de fusiles y cañones. Los suboficiales y tropa de los Patricios contaban con cuatro piezas colocadas en las esquinas del edificio que ocupaban. El combate duró un cuarto de hora, tras el cual los insurrectos se rindieron. Si no se conocen exactamente sus bajas, se saben las de las tropas del Triunvirato: 8 muertos y 35 heridos.

Los Patricios que deponían las armas ante las fuerzas del gobierno alcanzaban un número aproximado de 340 hombres, pues muchos habían huido o se habían entregado antes del ataque final.

El Triunvirato comenzó el proceso al día siguiente. En los considerandos del decreto expresaba:

Acontecimiento tan escandaloso abre margen para creer con positivos fundamentos que hombres malvados, enemigos de la Patria y agentes de la anarquía, han puesto en ejercicio todos los resortes de la intriga y la seducción para destruir al gobierno y las autoridades constituidas, precipitando a los ciudadanos en los horrores de la división.

A pesar de que sus cabecillas negaron influencias externas, el gobierno acusó a los diputados del interior de que el objetivo de la revuelta fue restablecerlos en el gobierno, por lo cual el 16 de diciembre dispuso su retiro de la Capital y la disolución de la junta que componían. Por

separado se inició otro proceso, en donde uno de los imputados, antiguo oficial de Patricios, confesó el propósito de deponer al Triunvirato y denunció como gestor de la conspiración al diputado por Córdoba, doctor Gregorio Funes. Éste fue apresado en el Fuerte, donde permaneció hasta el año siguiente. Se lo mantuvo bajo arresto domiciliario hasta que resultó amnistiado por la Asamblea General Constituyente de 1813.

En cuanto a los suboficiales y soldados que encabezaron el sangriento motín, diez de ellos fueron degradados y fusilados por sentencia del 10 de diciembre de 1811. Se impusieron otras penas menores y quedaron disueltas las compañías 1ª y 2ª de Granaderos y la de Artilleros.

Por otro lado, se dispuso el cambio de nombre y uniforme al cuerpo. Para no disolverlo por completo se tuvo en cuenta que «la oficialidad y una considerable parte del regimiento, lejos de intervenir en la sedición, concurrió a apagarla con todos sus esfuerzos».

Tal resolución había sido propiciada por el mismo Belgrano. Pero de acuerdo con el fallo del tribunal que sustanció el proceso, el regimiento perdió su número 1 y recibió el 5, que hasta entonces ostentaba el Regimiento de América del coronel Domingo French. Éste, a su vez, quedó identificado con el número 3 de la nomenclatura militar, que se encontraba disponible.

El expediente formado para esclarecer los motivos del levantamiento, al que se ha aludido, deja entrever que el gobierno conocía por «ciertos antecedentes y delaciones que se habían comunicado de antemano» la conspiración que gestaban algunos de sus opositores.

Luego de tan dramática jornada, el Triunvirato, al borrar del ejército el número 1, dio a conocer su decisión, que publicó la Gazeta del 13 de diciembre de 1811: Para evitar todo tipo de rivalidad, se declara que todos los cuerpos que componen el Ejército de la Patria son patricios, y que ninguno podrá tener en adelante esta denominación particular.

Guillermo Palombo, en su artículo «Iconografía de los Uniformes Militares. Regimientos número 1 y 2 de Infantería (“Patricios”) 1810-1811», se refiere al uso de las trenzas y a la afirmación del general Rondeau de que para aquella fecha se usaba el cabello corto en todo el Ejército. Dice este autor:

Pero el aditamento más notable que presentaba la tropa de Patricios

en 1810 era la trenza, que de todo el largo del pelo se llevaba a la espalda, probablemente atada en su extremo para que no se deshiciera con una cinta negra, como las que en 1805 se habían distribuido a los reclutas del Real Cuerpo de Artillería a razón de 1 ½ vara de largo (aproximadamente 1, 26 m) para cada coleta.

Además relata, sobre la base de una nota aparecida en 1904, que con motivo de excavaciones realizadas a partir de un boquete practicado en la intersección de las calles Perú y Alsina, el general Nazar encontró unas trenzas de mujer. Un lustro más tarde, en 1909, dice Palombo, se aclaró el enigmático hallazgo. Y cita un artículo de La Nación,

aparecido el 19 de agosto de 1909 con el título «Los subterráneos de Buenos Aires. En el Mercado Central. Las grandes cámaras ocultas»:

Se sabía por antigua tradición, que debajo del mercado viejo (Alsina y Perú) existían subterráneos, afirmándose que ellos formaban parte de las comunicaciones misteriosas que en la época colonial servían entre convento y convento, así como con algunos templos. Algo más había, como dato preciso, pues cuando hace muchos años, en 1865, se construyó la puerta al mercado, al excavar para fundar los cimientos de los pilares, los obreros encontraron una bayoneta y cabellos de mujer […] Al hacerse excavaciones posteriores […]

la sorpresa fue grande, pues no se trataba de un subterráneo reducido, ¡no! A los 14 metros de profundidad había una sala enorme, con bóvedas y muros gruesos aunque en mal estado. ¿Qué había allí? Basura, inmundicia, despojos de toda clase, trenzas de cabello en gran cantidad, como en el hallazgo anterior, pero que bien esclarecido el caso se supo que eran las trenzas de los soldados arribeños [sic: patricios] que las habían cortado por orden del general Belgrano. Habían ido a parar allí por el conducto de una letrina que existió en el cuartel allí establecido en tan remota época.

De tal modo, casi un siglo después, aparecieron los testimonios físicos de aquella luctuosa jornada.

Una carta ejemplar

Mientras lo agobiaba la responsabilidad de comandar un cuerpo cuya indisciplina había reprimido drásticamente, y procuraba levantar la moral de los soldados mediante el propio ejemplo, el general mantenía correspondencia con personas notables, como el paraguayo Gaspar Rodríguez de Francia.

Éste le había manifestado su deseo, real o no, de alejarse de la vida pública para volver a la tranquilidad de la existencia privada. El general, que se aprestaba a cumplir una nueva comisión del Triunvirato, le respondió el 19 de enero de 1812 con palabras que reflejaban su convicción de que la causa de la independencia estaba por encima de toda consideración de índole personal:

Mi querido amigo: no puedo menos de significar a usted, contestando la suya de 19 del pasado, que me es sobremanera sensible que usted piense en la vida privada en unas circunstancias tan apuradas como estamos; no me atrevo a decir que amo más que ninguno la tranquilidad, pero conociendo que si la Patria no la disfruta, mal la puedo yo disfrutar, hago esfuerzos para olvidar mi inclinación y me entrego a todos los contrastes, desechando cuanto obstáculo pueda presentárseme y siendo yo así, que no hago falta en parte alguna,

¿he de persuadirme que mi amigo el doctor Francia, en quien concurren talentos, probidad, virtudes, y que es único capaz de dirigir el timón de su patria, lo abandone? Usted será responsable a la posteridad si permanece en esa idea, y ése es el juicio más sensible, no el de nuestros contemporáneos, que al fin se decide por las pasiones más ridículas; vuelva usted a su ocupación, la vida es nada si la libertad se pierde; mire usted que está expuesta, y que necesita toda clase de sacrificios para no perecer.

La orden de levantar baterías en Rosario

La Capilla del Rosario, que había adherido con entusiasmo a la instauración del Primer Gobierno Patrio en 1810, se vio pronto convertida en centro de la actividad militar, como consecuencia de su privilegiada ubicación geográfica. Dice Juan Álvarez en su Historia de Rosario, que desde principios de 1811, la costa rosarina fue uno de los campos de batalla en que se desarrolló la Guerra de la Independencia. Y agrega que las tropas enviadas a luchar contra Montevideo, vía Santa Fe, Paraná, Paso de Vera, Paysandú, pasaban por la Capilla.

Ese tránsito trajo aparejadas contribuciones de reclutas y suministro de caballos o reses, las cuales, unidas a las alarmas y pérdidas de vidas, motivaron empobrecimiento y despoblación.

Contemplada la importancia del punto, el Triunvirato decidió el 13 de enero de 1812 que Belgrano marchara con su regimiento y el Batallón de Castas para levantar baterías que con sus fuegos impidiesen el paso de naves de guerra realistas.

El gobierno tenía in mente morigerar en parte los daños que producían los buques del Apostadero Naval de Montevideo, ya que estaba aún lejana la posibilidad de tomar por tierra aquel último bastión realista en el Río de la Plata. Detrás de sus murallas se encontraban, sometidos a la constante vigilancia de los marinos, no sólo los partidarios de Fernando VII sino los afectos a la Revolución, quienes esperaban ansiosos el fin del sitio terrestre. La derrota de la primera escuadrilla patriota al mando de Juan Bautista Azopardo, frente a San Nicolás, el 2 de marzo de 1811, había borrado toda esperanza de liberar las aguas. Las naves españolas proveían a Montevideo de víveres que obtenían de las incursiones ribereñas por el Paraná, a la vez que garantizaban el arribo de barcos desde otros destinos. En pocas palabras lo había sintetizado un comerciante peninsular en carta a su hijo residente en España: «Siendo dueños de la mar, nada nos puede faltar y con carne fresca podremos pasar y mantenernos gordos y sanos».

A principios de 1811 el gobierno central decidió contener a los buques españoles con los fuegos de una batería ubicada en la margen derecha del Paraná, impidiéndoles subir hasta Santa Fe. Con ese fin el piloto José de la Peña midió el río en su parte más estrecha. Frente al caserío alcanzaba unas ochocientas cincuenta varas contadas desde la tierra firme hasta el punto por donde tenían que pasar necesariamente los españoles, por más que se recostasen todo lo posible sobre la isla del frente. Esto lo informó a la Junta Grande Hipólito Vieytes, quien señaló además que, considerada la cuestión con el diputado Francisco Tarragona, que marchaba hacia Santa Fe en compañía del capitán oriental José Gervasio Artigas, se había decidido iniciar los trabajos con los materiales logrados por el cura doctor Julián Navarro entre el vecindario. Hacían falta clavos y cañones; por lo demás, debían proveerse cien infantes y artilleros para agregarlos a los cincuenta milicianos, dispuestos, según nota de Tarragona al gobierno, «a derramar hasta la última gota de su sangre en defensa del gobierno patrio».

Cada cual donó lo que pudo para la construcción de la batería: palmas para cumbreras, horcones de ñandubay, estacas y tijeras de sauce, tablas de lapacho y otras maderas, ladrillos «y cuanto cascote fuere preciso». El carpintero Félix Reinoso trabajó gratuitamente, facilitando además su casa como depósito y regalando veinticinco tijeras para los galpones.

Marcos Loaces aportó la «vigilancia, transporte y acopio de los materiales y porque no anduvieran los peones con demoras, era él el que más trabajaba, estando enfermo y perdiendo las comodidades de

su casa». El cura Navarro ofreció las herramientas necesarias, y hasta el español Pedro Tuella, deseoso de congraciarse con las nuevas autoridades, regaló trozos de lapacho para la tablazón de las explanadas.

Una decisión del gobierno cortó de cuajo el entusiasmo del vecindario. Sin que nada lo justificara, las autoridades de Buenos Aires dispusieron el remate de los materiales cuando ya se había construido un galpón de veinticinco varas por seis, con techo de paja; otro de seis por seis, de maderamen y techo de cuero, amén de puertas, ventanas, tablazón recia

para asiento de las cureñas, etcétera. Sólo habían gastado de las cajas fiscales 154 pesos y 7

½ reales, suma que se quiso recuperar mediante un remate que no tuvo postores. A raíz de ello se mandó conservar hasta nueva orden los materiales.

La Junta Grande pareció ignorar los peligros que ofrecía el Paraná, abierto a las incursiones de las naves españolas de Montevideo, a pesar de los continuos partes del alcalde Manuel Vidal y del capitán Cardoso, cuyos milicianos recorrían constantemente la costa desde Rosario a San Nicolás, en previsión de desembarcos que, de todos modos, no podían impedir con sus seis carabinas, cuatro fusiles y siete pistolas, prácticamente sin proyectiles.

En los últimos días de abril de 1811, la escuadrilla realista había saqueado Zárate y Las Palmas, y pasado sin riesgo alguno frente a la Capilla el 27 de ese mes. En mayo, engrosada por buques mercantes apresados sin dificultad, cortó las comunicaciones entre Santa Fe y La Bajada y dominó todo el Paraná. En Corrientes, los paraguayos, aliados a los españoles de Montevideo, se mantuvieron con impunidad por algunos días.

El abandono del gobierno central no arredró a los rosarinos, que siguieron efectuando donaciones para armar a las milicias de la patria. Tampoco los desanimó el peligro de un probable ataque del bergantín Aranzazú, tripulado por ochenta veteranos y doce cañones, y de otras cinco naves dependientes del Apostadero de Montevideo, cuyo comandante, el brigadier Salazar, trabajaba con tesón para devolver al rey todo el Virreinato del Río de la Plata. El 10 de julio, ante la perspectiva de un desembarco, fueron alejados de la costa el trigo, las haciendas y demás víveres disponibles. A la vez, los milicianos de Rosario, a cuyo frente estaban Moreno y Cardoso, se dispusieron a

repeler las agresiones junto con 130

paisanos venidos de San Nicolás. Los patriotas tomaron prisioneros a 4 tripulantes españoles y se tirotearon con los buques enemigos, sin tener en cuenta que éstos respondían con cañonazos al fuego de sus mosquetones y pistolas.

Los últimos meses del año estuvieron signados por la preocupación de una ofensiva fluvial española. Ello hizo que el Triunvirato escuchase el pedido de las autoridades santafesinas y oyese los cada vez más insistentes reclamos de los rosarinos, al disponer la construcción de una batería artillada con piezas de grueso calibre. El objetivo era interceptar el paso de las naves realistas y proteger las embarcaciones concentradas en Rosario, Santa Fe y la Bajada.

El teniente de gobernador Manuel Ruiz había escrito:

Sería muy conveniente construir una batería de grueso calibre en la Capilla del Rosario, sostenida por la infantería competente, sin perjuicio de tren volante, suficiente para contener cualquier desembarco que pudieran pretender.

En marcha hacia Rosario

El 24 de enero de 1812, a las 5 y media de la tarde, partieron las tropas desde Buenos Aires, con intenso calor y a pleno sol. Belgrano tomó el camino de las postas e impuso a sus efectivos un rígido orden de marcha. El 6 de febrero llegó a las inmediaciones del arroyo Pavón, donde acampó. Allí lo sorprendió, según consignó en su Diario de Marcha, «un grande huracán que nos echó por tierra algunas tiendas» y lo azotó una fuerte lluvia que sólo cesó a las doce de la mañana, cuando cambió el tiempo, dando lugar a que se oreasen las ropas. Cruzaron dicho curso de agua a las tres de la tarde, y a las 9 de la noche acamparon en Arroyo Seco. Tras un breve descanso, los soldados se pusieron de nuevo en camino. Narra Belgrano:

A la una y media de la mañana se tocó generala y marchamos por caminos y campos muy llanos, sin dificultad alguna, y con poco trabajo que se hizo en la barranca de salida de una cañada que han formado las aguas de lluvia, y llaman Saladillo, pasaron muy bien las carretas, y hallándonos a distancia del Rosario de cerca de una legua se formó la tropa, sacaron las banderas, y con todo orden seguimos hasta este pueblo, cuyo comandante capitán Moreno y el alcalde con otros vecinos salieron a recibirnos y ofrecérsenos.

Llegados a la Plaza Mayor se formó en batalla, y habiéndose

depositado las banderas en la casa que me estaba preparada, marchó la tropa al campamento que ya estaba señalado por el capitán Álvarez en una buena situación cerca del río, y bajo unos árboles que favorecen mucho por la estación en que nos hallamos.

El pueblo no tiene casas ni galpones para colocar la gente; se ha encontrado uno a propósito para parque de las municiones que traemos, y almacén de los vestuarios y demás útiles del Regimiento.

Al día siguiente, el pampero derribó las tiendas de campaña y arrastró al río ropas y vestuarios. En oficio al gobierno, subrayó Belgrano que las carpas «son malas para el calor, para el agua y para el frío», y agregó en otra nota que era su propósito sustituirlas por barracones, en caso de que se destinase guarnición permanente. Estaba preocupado por las deserciones y lo atormentaban las dudas sobre la eficacia y combatividad de sus tropas.

Pero halló en los rosarinos el estímulo que necesitaba, y los trabajos de construcción de las baterías cobraron acelerado ritmo, mientras llegaban como refuerzo los Dragones de la Patria y los Granaderos de Fernando VII.

Características de las baterías

Con la eficaz dirección del capitán de artillería José Rueda, las obras progresaban satisfactoriamente. No se trataba de fortificaciones improvisadas, sino de todo un sistema defensivo debidamente planeado.

Se hallaban en plena tarea cuando llegó la noticia de que una flotilla enemiga remontaba el Paraná con el fin de destruir las baterías y atacar después La Bajada.

Juan Álvarez describe con precisos trazos tan cruciales momentos: Aquella Capilla adormilada del tiempo de los virreyes, desapareció; unos a trabajar en la obra; otros, a correr la costa; otros más, a esperar con caballo ensillado al chasqui del sur que adelantará la noticia de estar las temibles velas enemigas a la vista de San Pedro; el resto, a seguir adiestrándose en el manejo de sables, fusiles o lanzas. Tampoco falta quehacer a las mujeres, dedicadas a la fabricación de pan para el ejército y cuidado de la ropa de los oficiales.

Se construyó también una batería en la isla, para dominar con sus fuegos cruzados el río en continua creciente, y en la costa se colocaron cañones sobre la barranca y en el bajo, para obtener tiros rasantes.

El 14 de febrero regresó a la Capilla, desde Buenos Aires, el teniente coronel Monasterio —a quien Bartolomé Mitre denominó «el Arquímedes de la Revolución»— con ocho carpinteros, refuerzo inapreciable que permitió un rápido progreso en la obra, y el 26 de ese mes, Belgrano puede escribir al gobierno:

Con la actividad, celo, eficacia y conocimiento del teniente coronel don Ángel Monasterio, caminan los principales trabajos de las baterías a su conclusión; ya esta tarde se ha pasado un cañón a la batería de la Independencia, es la de la isla, y pienso poder decir mañana a V.E. que quedan los tres colocados, con su dotación, municiones y guarnición.

En cuanto a la batería Libertad, iba camino de ser terminada.

Desde el 11, la mayoría de los cañones de su parte alta se hallaban emplazados, y para el 26, si bien no estaba lista del todo, la fortificación podía ser empleada para enfrentar al enemigo.

«Y la América del Sur será el templo de la independencia y la

libertad…»

Decidido a retemplar el ánimo de sus tropas y del vecindario, Belgrano se dirigió al gobierno el 13 de febrero, solicitando un emblema que los distinguiese de los realistas:

Parece que es llegado el caso de que V.E. se sirva declarar la escarapela nacional que debemos usar para que no se equivoque con la de nuestros enemigos, y que no haya ocasiones que puedan sernos de perjuicio; y como por otra parte observo que hay cuerpos del ejército que la llevan diferente, de modo que casi sea una señal de división, cuyas sombras, si es posible, deben alejarse, como V.E. sabe, me tomo la libertad de exigir a V.E. la declaratoria que antes expuse.

El Triunvirato comprendió la gravedad del asunto y aprobó el proyecto el 18, ordenando que todo el ejército usase la divisa.

Sin embargo, Belgrano no se conformó con lo obtenido. El 26 de febrero se dirigió al gobierno con tono decidido, de un modo, puede decirse, que no arroja dudas acerca de su convicción de proclamar lisa y llanamente el objetivo emancipador de Mayo: Las banderas de nuestros enemigos son las que hasta ahora hemos usado; pero ya que V.E.

ha determinado la escarapela nacional.con que nos distinguiremos de ellos y de todas las naciones, me atrevo a decir a V.E. que también se distinguieran aquéllas, y que en estas baterías no se viese tremolar sino las que V.E. designe. Abajo, señor excelentísimo esas señales exteriores, que para nada nos han servido y con que parece que aún no hemos roto las cadenas de la esclavitud.

Sin esperar respuesta, al día siguiente, a las seis y media de la tarde, enarboló el pabellón blanco y celeste en la Libertad, cuando el sol comenzaba a declinar sobre la barranca y el río. De ese modo, la modesta Capilla del Rosario fue testigo de uno de los acontecimientos más importantes de la historia argentina: el nacimiento del emblema que nos distingue de los demás pueblos de la Tierra, y que durante la epopeya de la independencia americana se convirtió en símbolo de libertad y redención. No sólo flameó en Chile, Perú y Ecuador, sino que tremoló por todos los mares del mundo al tope de los mástiles de las naves corsarias de bandera argentina que combatieron contra Fernando VII.

Belgrano, lleno de fervor, arengó a soldados, milicianos y vecinos, con palabras dignas del mármol y el bronce que le ha consagrado la

posteridad:

Soldados de la patria: en este punto hemos tenido la gloria de vestir la escarapela nacional que ha designado nuestro excelentísimo gobierno; en aquel, la batería de la Independencia

[que se levantaba en la isla], nuestras armas aumentarán las suyas. Juremos vencer a los enemigos interiores y exteriores, y la América del Sur será el templo de la independencia. y de la libertad. En fe de lo que así lo juráis, decid conmigo ¡Viva la patria!

Seguidamente mandó al capitán y tropa destinados a la batería de la isla que se posesionasen de ella y cumpliesen el juramento que acababan de prestar. En el río, cinco

buques anclados a la espera de que soplase viento favorable para transportar a Santa Fe a los granaderos de Terrada, completaban tan conmovedora escena.

De inmediato, Belgrano ofició al gobierno, que ese mismo día, ignorando por cierto el episodio que ocurría en Rosario, lo nombró jefe del Ejército Auxiliador del Alto Perú: Siendo preciso enarbolar bandera, y no teniéndola, la mandé hacer blanca y celeste conforme los colores de la escarapela nacional: espero que sea de la aprobación de V.E.

No lo fue, y el Triunvirato le envió el 3 de marzo una enérgica reprimenda en la que se le ordenaba hacer «pasar por un rasgo de entusiasmo el suceso de la bandera blanca y celeste enarbolada, ocultándola disimuladamente y subrogándola con la que se le envía, que es la que hasta ahora se usa en esta fortaleza, y que hace el centro del Estado». Era la enseña real, roja y gualda, de grandes dimensiones, similar a la que usaba la armada española en los buques, apostaderos y fortalezas.

El enigma de la disposición de los colores

No se sabe exactamente cuál fue la distribución de los colores de la primera enseña. Se ha escrito mucho a este respecto; existen diversas teorías, todas dignas de respeto, pero ninguna que aclare definitivamente la incógnita. La enunciación de los argumentos de cada una excede los límites de este capítulo. Hay quienes afirman que la bandera enarbolada en Rosario fue blanca, celeste y blanca, con franjas distribuidas en forma horizontal, como la hallada en Macha, y que el pabellón enviado por el gobierno para que la sustituyese, fue celeste, blanco y celeste —conforme con nuestra enseña actual—, es

decir con los colores de la banda de la Orden de Carlos III. Otros señalan que fue celeste y blanca, en dos paños colocados verticalmente, y algunos sostienen que fue confeccionada en dos franjas horizontales, una celeste y la otra blanca. Por fin, hay quienes aseguran que la bandera que flameó en Rosario tuvo los mismos colores y distribución que la actual.

Parece lo más congruente atenerse tanto a la circular enviada por el Triunvirato a los gobiernos de las provincias y jefes militares con respecto a la escarapela nacional, «de dos colores, blanco y azul celeste» (20 de febrero de 1812), o al texto de la comunicación de Belgrano, siempre estricto en su costumbre de expresarse con precisión y claridad: «La mandé hacer blanca y celeste». Es decir, de dos franjas. La prelación de los colores sería el blanco, pues, según dice Augusto Fernández Díaz, con referencia a la escarapela, quienes

«la inventaron» «si dijeron blanco primero fue para adjudicarle el primer lugar en la forma imaginada, o mayor tela de ese color».

Como sea, lo importante fue el gesto del prócer de levantar un nuevo emblema que distinguiese a las huestes patriotas de las realistas, y expresase el propósito de alcanzar la

independencia. Así lo entendió el Triunvirato, quien, obstinado en sostener la «máscara de Fernando VII» o «de la monarquía», es decir, en ocultar el propósito de emancipación que guiaba a la mayoría, expresó en la citada nota a Belgrano:

Las demostraciones con que V.S. inflamó a la tropa de su mando, esto es, enarbolando la bandera celeste y blanca como indicante de que debe ser nuestra divisa sucesiva, las cree este gobierno de una influencia capaz de destruir los fundamentos con que se justifican nuestras operaciones y protestas, que hemos sancionado con tanta repetición y que en nuestras comunicaciones exteriores constituyen las principales máximas políticas que hemos adoptado.

El 1º de marzo de 1812, Belgrano se marchó de Rosario hacia el Norte, sin que el oficio del gobierno hubiese llegado a sus manos. Iba postrado en su vehículo, seriamente enfermo, mientras el regimiento se desplazaba al mando del segundo jefe, teniente coronel Gregorio Perdriel.

Acompañado de dos ayudantes, llegó a Tucumán el 19 de marzo y desde allí se dirigió a la posta de Yatasto, donde Juan Martín de Pueyrredón le entregó el mando del conjunto de hombres mal

armados e indisciplinados que recibía el nombre de ejército. Se dispuso a organizarlo todo, pero inspirado por el deseo de alcanzar la paz sin cruzar las armas con los realistas, le escribió el 27 a su antiguo amigo el general español Pío Tristán: «Una esperanza muy lisonjera me asiste de conseguir un fin tan justo, cuando veo a tu primo [José Manuel Goyeneche] y a ti, de principales jefes».

Sin embargo, tan noble propuesta no tuvo eco, y se dedicó con férrea voluntad a la tarea de equipar e instruir de la mejor manera posible a sus 1.500 hombres.

Su correspondencia al secretario Bernardino Rivadavia es significativa: el ejército carecía de todo, el armamento era deficiente y no resultaban mejores los elementos logísticos. El gobierno debía proveerlo de lo más indispensable, pues de otro modo resultaría imposible detener la inminente ofensiva realista al mando supremo del general Goyeneche.

La bandera celeste y blanca flamea en Jujuy

El 25 de mayo de 1812 el general y sus tropas se hallaban en San Salvador de Jujuy, donde Belgrano hizo tremolar nuevamente la bandera celeste y blanca. No había llegado a sus manos la orden del Triunvirato de deshacerla y hacer pasar el enarbolado como un gesto de entusiasmo personal. Bendecida solemnemente por el canónigo de la catedral, doctor Juan Ignacio Gorriti, la enseña flameó en medio del entusiasmo de los soldados y la población.

Belgrano dirigió una marcial proclama en la que subrayó el sentido de la Revolución ocurrida dos años atrás en Buenos Aires.

Ésa fue la razón por la cual mandó bendecir la bandera en Jujuy el 25 de mayo de ese año, circunstancia en que recibió una nueva y enérgica reprobación del gobierno. Subraya Mitre:

«Sorprendido y lastimado a un mismo tiempo, el general contestó disculpándose con dignidad; pero persistió tenazmente en sostener sus ideas de independencia»: La bandera la he recogido y la desharé para que no haya ni memoria de ella, y se harán las banderas del regimiento número 6 [sin duda las reglamentarias de las unidades, como la

«coronela»] sin necesidad de que su falta se note por persona alguna; pues si acaso me preguntan por ella responderé que se reserva para el día de una gran victoria por el ejército, y como éste está lejos; todos la habrán olvidado y se contentarán con la que les presenten.

En está parte V.E. tendrá su sistema; pero diré también con verdad, que como hasta los indios sufren por Fernando VII, y los hacen sufrir con los mismos aparatos que nosotros proclamamos la libertad, ni gustan oír el nombre del rey, ni se complacen con las mismas insignias con que los tiranizan.

Éxodo jujeño

El 27 de mayo, el general realista Goyeneche entró en la ciudad de Chuquisaca, que fue saqueada. Su desesperada población y las escasas tropas existentes se internaron en zonas desérticas para bajar en busca del ejército de Belgrano. Éste recién supo lo ocurrido a fines de junio.

La situación en Jujuy se tornaba difícil para los patriotas. La acción de los vecinos hostiles, entre quienes predominaban los comerciantes perjudicados por la paralización económica que había provocado la guerra, recaía sobre el ánimo de la población y arriesgaba la causa revolucionaria.

Belgrano decidió conjurar el peligro mediante una medida drástica y heroica: el ejército y la población civil debían retroceder hacia Tucumán o más al sur para dejar al enemigo la tierra arrasada.

La orden fue tajante: los realistas no debían hallar en Jujuy alimentos, animales para transporte, por lo que el ganado debía ser arreado hacia el sur; objetos de hierro ni artículos mercantiles. No tenía que quedar en la ciudad ni un ser viviente. Quienes no cumplieran serían fusilados y sus haciendas y muebles incendiados.

En general, el pueblo jujeño adhirió al éxodo sin necesidad de castigos. Sin embargo, la clase principal adoptó posiciones diversas. Algunos lograron esconderse a la espera de la

llegada de Tristán; otros optaron por obedecer e irse con los bienes que podían salvar, para lo cual se les facilitó carretas. El viaje hacia el sur comenzó en los primeros días de agosto.

Desde el 20 de agosto Belgrano sacó de la ciudad los elementos más pesados.

Mientras tanto, voluntarios jujeños al mando de Díaz Vélez, que habían marchado hacia Humahuaca para vigilar la entrada de las tropas de Tristán, regresaron con la noticia de la inminente invasión y fueron encargados de cubrir la retaguardia patriota.

A pesar de la determinación de que el repliegue se hiciera lo más rápido posible ante la proximidad de los realistas, la evacuación fue lenta pues implicó hasta el traslado de los archivos y documentos de la ciudad y su jurisdicción.

El 22 de agosto, por la tarde, se impartió la orden definitiva y el 23 el ejército inicia la retirada. En cinco jornadas se cubren 250 kilómetros.

En la convicción de que al encontrar Jujuy abandonado Tristán se dirigiría hacia Salta, Belgrano dispuso hacer alto en las márgenes del río Pasaje, donde llega en las primeras horas del 29 de agosto. Las tropas de la retaguardia se enfrentaron con la vanguardia realista. A fines de agosto, Tristán entró a Jujuy y se encontró con que la retaguardia del ejército patriota le hacía frente. El general realista no logró superar ese obstáculo, con lo que el retroceso del pueblo jujeño hacia el sur pudo continuar.

José María Paz, generalmente muy crítico a la hora de juzgar a sus contemporáneos, traza sin embargo esta bella semblanza de Belgrano durante la retirada: El mérito del general Belgrano, durante toda la retirada, es eminente. Por más críticas que fuesen nuestras circunstancias, jamás se dejó sobrecoger de ese terror que suele dominar las almas vulgares, y por grande que fuese su responsabilidad la arrostró con una constancia heroica. En las situaciones más peligrosas se manifestó digno del puesto que ocupaba, alentando a los débiles e imponiendo a los que suponía pusilánimes, aunque usando a veces de una causticidad ofensiva. Jamás desesperó de la salud de la patria, mirando con la más marcada aversión a los que opinaban tristemente. Dije antes que estaba dotado de un gran valor moral, porque efectivamente no poseía el valor brioso de un granadero, que lo hace muchas veces al jefe ponerse al frente de una columna y precipitarse sobre el enemigo.

En lo crítico del combate su actitud era concentrada, silenciosa, y parecían suspensas sus facultades: escuchaba lo que le decían, y seguía con facilidad las insinuaciones racionales que se le hacían; pero cuando hablaba era siempre en el sentido de avanzar sobre el enemigo, de perseguirlo o, si él era el que avanzaba, de hacer alto y rechazarlo. Su valor era más bien (permítaseme la expresión) cívico que guerrero. Era como el de aquellos senadores romanos que perecían impávidos sentados en sus sillas curules. En los contrastes que sufrieron nuestras armas bajo las órdenes del general Belgrano, fue siempre de los

últimos que se retiró del campo de batalla, dando ejemplo y haciendo menos graves nuestras pérdidas. En las retiradas que fueron la consecuencia de esos contrastes, desplegó siempre una energía y un espíritu de orden admirable; de modo que, pesar de nuestros reveses, no se relajó la disciplina ni se cometieron desórdenes.

Las Piedras

El 3 de septiembre, una fracción del ejército patriota se hallaba sobre el río de Las Piedras, cuando fue atacada por la vanguardia enemiga. Retrocedió y se unió al grueso de la retaguardia de Belgrano, quien desplegó a sus hombres en la esperanza de frenar a los adversarios. Provocó varias bajas y tomó prisionero al jefe de la columna realista, coronel Huici, junto a 20 soldados, pero no estimó oportuno lanzarse en persecución del grueso de las tropas de Tristán.

Desde ese punto despachó al teniente coronel Juan Ramón Balcarce, con la orden de reclutar y entrenar un cuerpo de caballería compuesto por milicianos de la ciudad de Tucumán. Llevaba correspondencia en la que Belgrano pedía apoyo a la familia Aráoz, una de las más acaudaladas y conocidas de la provincia, representada en el ejército por Eustoquio Díaz Vélez, quien ejercía el cargo de mayor general, y el joven teniente Gregorio Aráoz de La Madrid.

La orden de retirarse con sus tropas hacia Córdoba frente al avance realista sobre Tucumán, que recibió Belgrano del Triunvirato, determinó un enérgico cambio de correspondencia con el gobierno y particularmente con quien era su amigo desde la niñez, Bernardino Rivadavia. A éste le expresó con firmeza, el 14 de septiembre: Retirarme más e ir a perecer es lo mismo, y poner a la patria en el mayor apuro; pues no queda otro punto que el Monte Castro: a más perdemos para siempre esta provincia, aumentamos la fuerza del enemigo con buenos soldados y seremos el objeto eterno de la execración […] El único medio que me queda es hacer el último esfuerzo, presentando batalla fuera del pueblo, y en caso desgraciado encerrarme en la plaza para concluir con honor.

Agregaba que el entusiasmo de sus tropas era grande y le permitía aguardar el triunfo: Algo es preciso aventurar [insistía] y ésta es la ocasión de hacerlo: felices de nosotros si podemos conseguir nuestro justo fin, y dar a la patria un día de satisfacción, después de los muchos amargos que estamos pasando.

El arribo de Juan Ramón Balcarce a San Miguel de Tucumán y los rumores de que Belgrano había recibido orden del Triunvirato de retirarse hasta Córdoba, produjo alarma en la ciudad. El Cabildo, en sesión urgente, dispuso enviar a tres representantes ante el jefe patriota para pedirle que se hiciese fuerte y diese batalla en aquel sitio.

Batalla de Tucumán

El 13 de septiembre, al entrar a Tucumán, Belgrano halló a Balcarce con 400 hombres carentes de uniformes y sólo armados con lanzas, aunque bien organizados. Esta circunstancia y la certeza de que recibiría apoyo de las autoridades y la población, lo hicieron afirmarse en la decisión, que ya había tomado, de desobedecer al gobierno, convencido de que una retirada pondría en peligro a la Revolución en su conjunto. Sin embargo, para obtener mayores medios, manifestó a los tucumanos que permanecería si sus fuerzas eran engrosadas con 1.500 hombres de caballería y si el vecindario aportaba 20.000

pesos plata para la tropa, cantidades que la comisión ofreció duplicar.

Mientras tanto, los realistas avanzaban lentamente por un terreno arrasado a raíz del éxodo jujeño. Partidas espontáneas formadas por paisanos o pequeñas formaciones del ejército los hostigaban permanentemente. Tristán tuvo la confirmación de que esos movimientos implicaban la decisión de hacerle frente cuando, al llegar al paraje de Los Nogales, desde donde avistó Tucumán, supo que el Ejército del Norte estaba acampado en la plaza y se disponía a enfrentarlo en batalla.

El 24 de septiembre de 1812, por la mañana, Belgrano, luego de orar ante el altar de la Virgen de las Mercedes, con el objeto de pedir su intercesión ante Dios para ganar la acción, se abocó a los preparativos finales, mientras Tristán ordenaba avanzar hacia la ciudad por el camino real del Perú, y formar en batalla frente a la ciudad, a distancia de una legua (aproximadamente cuarenta cuadras), en el sitio conocido como Del Manantial.

Aprovechando la confusión provocada por el fuego que había provocado el teniente La Madrid para hostigar a los realistas, Belgrano cambió la orientación de sus tropas que se hallaban al frente de la ciudad y se situó al oeste, en un lugar que le permitía seguir los movimientos de Tristán. Ubicado en un lugar escabroso y desparejo llamado Campo de las Carreras, mandó embestir el flanco realista. Tristán tuvo sólo tiempo para reorganizar su frente y montar las piezas de artillería.

El ejército de Belgrano estaba ubicado en el campo de acuerdo a este orden: la caballería en dos alas: derecha, al mando de Balcarce, más numerosa, pero con efectivos recién reclutados, e izquierda, a las

órdenes del coronel Eustoquio Díaz Vélez.

La infantería, deficientemente armada, se hallaba dividida en tres columnas. Una sección de Dragones apoyaba a la caballería. La columna de reserva estaba al mando del teniente coronel Manuel Dorrego. La artillería, de escaso calibre, se hallaba a cargo del coronel austríaco Eduardo Kailitz, barón de Holmberg.

El fuego patriota cayó sobre los batallones de Cotabambas y Abancay, que respondieron con una carga a la bayoneta. Por su parte, Belgrano ordenó que hiciesen frente al ataque las tropas de infantería de Warnes, secundadas por la reserva de caballería, mientras los jinetes de Balcarce cargaban sobre el flanco izquierdo de Tristán.

El ataque fue tan contundente que la caballería de Tarija se desbandó, retrocedió sobre la infantería realista y la desorganizó. Ello permitió que la caballería tucumana alcanzara la propia retaguardia del ejército enemigo. Mientras los voluntarios gauchos rompían la formación para apoderarse de las mulas cargadas de provisiones, efectos y aun metales preciosos, los veteranos mantenían el frente. Pero la acción de los irregulares patriotas sirvió para confundir y desorganizar ese ala del ejército de Tristán.

En el sector donde se encontraba Belgrano, la situación era diametralmente opuesta. El impetuoso avance de la caballería y la infantería realistas no pudo ser contenido y el coronel Superí fue tomado prisionero. Pero la columna central poseía la fuerza suficiente para rehacerse y logró recuperar a Superí, aunque no pudo definir la batalla. En el campo patriota reinaba la confusión, dado que la realidad había superado las previsiones tácticas.

De pronto, el cielo fue cubierto por una gran bandada de langostas, que se posaron sobre los pajonales y oscurecieron la visión de los combatientes de ambos bandos. Si el frente patriota perdió cohesión, las tropas de Tristán comenzaron a retirarse. Éste, en su afán de reorganizarlas, abandonó las carretas del parque, lo que lo privaba de municiones y otros elementos indispensables. La columna de Díaz Vélez, junto con los infantes de Dorrego, logró apoderarse de 39 vehículos repletos, y los condujo a la ciudad, junto con los cañones que pudo arrastrar. Además, fueron tomados numerosos prisioneros y las banderas de los regimientos Cotabambas, Abancay y Real de Lima.

Belgrano, desconocedor del resultado, intentaba recomponer su tropa cuando encontró al coronel José Moldes, quien había sido encargado de realizar las tareas de observación de los movimientos en ambos

ejércitos. Éste le proporcionó referencias de lo que estaba ocurriendo, que fueron corroboradas por el ayudante José María Paz y por Balcarce, quien estimó que se había ganado la batalla pues el campo se hallaba cubierto de cadáveres y despojos españoles. Sin embargo, se desconocía por completo el estado de la infantería y del interior de la ciudad. La reorganización de sus hombres le llevó a Belgrano el resto de la tarde.

Tristán había perdido más de 1.000 hombres entre muertos y heridos, y su parque, la mayor parte de su artillería y pertrechos, por lo que intentó una acción desesperada: avanzó sobre San Miguel e intimó su rendición bajo amenaza de incendiarla. Díaz Vélez, que se había hecho fuerte en ella, contestó a su vez con la de degollar a los prisioneros, entre los que se contaban cuatro coroneles.

El general realista pasó la noche dudando sobre los pasos a seguir y al amanecer vio a las tropas patriotas a sus espaldas. Belgrano le intimó rendición por medio del coronel Moldes.

Tristán rechazó la oferta con estas palabras: «las armas del rey no se rinden», y se replegó con todo su ejército hacia Salta, hostigado por Díaz Vélez con 600 hombres.

El material abandonado por los españoles y recuperado por Díaz Vélez y Dorrego —13

cañones, 358 fusiles, 39 carretas, 70 cajas de municiones y 87 tiendas de campaña— serviría al Ejército del Norte durante toda su campaña. Cuatrocientos cincuenta realistas perdieron su vida en el combate y otros 690, entre oficiales y soldados, fueron capturados en condición de prisioneros, entre estos cuatro coroneles. En cuanto a los patriotas, tuvieron 80

muertos y 200 heridos. Quedaron destruidos los regimientos y cuerpos militares de Cotabamba, Paruro, Abancay y parte del Real de Lima.

Reacción del Triunvirato

El Triunvirato recibió la respuesta de Belgrano en la que le anunciaba la decisión de hacer frente al enemigo, cinco días después de la victoria.

Rivadavia se indignó por la desobediencia. Tomó en el acto la pluma y redactó la contestación, insistiendo sobre la necesidad de cumplir las órdenes anteriormente comunicadas. Expresaba quien pretendía dirigir las operaciones a centenares de leguas de distancia:

Una vez que la retirada de vuestra señoría no está en la posibilidad que sea salvando el tráfago como se había dispuesto, es preciso pasar por el amargo sentimiento de abandonar unos útiles [se refería a los pertrechos existentes en Tucumán] cuya falta no nos pondría de tan mala condición como si le añadiéramos la de perder la división del mando de vuestra señoría con el armamento que conduce. Bajo este concepto, desde luego, emprenda vuestra señoría su retirada, dejando, o inútil enteramente cuanto lleva y pueda aprovechar el enemigo, o quemándolo todo en el último caso. Así lo ordena y manda este gobierno por última vez; y bajo del supuesto de que esta medida ha sido trayendo a la vista el orden de sus planes y combinaciones hacia la defensa general: la falta de cumplimiento de ella le deberá producir a vuestra señoría los más graves cargos de responsabilidad.

Por no ser hora de despacho, Rivadavia mandó la orden a la casa de cada uno de los triunviros que componían el Gobierno, para que pusieran sus firmas al pie. Pueyrredón lo hizo sin vacilar, pero Chiclana contestó por escrito que disponer la retirada en las circunstancias en que se encontraba Belgrano era lo mismo que mandarlo a entregar todo al enemigo. Rivadavia, lleno de indignación, arrojó la carta de Chiclana al suelo, y la orden de retirada se despachó con sólo dos firmas.

La noticia del triunfo de Tucumán y el conocimiento de las erróneas órdenes de Rivadavia contribuyeron a la caída del Primer Triunvirato, que había adoptado otras medidas reprobables, como el fusilamiento de Martín de Álzaga y varios seguidores, el 24 de julio de 1812, acusados de una conspiración que no pudo ser comprobada fehacientemente.

La revolución del 8 de octubre, única en la que desenvainó su espada a lo largo de su actuación en el Plata el recién llegado coronel José de

San Martín, había dado lugar a la sustitución de vocales y secretarios. En la preparación del movimiento actuó la flamante Logia Lautaro, con el apoyo de la Sociedad Patriótica. El motivo externo fue la necesidad de convocar a la Asamblea General Constituyente para designar al reemplazante del triunviro Manuel de Sarratea (los otros dos eran en aquel momento Pueyrredón y Rivadavia). La Sociedad eligió a Pedro Medrano, y los revolucionarios impusieron al antiguo morenista Juan José Paso, con quien Belgrano mantenía una buena relación. Finalmente, el Cabildo sometió a elección popular tres nombres, los de Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte. El nuevo Triunvirato debía llamar a una Asamblea Nacional donde los pueblos estuvieran auténticamente representados, y se resolviera la forma en que las Provincias Unidas debían «aparecer en el teatro de las naciones», decisión que llenaba una de las aspiraciones más profundas del jefe del Ejército del Alto Perú.

Bibliografía

Gregorio Aráoz de La Madrid, Memorias, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2007; Bibliografía Belgraniana; Diario de la marcha del coronel Belgrano a Rosario (24 de enero a 7 de febrero de 1812), Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1971; Documentos del Archivo de Belgrano, tomo IV; Documentos para la Historia del General Don Manuel Belgrano, tomo IV; Domingo Matheu, «Autobiografía escrita por su hijo don Martín Matheu», Biblioteca de Mayo, tomo III; Epistolario Belgraniano; José María Paz, Memorias, Buenos Aires, Editorial Shapire, 1969; José Rondeau, «Autobiografía», Biblioteca de Mayo, tomo II.

Juan Álvarez, Historia de Rosario, Buenos Aires, López, 1943; Mario Belgrano, Historia de Belgrano; Félix Best, Historia de las Guerras Argentinas, tomo I; Miguel Ángel De Marco, José María de Salazar y la marina contrarrevolucionaria en el Plata; ——, y Oscar Luis Ensinck, Historia de Rosario, Rosario, Museo Histórico Provincial «Dr. Julio Marc», 1972; Ovidio Giménez, Época y obra de Manuel Belgrano; Adolfo Mario Golman, Enigmas sobre las primeras banderas argentinas. Una propuesta integradora, Buenos Aires, Editorial de los Cuatro Vientos, 2007; Ernesto J. Fitte, El motín de las trenzas, Buenos Aires, Editorial Fernández Blanco, 1960; Julio M. Luqui Lagleyze, El ejército realista en la Guerra de la Independencia, Rosario, Instituto Nacional Sanmartiniano-Fundación Mater Dei, 1995; ——, Historia y Campañas del Ejército Realista, 1810-1820, Rosario, Instituto Nacional Sanmartiniano-Fundación Mater Dei, 1997, tomo I; Aníbal Jorge Luzuriaga, Manuel Belgrano. Estadista y prócer de la independencia hispanoamericana; ——, y Julio Arturo Benencia, Formación castrense de los hombres de armas de Belgrano, Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, 1980; Bartolomé Mitre, Historia de Belgrano y de la independencia argentina, tomo II; ——, Nuevas comprobaciones históricas a propósito de historia argentina; Guillermo Palombo-Valentín A. Espinoza, Historia de la Bandera

Argentina. Con una relación cronológica de disposiciones legales y reglamentarias, Buenos Aires, Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, 1999; ——, Documentos para la Historia de la Bandera Argentina, Buenos Aires, Instituto de Estudios Iberoamericanos, 2001; Guillermo Palombo, «Iconografía de los Uniformes Militares. Regimientos número 1 y 2 de Infantería («Patricios») 1810-1811», El Tradicional, núm. 92, Buenos Aires, noviembre de 2009; Isidoro J. Ruiz Moreno, Las guerras argentinas, tomo I; Blas Vidal, «Una

excursión por los subterráneos de Buenos Aires», Caras y Caretas, año VII, núm. 28, Buenos Aires, 26

de marzo de 1904.

Tan grande en la victoria como en la derrota Finalizada la batalla del 24 de septiembre de 1812, Belgrano se dispuso a reorganizar sus filas antes de continuar la campaña contra los realistas. Con el férreo carácter que aplicaba a las cuestiones castrenses, procedió a sentar las bases para el reclutamiento e instrucción de nuevos efectivos. Contó con el apoyo de los tucumanos, que se sintieron protegidos y seguros ante la conducta del general, quien tanto abría con precisos pasos de minué los bailes en las casas de las familias notables, como se introducía en las filas de una compañía de fusileros para efectuar correcciones sobre el modo de llevar y apuntar las armas o calar las bayonetas. E impuso entre sus jefes y oficiales las reglas de pundonor y entrega sin retaceos que consideraba inherentes a la profesión militar.

Se hallaba en esa exigente tarea cuando supo la noticia del cambio de gobierno en Buenos Aires.

Las nuevas autoridades decidieron, por decreto del 20 de ese mes, honrar a los vencedores, desde el general hasta los soldados, con distintivos para la tropa y escudos para los oficiales. A Belgrano se le confirió el título de capitán general, que declinó, aunque aceptó ejercer las facultades que de él emanaban. Explicó de este modo la renuncia a los honores: Expuse que no era conveniente para la patria, porque es para aumentársele gastos con el sostén de una escolta que a nada conduce, pues el que procede bien, de nada de esto necesita, hallándose resguardado con cuantos le rodean, ni tampoco para mi buen servicio, porque es una representación que me privaría de andar con la llaneza que acostumbro, de salir sin ese aparato a recorrer lo que importa al Ejército, y me aumentará también gastos que no es posible soportar.

Eran los resultados los que contaban, y no el boato, reminiscencia de antiguos tiempos, del que tanto gustaban en el Fuerte de Buenos Aires.

Dice el general Isaías José García Enciso, con respecto a los días posteriores a la victoria, que

«Belgrano debió comenzar por poner orden en la oficialidad, pues había fisuras y enfrentamientos respecto de a quiénes correspondía el mayor mérito en la victoria y quiénes habían acreditado una actuación

no tan destacada». Y agrega este autor que «el resquebrajamiento de la disciplina tenía su origen en el ejército desde la época en que Castelli privilegiaba el factor político en las relaciones jerárquicas».

Por un lado, Dorrego y otros oficiales de infantería y artillería formulaban severos cargos contra el barón de Holmberg, a quien Belgrano dispensaba particular deferencia y cuyos consejos escuchaba. Lo acusaban de cobardía y de haberse inferido una herida en la espalda para retirarse del campo de batalla. José María Paz, que era ayudante del barón y

permaneció junto a él en la pelea, afirma que los cargos eran infundados, que se comportó con valor en la lucha y que dio sensatos consejos y asesoramiento al general. No obstante, el barón, debido a las presiones, fue separado del ejército y marchó a Buenos Aires.

Otro motivo de desavenencia fue la distinción que hizo Belgrano al coronel José Moldes, al que designó inspector general de infantería y caballería y a quien algunos jefes acusaban de arbitrariedad y despotismo.

Para concretar sus quejas, cuatro jefes encabezados por el coronel Juan Ramón Balcarce formularon una presentación por las tres armas con que contaba el ejército: caballería, infantería y artillería.

Moldes, que se había enterado de los hechos, presentó su renuncia a la inspección. A su pesar, Belgrano la aceptó y quedó resuelto el litigio.

Paz señala que el general en jefe consideró que el cabecilla del pronunciamiento era Balcarce. También lo acusaba de no haber peleado con valor y de saquear los equipajes del enemigo, cargo infundado pues quien había cometido tan censurable acción había sido un capitán de apellido Palomeque. La situación de Balcarce se hizo crítica, ya que ni los comandantes Manuel Dorrego y Carlos Forest ni otros jefes influyentes del ejército sentían simpatía por él. Pero sus amigos tucumanos lo sacaron del trance, nombrándolo representante de la provincia ante la Asamblea General Constituyente, con lo que se cerró la causa y marchó a Buenos Aires.

El gobierno envió algunos refuerzos al ejército: 25 artilleros, el regimiento 1 de Infantería, al que Belgrano había logrado restituir a las filas del Ejército, bajo el mando del teniente coronel Gregorio Perdriel, con 300 hombres, y el 2 de Infantería, a las órdenes del teniente coronel Benito Álvarez. Con las fuerzas que ya poseía, el general estuvo al frente de 3.000

hombres, circunstancia que si bien aumentó el número de las tropas acrecentó los problemas logísticos, aumentó la carencia de armas y multiplicó los problemas disciplinarios que Belgrano no vaciló en reprimir con energía.

Como ejemplo de ese tipo de dificultades cabe mencionar el incidente provocado por el díscolo teniente coronel Dorrego, quien en una oportunidad, sin ninguna atribución, irrumpió con una partida de soldados en una casa de juego de Tucumán y arrancó por la fuerza a los parroquianos, para incorporarlos como reclutas a su unidad.

Al día siguiente, al enterarse Belgrano, dispuso la libertad de los aprehendidos y exclamó:

«¡Es posible que después de haber privado al ejército de los servicios del barón y de Moldes, quieran también indisponerme con el vecindario!»

Pero más allá de esos problemas, la maquinaria guerrera que templaba el ilustre creador de la Bandera demostraría nuevamente unos meses más tarde su eficacia en batalla.

Hacia Salta

A fines de enero de 1813 y a pesar de que los caminos estaban poco menos que intransitables por las lluvias, el ejército avanzó hacia Salta para sorprender a los realistas, quienes, convencidos de que en ese período del año eran imposibles las operaciones militares, estaban casi del todo desprevenidos. Apenas habían colocado una avanzada en el antiguo Fuerte de Cobos, que cubría el Paso del Portezuelo donde cruzaba el camino real que unía a Tucumán con Salta, Jujuy y Humahuaca.

El 13 de febrero de 1813 fue jurada al norte del río Pasaje la nueva divisa azul y blanca «con que marcharían al combate los defensores de la patria». Narra Paz: Formado el ejército en parada, y pasada una ligera revista, hizo el general una breve alocución, presentándonos la bandera, y concluyó con la forma de la ordenanza, cuando se juran las banderas de los regimientos. Entonces, sacando su espada y colocándola horizontalmente, de modo que hiciera cruz con el asta de la bandera, que tenía uno de sus ayudantes, empezó a desfilar el ejército para besar individualmente la expresada cruz del asta bandera con la espada que él tenía personalmente. Como la operación era larga, pues duró horas, recuerdo que fue reemplazado en el trabajo de tener la espada por el entonces coronel don Martín Rodríguez, y acaso

por algún otro jefe de categoría. Por lo demás, la ceremonia fue idéntica a la que practican los cuerpos para jurar sus banderas, sin más diferencia que no hubo la descarga de costumbre, porque no lo juzgó conveniente el general.

Éste dio el nombre de río Juramento al río Pasaje, y bajo esta denominación lo hizo conocer en todas partes, porque, efectivamente, hubo juramento, pero no juramento de la independencia, sino de la bandera que se nos presentaba.

El 14 de febrero, al amanecer, la vanguardia patriota al mando del coronel Eustoquio Díaz Vélez sorprendió a la avanzada realista situada en Cobos, obligando a sus componentes a huir hacia Salta. Allí dieron cuenta de la aproximación del enemigo al general Tristán, quien al principio no quiso creer que se trataba de todo el ejército de Belgrano. Pero las patrullas exploradoras lo disuadieron de esa idea. Con lujo de detalles confirmaron los datos proporcionados por los fugitivos.

El jefe realista hizo ocupar los desfiladeros de los Portezuelos con el grueso de sus tropas, animado por el propósito de cerrar a Belgrano los únicos caminos practicables que conducían a Salta. Sin embargo, durante la noche del 18 al 19 de febrero, gracias a la iniciativa del capitán salteño Apolinario Saravia, que indicó la posibilidad de pasar por una mala senda que se extendía a través de la quebrada de Chachapoyas, previo reconocimiento

de flanco a los realistas, las fuerzas patriotas pudieron vivaquear en la hacienda de Castañares.

En ese punto se reunió la vanguardia desprendida hacia los Portezuelos, que al provocar a las tropas enemigas las engañó sobre la dirección del avance principal. La lluvia torrencial contribuía a enmascarar las operaciones de Belgrano.

Después, en marcha hacia el oeste, el ejército se situó sobre el camino de Salta a Jujuy interceptando las comunicaciones y la retirada de los españoles hacia su base de operaciones en el Alto Perú. Se preparaba —dice Best— otra batalla con frente invertido. Al recibir noticias de lo sucedido, Tristán retrocedió hasta el pie del cerro San Bernardo.

La ciudad de Salta se hallaba limitada por cadenas de cerros: hacia el este, por el San Bernardo; a occidente, a unos 10 kilómetros, por la escasamente accesible estribación de San Lorenzo. Entre ambas se derramaba una red de ríos que envolvían a la población. Al pie del cerro de San Bernardo corría un arroyo llamado el Tagarete de Tineo,

que cubría por tres lados los arrabales, y podía ser atravesado mediante varios puentecitos.

El 19 de febrero, a las 11, el ejército patriota se movió en dirección a Salta, en cinco columnas paralelas de infantería con 8 piezas de artillería divididas por secciones a retaguardia. Dos alas de caballería marchaban en prolongación de la línea, y atrás una columna de las tres armas, con 4 piezas, de reserva. Belgrano adoptó una inadecuada forma de ubicar la artillería, pues la colocó dispersa. Otro tanto hizo con una parte de la caballería en el ala izquierda donde el terreno no le permitía actuar.

La formación de Tristán, en cambio, contemplaba los accidentes del terreno. El total de los efectivos que comandaba era de 3.400 hombres que presentaban una línea al norte de un zanjón que corta el camino de Jujuy.

En la primera línea colocó tres batallones. Apoyó su ala derecha sobre un cerro y adelantó por los difíciles senderos de la montaña una columna de 200 hombres: cubierta por los accidentes del terreno, amenazaba el flanco del ejército patriota en avance. Sobre la izquierda, el comandante realista desplegó los 500 jinetes con que contaba su caballería. La ubicación era acertada pues por aquella parte, debido al terreno, podían actuar con eficacia los jinetes. En el frente colocó las 10 piezas que constituían su artillería. Dos batallones componían la segunda línea. La reserva y el parque de municiones se desplegaban más atrás.

En dicha disposición permanecieron los ejércitos toda la tarde del 19. Al anochecer, Belgrano retiró sus grandes guardias dejando sólo puestos con pocos hombres y concentró sus cinco columnas, aproximándolas.

Una vez más se equivocaba, pero felizmente sin consecuencias fatales. La posición de sus efectivos hubiera provocado serias dificultades para un despliegue en caso de un combate nocturno por la confusión en que se encontraban.

En algunas de sus disposiciones, Belgrano demostraba que su valor a toda prueba y sus desvelos para convertir a sus hombres en soldados no resultaban del todo suficientes. Le faltaba, y él lo aceptó con humildad en distintas ocasiones —por ejemplo en su Memoria sobre la batalla de Tucumán—, la visión táctica que poseían como don natural o por haber realizado estudios castrenses, algunos de sus adversarios. Tristán había participado, aunque poco, en las guerras europeas de

fines del XVIII, luego de estudiar en Salamanca donde lo conoció a Belgrano.

«La despedida de Washington»

Belgrano dedicó todos esos días de febrero a concluir por segunda vez su versión en castellano de la Oración de despedida de Washington, documento que el primer presidente de los Estados Unidos de América escribió el 17 de septiembre de 1796, en vísperas de su retiro a la vida privada, y constituye un monumento a las ideas de buen gobierno y libertad.

Ese héroe [escribió Belgrano en las palabras introductorias del opúsculo], digno de la admiración de nuestra edad y de las generaciones venideras, ejemplo de moderación y de verdadero patriotismo, se despidió de sus conciudadanos, al dejar el mando dándoles lecciones las más importantes y saludables.

Y agregó con modestia:

No con aquella propiedad, elegancia y claridad que quisiera y de que son dignos tan sabios consejos, pero al menos los he puesto inteligibles, para que mejores plumas les den aquel valor que mis talentos, ni mis atenciones se permiten.

El general había concluido casi, en marzo de 1811, la traducción, según el opúsculo que le había obsequiado el norteamericano residente en Buenos Aires David Curtis de Forest en 1805. Pero tuvo que destruirla junto con sus demás papeles privados antes de la acción de Tacuarí, cuando pensó que iba a ser derrotado.

Reanudó la tarea en Tucumán durante la primavera de 1812.

Y en la víspera de la batalla de Salta concluyó su labor, ayudado por el médico estadounidense José Redhead, que acababa de llegar a ese punto, quien cuidaría a partir de entonces la precaria salud de Belgrano.

Antes de marchar al campo de la acción, cerró el pliego donde se remitían las páginas que debían imprimir en Buenos Aires las prensas de los Niños Expósitos.

Comienza la batalla

Al amanecer del día 20 de febrero de 1813, el ejército patriota emprendió la marcha.

Belgrano se hallaba seriamente enfermo, con vómitos de sangre. La noche anterior, mientras concluía su escrito, había hecho preparar un carruaje para moverse por el campo de batalla, en previsión de que no lograra montar a caballo. Pero pudo más su tesón y a pesar de hallarse extremadamente débil, ordenó que se aprestara su corcel y se puso al frente de sus hombres.

Mandaba la columna de la derecha el teniente coronel Dorrego y las demás, en forma sucesiva, los comandantes José Superí y Francisco Pico, el sargento mayor Carlos Forest y el comandante Benito Álvarez. La caballería de la derecha la encabezaba el comandante Cornelio Zelaya, y la de la izquierda el capitán Rodríguez. La infantería de la reserva estaba a las órdenes del teniente coronel Perdriel y la caballería al mando del sargento mayor Diego González Balcarce. La artillería fue dividida en secciones. Las piezas de la derecha las dirigía el teniente Antonio Giles, las del centro los tenientes Juan Pedro Luna y el subteniente Antonio Rábago, las de la izquierda el capitán Francisco Villanueva y las de la reserva el capitán Benito Martínez. La derecha de la primera línea fue confiada al mayor general del ejército, coronel Díaz Vélez, y la izquierda al coronel Martín Rodríguez.

De ese modo siguió su movimiento el ejército patriota hasta la distancia de tiro de cañón del enemigo, el cual, si hubiese sabido emplear convenientemente su artillería y atacado vigorosamente los despliegues de las columnas agresoras, habría podido desordenarlas. A esta altura desplegaron las columnas patriotas, mientras la reserva conservó su formación.

La batalla comenzó en desventaja. Roto el fuego por la infantería enemiga, Belgrano ordenó que Dorrego avanzase contra la izquierda realista con dos compañías apoyadas por la caballería de Zelaya. Eran tropas débiles para atacar el ala más fuerte del enemigo, por lo que fueron rechazadas, y si no hubiese acudido oportunamente la caballería del ala izquierda tal vez hubiera sucumbido.

En ese instante, Belgrano ordenó que una sección de la reserva atacase a la columna que ocupaba las faldas del cerro e incomodaba su izquierda con fuegos de flanco, y se trasladó a la derecha de la línea. Allí le ordenó a Dorrego: «¡Avance usted y llévese por delante al enemigo, pero no intercepte los fuegos de nuestra artillería!» Éste, apoyado por la caballería y sostenido por la artillería, recuperó el terreno perdido y llevó la carga con tal vigor que toda el ala izquierda enemiga cedió y se replegó en desorden hacia la ciudad, con lo que dejó en descubierto su flanco izquierdo.

De inmediato Tristán ordenó cubrir el claro por batallones de refuerzo. Pero, desmoralizados por la fuga de sus compañeros y temerosos de que apareciera a sus espaldas la caballería vencedora, los realistas se desordenaron y se dieron también a la fuga.

El centro se mantuvo con más firmeza, aunque ante el peligro de verse envuelto por los patriotas cedió el campo precipitadamente, abandonando la artillería a causa del ataque de Superí y Forest.

A su vez, el centro patriota arrastró a la reserva, con lo que quedó cortada el ala derecha enemiga compuesta por dos batallones. La pequeña fracción realista del cerro presentó una resistencia vigorosa. Hacia allí concurrió impetuoso Belgrano con la reserva y poco después se rindieron los últimos restos del ejército español.

Mientras tanto, en la ciudad se combatía. El centro y la derecha, vencedores, persiguieron a los fugitivos y atravesando el Tagarete llegaron hasta cerca de cuadra y media de la Plaza Mayor, cuyas calles estaban fortificadas, y se posesionaron del templo de La Merced.

Después de tres horas la batalla concluyó con la victoria de los patriotas. En el interior de Salta sólo una parte de las tropas obedecía las órdenes de Tristán, quien al comprobar la inutilidad de sus esfuerzos, resolvió capitular, para lo que envió a dos coroneles, José Santos de la Hera y Estellez, a proponerle una tregua a Belgrano sobre la base de abandonar la provincia y todo el territorio norte hasta Tupiza. El jefe patriota aceptó la proposición y concedió honores militares al ejército realista a su salida de Salta, pero éste, al llegar a tres cuadras de distancia de la ciudad, debía rendir las armas y entregarlas, junto con la artillería y las municiones. La capitulación establecía que los jefes y oficiales del rey debían jurar en su nombre y en el de sus soldados no volver a tomar las armas contra las Provincias del Río de la Plata, que comprendían las del Alto Perú. Luego quedarían en libertad de volver a sus casas. Por ese acto pasaron a ser conocidos como los «juramentados de Salta». La determinación causaría inconvenientes y revueltas en el ejército Real.

Además se decidió que debían ser devueltos todos los oficiales patriotas prisioneros, tanto en la ciudad como en el territorio a evacuar.

El acuerdo merecería acerbas críticas en Buenos Aires. Belgrano, molesto frente a esas manifestaciones pronunciadas a tantas leguas del campo de batalla, le escribió a su amigo Chiclana, nuevo gobernador de Salta:

Siempre se divierten los que están lejos de las balas y no ven la sangre de sus hermanos, ni oyen los clamores de los infelices heridos; también son ésos los más a propósito para criticar las determinaciones de los jefes: por fortuna, dan conmigo que me río de todo, y que hago lo que me dicta la razón, la justicia y la prudencia y no busco glorias, sino la unión de los americanos y la prosperidad de la Patria.

En su parte de batalla, el general elogió la acción de todos los integrantes de su ejército: No puedo asegurar a vuestra excelencia qué cuerpo ni qué individuo haya sobresalido más que otro. Sólo diré que a uno solo no he visto volver la cara, y que a muchos, aún heridos y contusos, tanto jefes como oficiales y tropa los he visto continuar en la acción con un empeño indecible, y con energía sin igual. El campo, limpio y despejado con un suave declive desde mi posición hasta la plaza, me ha proporcionado hallarme a la vista de todo en todos los instantes de la acción. De lo que ha pasado en las calles de la ciudad lo sé por los partes que se me daban, por los auxilios que remití, y por el feliz resultado que me presentó el denuedo de los que las ocuparon.

Después de dedicar un párrafo a cada jefe, concluía su comunicación al Triunvirato: No cesaría, excelentísimo señor, de hablar de una acción tan gloriosa para las armas de la Patria, y cuyas consecuencias es fácil prever, si no temiese molestar a vuestra excelencia.

Diré solamente que el Dios de los Ejércitos nos ha echado su bendición, y que la causa justa de nuestra libertad e independencia se ha asegurado a esfuerzos de mis bravos compañeros de armas.

Los trofeos logrados fueron 10 cañones, 2.188 fusiles, 200 espadas, pistolas y carabinas, el parque, la maestranza y otros efectos.

Las bajas de la batalla fueron 480 muertos y 114 heridos realistas y 103 muertos y 433

heridos patriotas. Los caídos de ambos bandos fueron enterrados en una fosa común, donde el gobernador Chiclana mandó levantar una cruz de madera con la inscripción «A los vencedores y vencidos».

Más tarde, la Asamblea General Constituyente decidió otorgarle al general patriota como premio un sable con guarnición de oro y fincas del Estado por un valor de 40.000 pesos, que éste destinó a la dotación y sostenimiento de

cuatro escuelas públicas de primeras letras en que se enseñe a leer y escribir, la aritmética, la doctrina cristiana y los primeros rudimentos de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad hacia ésta y el

gobierno que la rige, en cuatro ciudades, a saber: Tarija, ésta

[Jujuy, de donde escribía el 31 de marzo de 1813], Tucumán y Santiago del Estero (que carecen de un establecimiento tan esencial e interesante a la religión y al estado, y aun de arbitrios para realizarlo) bajo el reglamento que pasaré a vuestra excelencia y pienso dirigir a los respectivos cabildos con el correspondiente aviso de esta determinación, reservándome el aumentarlo, corregirlo o reformarlo siempre que lo tenga por conveniente.

Best señala, con respecto a la batalla de Salta, que «nunca Belgrano fue más grande como militar ni más inhábil como político». Y agrega: «Dejándose arrastrar por los impulsos de

una mal entendida generosidad, esterilizó en gran parte el efecto moral y material de la victoria; en vez de completar el triunfo con una entrega a discreción de todos los comandos y tropas, comprometió la suerte de las futuras campañas, dejándolos en libertad».

Sin embargo, gracias al triunfo de Salta fracasó por completo el primer plan de convergencia de tropas realistas sobre Buenos Aires, que, de haber tenido éxito, como por un momento pareció probable, posiblemente habría puesto fin a los esfuerzos en pos de la independencia argentina y tal vez de toda la América del Sur, pues si España hubiese logrado apagar el peligroso foco revolucionario en las Provincias Unidas y también concluido los de Quito (2 de septiembre de 1812) y Venezuela (comienzos de 1813), se habría hallado en mejores condiciones materiales y morales para extinguir a los demás.

Por otro lado, la victoria afirmó en forma definitiva el sentimiento y la presencia revolucionaria en las provincias del noroeste, y abrió las puertas a futuras insurrecciones en el Alto Perú, donde resurgieron las esperanzas de los patriotas que favorecieron la marcha del ejército de Belgrano hacia aquellas regiones.

Campaña contra el general Pezuela

Las derrotas de Tristán abrían paso a una nueva invasión del ejército patriota a Alto Perú.

Goyeneche, que en el momento de la batalla de Salta contaba con aproximadamente 3.000

infantes, 1.000 jinetes y 300 artilleros en Alto Perú, le solicitó al general Belgrano un armisticio de 40 días, que éste le concedió. Sin embargo, el virrey del Perú, José Bernardo de Abascal, desaprobó la capitulación de Tristán en Salta y negó su confirmación a la tregua.

Goyeneche, en previsión de que el ejército patriota invadiese sin pérdida de tiempo el Alto Perú, se retiró a Oruro, ordenando a las fuerzas destacadas en Jujuy y Suipacha su incorporación al grueso de las tropas.

Belgrano no explotó el éxito material y moral de Salta. En lugar de lanzarse inmediatamente hacia el norte para aprovechar la sorpresa y desmoralización que había introducido entre los realistas la capitulación de Tristán, demoró hasta mediados de abril de 1813 para moverse sobre Jujuy, oportunidad en que adelantó a los cuerpos de la vanguardia hacia Potosí. De allí partió una fracción de 500 hombres para Oruro, la cual regresó con la orden de situarse definitivamente a 45 kilómetros de esta última ciudad. El avance general obedeció a órdenes categóricas del Triunvirato. Desde Jujuy, Belgrano continuó sobre Potosí.

Mientras tanto Goyeneche, que también permanecía inactivo en Oruro, le pidió a Abascal el relevo en el mando, que le fue concedido.

Después de varios intentos fue nombrado el brigadier Joaquín de la Pezuela, que se desempeñaba como subinspector de artillería del Virreinato del Perú. Goyeneche dejó el mando al presidente de Charcas, general Juan Ramírez Orozco, quien había abandonado Chuquisaca para reunírsele.

Los soldados realistas juramentados en Salta fueron relevados de su promesa al llegar a Oruro por orden del virrey, y se los reincorporó al ejército que montaba 4.500 hombres y 38

piezas de artillería. Pero comenzaron a promover juntas clandestinas y a divulgar las ideas de emancipación.

En Potosí, en espera de los patriotas, el Cabildo nombró el 1º de marzo gobernador interino a Buenaventura Salinas y éste pidió ordenes al segundo de Belgrano, coronel Díaz Vélez. Lo mismo hizo el 9 de marzo el cabildo de Chuquisaca que se dirigió al general patriota y luego de felicitarlo por la victoria de Salta puso la ciudad a sus órdenes. Quien esto hacía era el gobernador designado por los realistas, doctor Esteban Agustín Gazcón, en verdad partidario de la independencia. Como muestra de patriotismo, 400 chuquisaqueños se armaron en un cuerpo de caballería al mando del teniente coronel Juan Antonio Asebey y partieron hacia Potosí para incorporarse al ejército de Belgrano.

Éste también recibió las adhesiones de Santa Cruz de la Sierra, recuperada por el coronel Antonio Suárez, a raíz de la fuga del gobernador realista, y de Cochabamba, donde el coronel Jerónimo Lombera evacuó sus tropas rumbo a Oruro por lo que el gobernador intendente, Francisco José de Recabarren, se puso a órdenes del general en jefe patriota el 22

de marzo de 1813. Luego abandonó la ciudad y el Cabildo nombró gobernador a Miguel José de Cabrera.

En el mismo Virreinato del Perú, ante las noticias de los triunfos de Belgrano, se produjeron alzamientos patriotas como el del porteño Enrique Paillardelle, que estaba prisionero en Tacna luego de la derrota de Huaqui y el de Juan de Peñaranda en Tarapacá. Paillardelle intentó marchar y atacar Arequipa, pero el coronel José Gabriel de Santiago, comandante militar de la ciudad, salió a su encuentro y lo derrotó en el combate de Camiara. Los que pudieron huyeron al Alto Perú.

Con la adhesión de las provincias más importantes de esa región, la vanguardia de Díaz Vélez pudo marchar y entrar libremente en Potosí el 7 de mayo, mientras Belgrano lo hacía el 21 de junio con el resto del ejército.

En esa ciudad, el general remontó sus batallones con personal de Chuquisaca, comisionando al comandante Zelaya para que organizara un cuerpo de caballería en Cochabamba. Pero lo que el ejército ganó en organización y efectivos, a pesar de las deserciones, lo perdió en disciplina en una población donde la mayoría de los habitantes

eran contrarios a la revolución. Se los soliviantaba mediante la tentación del juego, las mujeres y el alcohol.

La falta de actividad bélica actuaba también como un poderoso revulsivo, al punto de generar en aquellos hombres, que sólo hallaban cohesión en la pelea, actos próximos a la insubordinación que Belgrano detestaba desde lo más profundo de su ser. A raíz de esa sumatoria de elementos peligrosos, el general decidió finalmente buscar al enemigo, marchando con la masa de su ejército desde Potosí, mientras el jefe indio Baltasar Cárdenas, ascendido a coronel por Belgrano, al frente de 2.000 aborígenes, avanzaría sobre el flanco realista desde Chayanta. Para ello debía combinar sus acciones con un movimiento que partiendo de Cochabamba debía realizar sobre el mismo costado el coronel Zelaya, al mando de 1.200 hombres.

Los indios ubicados detrás de los realistas, al igual que las poblaciones del Perú, debían ser sublevados. La misión de Cárdenas sería cortar después del triunfo las comunicaciones entre los restos del adversario. La reunión, demasiado próxima al enemigo, situado en masa en Condo-Condo, y la falta de sincronización en la convergencia de las tres agrupaciones, hacían muy difícil una concentración para el momento decisivo, sobre todo si se dejaba la iniciativa al enemigo.

Con el fin de concretar este plan, el ejército avanzó el 5 de septiembre hacia Lagunilla en fracciones que se reunieron allí y alcanzaron un total de 3.600 hombres, 500 de los cuales habían desertado en Potosí, y 14 piezas de artillería en estado muy deficiente. De los soldados con que contaba el ejército patriota, más de 1.000 eran reclutas. La tropa, incluso la caballería, montaba mulas muy flacas y sin herraduras. No obstante, nadie dudaba del triunfo.

Vilcapugio

El 27 de septiembre de 1813, el ejército patriota llegó a la Pampa de Vilcapugio, situándose con frente al oeste y espaldas a la montaña. Entre el 28 y 29, Belgrano ordenó rectificar esa posición.

El general, confiado en los efectos de la batalla de Salta que suponía duraderos a más de ocho meses de ocurrida, consideró extremadamente difícil una ofensiva realista. Basado en esa convicción esperó que se le incorporaran los coroneles Zelaya y Cárdenas, con cuyas fuerzas esperaba sumar 5.000 hombres. Como medida de seguridad sólo ordenó observar los desfiladeros ubicados en dirección al enemigo hasta una distancia de tres kilómetros, lo que era totalmente insuficiente. La posición ocupada no le permitía eludir batalla si el enemigo avanzaba, pues la distancia a Condo-Condo podía ser salvada en una noche. En ese caso las incorporaciones de Cárdenas y Zelaya quedaban descartadas y por lo tanto se vería librado a su sola

fuerza.

En cumplimiento de las órdenes de Belgrano, Cárdenas había asomado con sus indios por Ancacato en los últimos días de septiembre. Allí fue atacado y dispersado por un escuadrón de caballería y dos compañías al mando del comandante Saturnino Castro, uno de los juramentados de Salta, procedente de Pequereque, donde había sido colocado para cerrar el camino de Oruro y observar los desfiladeros de Cochabamba y Chayanta. En el combate, Cárdenas perdió la correspondencia de Belgrano, lo cual permitió al enemigo enterarse de su plan de vencerlo mediante un movimiento de pinzas.

Pezuela resolvió atacar a los patriotas antes de la incorporación de Zelaya, basado en la sorpresa. Castro, que debía permanecer en Ancacato, se incorporaría el 1º de octubre en el campo de batalla.

El 30, a mediodía, los españoles subían la pronunciada cuesta que conducía a las alturas desde las que se dominaba la pampa de Vilcapugio, para llegar a la cumbre a medianoche.

Desde allí continuaron el avance con sólo 12 piezas; las restantes quedaron en el camino por falta de mulas.

Al clarear la aurora las avanzadas patriotas observaron a las columnas españolas que descendían la cuesta. De inmediato lo comunicaron a Belgrano, quien no quiso dar crédito a la noticia, pero luego, al comprobar que era exacta, apremió a sus fuerzas para que formaran en batalla.

El ala derecha de los patriotas era mandada por Diego González Balcarce y la izquierda, por los comandantes Bernaldes y Arévalo. A sólo 60 pasos a retaguardia estaba la reserva. La artillería era arrastrada a brazo por indios. El dispositivo resultaba incorrecto pues

quedaban diseminadas la artillería y la caballería. Esto le restaba la capacidad de incidir de modo importante en el combate. Por otra parte, la proximidad de la reserva le impediría maniobrar soportando el fuego dirigido sobre la primera línea.

El ejército realista se hallaba formado en batalla cuando fue visto como a dos kilómetros y medio de la posición patriota. Poco después se desplegó ampliando el frente a la espera del ataque. Al contemplar ese movimiento, que le hacía ganar al enemigo terreno a la izquierda, Belgrano se corrió con sus tropas en el mismo sentido, adelantando un poco dicha ala. La falta de una acción ofensiva a fondo para golpear al enemigo cuando estaba en una posición desventajosa, terminó

jugando en contra de los patriotas.

Belgrano ordenó iniciar el combate mediante fuego de artillería. A muy corta distancia, la infantería de ambos bandos rompió un intenso fuego de fusilería. Pronto, el negro humo de la pólvora llenó por completo el ambiente, mientras se registraban las primeras bajas de una y otra parte. En aquel crucial momento Belgrano ordenó a sus infantes calar la bayoneta y prepararse para una carga general en la que las balas cediesen paso a los aceros en combate cuerpo a cuerpo. Dicho movimiento sería apoyado por la caballería.

La derecha patriota chocó con el batallón español mandado por el coronel La Hera, quien, derrotado y con sus hombres dispersos, abandonó la artillería. El centro enemigo, ahora con su flanco descubierto, atacado por los dos batallones del regimiento 6 y por el cuerpo de Pardos y Morenos, se retiró en fuga, arrastrando a la reserva en su derrota. El centro y la izquierda realistas se dirigían hacia Condo-Condo, perseguidos por los dragones argentinos, que podían actuar tanto en condición de infantes como de jinetes.

Pezuela ya daba por perdida la batalla cuando vio que el enemigo detenía la persecución y después se retiraba. Fue cuando tuvo noticias de que su derecha se sostenía con ventaja.

Inmediatamente vislumbró la posibilidad de revertir la situación y se dedicó a reorganizar los batallones dispersos.

La caballería patriota comprometida en la persecución notó que la infantería hacía alto a sus espaldas. Simultáneamente, se oyó un penetrante toque de clarín que llamaba a reunión y era repetido en todos los cuerpos. Esta emergencia paralizó su movimiento. Nadie supo quién ordenó ese toque, al que se ha atribuido la derrota. Al escuchar la llamada y mirar hacia atrás, las tropas contemplaron, según unos, la propia derecha destrozada, y según otros, una fuerza enemiga sobre el flanco. El hecho es que el pánico se apoderó de ellas y se retiraron en desorden al grito de «¡al cerro, al cerro!»

Mientras sucedía este episodio frente al centro e izquierda realistas, la derecha, apoyada por su caballería, chocó contra el regimiento 8, que retrocedió. Para salvar la situación del 8, intervino la reserva patriota, pero con muy poca fuerza y presa del temor de concluir con sus fuegos con la vida de todos los efectivos del regimiento, dejó de disparar.

Simultáneamente, confundidos, el regimiento 8 y la reserva se dispersaron abandonando la artillería.

El comandante Castro llegó en el momento más crítico para el ala izquierda realista y cayó sobre el flanco y espalda patriotas. Ello alentó también al ala derecha realista a resistir.

Belgrano vio con desesperación que su izquierda se debilitaba. Poco después de la detención, retirada y fuga del centro y la derecha, se dirigió a la reserva en momentos en que ésta avanzaba en apoyo del 8. Sin embargo, antes de llegar, ambos cuerpos habían entrado en un fatal desorden. Dice Paz:

El general Belgrano procedió en el acto a reunir nuestras fuerzas y organizarlas para llevarlas nuevamente a la pelea. Él mismo tomó la bandera del ejército, y excitó personalmente a nuestras tropas al combate, que se renovó efectivamente, durando por algunas horas.

Consiguió así concentrar unos 200 hombres, con lo que quiso reanudar por dos veces el combate. Sólo logró rechazar al enemigo, muy superior, del ala izquierda. A las dos de la tarde llegaban los otros batallones realistas reorganizados. El hambre, la sed, el cansancio y el efecto del soroche (falta de aire por la altura) tenían casi postrados a los patriotas, sobre todo a los procedentes de la llanura. Lo que pudo ser un resonante triunfo se convirtió en rotunda derrota.

En aquel momento Belgrano, a quien se le habían reunido otros 200 hombres, se dirigió a ellos con estas palabras:

Soldados: hemos perdido la batalla después de tanto pelear; la victoria nos ha traicionado pasándose a las filas enemigas en medio de nuestro triunfo. No importa. Aún flamea en nuestras manos la bandera de la Patria.

La acción de Vilcapugio fue una de las más azarosas, encarnizadas y trágicas de la historia argentina, dice Best. Actuaron causas inesperadas como la ausencia de quien dirigiera la acción en lugares y momentos decisivos. La muerte sucesiva de los jefes del ala izquierda durante la lucha, que también se produjo en el centro y la derecha, unida a la confusión durante la persecución a raíz del inexplicable toque de llamada que se oyó cuando ésta se producía, contribuyeron al desastre.

Entre los errores se mencionan las deficiencias tácticas en la distribución de las armas durante la formación de combate y la falsa opinión de creer que el enemigo, situado a una jornada de marcha, no atacaría, idea que impidió a Belgrano incorporar las otras fuerzas que

esperaba para librar en mejores condiciones la batalla.

El general estaba una vez más al borde de su resistencia física, y sólo su sentido del deber y su responsabilidad de comandante en jefe lo habían retenido en el campo, hasta darle incluso la fuerza para arengar a sus soldados.

La retirada

La retirada comenzó cuando la noche estaba cerca. Se temía que el frío y la nevada diesen un nuevo golpe a aquellos hombres que hacía mucho tiempo no comían ni dormían lo necesario. A poco andar se incorporó a la columna un escuadrón de dragones que permitió reunir cerca de 500 hombres. El movimiento proseguía en medio del silencio y la oscuridad.

Escuchemos a José María Paz:

Caminamos el resto de la tarde y llegamos al anochecer a un lugar árido, llamado El Toro, que dista 3 leguas de Vilcapugio, y donde sólo había uno o dos ranchos inhabitados. Es la primera vez que comí carne de llama; la noche era extremadamente fría y sólo habíamos escapado con lo encasillado. Había oficiales que se tuvieron por felices de hallar un cuero de llama, chorreando sangre, en qué envolverse […] Al día siguiente se continuó la marcha, llevando mi regimiento [los dragones] la retaguardia. A poco trecho del lugar en que habíamos pasado la noche, se presentaba una cuesta larga, pendiente y muy arenosa; a la fatiga de la ascensión se agrega la de enterrarse un palmo los pies en la arena; cuando menos, era preciso un par de horas para subirla, atendido el estado de nuestros caballos, los que iban tirados por la brida y los jinetes a pie, prolongando inmensamente la columna. Yo subí de los últimos y me maravillé de no encontrar ni jefes, ni general, ni infantería, ni columna, ni cosa que se pareciese a una marcha militar. Todos, desde que hubieron llegado a la cumbre desde donde seguía el camino por unas alturas que presentaban menos quiebras, habían continuado sin parar y sin esperar a los demás, de modo que el pequeño ejército se redujo a una completa dispersión.

Continúa el dramático relato:

Después de ser muy de noche y haber fatigado nuestras cabalgaduras, llegamos a un pueblecito llamado Caine, donde por fin supimos que estaba el General. Nos metimos en un rancho y pasamos la noche. Al día siguiente, el General, de cuyos movimientos estábamos todos

pendientes, no marchó; antes, por el contrario, empezó a destacar oficiales que recorriesen los alrededores y volviesen por el camino del día anterior, para indicar que allí estaba él y que allí debían reunirse. Es seguro que esa mañana (3 de octubre) no había 100 hombres en Caine, de los 500 que estuvimos en El Toro; pero fueron llegando partidillas, de modo que por la tarde había cerca de 300 […] Todo el día 3 pasamos en Caine; el 4 sólo anduvimos una legua, hasta el pueblito de Ayohuma, dando siempre tiempo a que se reuniesen los dispersos. El 5 anduvimos 3 leguas y llegamos a Macha, pueblo de bastante extensión, donde se fijó el cuartel general.

En Macha se contabilizaron las pérdidas: 300 muertos, entre ellos varios oficiales que prometían brindar nuevos e importantes servicios a la patria; más de 400 fusiles y casi todo

el parque de artillería. Sólo habían podido salvarse 1.000 hombres entre los reunidos en Macha y Potosí: la dispersión había hecho estragos.

Pero los realistas habían sufrido bajas parecidas: 550 muertos y heridos, gran número de dispersos, a raíz de la persecución patriota en el momento de la huida del centro y la izquierda. Además, la carencia de caballos era desesperante. Pezuela, advertido de que el golpe sufrido por los soldados de Belgrano había sido duro, decidió, para preservar sus pocos equinos, mantenerse en una prudente inmovilidad hasta superar la situación. El jefe realista se equivocó: si hubiera atacado, difícilmente hubiese encontrado suficiente resistencia por la debilidad de sus oponentes. Esa falta de decisión lo llevaría a otra batalla y al riesgo de ser vencido.

Más allá de las pérdidas materiales, la derrota tuvo serios efectos morales para los patriotas.

La noticia de lo ocurrido circuló de boca en boca y los primeros dispersos llegados a Chuquisaca le informaron al presidente Ocampo que todo estaba perdido. Después se supo que Díaz Vélez se hallaba en Potosí con un considerable número de efectivos y que Belgrano se encontraba con el resto del ejército sobre el flanco izquierdo del enemigo.

En esa instancia resurgieron las esperanzas.

Reorganización del ejército patriota

Belgrano había enviado a Díaz Vélez hacia Potosí para reunir a los dispersos, mientras él se dirigía con el resto reunido hacia Cochabamba, al norte, buscando la incorporación de Zelaya. En seguida se ocupó de la retirada por una cordillera escarpada con sólo 400

hombres, que era lo único que le quedaba. El 5 de octubre llegó a Macha (quince kilómetros al este de Ayohuma) donde empezó a trabajar en la reorganización del nuevo ejército, pues de Vilcapugio sólo restaban 1.000 hombres reunidos en Macha y Potosí; los demás estaban muertos, hasta el número de 600, dispersos o prisioneros.

En Macha el general recibió la cooperación de varios jefes distinguidos, como Antonio Ortiz de Ocampo, Juan Antonio Álvarez de Arenales e Ignacio Warnes, entre otros, quienes lo auxiliaron con soldados de las provincias altoperuanas. También llegó Zelaya, con 300

hombres mal armados que había logrado reunir. Como en Paraguarí y en Tacuarí, el héroe del Éxodo Jujeño mostró su temple en la adversidad. Infundió confianza en el futuro, fortaleció el espíritu de los suyos y fue ejemplo en el sacrificio personal. Todos concurrían a remediar el desastre de las armas de la revolución.

Pronto el ejército patriota alcanzó a contar 3.000 hombres, de los cuales sólo 2.000 podían ser considerados combatientes (1.000 veteranos) y seis pequeños cañones. Pezuela no se movió de Condo, al oeste de Vilcapugio, hasta el 29, en marcha lenta. Toda su tropa iba a

pie, incluso la caballería, por la gran carencia de ganado de silla y carga. La artillería era llevada a hombros, y los bagajes y parque, en asnos y llamas. De ese modo llegó a Ancacato el 4 de noviembre, tras derrotar a los indios patriotas de Cárdenas y Lanza. El 8 estuvo a 40

kilómetros de Macha y allí esperó la incorporación de su parque, que se había retrasado. El 13 llegó a los altos de Taquirí, que dominan la pampa de Ayohuma, donde vio al ejército patriota, que había alcanzado ese lugar. Resolvió atacarlo al día siguiente. Disponía de 3.500

hombres (3.000 infantes, 250 jinetes y 18 cañones).

Belgrano, por su parte, había resuelto empeñar batalla, aunque en junta de guerra la mayoría de sus jefes se pronunció por la retirada. La resolución del general distaba de ser aconsejable. Sólo lo favorecía contar con caballería de superior calidad, como había ocurrido en Tucumán y Salta.

Todos los demás factores: efectivos, instrucción, disciplina, armamento, etcétera, le eran desfavorables.

El 8 de noviembre, por la noche, Belgrano partió de Macha, punto que alcanzó al día siguiente durante la mañana.

El «desastre de Ayohuma»

La artillería patriota fue emplazada en dos montículos de poca elevación entre la izquierda del batallón de Cazadores y la derecha del de Pardos y Morenos y entre el 6 y el 1º de infantería. La reserva de Belgrano estaba formada por lo peor de sus tropas, debido a la carencia de instrucción y armamento. En tal disposición permanecieron los patriotas hasta la madrugada del 14 de noviembre. El plan de Belgrano era defensivo y su maniobra se basaba en que el enemigo atacaría esa posición de manera frontal.

Ese día 14, temprano, los españoles descendían por la escabrosa cuesta de Taquirí. Tan estrecho era el camino, que sólo cabían tres hombres de frente, y tanta la pendiente, que la artillería tenía que ser transportada por partes. Desde la posición patriota se distinguió perfectamente el desfile de los realistas cuando llegaron al llano, atravesaron el río que serpenteaba en las proximidades y formaron en columnas paralelas detrás de unas lomas que los ocultaron. Se perdió una buena oportunidad de atacarlos cuando salían del desfiladero. Tal vez de ese modo se hubieran neutralizado las desventajas del número, instrucción y moral que gravitaban sobre los patriotas. El ejército de Belgrano se mantuvo sin embargo en completa inactividad combativa.

Los realistas se corrieron hacia su izquierda, amagando el ala derecha adversaria, con lo que el plan del general patriota resultó irrealizable.

Al correrse el enemigo se efectuó un cambio de frente argentino sobre el centro, retirando el ala derecha y avanzando la izquierda. El cerro en que se había apoyado el ala derecha no fue ocupado. Tal descuido traería aparejadas graves consecuencias, pues el adversario tomó la estribación en condiciones de batir eficazmente el flanco patriota.

Belgrano se limitó a ocupar otro cerro ubicado más atrás con la caballería con que contaba el ala derecha, en lugar de reunirla toda

para envolver a la adversaria en cooperación con el ataque frontal de la infantería.

Pezuela hizo avanzar sus 18 piezas de artillería y rompió un vivo fuego, abriendo grandes claros en las filas patriotas. La artillería argentina quiso contrarrestarlo pero, aparte de su inferioridad numérica, sus disparos apenas alcanzaban la mitad de la distancia.

El cañoneo duró media hora, tiempo en el cual los flanqueadores realistas ganaban terreno.

Recién entonces Belgrano ordenó el ataque general. La infantería atravesó un barranco de manera algo desordenada mientras soportaba un intenso fuego de fusilería. A medio tiro de fusil, unos 40 metros, comenzó a disparar.

Simultáneamente, Belgrano mandó cargar a la caballería del coronel Zelaya. Pezuela, que temía el ataque de los jinetes criollos, había concentrado a su derecha todos sus efectivos de esa arma, incluida su misma escolta. Dispuso además que dos batallones y 10 cañones sostuvieran a sus débiles escuadrones. Zelaya se estrelló contra esa masa, sufrió los fuegos cruzados de los dos batallones de infantería y soportó 150 disparos de cañones con carga de metralla. No le quedó otro camino que retirarse en desorden.

Al mismo tiempo, la infantería patriota avanzaba a paso de trote, con sus bayonetas prontas a atravesar los cuerpos enemigos. En aquel momento sonó una descarga a sus espaldas, del lado derecho. Eran los flanqueadores enemigos que, dueños del cerro, tomaban a los batallones patriotas de costado, apresándolos entre dos fuegos y obligándolos a ponerse en fuga. El centro argentino, constituido por el batallón 6, se vio en el mismo caso y se sumó a la dispersión. Tal situación fue aprovechada por los realistas para aniquilarlos y tomarlos prisioneros.

La izquierda patriota, que al principio había conseguido algún éxito, pronto tuvo que retirarse, y en seguida se dio a la fuga.

La caballería de Zelaya, reorganizada, evitó que toda la infantería fuera aniquilada contra el barranco, mediante una carga que paralizó al enemigo. Ello dio tiempo a los infantes a desprenderse de él. La caballería de la derecha, que al fin se trasladó a la izquierda, poco pudo hacer. Al abrigo del barranco fueron reunidos algunos dispersos, con los cuales Belgrano se retiró a unas lomas pedregosas que estaban como a dos kilómetros y medio del campo de batalla alzando, según

Paz, la bandera del ejército para reunirlos.

El adversario, cansado, no inició de inmediato la persecución, lo que permitió a los patriotas reunir 400 infantes y 80 jinetes. El resto se perdió.

Todavía restaban dos horas de sol cuando el vencedor alcanzaba la nueva posición de Belgrano. Éste le ordenó al esforzado Zelaya que con los 80 o 90 hombres de caballería contuviera al enemigo mientras la infantería se retiraba. El coronel Zelaya resistió alrededor de 45 minutos, aprovechando las barrancas de un arroyo. Con valor hizo frente a cerca de 800 hombres, que atacaban desde la margen opuesta. Tuvo así el mérito de salvar los restos del ejército.

La derrota se debió no sólo a la inferioridad de medios y a la menor capacidad ofensiva de una parte de los efectivos, sino a la inacción durante el avance y despliegue del adversario.

Belgrano se retiró junto a su ayudante La Madrid y resguardado por su escolta rumbo a Potosí. Como recuerda éste en sus Memorias, pudieron reincorporar en el trayecto algunos dispersos. En la retirada se evidenció una vez más el temple del general, que lejos de dejarse vencer por el abatimiento les prometía a sus acompañantes una nueva victoria. El 16

de noviembre llegaron a la urbe altoperuana.

El enemigo, más precavido que después de Vilcapugio, dirigió una columna de 800

hombres sobre Potosí. Después marchó hacia allí el grueso del ejército al mando del general Juan Ramírez, quien llevaba como jefe de vanguardia al coronel Saturnino Castro.

La proximidad de los realistas aconsejó a Belgrano continuar la marcha hacia el sur.

Designó a Dorrego jefe de una retaguardia de 500 plazas encargada de disputar el terreno al enemigo, que avanzaba sobre Salta a marchas forzadas. Con ella, y ante fuerzas muy superiores, Dorrego cedió Jujuy, pero en Salta, con la incorporación de un escuadrón de granaderos, resistió el 21 de enero casi todo un día. Ello dio tiempo a que Belgrano atravesara el río Juramento. Desde Guachipas, Dorrego adoptó otro sistema de hostilidades.

Fracciones ligeras, auxiliadas por el paisanaje, mantuvieron al

enemigo en constante inquietud, obligándolo a ser más cauto en su avance, que limitó a Salta. Las partidas que se aventuraban fuera de este punto eran inexorablemente exterminadas por los paisanos en armas. Así empezó lo que el poeta Leopoldo Lugones llamó «la guerra gaucha», cuyo máximo exponente sería Martín Miguel de Güemes.

Belgrano, mientras tanto, seguía replegándose con el grueso de su disminuido ejército hasta Tucumán.

Después de tanto batallar, las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma retrotrajeron la situación del noroeste a los primeros días de la revolución. Perdido el Alto Perú y amenazado el noroeste de una nueva invasión, la situación general seguía siendo muy difícil para las provincias del Río de la Plata. Se luchaba en la Banda Oriental para dominar la plaza sitiada

de Montevideo sin cuya rendición resultaba imposible garantizar una relativa seguridad frente a un eventual ataque de fuerzas venidas de la metrópoli. La acción centralizadora de Buenos Aires comenzaba a generar resistencias en el litoral y en la campaña oriental bajo influencia de Artigas; en Cuyo se vislumbraba el peligro de un ataque español desde Chile, donde las luchas intestinas hacían presagiar un fin fatal para los patriotas de allende los Andes.

Pese a todo, en el Alto Perú, irremediablemente ocupado por los realistas, la hábil conducta de Belgrano había suscitado simpatías entre las distintas clases sociales con respecto a los objetivos de la política de Buenos Aires. Quedaban, además, activos focos de propaganda para constituir fuerzas que debían obrar sobre las comunicaciones realistas en su avance hacia el sur y detener, si no con cañones, con valor e inacabable astucia, el paso de sus ejércitos.

Belgrano y San Martín

Como consecuencia del fracaso en la campaña del Alto Perú, el Triunvirato, que estaba en sus últimos días de vida, decidió el relevo del general en jefe, quien lo había solicitado en nota fechada el 17 de diciembre de 1813. Inicialmente el gobierno había designado al coronel José de San Martín como mayor general del Ejército del Norte, en reemplazo del coronel Díaz Vélez. El fundador de los Granaderos manifestó su resistencia a aceptar esas funciones, pero el triunviro Nicolás Rodríguez Peña le hizo saber que el mismo Belgrano había solicitado el reemplazo de su segundo. Finalmente, el 18 de enero San Martín fue nombrado general en jefe en lugar de Belgrano.

Antes de conocer tal decisión, éste había dispuesto que el coronel reorganizara el ejército en Tucumán, ciudad que había elegido como base de operaciones para remontar los maltrechos restos de sus fuerzas, decisión acertada y compartida por San Martín.

Pero mientras el futuro Libertador marchaba para encontrarse con el vencido en Vilcapugio y Ayohuma, se producían en Buenos Aires nuevos y radicales cambios políticos.

A fines de 1813 la situación se había tornado dramática. El entonces presidente de la Asamblea General Constituyente, Carlos de Alvear, desplazaría al Triunvirato el 31 de enero de 1814 y obtendría la creación de un poder ejecutivo unipersonal, cuyo titular ostentaba la dignidad de director supremo, e impuso en el cargo a su tío, el modesto notario eclesiástico Gervasio Antonio Posadas. Éste tendría que afrontar derrotas militares en casi todos los frentes, incluso la franca presencia de una guerra intestina con el alzamiento de los pueblos del Litoral y la Banda Oriental encabezados por Artigas. Como hecho positivo, el 21 de junio de ese año, se produciría la rendición de las tropas realistas sitiadas en Montevideo. Para que Alvear, general de 25 años, ganara un importante lauro, Posadas

reemplazó a José Rondeau en el mando del ejército, de modo que al capitular la plaza, quien recibió la espada del vencido fue el primero.

Antes de conocerse personalmente, San Martín y Belgrano enlazaron una sincera amistad epistolar que comenzó cuando el primero le escribió desde Buenos Aires felicitándolo por los triunfos de Tucumán y Salta. Esa carta no ha llegado a manos de la posteridad, pero sí la respuesta del creador de la Bandera, fechada en Lagunillas el 25 de

septiembre de 1813, en la que le decía:

¡Ay!, amigo mío. ¿Y qué concepto se ha formado usted de mí? Por casualidad, o mejor diré, porque Dios ha querido me hallo de general sin saber en qué esfera estoy: no ha sido esta mi carrera y ahora tengo que estudiar para medio desempeñarme y cada día veo más y más las dificultades de cumplir con esta terrible obligación […]Crea usted que jamás me quitará el tiempo y me complaceré con su correspondencia, si gusta honrarme con ella y darme algunos de sus conocimientos para que pueda ser útil a la patria, que es todo mi conato, retribuyéndole la paz y tranquilidad que tanto necesitamos.

Tras la derrota de Ayohuma, Belgrano le había hecho conocer a San Martín el 8 de diciembre, desde Humahuaca, que había pedido al gobierno que lo designase en su ejército, cosa que éste le había concedido. Y nueve días más tarde volvía a escribirle para reclamar que apresurara su marcha:

Vuele usted, si es posible; la patria necesita que se hagan esfuerzos singulares y no dudo que usted los ejecute según mis deseos, para que yo pueda respirar con alguna confianza y salir de los graves cuidados que me agitan incesantemente. Crea usted que no tendré satisfacción mayor que estrecharlo entre mis brazos y hacerle ver lo que aprecio el mérito y honradez de los buenos patriotas como usted.

Otra vez se dirigió a San Martín desde Jujuy el 25 de diciembre: Mi corazón toma un nuevo aliento cada instante que pienso que se acerca, porque estoy firmemente persuadido de que con usted se salvará la patria y podrá el ejército tomar un diferente aspecto […] Celebro los auxilios que usted trae así de armas como de municiones y particularmente los dos escuadrones de su regimiento, que ellos podrían ser el modelo para todos los demás en disciplina y subordinación.

Volvería a tomar la pluma el 2 de enero desde la misma ciudad para expresarle cuánto confiaba en los beneficios de su incorporación al exánime conjunto de hombres que comandaba:

Deseo mucho hablar con usted, de silla a silla, para que tomemos las medidas más acertadas y formando nuestros planes, los sigamos sean cuales fuesen los obstáculos que se nos presenten, pues sin tratar con usted a nada me decido.

La correspondencia se hizo casi diaria hasta la hora del encuentro.

Finalmente, éste ocurrió el 29 de enero de 1814, en Algarrobos, cerca

de Yatasto. El coronel San Martín, vestido con el austero uniforme de su unidad, venía al frente de una fuerza compuesta por 700 infantes del primer batallón de regimiento 7, dos escuadrones de granaderos, el 1º y el 2°, y 100 artilleros de refuerzo.

Al apearse de su cabalgadura, Belgrano se confundió en un abrazo con el recién llegado.

Ambos eran de similar estatura. San Martín reflejaba su condición de soldado hecho a la vida de cuartel y a las batallas: mirada penetrante, voz gruesa y metálica, recia musculatura, movimientos marciales. Belgrano, que había trocado la vida sedentaria por las vicisitudes de la lucha en épocas relativamente recientes, exhibía, por el contrario, el aspecto de un hombre de estudio poco afecto a los ejercicios físicos, a la vez que mostraba en su rostro armonioso los rastros de la fatiga y de las enfermedades que lo aquejaban.

Don Manuel se expresaba marcando las eses, como los porteños; don José lo hacía con un dejo andaluz.

Presentados los respectivos jefes y oficiales, comenzó esa conversación «silla a silla» a la que había aspirado Belgrano y que pronto ratificó las coincidencias entre aquellos hombres llamados a recibir de la posteridad el título de padres de la Patria.

Ambos conocían la literatura militar de la época y podían hablar con solvencia de conductores y campañas antiguas y recientes. San Martín había conocido muchos de los grandes terrenos de batalla de fines del siglo XVIII y principios del XIX, e incluso había experimentado las singularidades de la lucha en el mar. Belgrano, que había sido testigo lejano, durante sus años de permanencia en la metrópoli, de la decadencia militar y naval de España después de una etapa de gran esplendor, podía extenderse acerca de las peculiaridades de los jefes realistas americanos contra los que había combatido, y proporcionar útiles referencias sobre la geografía y acerca de la idiosincrasia de los pueblos del Noroeste y del Alto Perú.

Tanto San Martín como Belgrano estaban muy al tanto de las vicisitudes de la política de los Borbones en el contexto de un mundo signado por el expansionismo francés y las inextinguibles apetencias británicas, y no es aventurado pensar que hablaron sobre las repercusiones que ambas potencias tenían en América, y acerca de la mejor forma de organizar políticamente a los pueblos que aspiraban a declarar su independencia.

El modesto Belgrano no vaciló en ponerse a las órdenes de San Martín, como coronel más antiguo en su condición de jefe de los Patricios. Y en asistir puntualmente a las reuniones de oficiales a las que éste convocaba todas las noches en su casa para unificar voces de mando, uno de tantos modos de convertir en ejército cabal al díscolo conglomerado que no había podido cohesionar plenamente su predecesor. Narra Gregorio Araóz de la Madrid: En una de esas noches intentó burlarse del general Belgrano el comandante entonces del cuerpo de cazadores Manuel Dorrego, a consecuencia de haber repetido aquella voz de mando que dio el general San Martín, pero éste así que notó la risa del comandante Dorrego, empuñó uno de los candeleros que había en la mesa, y dando en ella con él, dijo a Dorrego, en alta voz: «Señor comandante, hemos venido aquí a uniformar las voces de mando y no a reír», con lo que le impuso silencio.

No sé si al siguiente día salió el comandante Dorrego destinado por el general en jefe a Santiago. Pasados algunos días, el general Belgrano obtuvo pasaporte y partió para Buenos Aires y así que llegó a Santiago, mandó Dorrego a felicitarlo con un loco vestido de brigadier, rasgo desgraciado del carácter de ese valiente jefe.

Frente a la inminencia de la partida de Belgrano, a pesar de hallarse gravemente enfermo de tercianas (fiebre intermitente que provocaba elevada temperatura y se repetía cada tres días), para afrontar un consejo de guerra por las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, San Martín intentó que el gobierno lo mantuviera a su lado:

He creído de mi deber informar a vuestra excelencia que de ninguna manera es conveniente la separación de dicho brigadier de este ejército, en primer lugar porque no encuentro un oficial de bastante suficiencia y actividad que lo subrogue accidentalmente en el mando de su regimiento […] ni quien me ayude a desempeñar las diferentes atenciones que me rodean con el orden que deseo, e instruir a la oficialidad […] Después de esto yo me hallo en unos países cuyas gentes, costumbres y relaciones me son absolutamente desconocidas, y cuya situación topográfica ignoro; y siendo estos conocimientos de absoluta necesidad para hacer la guerra, sólo este individuo puede suplir su falta, instruyéndome y dándome las noticias necesarias de que carezco, como lo ha hecho hasta aquí, para arreglar mis disposiciones; pues de todos los demás oficiales de graduación que hay en el ejército no encuentro otro de quien hacer confianza, ya por carecer de aquel juicio y detención que son necesarios en tales casos, ya porque no han tenido los motivos que él para tomar unos conocimientos tan extensos e individuales como los que posee.

Y agregaba un importante motivo adicional:

Últimamente vuestra excelencia esté firmemente persuadido de que su buena opinión entre los principales vecinos emigrados del interior y habitantes de este pueblo es grande; a pesar de los contrastes que han sufrido nuestras armas a sus órdenes lo consideran como un

hombre útil y necesario en el ejército, porque saben su contracción y empeño, y conocen sus talentos y su conducta irreprensible.

El legado simbólico

Al dejar el mando del ejército, Belgrano dirigió una proclama a los pueblos del Alto Perú, fechada en Tucumán el 25 de febrero de 1814, en la que se refería a la enseña que lo había acompañado en la victoria y en el infortunio:

He depositado en sus manos [se refiere a San Martín] la bandera del Ejército que en medio de tantos peligros he conservado, y no dudéis que la tremolará sobre las más altas cumbres de los Andes, sacáandoos de entre las garras de la tiranía y dando días de gloria y de paz a la amada Patria.

Bastante tiempo antes de que su sucesor plantease al gobierno su plan de poner fin al poder español en la parte austral de América del Sur mediante la formación de un ejército en Cuyo para cruzar con él los Andes y libertar a Chile y Perú, Belgrano, quizá porque como en otras circunstancias fue un visionario, o tal vez porque San Martín le confió secretamente su proyecto, aludió en su proclama a la posibilidad de que la Bandera, su creación más excelsa, flamease sobre la imponente cordillera como signo de redención de los pueblos.

Bien señalan Palombo y Espinoza que nada de forzado tiene el ver la bandera de los Andes a imagen y semejanza de la de Belgrano. Ello vendría a explicar el cabal sentido de las palabras de San Martín cuando al presentarla a sus tropas, ya sancionada por el Congreso General Constituyente la enseña nacional, dijo que era la primera bandera de la libertad que se había levantado en América.

Ya en el camino de regreso, Belgrano volvió a escribirle al nuevo jefe del Ejército que había dejado de comandar. Lo hizo el 6 de abril, desde Santiago del Estero, mientras apuraba la amargura de tener que presentarse ante personas que muy probablemente desconocían las difíciles condiciones en que se había desempeñado. Lo instaba a que cuidase la atención espiritual de las tropas:

La guerra, allí, no sólo la ha de hacer usted con las armas, sino con la opinión, afianzándose siempre en las virtudes naturales, cristianas y religiosas; pues los enemigos nos la han hecho llamándonos herejes, y sólo por este medio han atraído a las gentes bárbaras a las armas, manifestándoles que atacábamos a la religión. Acaso se reirá alguno de mi pensamiento; pero usted no debe dejarse llevar de opiniones exóticas, ni de hombres que no conocen el país que pisan; además por

ese medio conseguirá usted tener al ejército bien subordinado, pues él, al fin, se compone de hombres educados en la religión católica que profesamos y sus máximas no pueden ser más a propósito para el orden.

Para recomendarle después:

Conserve la bandera que le dejé; que la enarbole cuando todo el ejército se forme; que no deje de implorar a Nuestra Señora de las Mercedes, nombrándola siempre nuestra generala, y no olvide los escapularios a la tropa. Deje usted que se rían; los efectos lo resarcirán a usted de la risa de los mentecatos, que ven las cosas por encima. Acuérdese usted de que es un general cristiano, apostólico romano; cele usted de que en nada, ni aun en las conversaciones más triviales, se falte el respeto de cuanto diga a nuestra santa religión.

Sin duda pasaban por su mente los excesos protagonizados en 1810 y 1811 por las fuerzas bajo el mando de su primo Juan José Castelli.

San Martín aceptó el consejo no sólo como jefe del Ejército del Norte sino más tarde durante la formación y marcha del Ejército de los Andes, donde volvieron a flamear los colores celeste y blanco.

Absolución de Belgrano

Dos días antes de esa carta, Belgrano le había escrito a Tomás Manuel de Anchorena, manifestándole que no se había ido del ejército por propia voluntad. Le recordaba con humor «lo de don Juan José Lezica [en los sucesos de Mayo, cuando dijo]: “no me voy, que me llevan”». Para agregar luego:

Tan lejos estoy de admitir ser general, que ya pedí mi licencia absoluta del servicio militar, según hablamos, y el que me concedan vivir en la provincia de Córdoba, o en la de Cuyo; me he valido de buen conducto para esto, no sé lo que ocurrirá.

Al director supremo también he escrito acerca del consejo de guerra, pero que entienda que sólo serviré en la clase de soldado, y jamás en la de jefe: basta ya de sufrir cuando no resulta bien alguno a la Patria.

En la parte final le comunicaba que había padecido una inesperada y dolorosa afección:

«me atacó un horroroso accidente, desde las 11 de ella [la noche] hasta las 11 del día siguiente; consistió en una puntada en el vacío derecho que no me dejó un momento y veía la muerte por instantes; felizmente estoy ya casi bueno».

Dice Mitre que la carta confidencial a Posadas expresaba que su defensa ante el tribunal consistiría en decir que nada sabía de milicia, y que a pesar de esto sus paisanos se habían empeñado en hacerlo general.

Con el corazón lacerado por la cruel burla de Dorrego a la que hace referencia La Madrid, y mucho más enfermo de tercianas combinadas con el reuma, los trastornos estomacales y las

viejas secuelas de su dolencia juvenil, Belgrano pasó a Córdoba. De allí se trasladó a la Villa de Luján, donde el gobierno le ordenó que se detuviera. Su deplorable estado de salud se había agravado.

En esas circunstancias pidió y obtuvo que se le permitiera instalarse en una quinta de San Isidro, en las afueras de Buenos Aires, donde recibió la noticia de que el director supremo había ordenado su sobreseimiento en una causa que no presentaba ningún cargo grave para él.

Bibliografía

Gregorio Aráoz de La Madrid, Memorias; Bibliografía Belgraniana; Documentos del Archivo de Belgrano, tomo VI; Documentos para la Historia del General Don Manuel Belgrano, Buenos Aires, tomo VI; Epistolario Belgraniano; Eustoquio Díaz Vélez,

«Relaciones de servicios Salta, 6 de septiembre de 1811-Buenos Aires, 28 de febrero de 1814», Biblioteca de Mayo, tomo III; José María Paz, Memorias; Cornelio Zelaya, «Memorias de sus servicios desde 1806 hasta 1810, escritas por él mismo antes de morir [con unas observaciones a las Memorias del General Paz relacionadas con la batalla de Salta]», Biblioteca de Mayo, tomo II.

Mario Belgrano, Historia de Belgrano; Julio Arturo Benencia, Cómo San Martín y Belgrano no se conocieron en Yatasto, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973; Félix Best, Historia de las Guerras Argentinas, tomo I; Isaías José García Enciso, «20 de febrero de 1813: gran victoria de Salta», en Manuel Belgrano. Los ideales de la patria; Ovidio Giménez, Época y obra de Manuel Belgrano; Julio M. Luqui Lagleyze, El ejército realista en la guerra de la independencia; ——, Historia y Campañas del Ejército Realista, 1810-1820; Aníbal Jorge Luzuriaga, Manuel Belgrano. Estadista y prócer de la independencia hispanoamericana; Bartolomé Mitre, Historia de Belgrano y de la independencia argentina, tomo II; ——, Nuevas comprobaciones históricas a propósito de historia argentina; Historia de San Martín y de la independencia sudamericana, Buenos Aires, Eudeba, 1977, tomo I, Guillermo Palombo-Valentín A. Espinoza, Historia de la Bandera Argentina. Con una relación cronológica de disposiciones legales y reglamentarias; Patricia Pasquali, San Martín. La fuerza de la misión y la soledad de la gloria. Biografía, Buenos Aires, Planeta, 1999; Isidoro J. Ruiz Moreno, Campañas militares argentinas, tomo I; Diego Alejandro Soria, «La amistad entre San Martín y Belgrano», en Manuel Belgrano. Los ideales de la patria.

Misión diplomática en Europa

Belgrano pudo, finalmente, entrar a Buenos Aires e instalarse en la casa de la calle de Santo Domingo.

Luego de largo tiempo gozó del calor de la familia y de los amigos, aunque el clima político distaba de ser estimulante. Para un hombre como él, que anteponía el bien público y el deber a las apetencias

personales, resultaban irritante las sordas luchas por el poder que se libraban en el entorno de Posadas, el director supremo. Su sobrino, Carlos de Alvear, acababa de tomar Montevideo, luego de la gran victoria naval obtenida por Guillermo Brown del 17 de mayo de 1814, tras la capitulación del gobernador realista Gaspar Vigodet, el 23 de ese mes. El general de 25 años no supo o no quiso detener los excesos de sus soldados entregados a la violencia y al saqueo, y pronto comenzaron a llegar a Buenos Aires los frutos de las expoliaciones, que fueron vendidos de diversas maneras.

Al generoso vencedor de Salta no debieron agradarle tales episodios, ni tampoco la prepotencia con que actuaban algunos de los amigos de Alvear pertenecientes a la Logia Lautaro.

Lo alarmaba que se hubiesen roto los vínculos con el caudillo oriental José Artigas, decidido a enfrentarse con el Directorio, quien contaba con las simpatías de las provincias del Litoral, hostiles al gobierno de Posadas y adversas a la política centrípeta de Buenos Aires, que buscaba enervar todo intento de autonomía.

Recibía noticias de San Martín, por cuya precaria salud se había interesado varias veces epistolarmente mientras regresaba a Buenos Aires. El general ya había decidido su futuro accionar. No deseaba mantenerse al frente de un ejército destinado a librar batallas sin posibilidades de éxito. La geografía y la historia reciente lo afirmaban en su idea de que no se podía «hacer camino» hacia Lima por el Alto Perú. En buena medida, las conversaciones con Belgrano y las experiencias que le había transmitido éste lo habían convencido de la esterilidad de su permanencia allí. Bastaba, a su criterio, frenar la marcha hacia el sur de los ejércitos realistas, mientras se preparase la gran expedición que concebía sobre Chile. El lector de las proezas de Aníbal y Napoleón estaba convencido de que sólo el cruce de los Andes permitiría afianzar la causa de la independencia, y también de que para frenar las invasiones hispanas en los lindes norteños bastaba con el heroísmo y la astucia de Martín Miguel de Güemes y sus gauchos. Belgrano coincidía en la valoración del papel de este personaje singular.

San Martín lograría su propósito de marchar a Mendoza el 10 de agosto de 1814 cuando se lo nombrase gobernador intendente de Cuyo y más tarde comenzaría a dar forma a su casi infalible máquina guerrera: el Ejército de los Andes.

El panorama europeo

Pero lo que despertaba aún más la preocupación y recelos de Belgrano era la difícil situación que planteaba a la revolución sudamericana el retorno de Fernando VII al trono.

Las noticias provenientes de España distaban de ser alentadoras. Cada buque que llegaba de Europa traía, por boca de sus comandantes y oficiales, informaciones alarmantes para la causa de la libertad, ratificadas por los periódicos de distinta procedencia que portaban esas naves y que eran ávidamente leídos y comentados en distintos cenáculos.

A fines de 1813 había variado completamente la situación de la antigua metrópoli. Después de las derrotas sufridas en la Península y en Rusia, Napoleón había decidido librarse de los problemas que le ocasionaba la lucha en aquella tierra indómita. Había pensado en la alternativa de restaurar a Fernando VII en calidad de protegido y aliado o intentar el reconocimiento de José I por las Cortes de Cádiz. Pero los acontecimientos se habían precipitado con el abandono de Madrid por parte de su hermano, en marzo de dicho año, y los nuevos reveses infligidos a sus tropas por las españolas. No tuvo más remedio que negociar con el Deseado, quien el 13 de diciembre recuperó la corona por el Tratado de ValenÇais, que lo comprometía a ordenar el retiro de las fuerzas inglesas apenas salieran los soldados de Francia del territorio hispano. A pesar de que el convenio no fue aprobado por la Regencia, pues las Cortes habían declarado en junio de 1811 que los compromisos que adquiriera el rey durante su cautiverio carecían de valor, Bonaparte lo autorizó a volver a España el 7 de marzo de 1814, cuando las fuerzas aliadas aún combatían contra los franceses en Cataluña.

La perspectiva del retorno del monarca había despertado las esperanzas de sus seguidores más fieles, y alentado en algunos de los ricos comerciantes españoles que habían dejado Buenos Aires para no sufrir el proceso revolucionario, las esperanzas de volver.

El Consejo de Regencia y las Cortes, frente a la amenaza de la epidemia de viruela que asolaba Cádiz y que los había obligado a trasladarse a la vecina Isla de León, interrumpieron sus trabajos el 29 de noviembre y decidieron dirigirse a Madrid. El primero era renuente a cambiar de sede, pues consideraba que la capital no resultaba todavía un ámbito seguro para el gobierno de la nación, pero los diputados dispusieron concretar una decisión que hacía meses maduraba el sector absolutista y rechazaban los liberales.

Fernando salió de ValenÇais hacia Perpiñán el 13 de marzo,

acompañado por su tío el infante don Antonio, por su hermano el infante don Carlos María Isidro y por un reducido séquito español. Allí lo aguardaba el mariscal francés Suchet con quien acordó que don Carlos quedase como rehén hasta que pudieran volver a su país las fuerzas del emperador bloqueadas en varias plazas españolas. El rey, que en territorio francés había viajado con el

título de conde de Barcelona, pisó suelo español el 23. Se detuvo en Figueras a causa de la crecida del río Fluviá, pero al día siguiente, formadas las tropas españolas y francesas en ambas orillas de ese curso de agua, pasó con su comitiva a la margen derecha donde el capitán general de Cataluña, Francisco Copons y Navia, lo recibió rodilla en tierra en señal de sumisión. A medida que Fernando VII contemplaba el fervor de las gentes, afianzaba sus designios absolutistas.

En Gerona, Copons le entregó un sobre cerrado que contenía una carta y varios pliegos en los que la Regencia le participaba que sólo después de jurar la Constitución del 19 de marzo de 1812 sería reconocido como soberano. Ya se le había incorporado su hermano don Carlos, a quien habían liberado los franceses. Junto a él y sin tocar Barcelona, todavía ocupada por éstos, marchó hacia Reus. El gobierno le había fijado un itinerario preciso, pero el rey decidió ir a Zaragoza para rendir homenaje a los que habían protagonizado su gloriosa defensa y quizá con el fin de subrayar su independencia frente a las determinaciones de autoridades que pronto desconocería.

En sucesivas reuniones celebradas con sus consejeros, recibió sugerencias de conciliación a raíz de los cambios ocurridos durante su cómodo cautiverio, pero también oyó opiniones de completa intransigencia. Fernando, más inclinado a escuchar las segundas que las primeras, patentizó sus deseos de instaurar cuanto antes el antiguo régimen. Francisco Javier de Elío

—hasta hacía poco virrey del Río de la Plata con jurisdicción limitada sólo a Montevideo, acérrimo enemigo de los patriotas y en particular de Belgrano—, ahora general en jefe del segundo ejército y capitán general de las provincias de Valencia y Murcia, le brindaría el apoyo que necesitaba.

El 15 de abril, en el sitio de la Junquera, provincia de Aragón, Elío, transido por la emoción, besó la mano del monarca y le entregó su bastón de mando. Con su habitual hipocresía, Fernando expresó que estaba muy bien en las manos del general, pero ante su insistencia

«sostuvo que en las suyas adquiriría nuevo valor y fortaleza, lo tomó breves instantes y lo devolvió a Elío, que debe de haber vivido uno de los instantes más afortunados de su existencia, según su modo de considerar las cosas. Al día siguiente, éste le franqueó al rey las puertas de la bella ciudad marítima, que se había vestido con sus mejores galas para recibirlo y pronunció uno de los varios discursos que preparó para aquellas jornadas. El 17

de abril renovó, junto con sus oficiales, «el juramento que con toda la leal nación española, hicieron en 1808, reconociendo a Vuestra Majestad por rey de las Españas; lo hacen de nuevo por mí ofreciendo su sangre y conservarle el trono con todos los derechos con que le juró la heroica nación española». De inmediato se arrodilló y volvió a besarle la mano.

Fernando VII no debió esforzarse demasiado para escuchar al ejército, apoyarse en él, derogar la Constitución, reimplantar el Santo Oficio de la Inquisición y comenzar una concienzuda persecución de los liberales. El célebre Manifiesto de los Persas, lanzado desde el palacio valenciano de Cervellón, y los reales decretos con los que fue reinstaurada la

monarquía absoluta el 4 de mayo de 1814, colmaron de alegría a Elío y a los partidarios del rey, tanto a quienes pensaban ingenuamente en inclinarlo a un absolutismo reformista como a quienes querían verlo convertido en árbitro sin ataduras de los destinos de España.

Cabe agregar que ocho años después Elío, al decir del historiador uruguayo Flavio García,

«moriría agarrotado y escéptico de los sentimientos reales del monarca que había jurado dos veces solemnemente».

Belgrano es convocado para una misión en Europa

Todo esto hizo pensar al director supremo Posadas en la posibilidad de enviar una misión diplomática ante las cortes de España y Gran Bretaña. Sin su consentimiento, Manuel de Sarratea, comisionado para procurar que Inglaterra protegiera pública o secretamente a las Provincias Unidas de un posible intento de represión por parte de España, felicitó desde Londres a Fernando VII por su regreso al trono y comenzó a gestionar un pasaporte con el fin de marchar a Madrid.

Pero el rey no estaba dispuesto a negociar sino a recuperar a sangre y fuego sus posesiones coloniales.

Existía en la Secretaría de Marina de España un expediente que entre otras cosas contenía un plan anónimo presentado en 1813 en el cual se expresaba que ante la imposibilidad del general Goyeneche de avanzar sobre Buenos Aires luego del triunfo de Belgrano en Tucumán, y dada la poca confiabilidad de las tropas compuestas por americanos con que contaba, pues la experiencia indicaba que la mayoría se inclinaba por la independencia, era necesario enviar una expedición marítima sobre la Capital para erradicar toda posibilidad de emancipación.

El proyecto, quizás impulsado por los comerciantes españoles de Buenos Aires, indicaba que el objetivo podía ser cumplido por un ejército de 8.000 hombres constituido por las tropas que se hallaban en Montevideo; por otros 3.000 soldados que debían partir de España antes del fin de aquel año, y por 2.000 más reclutados entre los europeos de Buenos Aires, para quienes había que transportar otros tantos fusiles. Goyeneche podía, eventualmente, cooperar desde el norte.

Ya se sabe que la situación había cambiado con la caída de aquella plaza, pero el papel reflejaba una posibilidad que fue puesta a consideración del rey, quien dispuso que compareciese en la Corte el brigadier José María de Salazar para informar sobre las posibilidades de concretar una expedición de las características señaladas.

Como se recordará, el marino había sido el más furibundo enemigo de los hombres de Mayo durante sus días de comandante del Apostadero Naval de Montevideo, y tenía una opinión muy dura acerca de algunos en particular, como Belgrano y Castelli.

Preparativos de viaje

El 14 de septiembre, el director supremo se dirigió al Consejo de Estado para pedir su opinión con respecto al envío de una misión a España con el «objeto de felicitar al rey, y buscar una ocasión que proporcione la paz de estas provincias, sin disminución de sus derechos o que justifique a la presencia de todas las naciones su conducta venidera».

El consejo se pronunció ese mismo día y aprobó el proyecto basado en el argumento de que la contienda en las provincias del Río de la Plata se había originado por la ausencia del rey a raíz de la invasión napoleónica, y por la desconfianza inspirada por los gobiernos que, representándolo, «habían abusado ilegítimamente de la autoridad soberana». Todo lo había modificado la vuelta de Fernando VII.

Pese a subsistir razones poderosas para desconfiar del ministerio español hasta que no se conocieran las verdaderas ideas del monarca con respecto a los derechos y libertades de América, era conveniente que el gobierno no rompiera las hostilidades sin haber expuesto sus quejas, manifestado sus pretensiones y agotado los recursos de la política y la moderación:

Esta medida [reflexionaba el Consejo de Estado] al justificar nuestra conducta ante las naciones, cuyo favor podíamos necesitar, o cuya neutralidad ser de absoluta necesidad, serviría también para paralizar probablemente los preparativos que se hacían en la Península, y entibiaría las operaciones de Abascal en el continente, y adormecería las inquietudes del Brasil. Estas ventajas eran tanto mayores cuanto que, sin embargo, de ellas podrían aumentarse las fuerzas del Ejército y arrojar al enemigo del territorio de las provincias cuando él no quisiera de grado.

Dado que el gobierno deseaba lograr por medios pacíficos y honrosos la libertad y derechos de las provincias que regía, aun cuando tuviera que valerse de las armas para alcanzar sus pretensiones, consideraba que no se debía perder tiempo en intentar un acercamiento.

Se trataba, dice Mario Belgrano, de prevenir la posible expedición acerca de la cual Sarratea informaba desde Londres en forma detallada y a la vez urgente, y de preparar, en su caso, lo necesario para continuar la lucha en condiciones favorables, desalojando al enemigo del territorio de las Provincias del Río de la Plata. Sin embargo, antes de llegar a medidas extremas, el Directorio abrigaba el propósito de que se reconocieran sus derechos por medio de recursos diplomáticos.

La correspondencia entre el gobierno y el ministro británico en Río de Janeiro, lord Strangford, ilustra acerca del verdadero concepto de la misión. En efecto, a raíz de la noticia que le brindó Posadas sobre su idea de enviar una misión a España para entablar

negociaciones, el diplomático expresó que la caída de Montevideo brindaba una oportunidad de mostrar al mundo que sus deseos pacíficos no habían sufrido disminución alguna a raíz de la victoria de sus armas. Agregó Strangford: Cuanto más respetable y poderosa sea la condición en que ahora se halla ese gobierno tanto mayor sería la honra que en este momento adquiriría por la demostración inequívoca de sus votos para la conciliación; tanto mayor sería también su derecho al favor y a la generosidad de su legítimo soberano.

El triunfo de Montevideo no debía ser motivo para alentar nuevas

empresas guerreras, pues finalmente, decía el lord, España vencería y echaría por tierra las aspiraciones de separarse de la metrópoli. No era posible dudar de los sentimientos del rey respecto de sus súbditos americanos después de sus declaraciones, aseguraba el hábil representante inglés, pero en todo caso siempre podía recurrirse a la mediación de sus aliados.

Posadas se sintió obligado a subrayarle que los «Pueblos de la Unión han peleado por sus derechos: ellos no han sido los primeros en entrar en la lucha. Pero no pueden verla concluida, sin asegurar su libertad». Y aseguraba, categórico: Este don precioso es el único que forma la salud de los pueblos; sin él, los nombres de prosperidad y seguridad son voces a que no puede atribuirse significación alguna. Puedo, pues, asegurar a vuestra excelencia que ni los mayores reveses harán perder de vista este objeto a los pueblos unidos, ni en las circunstancias más prósperas se distraerán de este firme propósito, ya abusando de sus ventajas con orgullo, o malográndolas con inercia.

En el pensamiento del gobierno no estaba la sumisión incondicional: Sobre estas bases es que dirigiré diputados hasta la presencia de su majestad Fernando VII, y espero que sean oídos no ya para obtener un perdón vergonzoso de culpas que no se han cometido, ni para contentarse con un olvido humillante de las ocurrencias pasadas, que ni satisfaría nuestro honor ni a nuestra justicia, sino para obtener de sus reales manos la seguridad de las pretensiones de estos pueblos compatibles con los derechos de la Corona, la cesación de las calamidades que han envuelto al continente americano la insensatez, las pasiones y la ambición de las autoridades que dejó el reinado anterior y continuaron los gobiernos establecidos en su ausencia, esos gobiernos en cuyo manejo el soberano mismo ha reparado algunas faltas de exactitud y de pureza.

Posadas solicitaba, en la parte final de su carta, el apoyo y garantía de Inglaterra.

Con respecto al carácter de las negociaciones, su sucesor, Alvear, declaró más tarde, en 1818, que habían tendido a «ganar tiempo y prevenir los resultados de la invasión».

Decidido el envío de la misión, el director designó en primer término para desempeñarla al doctor Pedro Medrano, pero luego, por renuncia de éste, nombró a Rivadavia y a Belgrano.

Éste accedió a las indicaciones que le hiciera su gran amigo el doctor Tomás Manuel de Anchorena, quien le aconsejó «que si la comisión

era honorable, la admitiese para tapar con ello la boca a sus enemigos, que no son pocos».

El general asumió una nueva y grave responsabilidad, poco compatible con su salud cada vez más deteriorada. Si bien pudo alimentar su entusiasmo la idea de volver a lugares donde había sido feliz durante su juventud, probablemente no dejó de pensar en las incomodidades y peligros de un largo viaje en que las naves, por mejor equipadas que estuviesen, podían ser fáciles presas de una implacable tormenta en el océano o de cualquier otro inesperado percance. Además iba a afrontar el rigor de la temperatura tropical durante la forzosa escala en Río de Janeiro en pleno verano, y a soportar las temperaturas gélidas del invierno europeo.

Las instrucciones firmadas el 9 de diciembre de 1814 por Posadas y su ministro Nicolás Herrera establecían que después de entregar unos pliegos al embajador inglés en Río de Janeiro, y de acuerdo con este diplomático, los comisionados tenían que pasar a Londres para convenir con Sarratea el viaje a España. En la corte madrileña debían presentar las felicitaciones de las Provincias Unidas a Fernando VII «por su feliz restitución al trono de sus mayores, asegurándole con toda la expresión posible los sentimientos de amor y felicidad de estos pueblos». Informarían al monarca sobre la situación civil y política de las provincias del Río de la Plata, señalarían los abusos cometidos por las autoridades hispanas, pondrían énfasis en los actos de crueldad ordenados por los jefes peninsulares y subrayarían el quebrantamiento de pactos firmados.

La censura de estos actos por parte de los comisionados debía ser muy severa. Se les recomendaba aclarar que la pacificación sólo podía tener «por base el principio de dejar en los americanos la garantía de la seguridad de lo que se estipule» y que pusieran en claro la decisión de luchar por sus derechos.

Los diputados estaban autorizados a aceptar «proposiciones y bases de justicia, que examinadas por las provincias en la asamblea de sus representantes puedan admitirse sin chocar con la opinión de los pueblos». El gobierno no quería precipitar ninguna resolución y atarse de antemano. Se escudaba en la mencionada consulta para obrar luego de acuerdo con las circunstancias, según lo entendiera la Asamblea. En este último artículo de las instrucciones se encargaba «a los diputados reproducir sin cesar ante la persona del rey las más reverentes súplicas para que se digne dar una mirada generosa sobre estos inocentes y desgraciados pueblos que de otro modo quedarán sumergidos en los horrores de una guerra interminable y sangrienta». Nuevamente se

afirmaba la voluntad de luchar tenazmente si fuera indispensable.

Pero el Directorio expidió, además, el 10 de diciembre, instrucciones reservadas para Rivadavia. Éste debería pasar a España mientras Belgrano se quedaría en Londres para actuar en otras cortes europeas de acuerdo con las gestiones que se realizaran en Madrid y las instrucciones de Rivadavia.

Se le aclaraba a don Bernardino que «las miras del gobierno, sea cual fuese la situación de España, sólo tienen por objeto la independencia política de este continente, o a lo menos la libertad civil de estas provincias»:

Como debe ser obra del tiempo y de la política, el diputado tratará de entretener la conclusión de este negocio todo lo que pueda sin compromiso de la buena fe de su misión.

Debía proponer el envío de emisarios reales a las provincias «para que instruidos de su verdadero estado consulten los medios de una conciliación acordada con sus representantes sobre bases de seguridad, igualdad y justicia».

La gestión requeriría largos meses que no se perderían en el Plata. Si fracasaba la expresada proposición y peligraba el curso de las negociaciones, el comisionado tenía que expresarse con claridad:

Entonces hará ver con destreza que los americanos no entrarán jamás por partido alguno que no gire sobre estas dos bases: o la venida de un príncipe de la casa real de España que mande en soberano este continente bajo las formas constitucionales que establezcan las provincias; o el vínculo y dependencia de ellas de la Corona de España, quedando la administración de todos sus ramos en manos de los americanos.

Asistiría al rey, tendría derecho al nombramiento de empleos, creación de impuestos, etcétera, «en cuanto no comprometan la seguridad y libertad del país».

Rivadavia no debía dejar de mencionar que si se firmaba un tratado, éste debía ser ratificado por la Asamblea.

El secreto con que se rodeó el envío de la misión suscitó recelos y la Asamblea, para disipar dudas, envió una circular a las municipalidades, jefes de ejército y gobernadores, en la cual se explicaban «los grandes motivos que fundan la reserva del gobierno en su marcha ministerial». Luego de otras consideraciones, el documento

declaraba que «toda la obra política parecía quedar reducida a entretener dilaciones, complicar circunstancias, diferir los resultados, y dejar pendiente de la lentitud la esperanza de una conciliación».

Con este solo objeto entabló el gobierno las negociaciones iniciadas: aumentar la fuerza armada, multiplicar los fondos públicos, perfeccionar nuestras fábricas, diferir la agresión de la Península, facilitar el comercio, negociar la protección de una potencia respetable y

obtener todas estas ventajas por medio del tiempo y de la lentitud, han sido los conatos que el gobierno ha tenido en la misión de diputados a España.

El día antes de la partida, Belgrano se enteró oficialmente de la decisión del Directorio de que sólo Rivadavia fuera a Madrid.

En la corte de Braganza

Finalmente, el 18 de diciembre los comisionados se embarcaron en la corbeta Zephir y llegaron a Río de Janeiro el 12 de enero de 1815.

En la capital del reino de Portugal circulaba la noticia de la próxima llegada de una expedición militar española que se hacía ascender a 10 o 12.000 soldados, para los cuales aparentemente se preparaba un adecuado alojamiento.

La verdad era muy otra, pues esas informaciones y la llegada por aquellos días del brigadier José María de Salazar con el objeto de obtener la aquiescencia del príncipe regente don Juan para desembarcar fuerzas españolas en tránsito al Río de la Plata, enmascaraban el verdadero destino de la expedición, que no sólo desconocía aquel comisionado, sino su propio comandante, Pablo Morillo, quien se enteraría en alta mar, al abrir el pliego de instrucciones, que los buques que la transportaban debían enfilar hacia Costa Firme (Venezuela y Nueva Granada).

Apenas llegados a Río de Janeiro, Belgrano y Rivadavia se entrevistaron con lord Strangford, que no les dio seguridad alguna sobre el apoyo inglés y apenas se comprometió a lograr que la corte lusitana negara auxilios a la temida expedición española, lo cual no era difícil en atención a los propios intereses de la corona portuguesa. También mantuvieron reuniones con el ministro de Estado de don Juan, con el representante del gobierno norteamericano y con el propio encargado de negocios de España quien, a la postre, quizá por su desconocimiento de lo que ocurría en Madrid, les dio esperanzas y,

en vista de las propuestas pacifistas del gobierno de Buenos Aires, llegó a pedir a Su Majestad Católica el envío de un comisionado.

Paralelamente con la presencia de ambos improvisados diplomáticos, se registró la de dos enviados del lugarteniente de Artigas, Fernando Otorgués, quien se había retirado hacia Río Grande del Sur tras la derrota de Marmarajá y había acreditado como emisarios ante el príncipe regente de Portugal y el embajador británico al cura vicario de la villa de Concepción del Uruguay, doctor José Bonifacio Redruello, y al ayudante mayor de artillería José María Caravaca. Debían manifestar la disposición de reconocer la autoridad de Fernando VII y conseguir que se permitiese a las fuerzas orientales refugiarse en territorio lusitano en el caso de ser perseguidas por las tropas de Buenos Aires. El triunfo obtenido sobre éstas por Artigas el 10 de enero de 1815, tornó innecesario el pedido.

Para complicar el panorama, el flamante director supremo Carlos de Alvear designó un nuevo diplomático ante la corte portuguesa, el doctor Manuel José García, quien llegaría a Río de Janeiro el 22 de febrero y entraría en conversaciones con Salazar y Villalba a espaldas de Belgrano y Rivadavia, que nada sabían sobre los motivos de su venida.

En cuanto al desorientado representante español, expresó su peyorativa e infundada opinión acerca de ambos comisionados en una carta al ministro de Estado de Fernando VII, duque de San Carlos:

Ni uno ni otro son lerdos. El Belgrano, que era el gran general de ellos, es intrigante y no de las mejores intenciones, bien que es preciso caminar bajo el supuesto de que todos son pícaros. El segundo dicen es más bien inclinado a la pacificación, y que podría sacarse algún partido de él. Ambos salen de aquí con bastante dinero y es probable que no piensen nunca volver a América.

Villalba no había podido convencer a la princesa Carlota de que recibiera a los delegados de Buenos Aires, como lo deseaban. La poco escrupulosa señora —mal avenida hasta con su propio marido—, que parecía no recordar los tiempos en que había alentado a Belgrano a través de Felipe Contucci a luchar para convertirla en regente del Virreinato del Río de la Plata, entendía, según Villalba:

A estas gentes [los revolucionarios] se les tratase con la severidad que se merecen y se les castigase con el último suplicio, que, ciertamente, lo tienen algunos merecido; y así, ninguna condescendencia quiere tener con ellos; los cree a todos de mala fe, y en esto, no creo que su

alteza real se engañe, pero a veces obligan las circunstancias a aparentar que no se les conoce, para poder sacar algún partido.

Una estadía agradable

Belgrano pasó días reconfortantes durante su permanencia en Río de Janeiro. Le agradó la ciudad. La presencia de la Corte había traído aparejada la construcción de grandes palacios e iglesias. La actividad mercantil era importante, y el general la adjudicaba en carta a su amigo Anchorena a la libertad de comercio, que se veía favorecida cuando el gobierno «no lo quiere disponer y manejar todo por sí mismo».

Sus paseos por las rumorosas calles de la capital le deparaban sorpresas: Aquí hay caricaturas de todas especies que provocan a la risa a los que no estamos acostumbrados, y mucho más a los españoles que sabe usted tienen ideas singulares de cuanto es portugués.

En sus conversaciones con el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, coronel Sumter, y con otras personas, surgió el tema de la vacunación contra la viruela, que aún hacía estragos en muchos lugares del mundo. De inmediato, le escribió a su amigo el canónigo y doctor Saturnino Segurola:

Mi estimado amigo: el mérito de los hombres que ejercitan la caridad de un modo tan eficaz como usted es conocido por todas partes. El apellido Segurola se oye cuando se trata de los conservadores de la vacuna, y aquí he tenido, más de una vez, la satisfacción de oír los elogios del doctor que se ha distinguido y distingue en Buenos Aires por su contracción y constancia, sin embargo de haber experimentado las contradicciones de los hombres que viven a expensas de la salud de sus semejantes. Usted puede figurarse cuál habrá sido mi complacencia y lo que habré añadido con justicia y verdad. Basta.

Es preciso que usted me haga el gusto de mandar la vacuna, de cuantos modos pueda, y con la mayor seguridad a mister Tho[más] Sumter, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de Norte América cerca de esta Corte, insinuándole que yo le he hecho este encargo con todo encarecimiento. Este sujeto que nos ha distinguido a no poderse más, desea hacer experiencias por sí mismo en este país, con la vacuna verdadera, por cuanto los médicos aseguran que degenera muy prontamente en viruela, y puesto que usted puede proporcionársela, espero que me dará esta satisfacción que agradeceré muy mucho.

Los comisionados salieron de Río de Janeiro el 16 de marzo a bordo

de la fragata Inconstante —diez días antes había muerto el brigadier español Salazar, al estallarle un postema en el pecho por efecto del intenso calor—, y luego de larga y azarosa travesía llegaron al puerto de Falmouth el 7 de mayo de 1815. Allí se enteraron del regreso de Napoleón a Francia y de su entrada en París el 20 de marzo, tras ser rescatado de su exilio en la isla de Elba. También supieron de la reunión del Congreso en Viena en que las potencias europeas arbitraron los medios destinados a sacar para siempre de la escena europea al emperador de los franceses.

¿Un rey para los pueblos del Plata?

Ya en Londres, el 13 de mayo se reunieron con Sarratea. Éste les repitió lo mismo que le había expresado al Directorio: los primeros actos de Fernando VII, demostrativos de su intolerancia y de sus intenciones respecto de América, lo hacían dudar del éxito de la misión, pues seguramente el monarca no dudaría en desenvainar la espada «para subyugar con el hierro y el fuego a los mismos habitantes a cuya sangre debe el haber conservado algún derecho a esas Provincias». A su parecer, Belgrano y Rivadavia debían detener cualquier gestión a la espera de que se aclarase el panorama.

Contra lo que esperaban, los enviados no lograron ser recibidos por el primer ministro lord Castlereagh.

Sarratea había concebido la peregrina idea de desunir a la familia real española, como si no lo estuviese desde los lejanos tiempos del motín de Aranjuez, a través de la propuesta a Carlos IV, que se hallaba desterrado en la corte papal y a quien Fernando VII no dejaba

volver a España por temor a que le disputara el trono, de que impulsase a su hijo Francisco de Paula a aceptar la coronación en el trono del Río de la Plata. Para ello se había valido de un viejo conocido de Belgrano, el conde Cabarrús.

Éste esperaba respuesta de Carlos IV cuando el ex monarca y su familia habían tenido que marcharse apresuradamente de Roma ante la amenaza de la llegada en armas del príncipe Murat. Reanudó la conversación en Verona, con la presencia del también exiliado Manuel Godoy, príncipe de la Paz, quien puso en nombre del postulado tres condiciones: que si Inglaterra no auspiciaba el plan no lo entorpecería; que en el caso de que a raíz de la operación se llevaran a cabo nuevas persecuciones o que la corte de Madrid se negara a facilitar subsidios pecuniarios, se aseguraría la subsistencia conveniente, y que en el porvenir, tanto Godoy como su amante Pepita Tudó, condesa de

Castillofiel, y sus hijos, contarían con un asilo y una asignación en consonancia con su condición.

Dichos antecedentes les parecieron a Rivadavia y a Belgrano lo suficientemente dignos de ser tenidos en cuenta como para no sujetarse más estrictamente a sus instrucciones.

A dos días de llegar a Londres, el 16 de mayo, le escribieron al director supremo Alvear expresándole que se habían puesto en comunicación con Sarratea y que estaban atentos al resultado de las tramitaciones que venían realizando desde Río de Janeiro.

Ambos habían quedado satisfechos con respecto a las informaciones que les había suministrado Sarratea. Era necesario esperar la llegada de Cabarrús, quien no tardó mucho en regresar de Italia, trayendo noticias de su primer viaje, cuyo carácter se ha mencionado.

Como ahora aparecían las exigencias que Godoy había expuesto y la voluntad de Carlos IV

no se manifestaba de una manera muy decidida, Belgrano señaló más tarde en su informe:

«Yo vi que no había más que una iniciativa sin carácter de formalidad alguna». Agregaba que la cuestión no era tan sencilla como la había presentado Sarratea, pero que pese a todo no creyeron que el proyecto pudiera ser desechado de plano: «Nosotros tratamos de reflexionar sobre la materia con aquel pulso y madurez que exigía».

Contemplaron nuevamente la situación de las Provincias Unidas frente a la amenaza de la expedición de Morillo, la frialdad de Inglaterra y aun de los Estados Unidos al respecto, y las ventajas que el proyecto podría reportar:

Considerando, pues, todo esto [dice Belgrano], y teniendo también presente de que resistirnos era obrar no sólo contra lo que la razón dictaba en las circunstancias como único remedio a nuestra patria, sino que se atribuiría después a nuestra resistencia su pérdida, considerando igualmente las instrucciones que gobernaban a Rivadavia, y las que tanto a él como a mí se dirigían de hacer lo que pudiéramos por ella, y éste era el único arbitrio que se presentaba más análogo para llevarlas, como se convencerá cualesquiera que conozca el estado de Europa desde marzo de 1814 y la preponderancia de la causa de los reyes sobre la

de los pueblos desde la primera abdicación de Napoleón. Nos

resolvimos a entrar en el proyecto.

Después explica cómo se procuró poner en su quicio la cuestión para determinar su verdadera consistencia, no sin manifestar una vez más su modestia: Fue consiguiente a esto que don Bernardino Rivadavia tratase de metodizar el plan, darle existencia de un modo sólido y ponerse todo tan en orden, que a haber querido el rey, nada tenía que hacer, sino firmar; enseñó a Sarratea como había de entender las instrucciones que los tres formamos, y como se había de dirigir en su presentación al rey. En una palabra, Rivadavia fue el director del asunto como perfectamente instruido en nuestros sucesos y en atención a los conocimientos que posee y al pulso y tino que le acompaña, quedándome a mí sólo el ser escribiente del todo.

De ahí salieron los documentos que debía llevar Cabarrús en su segundo viaje a Italia, para proseguir la negociación con Carlos IV.

Las instrucciones dadas a Cabarrús decían que éste, en caso de que el Borbón manifestase vacilaciones o deseos de alterar el plan propuesto, estaba autorizado a emplear cuantos recursos fuesen posibles para su ejecución. El ex monarca debía estar convencido de que no había recelos, ya que la desmembración era inevitable, y que era imposible la reconquista de América sublevada. Todo empeño en ese sentido sería inútil. El temperamento que se proponía sólo podía ofrecer ventajas para los países a quienes interesaba. Así se pondría fin a la guerra, se salvaría la dignidad de la corona, y se daría un testimonio «a la lealtad del hemisferio y del humano y paternal designio de don Carlos en adoptar la única medida que podía salvar a los pueblos de las calamidades de la anarquía».

Un artículo adicional establecía que en caso de que el rey hubiera fallecido, según lo anunciaban periódicos franceses, Cabarrús induciría a la reina y al Príncipe de la Paz a realizar el plan, de cual estaba encargado, bajo la autoridad de un presunto mandato de última voluntad de Carlos IV, «consultando todos los medios de que aparezca esta disposición como real o efectiva, comparando bien la fecha, ajustando los decretos con la firma más auténtica del rey en el exilio, y librando un testamento que diera la última mano a la autenticidad y legalidad a lo acordado».

Si por desgracia, lo que no era de esperar, era imposible cumplir lo prevenido, el conde no debía perder momento ni esfuerzo para conseguir la evasión del Infante, que era lo principal en aquellas circunstancias.

Cabarrús portaba un largo memorial dirigido al ex rey de España por los diputados del gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, suplicándole o que se

trasladase en persona a Buenos Aires o que permitiera a su hijo Francisco de Paula a que lo hiciera él mismo con el fin de tomar por el gobierno como una soberanía independiente.

Iba también un proyecto de convenio para tratar con Carlos IV la institución de un reino en las Provincias del Río de la Plata, y la cesión de éste al Infante Francisco de Paula, con el compromiso de asignarle a él y a la reina María Luisa, en caso de enviudar, las cantidades que la corte de Madrid les negase por dar ese paso.

Al Príncipe de la Paz se le acordaba, en reconocimiento de sus buenos oficios, la pensión anual de un Infante de Castilla, cien mil duros anuales de por vida, con el juro de heredad para él y sus sucesores habidos y por haber.

Cabarrús llevaba además un extenso manifiesto declaratorio que debía presentar a Carlos IV para que lo firmara. En ese documento, dirigido a los hijos del rey, nobleza, autoridades, altos funcionarios civiles y militares, etcétera, se explicaban los motivos por los cuales cedía

«por acto libre, espontáneo y bien pensado» a favor de su hijo Francisco de Paula el dominio y señorío de los territorios que formaban el Virreinato de Buenos Aires, la Presidencia de Chile y Provincias de Puno, Arequipa y Cuzco con todas sus costas e islas adyacentes desde el Cabo de Hornos hasta el puente de… [sic: puntos suspensivos] cuyo territorio lo creía indispensable, atendida su población, para mantener la dignidad de rey y la importancia de una monarquía.

Para completar la documentación se había agregado un proyecto de Constitución inspirado en la inglesa. La nueva monarquía se denominaría Reino Unido del Río de la Plata. Se declaraba la persona del rey inviolable, y sus facultades referentes al mando de las fuerzas militares, declaración de la guerra y la paz, celebración de tratados, nombramiento de funcionarios, eran las de un jefe de Estado constitucional. Si bien se creaba una nobleza hereditaria, ésta no se hallaba exceptuada de los cargos y servicios del Estado, y podía aspirar a alcanzarla todo individuo de cualquier clase y condición, por sus servicios, talentos y virtudes. El cuerpo legislativo comprendía dos cámaras, una de la nobleza y otra en representación del común, con las atribuciones admitidas en parlamentos de países libres. «Ninguna

orden del rey sin autorización de su ministro correspondiente será cumplida», decía el artículo 12, que establecía al mismo tiempo la responsabilidad de los secretarios de Estado. Se establecía la inamovilidad de los magistrados y la creación de jueces del hecho, llamados jurados. Por último, el artículo 14, que trataba del «Común de la Nación», contenía esta declaración: «A más del reparto proporcionado y uniforme de todos los cargos y servicios del Estado, de la opción de todos a la nobleza, empleos y dignidades, y del común concurso y sujeción a la ley, la Nación gozará, con el derecho de propiedad inalienable, la libertad de culto y conciencia, la libertad de imprenta, la inviolabilidad de las propiedades y seguridad individual en los términos que clara y precisamente acuerde el Poder Legislativo».

El escudo heráldico para el nuevo reino, ideado por Belgrano, que también redactó el texto de la Constitución, tenía los colores de la bandera argentina, que eran los mismos de los Borbones españoles, como se advierte en la banda de la Orden de Carlos III.

Cabarrús llevaba, de acuerdo con un párrafo de sus instrucciones que le recomendaban soportar a los espías del ex monarca, un «memorial» en el cual se solicitaba para él autorización para poder regresar a España. También debía hacer entrega de un largo documento redactado por Sarratea.

En momentos en que iba a ponerse nuevamente en viaje, se produjo un acontecimiento que influyó en forma profunda y negativa en sus negociaciones: la batalla de Waterloo (18 de junio de 1815) que al terminar para siempre con la presencia napoleónica en Europa robusteció la alianza de los reyes y defraudó las esperanzas que había despertado el regreso del Emperador de la isla de Elba.

Cabarrús pudo comprobar en sus entrevistas con el Príncipe de la Paz y con la reina María Luisa, que Carlos IV ya no manifestaba el mismo parecer de meses atrás. En efecto, no vaciló en declarar: «Yo no faltaré a mi convenio, ni haré cosa que pueda disgustar a mi hija.

Todo sin mi intervención se compondrá». Días después afirmó que «los sucesos de Europa debían influir en los de España y mejorar la suerte de Fernando VII; que su tino y previsión eran admirables, no menos que el sistema de severidad». Proclamaba la virtud de la legitimidad admitida en casi toda Europa, y sostuvo que ella debía tenerse presente al tratar con los americanos. También aclaró que no tomaría ninguna resolución sin intervención de su hijo Fernando, y que por lo tanto no quería comprometerse, actitud de la que no participaba su

esposa María Luisa, quien consideraba que aún podía volver a sentarse en el trono español.

Señala Mario Belgrano que quizá se pueda explicar el cambio de actitud de Carlos IV en las esperanzas que abrigaba de las gestiones que realizaba en Roma un agente enviado a raíz del pronunciamiento de Valencia. Consistía en proclamar a Carlos IV rey constitucional, contando que luego alejaría a Fernando remitiéndolo a Inglaterra.

Cabarrús, que no quería abandonar las perspectivas prácticas que concebía para él en el logro de la misión, propuso, como último recurso, el secuestro del Infante para llevarlo al Río de la Plata, plan que Sarratea rechazó. Así concluyó tan complejo asunto.

La honradez de Belgrano

Mientras tanto, el 3 de abril de 1815, las tropas enviadas a combatir contra Artigas se sublevaron en Fontezuelas, al mando del coronel Ignacio Álvarez Thomas, del que Belgrano era tío político, y exigieron la destitución del director supremo Alvear, reclamo que contó con el apoyo de otros jefes militares y el respaldo del Cabildo.

Fue reemplazado por el jefe de la rebelión, quien meses más tarde, al dar cuenta al Congreso de la negociación en Europa, declaró:

La empresa estaba reducida a hacer tomar parte al rey viejo don Carlos en nuestra contienda, ofreciendo a su hijo don Francisco de Paula un trono en las Provincias del Río de la Plata con absoluta independencia de la Península.

Rivadavia, en una carta dirigida desde París al ya entonces director supremo Juan Martín de Pueyrredón el 6 de noviembre de 1816, explicó que el «interesante punto y el único que expresaban las instrucciones y al que con preferencia había siempre atendido», «era embarazar por todos los medios posibles que la España enviase contra ese país una expedición militar».

La negociación destinada a instaurar a don Francisco de Paula como cabeza de una vasta monarquía, concluyó con un desagradable incidente que tuvo por protagonistas a Belgrano por una parte y a Sarratea y a Cabarrús por la otra. Con motivo de tener que regresar a Buenos Aires, el general quiso llevar una cuenta detallada de los fondos invertidos en el asunto. Como la que presentara Cabarrús no le pareció clara, pues carecía de los documentos justificativos del segundo viaje, escribió a Sarratea para expresarle que dichas partidas le parecían exageradas y que convenía que esos fondos del gobierno

volvieran «a entrar al camino que les corresponde». Le solicitaba que resolviese el asunto para presentarlo al Directorio en forma regular, pues no era posible aparecer «en un aspecto tan poco decoroso en estas materias de interés en las que generalmente se fija la atención y hacen formar el concepto del hombre».

Sarratea se molestó cuando Belgrano reclamó los documentos e insistió sobre las cuentas de Cabarrús, expresando que para él no era hombre de bien quien presentaba cuentas sin los papeles justificativos y que había que recoger las instrucciones para que, concluido el negocio, no quedase rastro alguno que luego viniese a traicionar en una gestión que cerraba la puerta a toda negociación con España. El general agregó: He de dar cuenta al gobierno y con documentos hasta el último medio que se hubiese gastado del estado; que además era pobre y necesitaba de todo recurso, y no era regular mirar con indiferencia sus intereses.

Sarratea no le respondió como se lo había prometido, y mostró la ya mencionada carta a Cabarrús «para fomentar [expresa Belgrano] el escándalo a que se condujo».

Éste ocurrió a los pocos días. Belgrano concurrió con Mariano Miller a una cita que le había dado Cabarrús. Ya se retiraba, pasada la hora, cuando vio llegar al conde en compañía de José Olaguer. Como Cabarrús pretendiera una satisfacción por la misiva escrita a Sarratea, Belgrano contestó que «esa carta no era escrita para él, y que si le ofendían las reflexiones de ella no era él quien le hacía la ofensa, sino quien se la había enseñado, no queriendo darle otra satisfacción».

Al advertir que la discusión se acaloraba, el propio Olaguer le expresó que «hasta allí había venido como un amigo suyo», y dirigiéndose a Belgrano «protestó a nombre de todos los americanos de cualquier paso que diese». Al propio tiempo le presentó una carta de Rivadavia. «La leí [dice Belgrano], y considerando la trascendencia que traería la publicidad del hecho, viendo también que su padrino se le había vuelto en contra, me despedí».

Luego Rivadavia le refirió al general que todo había sido obra de Sarratea, quien había proporcionado a Cabarrús «hasta las pistolas por medio de su crédito, dándole un papel para que las fuese a recibir en casa de un armero, donde el mismo Sarratea las había hecho preparar».

Como Belgrano insistiese, sin éxito, para que Sarratea le remitiera la documentación que obraba en poder de Cabarrús, aquél pretendió, en

una carta, darle explicaciones sobre la inversión de los fondos, manifestando que como él había «resistido la injerencia ajena en los negocios que eran de su resorte» se abstenía de mezclarse en los de otra incumbencia, lo cual le daba doble derecho a dicha reciprocidad, reservándose dar cuenta sobre el particular directamente a la superioridad. La aprobación del gobierno en todo o parte de la inversión del saldo en favor del conde, debía recaer exclusivamente sobre él.

Belgrano le contestó a Sarratea que si él no le hubiera dado participación en el asunto y hecho firmar los documentos, y se hubiera opuesto a que contribuyese a los gastos con los fondos que habían sido asignados, dejándolo a oscuras de todo, no se vería ahora en la obligación de rendir cuenta prolija al gobierno. No aceptaba los extractos que Sarratea creía poder ofrecerle y reclamaba copias exactas para instruir debidamente al Directorio.

Tampoco admitía que se considerase el único director de sus operaciones: Le extrañaba la anunciada protesta del conde a sus observaciones, cuando pasaba partidas respecto de las cuales le había oído al mismo Sarratea oponerse. Belgrano entendía que no bastaba decir «yo pagaré» para salvar «el concepto de un hombre que ha manejado intereses, sino con el celo que se manifiesta en su administración». Y le enrostraba también que difundiera que tanto él como Rivadavia carecían de poderes, ignorando las órdenes que los regían.

Al decir de Carlos Correa Luna, Sarratea «no concedió ninguna importancia a las minucias de la rendición de cuentas» por no considerar excesivos los gastos de Cabarrús.

En cambio, Belgrano, «en materia de dineros públicos sólo se atenía a los mandatos del honor y a las ventajas del erario. Defendió una vez más y como siempre los intereses del país, legándonos hasta en este mínimo caso una ejemplar lección de honradez administrativa».

Antes de emprender el regreso a Buenos Aires, Belgrano le escribió a Rivadavia el 30 de octubre que no obstante haber dispuesto el gobierno el regreso de los dos, éste debía permanecer en Europa en razón de sus trabajos, de los que era testigo, y de las relaciones que poseía. El Directorio no estaba en condiciones de conocer las relaciones entabladas con el director de la Compañía de Filipinas, de Madrid, Juan Manuel de Gazandegui, como tampoco el estado político de Europa en el momento en que se recibía la orden.

Puesto que Rivadavia tenía pensado quedarse y pasar a Francia, entonces centro de las relaciones políticas del mundo, para continuar los pasos que tenía dados, Belgrano se permitía decirle por escrito que siguiera «con su conocido empeño y anhelo, por el bien de la Patria», mientras él llegara a Buenos Aires. Entonces informaría al gobierno, quien era de esperar que lo escuchase, a fin de que le otorgara a Rivadavia las facultades e instrucciones para el mejor acierto de su comisión, que no dudaba sería «la única que tengan que agradecer aquellas provincias».

Belgrano partió el 15 de noviembre, despidiéndose para siempre del antiguo amigo que, como dice su descendiente y biógrafo, sería uno de los primeros en honrar su memoria.

Más allá de las vicisitudes y complicaciones de la misión, parece que el general gozó de su permanencia en Europa. Para ratificarlo está su retrato, pintado por el francés François-Casimir Carbonnier, discípulo de David y de Ingres, quien dejó para la posteridad la imagen de un hombre sonrosado y sereno, ataviado según la moda de aquellos días, con el fondo de un campo de batalla y el detalle de la bandera blanca y celeste que había creado.

Belgrano se hallaba en alta mar mientras Sarratea buscaba desacreditar a Rivadavia ante la corte de Fernando VII. Subrayan Andrés Cisneros y Carlos Escudé en Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina, que las intrigas de Sarratea lograron que su misión no consiguiera ni la reconciliación con Fernando VII ni el reconocimiento real de la independencia respecto de la metrópoli.

Don Bernardino intentó entrevistarse con el ministro de Estado Pedro Ceballos, a fines de mayo de 1816 prescindiendo de Cabarrús y Sarratea. Pero la aparición, cerca de Cádiz, de una expedición corsaria proveniente de Buenos Aires, que hizo varias presas, dificultó tal encuentro. Por fin, mediante un oficio del 21 de junio de 1816, el ministro puso término a las

conferencias y le comunicó a Rivadavia que el propio rey había ordenado su salida del territorio español. El 15 de julio, aquél partía de Madrid sin haber obtenido su propósito.

Nueve años más tarde, con el evidente fin de desacreditar a quien había sido discutido ministro del gobernador de Buenos Aires, Martín Rodríguez, apareció sin pie de imprenta un opúsculo en que se reproducía el documento que las instrucciones del Directorio a los

comisionados les habían ordenado presentar: «la reverente súplica» al rey Carlos VI para coronar a su hijo don Francisco de Paula.

El país a su regreso

Al llegar Belgrano a Buenos Aires, a principios de 1816, continuaba en el gobierno Ignacio Álvarez Thomas, a quien presentó un largo memorándum sobre su actuación en Europa.

El director supremo y sus partidarios habían cometido excesos y arbitrariedades con el sector derrocado; puesto abrupto fin a las deliberaciones de la Asamblea General Constituyente, incautándose de sus archivos, y determinando la reunión de la denominada Junta de Observación que el 5 de mayo de 1815 dictó un Estatuto Provisional para vigilar y aun limitar al Poder Ejecutivo. El nuevo organismo estableció el papel de las provincias en el contexto general. Un paso importante fue la norma que establecía que los gobernadores de ellas debían ser designados por medio de electores locales y no a través del poder central. Por otro lado, en un gesto demorado durante mucho tiempo, se ordenó enarbolar en el Fuerte la bandera de Belgrano.

Álvarez Thomas, de acuerdo con lo determinado por la Junta, dispuso en la segunda mitad de 1815 la convocatoria del Congreso General Constituyente que debía reunirse en San Miguel de Tucumán. Los diputados fueron designados en las últimas semanas de aquel año o en las primeras de 1816. Las provincias intervinientes nombraron un representante por cada 15.000 habitantes.

Para la elección de la sede se habían tenido en cuenta los ingentes problemas que había afrontado la Asamblea General Constituyente por la negativa de los federales del interior a someterse a la influencia porteña. De hecho, en las famosas instrucciones del año 1813, los representantes orientales habían exigido que el gobierno no se estableciera en la ciudad de Buenos Aires. El Estatuto de 1815 había sido redactado bajo la impresión de una revolución surgida de una alianza con los federales, y la Junta de Observación había cedido a esa exigencia. De todos modos él había elegido a Tucumán porque estaba muy lejos de la influencia de Artigas, con la justificación de que la ciudad se hallaba aproximadamente en el centro del antiguo Virreinato y estaba protegida por el Ejército del Norte, cuyo cuartel general se encontraba allí.

Cabe consignar que las tropas que lo integraban, al mando del general José Rondeau, se hallaban indisciplinadas, alicaídas y reducidas a su mínima expresión luego de la derrota de Sipe Sipe, ocurrida el 28 de noviembre de 1815, a manos de las fuerzas realistas que comandaba

Joaquín de la Pezuela, quien recibiría de Fernando VII el título de marqués de Viluma por la victoria que implicó para las Provincias Unidas la definitiva pérdida del Alto Perú. El ejército había sufrido en aquel verdadero desastre militar la pérdida de más de 1.000 hombres, toda su artillería y gran parte de su parque y vehículos.

Los diputados llegaron por distintos medios, luego de recorrer desdibujados caminos y exponerse a verdaderos peligros. Faltaban los representantes de los pueblos del Litoral. En cuanto al diputado de Córdoba, asistiría por poco tiempo a las deliberaciones, que comenzaron el 24 de marzo de 1816.

Jefe del Ejército de Observación

Belgrano había arribado en un momento de gran ebullición de ideas en aquella Buenos Aires que no obstante hallarse tan lejana de la sede del Congreso sería escenario de intensas polémicas periodísticas a distancia acerca de los grandes problemas que debía tratar y resolver la asamblea. Incluso, el Redactor del Congreso Nacional, confiado a fray Cayetano Rodríguez, se imprimiría en esa ciudad desde poco menos de dos meses después de la inauguración hasta el cese de las actividades legislativas, en 1820. Previo al traslado del cuerpo a la Capital, las resoluciones llegaban para ser publicadas, según la urgencia, en diligencias o mediante mensajeros enviados en muchos casos «a mata caballos».

Pronto debería alejarse de aquel excitante clima para emprender la marcha hacia el Litoral.

El gobierno lo puso a cargo de las fuerzas que operaban sobre la provincia de Santa Fe, que había proclamado su autonomía, en reemplazo de Juan José Viamonte. Marchó hacia su nuevo destino con el título de jefe del Ejército de Observación de Mar y Tierra, y con el afán de evitar el agravamiento del conflicto.

Desde los días de Mayo la actitud de los sucesivos gobiernos había sido hostil hacia la tenencia de gobernación. Pero en 1814, la decisión del director supremo de separar de su jurisdicción el territorio de Entre Ríos para obstaculizar su ingreso a la órbita artiguista, unida a los excesos de las fuerzas que se preparaban en su territorio para atacar al caudillo oriental, habían provocado el efecto contrario.

Pronto comprendió Belgrano que los santafesinos tenían razón en sus reclamos. No sería sofocándolos militarmente como el gobierno pensaba que se lograría apartarlos de Artigas, con quien, por otra parte, consideraba necesario dialogar, lo mismo que con el gobernador federal de Córdoba.

En una de sus cartas a su «amado amigo y sobrino» Álvarez Thomas, le expresaba: No se han pasado tres días sin que escriba a usted: pero conozco los cuidados en que debe estar, y son consiguientes a las comunicaciones que le he hecho de la actual situación del país [Santa Fe] que, no hay que engañarse, es deplorable, y sin más remedio por ahora que de composición a costa de cualquier sacrificio. No oiga usted ni crea otra cosa que lo que le digo: el fuego está aún aquí

mismo. Hoy, porque nunca faltan leales, he dado un paso para cortar un desaire que se quería hacer a mi persona, olvidándose los hombres del interés público, y a su tiempo, daré otro para atajarlo completamente. Es infinito el número de los que no piensan más que en personalidades y [en] satisfacer sus pasiones. A vuestra excelencia lo miran con odio, no por su persona, sino por Soler y Dorrego; éstos son los militares; y los doctores y de capa y espada, por Tagle.

Le manifestaba la renuencia de los santafesinos a tratar con él: Creen que yo como pariente de usted lo sostendré, y el apuro es influir que la gente del otro lado no quiera tratar conmigo porque soy sospechoso. Ésta es una prueba del estado de desquicio en que todo se halla, y que no hay un objeto a que dirigir la vista. Apure al Congreso, a ver si de allí sale el remedio. No vaya usted a caer en el nombramiento de general [del Ejército del Norte] por sí, y mucho menos en mi persona; mire que se pierde y me pierde a mí también, que no tengo la más mínima idea de ser, y quiero irme a vivir con los indios.

El director no debía cerrar las puertas a un acercamiento con los federales que, como se recordará, lo habían apoyado en su levantamiento de Fontezuelas.

¿Por qué no contesta usted a Artigas? ¿Por qué no al gobernador de Córdoba? No se deje usted llevar de los consejos ni furores de la injusticia; es preciso sufrir mucho para contener la anarquía y prepararse para estar en muy diferente pie del que se está. Ya he dicho bastante de oficio; pero no me cansaré de repetirlo: atúrdase usted: apenas tengo un caballo por hombre, y se niegan todos, y los ricos más, a dar auxilios para el Ejército, ni aun con ofertas de pagar; y si se toma el arbitrio de quitárselos, peor, y más malo. Todo es país enemigo para nosotros, mientras no se logre infundir el espíritu de provincia, y sacar a los hombres del estado de la ignorancia en que están, de las miras de los que se dicen sus libertadores, y de los que los mueven para satisfacer sus pasiones […] Tropa, y más tropa es necesaria. ¿Por qué no conferencia usted acerca de nuestro estado con el Cabildo y con todas las corporaciones? Ríase usted de todo, déjese de tonterías; preséntese usted con toda franqueza y hable claramente de nuestra situación, a que nos han conducido las pasiones.

¿Será posible que no haya hombres que piensen, y sólo se contraigan al remedio que se necesita? Pero sea cual fuere el resultado, la posteridad hará a usted justicia y los hombres de bien que existen.

A tropa y más tropa, es consecuencia dinero y más dinero; porque éste

es el único medio de hacer mover esta máquina. Si yo doy celos por estar a la cabeza de ella, estoy pronto a entregarla al que quisiese. Bien puede estar seguro todo el mundo de que no me he de sentir por eso, ni me he de hacer fuerte para mandar […] Mi crédito no está tan generalizado como usted ha creído, y mi dirección no puede ser sabia; pero hay buenas intenciones, y haré cuanto esté a mis alcances. Soy solo, ni tengo quién me ayude, ni con quién consultar; todo estoy entregado a la Providencia y en ella confío.

El segundo de Belgrano era Eustoquio Díaz Vélez, su jefe de estado mayor en Tucumán, Salta, Vilcapugio y Ayohuma. Lo envió a exigir rendición a los santafesinos, pero éste acordó por su cuenta con el gobernador Mariano Vera, firmando el llamado Pacto de Santo Tomé (9 de abril de 1816).

En lo sustancial, expresaba el citado instrumento:

Se separa del mando del ejército de Buenos Aires, que se halla en el Rosario, al brigadier general don Manuel Belgrano, y lo tomará en jefe el coronel mayor Díaz Velez, en cuyo caso todas las tropas orientales y de Santa Fe quedan en verdadera unión y paz con aquel ejército, y a la disposición del coronel Díaz Vélez para retirarse del [río] Carcarañá para acá, o auxiliarle siempre que las pida, considerándolas necesarias para separar del mando de Buenos Aires al señor director y coronel mayor don Ignacio Álvarez; auxiliar aquel gran pueblo hasta que en el uso libre de sus derechos nombre nuevo gobernante.

Luego que el coronel mayor Díaz Vélez haya separado a Belgrano, pasarán a su campo los señores don José Francisco Rodríguez, jefe de los orientales por sus tropas, don Cosme Maciel y don Mariano Espeleta, comandante general de esta campaña, ambos por el territorio de Santa Fe, y reunidos con aquél en uso de los santos deseos que les animan por el bien general de estas provincias, ajustarán tratados de paz y unión verdadera, que deberán ser cuando las circunstancias lo permitan, ratificados por el gobierno de Buenos Aires, y de don José Artigas por el gobierno de Santa Fe; y unánimemente conformes firmamos dos de un tenor para su más exacto cumplimiento, y verdadera alianza, comprometiendo ambos nuestra palabra de honor y haciendo garante de este tratado a los jefes de que dependemos.

Belgrano recibió un nuevo e innecesario agravio pues fue arrestado hasta marchar a Buenos Aires.

La rebelión provocó la caída de Álvarez Thomas. Pocos días más tarde,

una comisión porteña integrada entre otros por el mismo Díaz Vélez suscribió un nuevo tratado con Santa Fe, que sería dejado de lado por el nuevo director, brigadier Antonio González Balcarce, y por el Congreso. Esta decisión daría pretexto a Artigas y al gobierno de dicha provincia para no enviar diputados a la asamblea que más tarde declararía la Independencia.

Bibliografía

Bibliografía Belgraniana; Comisión de Bernardino Rivadavia ante España y otras potencias de Europa (1814-1820), Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1933, tomo I; Contribución documental para la historia del Río de la Plata, Buenos Aires, Museo Mitre, 1913, tomos I y II; Correspondencia de Lord Strangford y de la Estación Naval Británica en el Río de la Plata con el Gobierno de Buenos Aires, Buenos Aires, Archivo General de la Nación, 1941; Epistolario Belgraniano; Reverente suplica al ex rey Carlos Cuarto: pidiéndole a su hijo adoptivo, el infante don Francisco de Paula, para coronarle en las Provincias del Río de la Plata / por los vasallos del mismo, D. Manuel Velgrano y don Bernardino Rivadavia, [Buenos Aires], 1825.

Mario Belgrano, Historia de Belgrano; ——, Rivadavia y sus gestiones diplomáticas con España (1815-1820), Buenos Aires, Imprenta de A. García Santos, 1933; Carlos Correa Luna, Rivadavia y la simulación monárquica de 1815, Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana, 1929; Andrés Cisneros y Carlos Escudé en Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina, Buenos Aires, Centro de Estudios de Política Exterior. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales-Nuevo Hacer, 1998; Carlos A. Goñi Demarchi, José Nicolás Scala, La diplomacia argentina ante la restauración de Fernando VII, Buenos Aires, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. Instituto del Servicio Exterior de la Nación, 1968; Miguel Ángel De Marco, José María de Salazar y la marina contrarrevolucionaria en el Plata; Ovidio Giménez, Época y obra de Manuel Belgrano; Edmundo A. Heredia, Planes españoles para recuperar Hispanoamérica, Buenos Aires, Eudeba, 1974; Aníbal Jorge Luzuriaga, Manuel Belgrano. Estadista y prócer de la independencia hispanoamericana; Bartolomé Mitre, Historia de Belgrano y de la independencia argentina, tomo II; ——, Nuevas comprobaciones históricas a propósito de historia argentina; Ricardo Piccirilli, Rivadavia y su tiempo, Buenos Aires, Peuser, 1960, tomo I; ——, Argentinos en Río de Janeiro. Diplomacia, Monarquía, Independencia, Buenos Aires, Pleamar, 1969.

La Independencia, la lucha civil y la muerte Si Belgrano aspiraba a

una relativa paz en Buenos Aires, después de tantas vicisitudes como las que acababa de soportar en su condición de jefe del Ejército de Observación, pronto advertiría que estaba equivocado. Sus servicios serían requeridos de nuevo, sin que nadie que no perteneciese a su círculo más íntimo advirtiese el peligroso deterioro de su salud. A los 46 años, su cuerpo estaba completamente minado, y sólo lo sostenía su espíritu a prueba de contingencias y su compromiso con la independencia americana.

Los seis años corridos desde la Revolución de Mayo, lejos de haber servido para consolidar los objetivos iniciales, habían contribuido a acentuar cada vez más la discordia entre los pueblos de esa entidad política que oficialmente se denominaba Provincias Unidas del Río de la Plata, pero que en realidad llevaba en sus respectivas realidades el germen de la desunión.

¡Cuántos desencantos para el hombre que había abandonado toda perspectiva de sosiego con el fin de improvisarse general y diplomático en pos del ideal de emancipación y desarrollo para su patria!

Hacia Tucumán

Juan Martín de Pueyrredón, que se hallaba en Tucumán como diputado ante el Congreso en representación de la provincia de San Luis, y que había sido designado por éste director supremo de las Provincias Unidas, consideraba necesario que Belgrano asumiera el mando del Ejército del Norte. A la vez que se hiciera cargo de aquel conjunto de hombres sin brújula comandado por un jefe al que ya no respetaban, Rondeau, el general, podría informar al Congreso sobre la situación europea y acerca de las negociaciones en las que había tomado parte.

El 17 de mayo, el director le escribió a Belgrano para decirle que era preciso salvar la Patria de los conflictos que padecía:

El ejército del Perú reclama con ejecución un orden y organización que vuestra señoría está destinado para dárselo y para llevarlo a la victoria […] Apresure vuestra señoría cuanto sea posible sus marchas y reserve el objeto de su venida.

En una carta a Tomás Guido, el diputado por Buenos Aires José Darragueira le hizo saber los motivos de la convocatoria. El director tenía «los mejores sentimientos hacia las personas de juicio, talento e influjos, para que lo ayuden a dirigir la opinión». Por eso había llamado a Belgrano: «de todas partes, aún del mismo ejército lo aclaman por general, como único capaz de establecer el orden y la disciplina militar enteramente perdida». La

designación se hacía a pesar de «los antecedentes de enemistad entre ambos, y con todo ha sabido prescindir de ello Pueyrredón, y dar lugar al mérito de su rival».

Don Manuel se puso en marcha después de responder a Pueyrredón el 11 de junio: Mi conato ha sido siempre por la causa sagrada de la Patria; pero no me asisten los conocimientos ni virtudes, para salvarla de los conflictos en que se halla; y vuestra excelencia al fijar la vista en mí para tan ardua empresa, me ha honrado cual no merezco, y puéstome en necesidad de manifestarle que no alcanzan mis luces al desempeño de objeto de tanto tamaño; sin embargo, cumpliré la orden de vuestra excelencia que he recibido este día de marchar inmediatamente a Tucumán a cuyo efecto he pedido los auxilios que he creído convenientes, no para hacerme cargo del mando del ejército del Perú, sino para dar una prueba de mi obediencia a la orden, ya

pública, de vuestra excelencia de mi traslación a dicha ciudad y no dejar de encontrarlo en ella, como vuestra excelencia me significa.

Apenas Belgrano llegó a Tucumán, el director lo comunicó al Congreso, pues podía ser importante «que adquiriese de él para los altos objetos a que se halla contraído, los conocimientos que naturalmente deben haberle proporcionado las interesantes comisiones que acaba de desempeñar». En caso de que el cuerpo coincidiera con esas ideas, Pueyrredón esperaba órdenes para adoptar los recaudos que permitieran aprovechar la permanencia del general en la ciudad.

La opinión de San Martín había pesado entre los congresales con respecto a la designación de Belgrano como jefe del Ejército. Desde su despacho de gobernador intendente de Cuyo le había escrito estas palabras a su amigo Tomás Godoy Cruz, que representaba a Mendoza en el Congreso:

En el caso de nombrar quien deba reemplazar a Rondeau yo me decido por Belgrano; éste es el más metódico de los que conozco en nuestra América, lleno de integridad y talento natural. No tendrá los conocimientos de un Moreau o Bonaparte en punto a milicia, pero créame usted que es lo mejor que tenemos en la América del Sur.

Belgrano informa en sesión secreta

El 6 de julio Belgrano entró al salón de la casa que Pedro Antonio de Zavalía y Andía había recibido como dote de su casamiento con Gertrudis Laguna y Bazán, donde sesionaba el Congreso, para «presentar sus exposiciones sobre el estado actual de Europa, ideas que reinaban en ella, concepto que ante las naciones de aquella parte del globo se había formado de la revolución de las Provincias Unidas, y esperanzas que éstas podían tener de su protección, de todo lo cual lo creía ilustrado después del desempeño de la comisión a que fue destinado».

El general, con tono firme y persuasivo, manifestó, según registra el acta respectiva: Aunque la revolución de América en sus principios, por la marcha majestuosa con que empezó, había merecido alto concepto entre los poderes de Europa, su declinación en el desorden y anarquía continuada por tan dilatado tiempo había servido de obstáculo a la protección que sin ella se habría logrado de dichos poderes, debiéndonos contar reducidos a nuestras propias fuerzas.

Después entró de lleno al tema de la forma de gobierno, manifestando que se había producido «una mutación completa de ideas en Europa»:

Como el espíritu general de las naciones en años anteriores, era republicarlo todo, en el día se trataba de monarquizarlo todo. Que la Nación inglesa con el grandor y majestad a que se ha elevado, no por sus armas y riquezas, sino por una constitución de monarquía temperada, había estimulado a las demás a seguir su ejemplo. Que Francia la había adoptado, que el rey de Prusia por sí mismo y estando en el goce de un poder despótico había hecho una revolución en su reino y sujetádose a bases constitucionales, iguales a las de la nación inglesa y que esto mismo habían practicado otras naciones.

Agregó que conforme a estos principios, consideraba que la forma de gobierno más conveniente para estas provincias era una monarquía temperada, y que había que llamar a la dinastía de los Incas, «por la justicia que envolvía la restitución de esta casa», y por el entusiasmo general que provocaría la noticia entre los habitantes del interior.

Seguidamente se refirió a la necesidad de «robustecer nuestros ejércitos» porque España tendría siempre más poder que las Provincias Unidas no obstante lo que había sufrido ante la invasión francesa, a pesar de sus discordias y de la poca probabilidad de ser auxiliada por

Inglaterra. Apenas cesara sus desórdenes interiores vendrían a «devorarnos».

Luego rememoró las razones de las disidencias entre España y Portugal y afirmó que no había que temer la venida de tropas portuguesas al Brasil ni que el ahora rey Juan VI las usara contra el Río de la Plata pues «era sumamente pacífico y enemigo de conquista».

En carta a Rivadavia, le explicaría el tono de su exposición ante los congresales: Yo hablé, me exalté, lloré e hice llorar a todos al considerar la situación infeliz del país. Les hablé de monarquía constitucional, con la representación soberana de los incas: todos adoptaron la idea.

En esto último estaba equivocado, a estar por el relato que de la sesión hizo su amigo Tomás Manuel de Anchorena, quien manifestó que los diputados de Buenos Aires se sintieron particularmente sorprendidos, aunque la idea fue acogida con satisfacción por

quienes él llamaba «los cuicos» (collas del Altiplano, en sentido peyorativo), y por otros diputados provinciales. El entusiasmo de éstos fue tan marcado que para «evitar una dislocación general en toda la República, y bien persuadido de que conducido el negocio con sagacidad y prudencia al fin quedaría en nada», los porteños propusieron «tratarlo con toda circunspección, discutiéndolo públicamente en sesiones extraordinarias, que se fijaron a la noche para que todo el mundo pudiese asistir a la barra». Esta dilación dio tiempo a que pasara el primer entusiasmo. Entre los opositores al proyecto, que fue tratado con detenimiento en el Congreso, manifestó su elocuencia republicana fray Justo Santa María de Oro. San Martín, que era partidario de una monarquía constitucional y reclamaba desde Cuyo la pronta declaración de la Independencia, se inclinaba por coronar a un príncipe europeo. Rivadavia, por su parte, también manifestó su desaprobación hacia la idea de Belgrano cuando le llegó la noticia mientras se hallaba en Europa.

Con respecto a la coronación de un inca como rey de las Provincias Unidas, varios contemporáneos señalan que el general tuvo una finalidad práctica: promover la rebelión de los aborígenes del Alto Perú contra los realistas. Al reconvenirlo Anchorena privadamente «por una ocurrencia tan exótica que los había expuesto a peligro de un trastorno general en toda la República», Belgrano le respondió que lo había hecho con aquel objeto.

Por su parte, Álvarez Thomas, al recordar esta cuestión, manifestó «que aun hizo circular la idea de que se trataba de establecer una monarquía en los vástagos dispersos de los incas.

Esto tendía evidentemente a propagar la deserción en las filas enemigas, cuya gran mayoría era compuesta con infelices indígenas arrancados con violencia de sus hogares».

Otra persona íntimamente vinculada con Belgrano, el comerciante José Celedonio Balbín, expresó:

Si es verdad que propalaba con empeño esto [es] porque tenía en vista un objeto político de grande importancia. Él creía que llegando esta noticia al Alto Perú se haría allí una gran revolución contra los españoles, pues no hay quien ignore que los indígenas han soñado siempre, sueñan y soñarán con el Inca mientras dure el mundo, tradición que va pasando de abuelos a nietos.

Y refiere que Belgrano, al narrarle una visita del diputado por Santiago del Estero, doctor Uriarte, para que hiciera uso de toda su influencia a fin de que se implantaran en todas las provincias, incluso Buenos Aires, escuelas de lengua quechua, «para que con el tiempo fuera el idioma nacional, puesto que él tenía el proyecto de coronar al Inca, el general reíase mucho, exclamando: “¡Qué clérigo tan inocente! ¡Qué cándido!”»

También Güemes, por influencia de Belgrano, se manifestó partidario de coronar un descendiente de los incas. La idea, conocida en Buenos Aires, contó con un entusiasta

partidario en el redactor del periódico El Censor, el cubano José Antonio Valdés, y con un detractor decidido en José Pazos Silva, desde La Crónica Argentina, quien se inclinó por la monarquía constitucional, pero jamás en manos de un príncipe incaico, solución de la que se burlaba, quizá porque habían sido los opresores del pueblo aimara al que pertenecía. La hoja de este personaje, a quien Mitre describe con tonos oscuros, se ensañó repetidamente con el autor de la iniciativa.

Proclamación de la Independencia

La circunstancia de hallarse en Tucumán para informar al Congreso le proporcionó a Belgrano la satisfacción de ver proclamada por fin la Independencia.

El 9 de julio, «en un día claro y hermoso», según Paul Groussac que dice haber visto esa referencia en un manuscrito que conservaba la familia Aráoz, ante un público numeroso

«en que por primera vez se confundían nobleza y plebe» llenando el salón y las galerías adyacentes, el diputado por Jujuy, doctor Sánchez de Bustamante, pidió que se diera prioridad al proyecto de «deliberación sobre libertad e independencia del país». No hubo discusión, y a la pregunta de si deseaban que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España, los diputados contestaron con una exclamación unánime: «sí queremos». La votación individual, registrada por el presidente doctor Francisco Narciso Laprida y los secretarios doctores Medrano y Paso, resultó unánime.

La celebración fue dejada para el día siguiente. A las 9 de la mañana, los diputados y demás autoridades se dirigieron en corporación al templo de San Francisco. Los encabezaba el director supremo Pueyrredón, próximo a partir para su sede y conferenciar a su paso con el general San Martín, que lo esperaría en Córdoba. A ambos lados iban Laprida y el gobernador Aráoz. A lo largo de las tres cuadras que separaban la casa del Congreso de la iglesia, formaban en doble hilera las tropas de la guarnición. En la plaza había mucho pueblo reunido, con evidentes muestras de contento.

El congresal por La Rioja, doctor Pedro Ignacio Castro Barros, tuvo a su cargo la misa solemne y el sermón, que pronunció con la viril entonación que lo caracterizaba. Entre salvas y música la comitiva se dirigió a la casa del gobernador, donde sesionó brevemente el Congreso pues en su salón se preparaba un baile, para conferir a Pueyrredón la jerarquía de brigadier y nombrar a Belgrano general en jefe del Ejército, en reemplazo de Rondeau.

Varios de los asistentes le narraron al entonces profesor de la escuela normal los detalles de aquella fiesta inolvidable. Belgrano habría conocido allí, según Groussac, a la mujer que lo enamoraría: Dolores Helguero.

Se danzó con entusiasmo a los sones de un violín y un pianoforte, para coronar la celebración por la decisión de ser independientes.

El 25 de julio tuvo lugar una singular ceremonia. El sueco Jean Adam Graaner narró en su informe al príncipe Bernadotte, antiguo mariscal de Napoleón y monarca del país nórdico, que la ceremonia se cumplió en el campo de batalla de Tucumán, donde «se reunió un pueblo innumerable».

Más de 5.000 milicianos de la provincia se presentaron a caballo, armados de lanzas, sables y algunos con fusiles; todos con las armas originarias del país: lazos y boleadoras […] Allí juraron ahora, sobre la tumba misma de sus compañeros de armas, defender con su sangre, con su fortuna y con todo lo que fuera para ellos más precioso, la independencia de su patria.

Todo se desarrolló con un orden y disciplina que no me esperaba. Después que el gobernador de la provincia dio por terminada la ceremonia, el general Belgrano tomó la palabra y arengó al pueblo con mucha vehemencia prometiéndole el establecimiento de un gran imperio en la América meridional, gobernado por los descendientes (que todavía existen en el Cuzco) de la familia imperial de los incas.

El Congreso había declarado ya que la bandera de Belgrano era el símbolo oficial de las Provincias de la Unión.

El mando del Ejército

Belgrano se hizo cargo de sus funciones el 7 de agosto, en Las Trancas. Después de incitar a las tropas a observar siempre la subordinación y trabajar por la independencia, dispuso que las fuerzas marcharan a Tucumán, acantonándose en la Ciudadela, que había mandado construir años atrás San Martín, mientras la caballería se establecía en el campo de Lules.

Rondeau se retiró profundamente herido, y paralelamente se produjo el apartamiento de varios jefes, como French, Pagola, Rojas y otros, que no quisieron servir con el nuevo comandante. Esta decisión, lejos de incomodar a Belgrano, le permitió imponer más rápidamente el orden y la disciplina.

Obtuvo el concurso del coronel mayor Francisco Fernández Cruz, que asumió las funciones de mayor general, y de un grupo de oficiales que se habían formado junto a él, como Juan Bautista Bustos, José María Paz, Gregorio Aráoz de La Madrid y el coronel Francisco Antonio Pinto, futuro presidente de Chile.

El ejército contaba apenas con 2.422 hombres, y poseía 12 cañones. Su general en jefe sabía que no podía obtener mayores refuerzos. Estaba persuadido de que el director supremo

dedicaría sus energías a cristalizar el plan continental de San Martín, que implicaba una forma más eficaz y concreta de poner fin a la dominación española.

Recuerda Aráoz de La Madrid:

Para que pueda formarse una idea del carácter y de la reputación que tenían ambos generales en el ejército, referiré lo ocurrido en Trancas, así que se supo la llegada y recepción del mando del primero. El señor Rondeau, que era por lo demás un excelente sujeto en todo sentido, no era respetado en el ejército por su excesiva tolerancia y bondad, por cuya razón había poca subordinación hacia él, en la mayor parte de los jefes; así fue que casi todos habían llevado una conducta irregular mientras anduvieron en el Alto Perú.

En el momento de saberse en Trancas que el general Belgrano se había recibido del mando del ejército y que pasaba a revistar los cuerpos allí existentes, hubo un zafarrancho general en el acto, pues no quedó una

sola mujer en el ejército, porque todas salieron por caminos extraviados. Tal era la moral y disciplina que había introducido en él cuando lo mandó por primera vez; tal el respeto con que todos lo miraban.

Posesionado de la Ciudadela, Belgrano puso a trabajar a los cuerpos de milicias en la construcción de cuarteles para alojar al ejército. Además «mandó que cada uno de los escuadrones y cuerpos de aquéllas sembrase una cantidad de maíz, zapallos y sandías para el ejército y distribuyó además una especie de ganado, mensual, a todos los acusados según sus facultades y cuyos servicios fueron prestados sin repugnancia por largo tiempo».

Pronto restituyó la disciplina, en algunos casos sin miramientos y aun mandando fusilar.

Expresa José María Paz:

El general Belgrano se contrajo con toda la eficacia de su celo a establecer una rigurosa disciplina, y, por más que me cueste ejercer la censura sobre los actos de este gran ciudadano, debo en obsequio de la verdad decir que, generalmente, se dejaba llevar de su celo más allá de lo regular. Por ejemplo, exigía de los oficiales una especie de disciplina monástica y castigaba con severidad las menores transgresiones: mandó que desde las diez u once de la noche no pudiesen estar fuera de sus cuarteles, lo que era muy difícil que tuviera entero cumplimiento en un pueblo en que estaban llenos de relaciones, las que no podían cultivar de día por tenerlo todo ocupado; acostumbraba disfrazarse e introducirse de incógnito en los cuarteles, con demasiada frecuencia y llegó a descender a la investigación de actos privados, que deben estar fuera del alcance de la autoridad. Pero éstos son muy pequeños defectos en presencia de su gigantesco mérito y de sus sublimes virtudes, que sin duda resaltarán más al lado de tan diminutos lunares.

En torno a la misma cuestión, manifestaría Tomás de Iriarte, quien después de participar en las luchas contra Napoleón en España se había embarcado hacia América como oficial del ejército realista, hasta lograr abandonarlo durante una de las marchas de éste sobre Salta: Lo único que yo no podía aprobar de los actos del general Belgrano era el rigor con que trataba a los jefes y oficiales […]; éstos eran aherrojados y recluidos en calabozos como el último soldado […] Belgrano se apercibió sin duda del mal efecto que produjo en mi ánimo, y un día me dijo: «amigo Iriarte, yo conozco bien a nuestros paisanos, créame usted, pero sin este rigor que mi corazón y mis

principios repugnan, no se podrían hacer buenos soldados de los americanos; es preciso que pase todavía mucho tiempo para que el punto de honor sea el móvil de sus acciones; las masas están muy atrasadas en nuestro país, no tenemos costumbres».

Los hábitos del general

También evoca Iriarte la permanente actividad del general, que no se daba tregua en pos del cumplimiento de sus funciones:

La vida que hacía Belgrano era tan activa y vigilante como si estuviese acampado frente al enemigo; una parte del día la dedicaba al descanso, la otra al estudio; por la noche no dormía, montaba a caballo acompañado de un ordenanza, recorría los cuarteles y patrullaba en la ciudad por ver si encontraba algún individuo del ejército. Si tal sucedía, la corrección era fuerte porque todos estaban obligados a dormir en la ciudadela, y en la clase de oficiales como por compañía. Yo lo acompañé algunas veces en estas excursiones nocturnas; él gustaba mucho de mi trato y solía invitarme a largas conferencias, en las que le daba mis ideas y noticias sobre el ejército español y sus principales jefes. Como yo entonces acababa de salir del seno de los liberales españoles, entre los que me había educado, los creía sinceros, pero Belgrano me repetía: «desengáñese usted amigo, Iriarte, los liberales son tan enemigos nuestros, o más, que los serviles». Él tenía razón; yo lo he conocido después. Por la mañana era yo mismo el que lo acompañaba a almorzar; y entonces se presentaba el general Cruz a recibir órdenes; alguna que otra entraba La Madrid, que era su predilecto.

Fuera de estos dos sujetos, ningún otro entraba a aquella hora. Después de almorzar, despachaba, leía y se acostaba hasta que le servían la comida. Los edecanes de servicio se sentaban a la mesa. Después de comer iba a recrearse al jardín, y yo solo lo acompañaba.

Allí hablábamos del país, del estado de la guerra, y era en estas ocasiones cuando me favorecía confiándome sus secretos sobre asuntos importantes a la causa pública.

Por su parte, José Celedonio Balbín traza esta pintura del aspecto físico y costumbres de Belgrano en los días en que comandaba el Ejército:

El general era de regular estatura, pelo rubio, cara y nariz fina, color muy blanco, algo rosado, sin barba; tenía una fístula bajo un ojo —que no lo desfiguraba porque era casi imperceptible—; su cara era más bien de alemán que de porteño. No se lo podía acompañar por la calle porque su andar era casi corriendo; no dormía más que tres o cuatro horas, montando a caballo a medianoche, en que salía de ronda a

observar al ejército, acompañado solamente de un ordenanza. Era tal la abnegación con que este hombre extraordinario se entregó a la libertad de su patria, que no tenía un momento de reposo. Nunca buscaba su comodidad; con el mismo placer se acostaba en el suelo que en la mullida cama […] Se presentaba aseado, como lo había conocido yo siempre, con una levita de paño azul, con alamares de seda negra, que se usaba entonces, su espada y su gorra militar de paño. Su caballo no tenía más lujo que un gran mandil de paño azul, sin galón alguno, que cubría la silla y que estaba yo cansado de verlo usar en Buenos Aires a todos los jefes de caballería.

Todo el lujo que llevó al ejército fue una volanta inglesa de dos ruedas, que él manejaba, con un caballo y en la que paseaba algunas mañanas acompañado de su segundo el general Cruz. Esto llamaba la atención porque era la primera vez que se veía en Tucumán. En los días clásicos, en que vestía uniforme, se presentaba con un sombrero ribeteado con un rico galón de oro que le había regalado el hoy general Tomás de Iriarte […] La casa que habitaba, y que el general mandó construir en la Ciudadela era de techo de paja, dos bancos de madera, una mesa ordinaria, un catre pequeño de campaña con delgado colchón que siempre estaba doblado, y la prueba de que su equipaje era muy modesto fue que, al año de haber llegado, me hizo presente que se hallaba sin camisas y me pidió le hiciese traer de Buenos Aires dos piezas de Irlanda de hilo, lo que efectué. Se hallaba siempre en la mayor escasez, así que muchas veces me mandó pedir cien o doscientos pesos para comer. Lo he visto tres o cuatro veces, en diferentes épocas, con las botas remendadas, y no se parecía en esto a ningún elegante de París y Londres.

El mismo Balbín recuerda su rectitud acrisolada:

El general era muy honrado, desinteresado, recto, perseguía el juego y el robo en su ejército; no permitía que se le robase un solo peso al Estado, ni que se le vendiese más caro que a los otros. Como yo le había hecho a él algunos servicios, y muy continuos al ejército sin interés alguno, cuando necesitaba paños, lencería o alguna otra cosa para el ejército, me llamaba y me decía: «Amigo Balbín, necesito tal cantidad de efectos, tráigame las muestras y el último precio, en la inteligencia de que, a igual precio e igual calidad usted es preferido a todos, pero a igual calidad y un centavo menos, cualquier otro».

Preparación de las fuerzas

Los frutos alcanzados en la organización y disciplina fueron objeto de esta evocación de Iriarte:

El general hizo un alarde militar de su ejército para que yo lo conociese […] La fuerza total consistía en 2.500 hombres de todas las armas; maniobraban regularmente y reinaba entre ellos la más severa disciplina. El equipo era pobre pero bien tenido: se dejaba ver el aseo y un sistema regular de economía. El coronel mayor Cruz, era jefe de estado mayor. Este cuerpo era puramente práctico, y no había un solo oficial científico. El teniente coronel Ramírez era el comandante general de artillería, oficial adocenado, sin conocimientos y poco a propósito para campaña; los oficiales todos de este cuerpo eran practicones sin escuela, pero podían desempeñar muy bien el servicio de campaña.

En la maestranza se construían buenas hojas de espada, de excelente temple. El general quiso obsequiarme con una que mandó hacer y montar con esmero, y en ella hizo grabar mi nombre. Yo conservé este presente hasta el año 20, en que lo perdí cuando fui hecho prisionero en las calles de Buenos Aires.

Belgrano debió actuar con energía frente a una revolución que estalló en Córdoba contra el gobernador de la provincia José Javier Díaz, encabezada por su yerno, el oficial partidario de Artigas Juan Pablo Bulnes, quien consiguió apoderarse de la situación.

El general propuso, para lograr éxito, marchar con todo el ejército de su mando, reforzado con las milicias de Santiago del Estero, además de poner en movimiento cuatrocientos hombres en La Rioja. Confiaba en que también se desplazaría con ese objeto el Ejército de los Andes.

Consideraba que si se lograba la unión de ambas fuerzas, se «impondrían para no dejar obrar a los revolucionarios y todo lo allanarían sin efusión de sangre».

Ambos ejércitos [explicaba al gobierno] podrían entonces sofocar la revolución y el desorden de Santa Fe, puerta importantísima, y que desconfío se trata de mantener abierta o para el extranjero o para destruir esa provincia y su capital, introduciendo el juego del desorden de la otra banda del Paraná y del Río de la Plata. Todo esto ciertamente va a aumentar nuestro deplorable estado, pero lo hallo de

tanta necesidad que no es posible que hallándose esos países en la convulsión en que están, pueda el ejército de los Andes ni éste dar un paso adelante con seguridad.

Estaba convencido de que con elementos de poca importancia no se conseguiría dominar a los insurgentes, y que era necesario en esta clase de guerra emplear cuanta fuerza hubiese disponible, para «hacer conocer a los pueblos que toda ella obrará unida para sujetarlos al orden».

Por este medio no sólo se conseguiría la destrucción de la anarquía, sino imponer al extranjero que invade nuestro territorio —se refería al avance del general portugués Lecor

sobre la Banda Oriental—, «y que acaso intenta introducirse hasta el corazón de él, como lo verificará si seguimos en la desunión en que nos hallamos».

Pero no podía, agregaba Belgrano, olvidar las malas condiciones en que se encontraba su ejército, ni las noticias del «movimiento hecho por el gobernador de Salta sobre el enemigo, y cuyas resultas aún ignoro: su apoyo está en el ejército de mi mando para todo evento desgraciado que podría alentar al enemigo a movimientos ulteriores y de ventaja». Por eso pedía instrucciones para evitar pasos contradictorios, dado que era indispensable la unidad en la conducción.

El director supremo Pueyrredón dispuso que Belgrano, en caso de que no tuvieran éxito las gestiones pacíficas confiadas al deán Funes y al doctor Manuel Antonio Castro para que los insurrectos depusieran las armas, empleara las tropas necesarias con el objeto de sofocar el movimiento. El general le ordenó al mayor Francisco Sayos que marchara sobre la provincia mediterránea con una fuerza de granaderos que estaba alistando en Santiago del Estero.

Reforzado con otras tropas, dicho jefe consiguió derrotar a Bulnes el 8 de noviembre de 1816. Pese a ello, éste provocó otro motín, que fue reprimido.

Poco más tarde estalló otro movimiento, esta vez en Santiago del Estero. Su jefe fue el comandante Juan Francisco Borges, oficial valiente y digno, que había conseguido el concurso del capitán Lorenzo Lugones, perteneciente al Ejército del Norte, y de Lorenzo Gonsebat. Depuesto el gobernador, proclamó la independencia de la provincia. Belgrano fue encargado de reprimir la insurrección. Envió

un destacamento a las órdenes de La Madrid, quien dispersó a los sublevados y apresó a Borges.

En cumplimiento del decreto de 1º de agosto que calificaba como enemigo del Estado e imponía la pena de expatriación y aun la de la muerte, al que «promoviese la insurrección o atentase contra el director supremo y demás constituidas o que se constituyeron en los pueblos», el general ordenó el fusilamiento de Borges, que tuvo lugar el 19 de enero de 1817. Lugones y Gonsebat obtuvieron el perdón gracias a la intervención del teniente coronel José María Paz, quien criticó en sus Memorias la dureza de Belgrano para con Borges y elogió su benevolencia para los otros dos.

El Congreso había realizado su última sesión en Tucumán el 17 de enero de 1817, para trasladar la sede de sus deliberaciones a Buenos Aires.

Belgrano quedaba solo, junto a Güemes, para defender los lindes patrios en el norte y contener a los realistas que avanzaban sobre Salta, con la amenaza de que se produjeran nuevos movimientos revolucionarios a sus espaldas.

Eficacia de la Guerra Gaucha

Güemes y sus gauchos se convirtieron en la única fuerza efectiva para detener a los realistas, mientras el Ejército del Norte se adiestraba sin lograr los recursos indispensables para encarar una ofensiva. El mariscal José de la Serna había partido desde Lima al mando de 5.500 veteranos, con el objeto de llevar una marcha incontenible que se prometía detener sólo cuando lograse recuperar la ciudad de Buenos Aires para España. Después de derrotar y ejecutar a fines de 1816 a los coroneles Manuel Asencio Padilla e Ignacio Warnes, ocupó Tarija y Jujuy. Pero Güemes lo dejó incomunicado con sus bases ocupando Humahuaca el 1º de marzo de 1817, tras vencer a uno de sus regimientos en San Pedrito dos meses antes.

Los patriotas dejaron sin víveres a Jujuy, a pesar de que tan drástica medida repercutía sobre las familias de buena parte de los combatientes. Los gauchos, impertérritos frente al fuego enemigo, llegaron a las propias defensas construidas por los realistas quienes finalmente tuvieron que retirarse.

Belgrano había enviado para cooperar con Güemes al teniente coronel La Madrid, quien tenía la misión de sublevar a las localidades ubicadas a retaguardia del ejército adversario.

Comandaba 400 hombres escogidos, entre soldados de caballería e infantería, y llevaba dos piezas de artillería. Dichos efectivos debían llegar hasta Oruro de modo que La Serna se viera obligado a fraccionar sus tropas para combatir a las fuerzas veteranas y a la población civil. Además, el general en jefe remitió un regimiento hacia el río del Valle, al sudeste de Salta, para cooperar con Güemes en la persecución del enemigo cuando se retirase.

Luego de soportar múltiples ataques por sorpresa, los realistas lograron entrar en esa ciudad el 15 de abril de 1817, pero les costó sostenerse pues la provincia en masa se hallaba en guerra contra ellos.

La Madrid, que había obtenido algunos pequeños triunfos, debió retirarse y se reunió con tropas a las órdenes de jefes dependientes de Güemes. El díscolo carácter de aquel jefe provocó enseguida problemas con éstos, y el ya coronel mayor gaucho le ordenó que regresara a Tucumán, donde Belgrano excusó su accionar.

Para entonces llegaron noticias provenientes de Chile que aconsejaron

a La Serna retroceder en combate hasta Tupiza.

La victoria de Chacabuco retempla el espíritu de Belgrano
Durante todo ese tiempo Belgrano había intentado sostener desde Tucumán los esfuerzos de Güemes, enviándole algunos elementos con que mitigar el hambre y la desnudez de sus gauchos. En sucesivas cartas, el general había procurado transmitir su entusiasmo a quien llamaba su «compañero y amigo querido».

Nueve días después de la victoria de Chacabuco, que alcanzara su admirado San Martín a pocas jornadas del cruce de los Andes, el comandante en jefe del Ejército del Norte recibió tan reconfortante noticia de la pluma de su antiguo subordinado y ahora gobernador intendente de Cuyo, Toribio de Luzuriaga. Respondió con satisfacción: Ha sido del mayor contento para este Ejército, todos sus oficiales y jefes, no menos que para todos estos habitantes la noticia de la victoria de Chacabuco, que acabó el valor distinguido del excelentísimo Señor José de San Martín, dignísimo general del Ejército libertador de Chile, que vuestra señoría se sirve comunicarme con fecha 16 del corriente, y que tuve la satisfacción de recibir el 22 en la noche, en cuya hora de las once de ella se anunció por repique general y el pueblo de suyo se iluminó.

Al felicitarlo junto al pueblo mendocino, le daba las gracias «por la prontitud de sus avisos, que han dado nueva vida al espíritu público y excitan a nuevas empresas que concluyan con nuestros enemigos».

El mismo día le escribió a San Martín:

Los pueblos y el ejército de mi mando, llenos de júbilo y contento, ven en vuestra excelencia al libertador de Chile, y le dan las gracias por el beneficio que deben a sus nobles esfuerzos, felicitándolo conmigo, igualmente que a sus compañeros de armas, que han sabido seguir las huellas que vuestra excelencia les trazó para cubrir de glorias las armas de la Nación, sacar de la opresión a nuestros hermanos y afianzar para siempre la independencia de América del Sur.

Esperaba que las glorias alcanzadas por el Ejército de los Andes, en las que tanta parte había tenido el pueblo cuyano, retemplaran el ánimo de las fuerzas de su mando y contagiaran de entusiasmo a los habitantes de las provincias del norte. La noticia de la captura de las principales autoridades realistas de Chile era digna del júbilo que experimentaba. Así se lo manifestó a Luzuriaga el 14 de marzo: Todos son consiguientes muy naturales de la recuperación gloriosa del reino de Chile, y si unos y otros me llenan de la más plena complacencia, no

me lo causan menos los grandes sacrificios que ha debido a las provincias de Cuyo, que vuestra señoría dignamente manda,

[en] tan alta empresa. El ejército de que tengo el honor de ser jefe, quedará impuesto de todo, y espero que con tan bellos ejemplos, auxiliado al modo que el de los Andes, no olvidará sus deberes en las ocurrencias.

Elogio y defensa de lo militar

La inacción a que lo obligaban las circunstancias acentuaba su susceptibilidad hacia quienes no apreciaban los esfuerzos de sus subordinados y los sacrificios de la vida militar. En respuesta a J. B. Oquendo, a quien prodigaba un seco y protocolar «mi amigo», escribiría el 16 de julio de 1817 desde Tucumán:

No hay cosa más fácil en la milicia que perder el concepto; sucede una desgracia e inmediatamente cargan todos sobre el pobre jefe como a real de enemigo, sea cual fuere la causa, como si estuviera obligado a ganar en todos los momentos y circunstancias; como ha pasado esto por mí, lo sé por experiencia, sin embargo de lo que ya había visto entre españoles: somos unos pobres hombres como que somos descendientes de ellos, y no hemos adelantado un paso de los tristes y ridículos ejemplos que nos han enseñado; en la guerra, como usted sabe, se gana y se pierde, pero no por esto debemos acobardarnos; sería mejor, entonces, no haber entrado en la empresa; esto se ha de llevar al fin, espero en Dios y mi [Virgen] Generala, por medio de cuantos vaivenes presente la suerte.

Belgrano había aprendido, a lo largo de los difíciles años en que había comandado las fuerzas patriotas, que ellas podían y debían ser sostén de las instituciones y garantía de libertad en tierras propias y extrañas:

Observo que usted también está enfermo contra el ejército, ¿cómo ha podido usted creer que sólo los soldados de él, en la dispersión, sean los que hayan causado males? ¿No es usted mismo quien me ha dicho los que han motivado los de la división que fue de Padilla, y ahora está al mando de Fernández? ¿Y es posible que en cuanto se presentaron los de [La]

Madrid ya aquéllos fueron santos, y éstos pícaros? Mi amigo: conviene desterrar esas ideas, y desengañarse de que sin ejército no habrá jamás Patria; la fuerza en orden, disciplina y subordinación es la única que puede asegurarnos interior y exteriormente; todo lo demás es un error que traerá nuestra total destrucción, por más ventajas que

repentinamente aparezcan.

No quiere decir esto que en el ejército no haya hombres malos; los hay en todas partes, y aun en las comunidades de capuchinos hay anacoretas más rígidos, pero ésta no es una prueba de que estas corporaciones sean malas, así como no la es que se cometa uno u otro exceso por algún individuo del ejército para afirmar que éste es malo, que es perjudicial, que no se necesita para destruir a los tiranos y otras especies de esta naturaleza con que unos, por ignorancia, otros por malicia, y otros por aprovecharse del desorden, atacan a cuanto dice al Ejército.

Asumía luego la defensa de Aráoz de La Madrid, en cuyas virtudes castrenses confiaba de un modo que no se compadecía con la realidad, pues si éste era un hombre sin miedo, carecía de las cualidades elementales del conductor:

Poco días ha, [La] Madrid era un joven heroico, no había términos con que elogiarlo; ya, por un suceso adverso, no hay que ni cómo disculparlo por sus mismos encomiadores; no ven ya en él aquel libertador, aquel que hacía prodigios; ¿no se hace usted cargo de que éste es un engaño? ¿Por donde puede figurarse ninguno, que todos los jefes, de lo que se llaman Republiquetas, puedan compararse a un joven que hace la guerra tanto tiempo ha, y que está instruido en lo que es milicia? ¿No piensa usted que esa lección que ha tomado, mejore sus aciertos? Pues yo sí lo pienso, y creo que nos ha de dar nuevas ventajas.

En fin, mi amigo, usted debe persuadirse que desee el éxito de nuestros trabajos [para] la felicidad común; no hay para que yo haga mi apología en la materia. Predique usted que se obedezca lo que yo mando, que sea Madrid el que dirija las guerras, porque una desventura, ni muchas más me harán variar el concepto que he formado de él, y estoy cierto que ahora ha aprendido doble de lo que sabía, y procederá con otra cautela, y más provecho.

Mi doctor Oquendo: Belgrano habla a usted y crea que hasta ahora [no] ha perdido aquellos sentimientos que le conoció; orden y constancia que más pronto de lo que parece, nuestros tiranos no tendrán dónde meterse.

Los meses sucesivos de 1817 fueron angustiosos para el general. La escasez de medios apretaba cada vez más a sus hombres y le impedía cooperar con la denodada lucha de Güemes, siempre en movimiento contra los realistas.

Su correspondencia con el caudillo salteño es significativa y abundante.

También le escribía con bastante frecuencia a San Martín, a quien felicitó lleno de alegría con motivo de su brillante victoria del 5 de abril de 1818 en los llanos de Maipú.

Mantenía sus hábitos casi espartanos, aunque no rechazaba concurrir a las tertulias y saraos. En una de esas reuniones habría conocido, según se ha dicho, a la bella tucumana Dolores Helguero. No es prudente entrar en conjeturas sobre el modo y circunstancias en que ello ocurrió. La tradición oral con ciertos visos de seriedad es muy escasa. Sólo se sabe que intimaron en 1818, y que fruto de esa relación mantenida en secreto por ambos, nació el 4 de mayo de 1819 una hija llamada Manuela Mónica del Corazón de Jesús. Si bien no la mencionaría en su testamento, dejó instrucciones a su hermano el canónigo Domingo Estanislao Belgrano, a quien nombró su heredero y albacea, para que su familia velara por su hija y en el futuro le asignara su filiación. Fue reconocida como descendiente del prócer, frecuentó a sus tíos y primos y casó con un pariente, Carlos Vega Belgrano.

Cabe consignar que con anterioridad nació Pedro Rosas y Belgrano, quien en la adultez se manifestó hijo del general. Fue un importante hacendado y militar que se crió bajo la protección de don Juan Manuel de Rosas y de su esposa Encarnación Ezcurra. Se ha dicho

que fue fruto de amores ocultos del entonces jefe del Ejército del Alto Perú con una hermana de ésta, pero no existe documentación fehaciente que así lo acredite.

La guerra civil

Mientras San Martín desoía las órdenes del Directorio de abandonar su campaña libertadora para enfrentarse con las tropas federales del Litoral, Belgrano se disponía a obedecer los mandatos de la subordinación a la autoridad constituida. El Libertador no estaba dispuesto a desenvainar su sable en las luchas intestinas y poner en riesgo el plan de emancipación de América del Sur en el que estaban empeñados él y Simón Bolívar; el creador de la Bandera decidía «bajar» con la idea de que, aplastada la anarquía, resultaría más fácil apuntalar la defensa de la frontera en el norte.

En rigor, tanto contribuían a la desunión Artigas, Estanislao López, gobernador de Santa Fe y antiguo soldado de Belgrano en el Paraguay, y Francisco Ramírez, «el supremo entrerriano», como el director Pueyrredón y el Congreso, que se aprestaba a sancionar una constitución unitaria.

La pelea entre los caudillos del litoral y las fuerzas directoriales se había agudizado, con pésimos resultados para estas últimas por mala conducción militar y escasa destreza política de Pueyrredón, desde diciembre de 1817.

Belgrano dispuso que se desplazara parte de su ejército al mando del mayor general Fernández de la Cruz, a quien secundó el coronel Juan Bautista Bustos, para combinar con el jefe porteño Juan Ramón Balcarce un ataque sobre López. Bustos fue derrotado en Fraile Muerto el 4 de noviembre de 1818. En su avance sobre la ciudad de Santa Fe, que debía ser bloqueada por tierra y por río, el coronel Hortiguera, del ejército de Balcarce, fue aniquilado el 28 de ese mes, luego de sufrir una mortal estratagema.

En enero de 1819, aumentados sus efectivos, el ejército de Buenos Aires volvió a la ofensiva.

Contaba con el concurso de las tropas del Ejército del Norte, que marchaban lentamente a las órdenes de Belgrano. Según lo acordado, ambas fuerzas caerían sobre la provincia de Santa Fe. López, advertido del intento, trató de impedir la reunión desplazándose en medio de los efectivos directoriales. Con acertada visión táctica dejó unos pocos escuadrones, aproximadamente 500 hombres de su caballería vestidos con harapos pero animados por un indomable espíritu combativo, para enfrentar al coronel Juan José Viamonte, que se aproximaba a

Rosario. Mientras tanto, a principios de febrero, él con el grueso de sus paisanos en armas, unidos a los de Entre Ríos (800 jinetes comandados por el hermano materno de Ramírez, Ricardo López Jordán), y de Corrientes, aproximadamente 1.500

hombres, se dirigía contra Bustos.

Tan buenas previsiones no alcanzarían el éxito táctico y operativo logrado con anterioridad.

Habían salido para reforzar a Bustos el regimiento de Húsares, al mando de La Madrid y un escuadrón de Dragones a las órdenes de José María Paz, desprendidos del grueso del Ejército del Norte. Se reunieron con el cordobés, que marchaba desde Ranchos, donde se había colocado después de Fraile Muerto, en la Herradura (río Tercero).

Allí se mantuvieron a la defensiva, con un total de 700 hombres disciplinados a la rígida manera de Belgrano, para combinar operaciones con Viamonte. Pero López los atacó los días 18 y 19 de enero.

Dispuso la infantería y dos cañoncitos en primera línea, conservando toda su caballería a retaguardia y oculta. El terreno favorecía la defensa, y López no peleaba contra milicianos despavoridos sino con gente veterana. El primer día, frente a una carga general de la caballería federal, a la que precedió el fuego de la infantería de López, las tropas del Ejército del Norte abrieron un fuego simultáneo e intenso que hizo retroceder al santafesino. De inmediato, los escuadrones de Bustos comandados por La Madrid y Paz los atacaron al son del toque de «a degüello», persiguiéndolos durante casi un kilómetro.

Frente a la superioridad del enemigo, ya rehecho y reforzado, que procuraba batir a la caballería de Bustos aislada, ésta se detuvo y retrocedió, poniéndose bajo la protección de su infantería. Al día siguiente se repitió en forma similar el ataque de los federales, con iguales propósitos y resultados. Bustos no abandonó la posición y obligó a sus adversarios a retirarse.

Las fuerzas federales, superiores en número, sufrieron dos derrotas al combatir con las tropas del Ejército del Norte, cuya excelente preparación militar les había permitido vencerlos. No había sucedido así con los efectivos enviados desde Buenos Aires, que a pesar de ser superiores en número no habían podido triunfar. Las huestes porteñas

habían sufrido hasta entonces repetidos fracasos, porque su organización en unidades mixtas, lentas y pesadas, era ineficaz para sorprender a los federales, cuyas tropas se hallaban en todos los casos montadas. Ello les daba superioridad pues les permitía moverse y escurrirse sin cesar, además de estar preparados para envolver y cercar en campo abierto, lo mismo que para rodear poblaciones, impidiendo el reabastecimiento de las fuerzas que la defendían.

El factor moral, es decir la adhesión de los oficiales y soldados a sus jefes, también contribuía a dotarlos de una fuerza de que carecían los soldados del Directorio, productos de levas que arrancaban a los hombres de la campaña como a la gente de las ciudades de sus actividades habituales con el fin de embarcarlos en peleas para defender determinado predominio político.

En la Herradura, las fuerzas del Ejército del Norte demostraron que la mística que les había inspirado Belgrano las tornaba superiores. Bustos y sus subordinados condujeron el combate según su conveniencia, sin permitir que el enemigo usara favorablemente la superioridad y movilidad que poseía.

Dada la imposibilidad de destruir a Bustos, cuyos hombres se hallaban harapientos, como se lo expresó Belgrano al gobierno reclamando uniformes para esas tropas, ya que éste no saldría de su posición en inferioridad de condiciones, y convencido de que debía actuar con premura, López se dirigió sobre Ranchos, tal vez para amenazar a la ciudad de Córdoba.

Pero en camino supo que la vanguardia de Viamonte llegaba a Coronda, Santa Fe, por lo que se volvió para enfrentarlo. En su avance, el general porteño había llegado a Rosario y al comprobar que López se dirigía hacia el oeste, prosiguió con más rapidez y destacó de allí una agrupación de unos 400 dragones y milicianos del norte de la provincia de Buenos Aires, al mando del coronel Hortiguera. Los jinetes que había dejado López se retiraron, pero reunidas a éstos las fuerzas procedentes de Córdoba, atacaron sorpresivamente a la caballería porteña en Las Barrancas, cerca del río Carcarañá, el 10 de marzo de 1819, la vencieron y provocaron una verdadera carnicería en la persecución. Las pérdidas de Buenos Aires fueron enormes entre muertos y prisioneros.

Belgrano se hallaba detenido en Los Ranchos, actual Villa del Rosario, Córdoba. Esperaba orden de marcha sobre Santa Fe, convencido de que las tropas de Viamonte ya derrotaban al enemigo. En carta a San Martín, fechada el 5 de marzo de 1819, le decía estar seguro de que

los federales, en especial Artigas, se hallaban soliviantados por los españoles, que para él, como había señalado en carta anterior, especulaban con la posibilidad de enviar una nueva expedición al Río de la Plata.

Pero también aguardaba los vestuarios y otros elementos para su ejército que le había reclamado a Pueyrredón.

Sin embargo, a medida que pasaban los días, se convencía de que sería imposible vencer al adversario. Le escribiría a Pueyrredón:

Para esta guerra ni todo el ejército de Jerjes es suficiente.

El ejército que mando no puede acabarla, es un imposible; podrá contenerla de algún modo; pero ponerle fin no lo alcanzo sino por un avenimiento. No bien habíamos corrido a los que se nos presentaron y pasamos el Desmochado, que ya volvieron a situarse a nuestra retaguardia y por los costados. Son hombres que no presentan acción ni tienen para qué.

Los campos son inmensos y su movilidad facilísima, lo que nosotros no podemos conseguir marchando con infantería como tal. Por otra parte ¿de dónde sacamos caballos para correr por todas partes y con efecto? ¿De dónde los hombres constantes para la multitud de trabajos consiguientes, y sin alicientes, como tienen ellos? Hay mucha equivocación en los

conceptos: no existe tal facilidad de concluir esta guerra. Si los autores de ella no quieren concluirla, no se acaba jamás: se irán a los bosques, de allí volverán a salir, y tendremos que estar perpetuamente en esto, viendo convertirse el país en puros salvajes.

De nuevo sin caballería, el ejército de Buenos Aires, que no llegaba a 3.000 hombres, se vio rodeado en su campamento. Así, sin la cooperación de Belgrano, que no recibía la indicación del directorio de dejar el lugar donde se hallaba, Viamonte retrocedió sobre Rosario. Allí fue sitiado durante marzo y abril por las tropas al mando de López, y sufrió deserciones.

En medio de tan compleja situación, viajaba desde Mendoza rumbo a Buenos Aires la esposa de San Martín, Remedios de Escalada, con su pequeña hija Mercedes. Lejos de hostigarla, López le garantizó una marcha libre de dificultades hacia Buenos Aires.

Belgrano le escribió al Libertador para tranquilizarlo, diciéndole que ambas habían llegado sin novedad.

Armisticio de San Lorenzo

Finalmente, Belgrano se puso en marcha sobre la provincia de Santa Fe.

Mientras tanto, López decidió no perseguir a las tropas del Directorio con el grueso de sus fuerzas, sino mediante simples fracciones que los hostigaban. Su astucia le hacía ver el peligro. Las fuerzas del Ejército del Norte marchaban decididamente sobre su objetivo, y un escuadrón adelantado de ellas, a las órdenes de José María Paz, avanzaba con rapidez sin que los santafesinos pudieran detener a esa reducida fuerza veterana bien mandada que los rechazó y les arrebató los 300 vacunos y 200 caballos que arreaban.

Por otro lado, los gauchos de López habían interceptado cartas del director supremo a San Martín que hacían suponer que el Ejército de los Andes repasaría la cordillera para aplastar, unido con el del Norte, a la Liga del Litoral. Paralelamente, los buques de Buenos Aires cerraban a López el río Paraná, impidiéndole recibir cooperación militar desde la Mesopotamia. Artigas acababa de romper relaciones con Ramírez y lo amenazaba. Debido a ello, el Supremo Entrerriano retiró las fuerzas que había facilitado. Viamonte, aunque derrotado, había logrado retirar su infantería a salvo.

Frente a tal conjunto de amenazas, el gobernador de Santa Fe comprendió que no le quedaba otro camino que negociar un armisticio, el cual se firmó el 5 de abril de 1819, en San Lorenzo. En él se estipulaba que cada uno debía retirarse a su respectiva provincia.

Belgrano, con su ejército, tenía que retroceder hacia Córdoba, y Balcarce, que se encontraba en Entre Ríos con el objeto de atacar a Ramírez, repasar el Paraná y ubicarse en San Nicolás.

La provincia de Santa Fe se comprometía a permitir el paso de convoyes hacia el interior.

El director supremo Pueyrredón y el Congreso recibieron con agrado el armisticio, pero Artigas lo rechazó, pues no había tenido parte en él.

Belgrano, satisfecho de la solución que le había evitado cruzar las armas con los hijos de una misma patria, si bien en su correspondencia a distintos personajes los trató con dureza, le

comunicó a San Martín que se había alcanzado la paz.

Por aquellos días se manifestaron con crudeza varios síntomas de la enfermedad generalizada que lo castigaba. El 7 de abril le escribió a Álvarez Thomas, desde la posta de la Candelaria, para informarle que se hallaba afectado del pulmón y el pecho, y que sufría fuertes dolores en el muslo y pierna derechos, por lo que debía ser ayudado para desmontar.

Sin embargo, se sobreponía y continuaba al frente de las tropas. En carta al mismo Álvarez Thomas, fechada en Unión, Córdoba, el 21 de abril de 1819, le informaba sobre su visita al

«campamento de los anarquistas», y formulaba nuevamente apreciaciones acerca de las diferencias entre los milicianos y el ejército regular:

Desengañémonos, nuestra milicia, en la mayor parte, ha sido la autora, con su conducta, de los terribles males que tratamos de cortar. No pude hablar a usted sobre esta materia, ni lo que vi en su cuartel general. Nada extrañé de los que les había pasado. Mi escuela es muy diferente, en mis compañeros de armas no se conocen vicios, y los que los tengan los ocultan; vi pequeñeces que me indicaron el desorden. Tome usted el camino mío y formará valientes y amigos que lo saquen en todo trance con honor, dejando bien puesto el de las armas. Así también se convencerán nuestros paisanos de que los militares no son unas fieras devoradoras de su subsistencia. Le costará a usted puede ser [que] al principio, pero unos cuantos castigos paternales, y hacer entrar a jefes y oficiales en iguales sentimientos facilitarán a usted el camino.

En la misma carta, llamaba al gobernador de Santa Fe «mi antiguo compañero de armas».

Al decirle a su interlocutor que le había reclamado a López la devolución de un pliego que le habían interceptado, reflexionaba con noble acento:

Conozco que éstos son los rezagos de la tempestad que espero se acabe completamente, si se observan mis principios, y que todos somos hermanos.

El hambre y la desnudez mordían a sus hombres:

Siempre le tocan a este ejército necesidades y miserias [le expresaba al gobernador de Córdoba el 22 de abril]. Ya empieza a resentirse de la

falta de carne y sal. No hay dinero ni

yerba ni una sola cosa con que aliviar las privaciones y trabajos en que está viviendo, al raso, sin más abundancia que la leña, y agua bastante mala.

La severidad cedía paso a la compresión frente a lo que se vivía. En oficio a Pueyrredón (4

de mayo de 1819), exclamaba:

La deserción está entablada como un consiguiente del estado de éstos, mis pobres compañeros de armas.

Se aproximaba a la ciudad de Córdoba, donde el ejército debía detenerse según lo acordado.

Su correspondencia con San Martín, Tomás Guido y Güemes continuaba con bastante fluidez. Al segundo le manifestaba, desde Pilar, el 27 de agosto: Parece que la enfermedad me quiere dejar; llevo unos cuantos días de alivio conocido y espero que el sol, aproximándose más, me restituirá a mi antigua robustez, si me dejan vegetar siquiera cuatro meses, que son los que voy a contar de padecimientos e incomodidades.

Y al heroico salteño le decía el 10 de septiembre, después de haberle informado en mayo sobre «un fuerte ataque que he tenido al pecho y al pulmón» y que le había impedido escribir:

Voy a marchar dentro de dos días para el Tucumán a ponerme en formal curación hasta recuperar mi perfecto restablecimiento y ponerme en aptitud de trabajar, para concluir a los enemigos que nos amenazan, en unión de todos los que desean ver libre al país.

Pero la realidad conspiraba contra sus deseos. Julio A. Benencia, en un notable trabajo sobre

«La última etapa de la vida militar de Belgrano», describe cómo fue produciéndose el deterioro final, que corría parejo con los sinsabores que le tocó vivir durante el retorno y en sus últimos días en la provincia que tanto amaba.

La gravedad de la dolencia de Belgrano en los mismos días en que escribía esas cartas tan esperanzadoras obligó a que lo atendiera el médico Francisco de Paula Rivero, quien diagnosticó una «hidropesía avanzada». A pesar de su enfermedad, Belgrano no aceptó acompañar

al gobernador de Córdoba, doctor Manuel Antonio de Castro, hasta la ciudad mediterránea para ser atendido como merecía:

La conservación del ejército [dijo entonces] pende de mi presencia; sé que estoy en peligro de muerte, pero aquí hay una capilla donde se entierran los soldados y también se puede enterrar a un general.

Sin embargo, el 11 de septiembre entregó el mando al general Fernández de la Cruz y partió hacia Tucumán.

Ya en su morada, el general recibió una extensa carta en francés de madame Isabel Pichegru, quien se hacía pasar por hija del célebre general defensor del ancien régime. Eran quince carillas llenas de denuestos contra los porteños, que tan mal trataban a sus paisanos llegados tras la derrota de Napoleón en Waterloo. Ella misma, afirmaba con prosa desordenada, padecía esas ofensas, no sólo de parte de las autoridades sino de las orgullosas mujeres de la ciudad, por lo que partiría cuanto antes de Buenos Aires.

La misiva se guarda en el Museo Mitre y nada hace suponer en ella que Isabel, que era una aventurera que había usado mientras le convenía el ilustre apellido del militar, hubiese mantenido relaciones íntimas con Belgrano, como algunos han afirmado sin otras pruebas.

El tono no es el de la amante despechada que llega en busca de su hombre y no lo encuentra esperándola.

Es posible que el talante de la carta molestase al general en momentos en que su cuerpo minado le provocaba enormes sufrimientos. Consignamos su existencia para no omitir lo que ha movido las lucubraciones de cierta frondosa imaginación.

Un inadmisible agravio

El 11 de noviembre estalló en Tucumán un movimiento que derrocó al gobernador Feliciano de la Mota Botello. El jefe del levantamiento fue el capitán Abraham González, a quien secundaban sus camaradas Felipe Heredia y Manuel Cainzo. El primero intentó que se le colocara una barra de grillos a Belgrano, también detenido. No pudo realizar su propósito por la enérgica y decidida acción del doctor Redhead, quien le hizo ver el estado del general y los edemas que tenía en sus piernas. Sin embargo, se le hizo el agravio de mantenerlo detenido, con centinela de vista, como a un forajido. Al hacerse cargo del gobierno de la provincia Bernabé Aráoz, ordenó su inmediata libertad.

Belgrano permaneció tres meses más en Tucumán. Sólo lo visitaban en esa hora de infortunio Redhead y José Celedonio Balbín. Finalmente, a pesar de que el Congreso ordenó desde Buenos Aires que se le brindasen las consideraciones debidas a su jerarquía, don Manuel decidió regresar a Buenos Aires en febrero.

En todo el trayecto no recibió hospitalidad por cuenta del Estado. Pese a sus méritos y servicios, le negaron auxilio los gobernadores de Santiago del Estero y de Córdoba, Felipe Ibarra, que había sido su subordinado, y José Javier Díaz. Acababa de producirse el motín de Arequito (8 de enero de 1820), encabezado por el coronel mayor Bustos, el cual de hecho

desactivaba al Ejército del Norte y aceleraba la caída del nuevo director supremo, José Rondeau.

Belgrano conocía de sobra la ingratitud de los hombres, pero tamaños agravios debieron tornar aún más dura su agonía.

Mientras transitaba por los desdibujados caminos que lo conducían a su ciudad natal, recibía noticias de los últimos acontecimientos: el 1º de febrero, en «la batalla que en un minuto decidió la suerte de un siglo», al decir de José Luis Molinari, las fuerzas del directorio habían sido derrotadas en los campos de Cepeda por las huestes combinadas de Estanislao López y Francisco Ramírez. Ambos detuvieron su avance en la Plaza de la Victoria y ataron las bridas de sus caballos en las rejas de la pirámide que recordaba las glorias de Mayo.

Muerte y momentáneo olvido

En una declinación cotidiana, dolorido su cuerpo y estremecido su espíritu, Belgrano soportaba una lenta agonía que se agudizaba al conocer la gravedad de la situación política.

López y Ramírez habían exigido la disolución de las autoridades nacionales y la formación de un gobierno representativo de la soberanía popular. En virtud de ello se había reunido el 16 de febrero en Buenos Aires un cabildo abierto que decidió la formación de una Junta de Representantes. Ésta eligió gobernador de la nueva provincia a Manuel de Sarratea, quien decidió acordar con ambos caudillos. El 23 de febrero se firmó el Tratado del Pilar, que proclamaba la unión nacional bajo el sistema federal, aseguraba la paz entre las provincias enfrentadas en Cepeda, declaraba navegables los ríos Paraná y Uruguay para los estados amigos, concedía una amplia amnistía a los desterrados y perseguidos políticos, y establecía que Buenos Aires debía comprometerse a defender a las provincias de un posible ataque portugués. También se convocaba a una reunión de representantes de los tres estados en el convento de San Lorenzo. Las principales disposiciones del tratado ratificaron lo acordado y establecieron el fin de la guerra y el retiro de las tropas de Santa Fe y Entre Ríos a sus respectivas provincias.

Ambos caudillos, fortalecidos por su victoria frente a Buenos Aires, desconocieron a Artigas, vencido por los luso-brasileños en Tacuarembó, y éste los acusó de traición.

En los meses posteriores, el caos y la inestabilidad política se acentuaron en Buenos Aires, que sufrió una nueva invasión de López y que en pocos meses tuvo una seguidilla de varios gobernadores.

En la noche del 19 de junio, las pocas personas que se hallaban en la casa de Belgrano sabían que no les quedaba más que esperar un fatal desenlace. Éste había dictado su testamento el 25 de mayo, fecha que tal vez le trajo la pena de aceptar que los diez años transcurridos no habían encauzado las ideas de la Revolución. El bullicio en las calles era presagio de lo que ocurriría al día siguiente más allá de aquellas paredes: en escasas horas, el gobierno cambiaría tres veces de manos: lo ocuparían Ildefonso Ramos Mexía, el Cabildo y el general Miguel Estanislao Soler.

Belgrano, que se sentía morir, pidió los auxilios de la religión,

fervoroso creyente como era, y antes de entrar en agonía le entregó al doctor Joseph Redhead su reloj de oro. Era el único bien con que contaba para pagar sus servicios al médico y al amigo. ¡A ese extremo había llegado su pobreza después de entregarse desinteresadamente a la causa de su patria!

A las 7 de la mañana del 20, el cansado corazón del creador de la Bandera dejó de latir. Los doctores Redhead y Juan Sullivan practicaron una autopsia y embalsamaron el cuerpo. De acuerdo con su deseo fue amortajado con el hábito de la Tercera Orden y enterrado en el atrio de la Iglesia de Santo Domingo.

El informe de Sullivan, que era patólogo, señaló que al efectuar la autopsia sacó gran cantidad de agua; que encontró un tumor duro en el epigastrio derecho; el hígado aumentado en volumen, al igual que el bazo; los riñones desorganizados, los pulmones colapsados, el corazón hipertrofiado. La descripción parece coincidir con el diagnóstico de un carcinoma hepatocelular; un tumor de gran tamaño, con nódulos en la superficie, tejido duro por la cirrosis portal que suele asociarse; ictericia y ascitis; la gran cantidad de líquido extraída por Sullivan indicaría la invasión neoplásica de la vena portal. Otros autores se refieren a una cardiopatía orgánica total como causa de la muerte de Belgrano.

Muy pocos se habían enterado de su deceso, y sólo fray Francisco de Paula Castañeda, en uno de los varios periódicos que publicaba a la vez, el Despertador Teofilantrópico, dio cuenta del fallecimiento cinco días más tarde.

El 27 de junio, el presbítero Domingo Belgrano, hermano y albacea de don Manuel, celebró un funeral al que concurrieron «únicamente los hermanos, sobrinos y algunos amigos». Al día siguiente se realizó otro oficio con la presencia de muy pocas personas.

La muerte del gran hombre, en vez de alentar expresiones de gratitud, sirvió para impulsar una respuesta de la Gaceta Ministerial a Castañeda, que rozaba los méritos de Belgrano para zaherir al religioso-polemista. Un año más tarde, el 20 de junio de 1821, se le rindieron honras fúnebres con participación del Batallón 1º de línea, la Legión Patricia y el Regimiento del Orden, además de fuerzas de caballería y piezas de artillería. Asistirían todas las corporaciones para tributar honores al féretro vacío que sería llevado a la Catedral para una misa. Sonaron tambores con redoble de luto y resonaron los cañones, mientras se

hacía un remedo de entierro. Un gentío llenó las calles por donde pasó el cortejo, en tanto la bandera celeste y blanca tremolaba a media asta en el Fuerte. El elogio fúnebre estuvo a cargo del doctor Valentín Gómez.

En julio se le tributaron nuevos homenajes.

Reconocimiento y gloria

El nombre de Belgrano se afianzó cada vez más en la conciencia pública, como símbolo de entrega y excelsas virtudes cívicas.

Andrés Lamas en el Uruguay y Bartolomé Mitre en la Argentina comenzaron pocas décadas después de su muerte a reunir documentos para escribir su biografía. El segundo publicó en 1857 un importante estudio en la Galería de celebridades argentinas, y al año siguiente el volumen que se convertiría en el embrión de una obra definitiva. «Este libro

[dijo en 1858] es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época». Es que la existencia del prócer se halla estrecha e indisolublemente vinculada a la de su propia tierra.

En 1855 se creó en las afueras de Buenos Aires el pueblo de Belgrano, mientras en otras ciudades de la República se concretaban diversos homenajes.

Las honras oficiales alcanzaron su punto más alto en el siglo XIX con la inauguración de su estatua ecuestre, obra de los escultores Albert Ernest Carrier-Belleuse y Manuel Santa Coloma, el 24 de septiembre de 1873, en la Plaza de Mayo. El presidente Domingo Faustino Sarmiento describió el bronce en bella y afortunada frase: «Está vestido con las armas del guerrero y pide sus inspiraciones al cielo, haciendo flamear la Bandera Argentina que fue el primero que enarboló y condujo a la victoria».

Después, y en forma cada vez más frecuente, la efigie del modesto y desinteresado Belgrano se alzó en las grandes ciudades y en los pequeños pueblos, a todo lo largo y ancho del país, en la tierra de sus mayores y en otras partes del mundo.

Medallas, estampas litografiadas, publicaciones de diverso tipo, reproducciones facsimilares, fueron expresando el reconocimiento de los argentinos y la admiración que su nombre despertaba en otras latitudes.

En 1895, cuando los estudiantes de la sección sur del Colegio Nacional de Buenos Aires (más tarde Colegio Nacional Bernardino Rivadavia), junto con los de la Escuela Nacional de Comercio, se aprestaban a festejar el 9 de julio, uno de ellos, Gabriel L. Souto, lanzó la idea de

levantar un mausoleo a Belgrano, que debía ser «el más hermoso de la ciudad».

El 8 de julio de aquel año, una procesión cívica congregó a numerosos jóvenes. Recorrieron la Avenida de Mayo desde la plaza Lorea hasta el monumento al vencedor de Tucumán y Salta. Después del Himno Nacional, Souto realizó en nombre de los estudiantes un llamado a la gratitud nacional con el fin de reparar el olvido que sufrían los restos mortales sepultados en el atrio de la iglesia de Santo Domingo. El pueblo, dijo, debía constituir un organismo representativo para costear por suscripción pública una tumba acorde con la grandeza del argentino eminente. Se crearon dos comisiones: la honoraria, integrada por los ex presidentes Mitre, Julio Argentino Roca y Carlos Pellegrini, además de otras figuras notables como Bernardo de Irigoyen, Vicente Fidel López, Carlos Guido Spano, el obispo monseñor Agustín Boneo y el dominico fray Marcelino Benavente; y la comisión ejecutiva, cuya presidencia correspondió al autor de la idea.

Para la confección de los proyectos se llamó a concurso a escultores argentinos, italianos y franceses. Las embajadas en Roma y en París se movilizaron para despertar el interés de los principales artistas. Aquí fueron asesores del jurado el arquitecto Julio Dormal, el ingeniero Emilio C. Agrelo y el pintor Eduardo Schiaffino. El trámite del concurso fue largo y difícil, pero finalmente la obra le fue adjudicada al escultor italiano Ettore Ximenes, quien luego de algunas modificaciones al proyecto original realizó el trabajo.

Mientras los trabajos avanzaban, se procedió a exhumar los restos de Belgrano. El acto tuvo lugar el 4 de septiembre de 1902. Levantada la losa y excavado el lugar, no se halló el ataúd sino algunos clavos y tachuelas. Poco quedaba de los huesos, destruidos por el tiempo.

Fueron colocados en una bandeja de plata, y los concurrentes contemplaron que se habían conservado en buen estado algunos dientes. Colocados a continuación los despojos en una urna bajo el altar mayor, se dio por concluida la ceremonia. Al día siguiente La Prensa publicó una crónica destinada a causar profundo impacto. Dijo el diario que los ministros del Interior y de Guerra, Joaquín V. González y Pablo Ricchieri, se los habían repartido

«buena y criollamente». Y agregaba: «que devuelvan esos dientes al patriota que menos comió en su gloriosa vida con los dineros de la Nación».

Diversas fueron las explicaciones que dieron ambos altos funcionarios

para justificar lo ocurrido, pero la opinión no quedó satisfecha, aun cuando las piezas fueron reintegradas a la urna funeraria.

Más allá de aquel incidente, el mausoleo fue inaugurado el 20 de junio de 1903, durante la segunda presidencia de Roca.

Imposible sería mencionar el número de homenajes tributados a Belgrano, cuyo nombre llevan un puerto militar y varias ciudades y pueblos desde que su figura ilustre, tras el inicial olvido, comenzó a ser exaltada. Sobresale entre esas honras la construcción del imponente Monumento Nacional a la Bandera, en Rosario, cuna del pabellón nacional.

También sería difícil, como se ha dicho en el prólogo, mencionar siquiera la cuantiosa bibliografía que generó. O señalar las veces que su ejemplar trayectoria fue representada en el teatro y el cine.

En síntesis, hoy como ayer, rememorar la vida y obra de aquel hombre excepcional constituye un modo de honrarlo, pero también de ser fieles a los principios que animaron a quienes, desde las posiciones modestas hasta las más encumbradas, brindaron lo mejor de sí para construir nuestra Argentina.

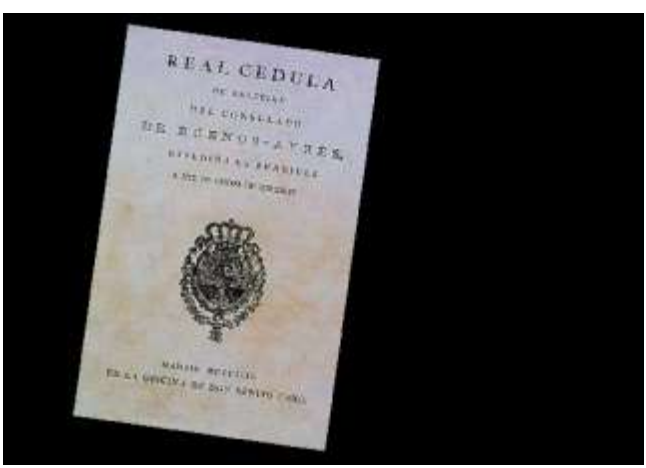
Bibliografía

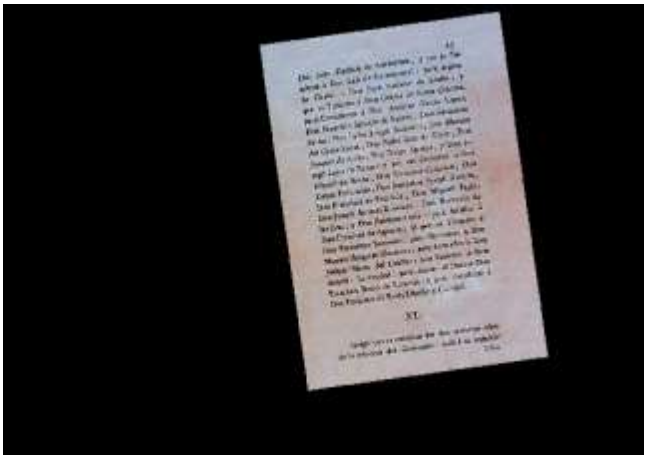
Gregorio Aráoz de La Madrid, Memorias; Bibliografía Belgraniana; José Celedonio Balbín,

«Observaciones y rectificaciones históricas a la obra Memorias postumas del general don José María Paz», Biblioteca de Mayo, tomo II; Documentos del Archivo de Belgrano, tomo III-IV; Epistolario Belgraniano; Jean Adam Graaner, Las provincias del Río de la Plata en 1816: informe dirigido al príncipe Bernadotte, Buenos Aires, El Ateneo, 1949; Tomás de Iriarte, Memorias, Buenos Aires, Ediciones Argentinas SIA, 1944, tomo I; José María Paz, Memorias, tomo I.

Mario Belgrano, Historia de Belgrano; Julio Arturo Benencia, «La última etapa de la vida militar de Belgrano», Anales del Instituto Belgraniano Central, Nº 1, Buenos Aires, 1996; Félix Best, Historia de las guerras argentinas, tomo I; Leoncio Gianello, Historia del Congreso de Tucumán, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1966; Ovidio Giménez, Época y obra de Manuel Belgrano; Aníbal Jorge Luzuriaga, Manuel Belgrano.

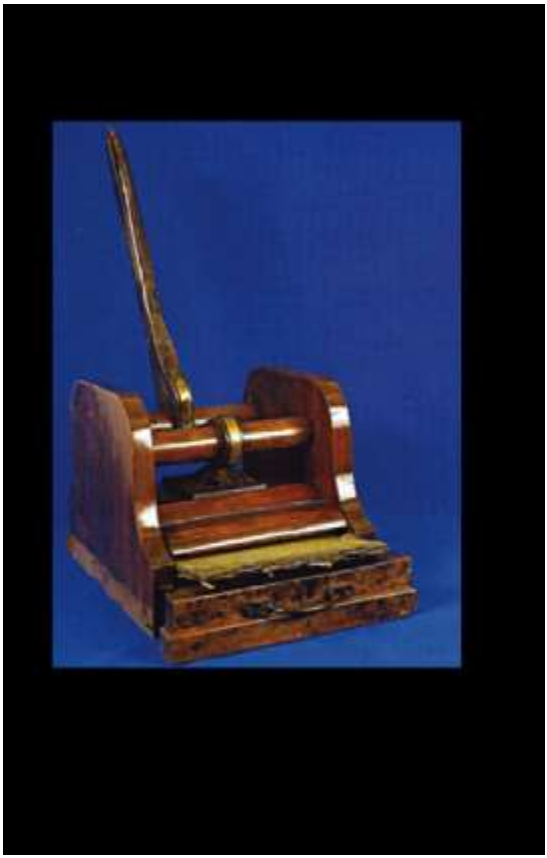
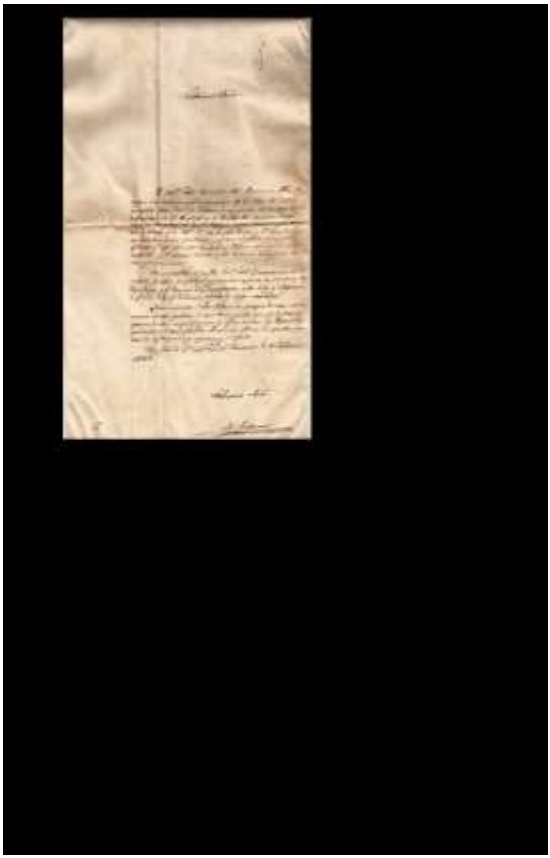
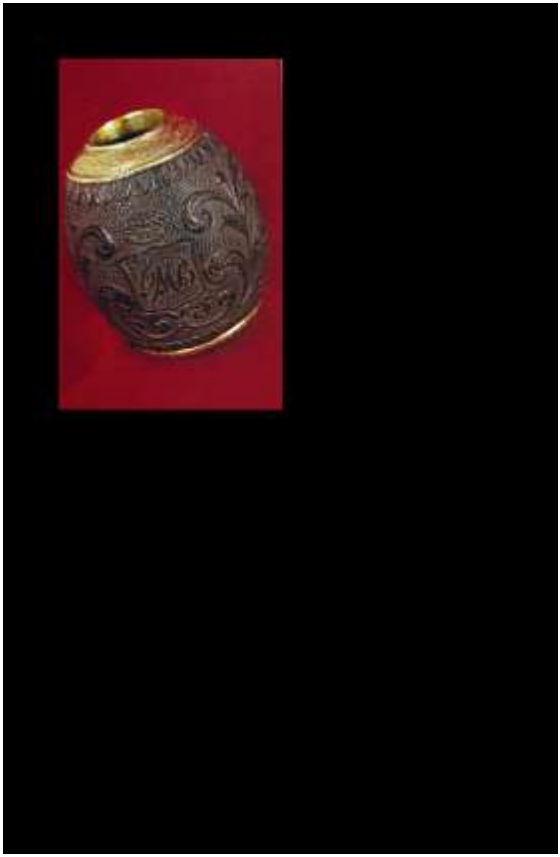
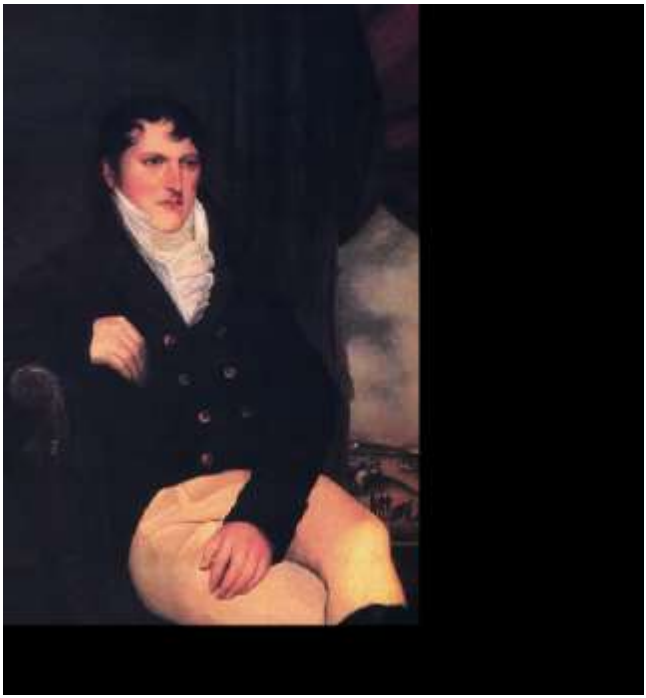
Estadista y prócer de la independencia hispanoamericana; Bartolomé Mitre, Historia de Belgrano y de la independencia argentina, tomo II; ——, Nuevas comprobaciones históricas a propósito de historia argentina; Isidoro J. Ruiz Moreno, Campañas militares argentinas, tomo I.





CORREO

DE

COMERCIO.

LA
PATRIA
ASU
DEFENSOR
EN
TUCUMA